

Nicholas Wapshott

- Autor de *Keynes vs Hayek* -

SAMUELSON



VS



FRIEDMAN

LA BATALLA POR
EL MERCADO LIBRE

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. La tierra de Oz

2. Renacer en una clase de Chicago

3. El paraíso perdido

4. Contra Keynes

5. Duelo de columnistas

6. Intervenir o no intervenir

7. Dinero, dinero, dinero

8. No tan rápido

9. Tricky Dicky482

10. Los «Chicago Boys»

11. Hartazgo

12. No hay final de Hollywood

13. Final del camino

14. La hija del tendero

15. Vencer a Bin Laden con dinero barato

16. Todo va de maravilla

17. El capitalismo se tambalea

Agradecimientos

Bibliografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En 1966, dos insignes economistas ficharon como columnistas para la revista Newsweek. Su labor: debatir sobre la actualidad de la economía y la empresa. Paul Samuelson era una prominente figura en el ámbito de la economía keynesiana, que abogaba por políticas económicas en la línea marcada por la Teoría General de John Maynard Keynes. Por su parte, Milton Friedman, prácticamente desconocido en aquella época fuera de los círculos académicos liberales, defendía el «monetarismo», e insistía en que la Reserva Federal mantuviese un estrecho control sobre la cantidad de dinero en circulación.

En *Samuelson vs Friedman*, el periodista y escritor Nicholas Wapshott elabora un relato ameno y absorbente a partir de la historia de estos dos gigantes de la economía moderna, sus vidas cruzadas y su colosal batalla intelectual.

Paul Samuelson, un genio deslumbrante de la técnica, creció en una familia relativamente privilegiada y acabaría revolucionando la macroeconomía. Fue el autor del libro de texto de economía más vendido de todos los tiempos y en 1970 fue el primer estadounidense en conseguir un Nobel de economía.

Su amigo y adversario durante décadas, Milton Friedman, Premio Nobel de Economía en 1976, siguió el camino marcado por Friedrich Hayek escribiendo un exitoso tratado, *Capitalismo y libertad*, que apostaba por el libre mercado y las políticas económicas liberales, en una potente argumentación que aún hoy marca el ideario del liberalismo económico.

Con su ágil prosa, Wapshott nos abre una puerta a la polémica que durante décadas mantuvieron Samuelson y Friedman en materia económica y sobre el papel y alcance de los Estados para dirigir el rumbo de sus políticas.

Samuelson vs Friedman

La batalla por el mercado libre

NICHOLAS WAPSHOTT

Traducción de Mercedes Vaquero



EDICIONES DEUSTO

Para Louise

La tierra de Oz

Newsweek cambia de manos y el nuevo director, ávido de polémica, enfrenta a Paul Samuelson con Milton Friedman. El keynesianismo es puesto a prueba con la estanflación.

Vincent Astor,¹ el huraño patriarca de la rama estadounidense de la familia de inversores inmobiliarios de Nueva York, no acaba de encontrarse bien desde que se resfrió mientras pasaba unos días en Cliveden,² la casa de campo de su primo británico William Astor.³ La vasta y sombría vivienda estaba repleta de historia. Los padres de William, Waldorf⁴ y Nancy,⁵ auspiciaron durante los años treinta fastuosas fiestas de fin de semana a las que acudía el llamado «grupo de Cliveden», la camarilla de la élite compuesta por altos ministros del Gobierno, editores de periódicos y aristócratas que en aquel momento estaban a favor de apaciguar a Adolf Hitler.⁶

Vincent Astor, de sesenta y seis años, estaba visitando a sus primos ingleses con su tercera esposa, Brooke, diez años más joven que él y a la que se refería cariñosamente como *Pookie* [cariñito]. Había quedado con su marido en Londres tras asistir, del brazo del arzobispo católico de Nueva York, a la coronación del papa Juan XXIII en el Vaticano. Terminada su breve estancia en Inglaterra, Brooke y Vincent, que todavía moqueaba por el resfriado, embarcaron en el SS *United States* rumbo a Manhattan.

Parece que el viaje por mar estimuló la imaginación de Vincent. Había heredado la fortuna de los Astor a los veinte años, después de que su padre, John Jacob Astor IV,⁷ se ahogara en el viaje de

inauguración del RMS *Titanic*. Lo que se contaba sobre la sangre fría que había demostrado tener John Astor cuando el «insumergible» transatlántico comenzó a llenarse de agua ofrecía un atisbo de elegancia bajo presión en medio de un desastroso escenario de lo más desalentador. Los informes relatan que el alto, apuesto e impasible multimillonario acompañó a su esposa embarazada Madeleine a un bote salvavidas antes de dirigirse a las perreras del barco y liberar a todos los animales, incluido su Airedale terrier, *Kitty*. Puede que no fuera cierta la anécdota de que Astor había llegado a bromear mientras esperaba su destino en la coctelería —«He pedido hielo, pero esto es más bien ridículo»—, pero la historia fijó en el imaginario público una imagen del padre de Vincent como un personaje sereno que aceptó su prematura muerte sin quejarse.

A su regreso a Estados Unidos, Vincent y Brooke se dirigieron a la sede de la familia Astor en Ferncliff, situada en el río Hudson, a unos 160 kilómetros al norte de la ciudad de Nueva York. Buscó algún sitio en la cercana ciudad de Poughkeepsie en el que proyectaran una nueva película británica, *La última noche del Titanic*,⁸ que narraba la historia del hundimiento del trasatlántico, para ver cómo los cineastas retrataban el sutil heroísmo de su padre. También deseaba ver cómo presentaban la liberación de *Kitty*. Los ecos de la muerte de su padre le perseguirían durante toda su vida. Mientras subía las escaleras que lo llevaban al palco del cine, Vincent sintió un fuerte dolor en el pecho que más tarde fue diagnosticado como síntoma de un leve ataque al corazón.

Al volver a Manhattan, la salud de Vincent empeoró. La noche del 3 de febrero de 1959, él y Brooke debían asistir a una cena. Al sentirse mal, Vincent instó a su mujer a ir sola. Al regresar a casa, ella lo encontró en la cama, le costaba respirar. Brooke Astor llamó a la médica personal de Vincent, Connie Guion, que decidió que su estado era estable y que no era necesario trasladarlo al hospital. Vincent murió hacia media noche, con ambas mujeres preocupadas junto a su cama. Este trágico desenlace trajo consigo

trascendentales consecuencias, y no sólo para Brooke Astor, que vivió otras cinco azarosas décadas. La muerte de Vincent fue el primer acto de una serie de incidentes que de forma inadvertida construirían un escenario para uno de los duelos más significativos y amargos de la historia del pensamiento económico.

Vincent Astor dejó a Brooke la mayor parte de su fortuna de 134 millones de dólares (1.200 millones en dólares de 2020), los primeros dos millones sin condiciones. La mitad de lo que quedaba se invirtió para proporcionarle una gran renta, y la otra mitad se destinó a la Fundación Vincent Astor, creada en 1948 «para aliviar la miseria humana». Brooke sería la encargada de administrar la fundación en su totalidad y los ingresos se distribuirían según sus deseos. Brooke se tomó muy en serio su trabajo en la fundación y disfrutó de su papel de mecenas y benefactora. «El dinero es como el estiércol —le gustaba decir—. Hay que repartirlo.» Entre las muchas propiedades interesantes que poseía la Fundación Astor estaban el emblemático Hotel St. Regis de la Quinta Avenida, en Manhattan, y la revista *Newsweek*.

Tras asesorarse, la viuda Astor decidió que no tenía ningún interés en convertirse en una gran hotelera ni en una gran magnate de la prensa, de modo que tanto el St. Regis como la revista *Newsweek* se pusieron a la venta. Ésta había sido fundada en 1933 por antiguos empleados de la conservadora revista *Time* de Henry Luce como una alternativa más liberal o «socialdemócrata». Sin embargo, a finales de los años cincuenta, había perdido su chispa. Como recordaba Ben Bradlee,⁹ jefe de la sede de *Newsweek* en Washington en aquella época, se había convertido en un formal semanario económico, dirigido por Malcolm Muir Sr. y Jr. —padre e hijo, y jefe de redacción y director editorial, respectivamente—, «como un apéndice a la Cámara de Comercio para [sus] amigos empresarios» y se elaboraba «sin energía ni idealismo». «Carecía de la genialidad y entusiasmo de *Time*, y de los excesos de [Henry] Luce», escribió el periodista David Halberstam.¹⁰

Cuando Brooke Astor decidió vender la revista, los Muir creyeron que les concederían la primera opción de compra en tanto que amigos de confianza de Vincent, por lo que empezaron a recaudar fondos. También se rumoreó que Norton Simon,¹¹ presidente y CEO de la empresa de productos de tomate en conserva Hunt Foods, estaba interesado en la adquisición. Sin embargo, Bradlee tenía otros planes. Él y Osborn Elliott,¹² director de *Newsweek*, empezaron a explorar alternativas más apetitosas y encontraron un posible comprador en Phil Graham,¹³ editor de *The Washington Post*.

El enérgico y carismático Graham, que estaba casado con Katharine Meyer, la hija del dueño del periódico de Washington, siempre buscaba con qué distraerse de la depresión clínica que lo acosaba, y respondió con entusiasmo a una primera aproximación por parte de Bradlee y Elliott. «¿Por qué no os pasáis por aquí? ¡Ahora!», les propuso. Desde que el padre de su mujer le encomendara la dirección del *Post*, Graham había estado al acecho de alguna propiedad que pudiera transformar y llamar suya. *Newsweek* parecía encajar como anillo al dedo. Se trataba de una destacada marca de noticias que se alinearía claramente con el *Post* para convertirse en un fuerte rival de la incipiente *Time*. Necesitaría estilo, imaginación y trabajo duro, que Graham creía poder proporcionar. Así que prepararon una oferta y el 9 de marzo de 1961, en medio de una tormenta de nieve que azotó la ciudad de Nueva York, Phil y Kate Graham esperaron en su apartamento de Manhattan en el Hotel Carlyle las noticias de la junta de la Fundación Astor. La guasona Brooke Astor favoreció la venta a Graham desde el principio y la defendió ante el resto del consejo. Fue así como por 15 millones de dólares (129 millones en dólares de 2020) *Newsweek* cambió de manos.

La dirección editorial de la revista mudó de inmediato. Como explicó Bradlee: «De repente, la revista se desprendió de su carácter proempresarial y prorrepblicano típico de la Cámara de Comercio y se abrió un nuevo camino por sí misma. Más joven, más

creativa, menos tendenciosa y cínica que *Time*. Más justa, menos moralista y más divertida». ¹⁴ Bajo su nuevo editor jefe, «Oz» Elliott, *Newsweek* pasó poco a poco a ser un semanario de noticias más liberal y entretenido para los lectores en general. A fin de distanciarse de la revista *Time*, de tendencia derechista, Elliott se propuso sustituir, según sus propias palabras, «la previsible postura conservadora» de los colaboradores para reflejar las actitudes progresistas de los años sesenta. Elliott esperaba que un enfoque más amplio de las columnas de opinión de *Newsweek* suscitara la tan necesaria controversia —y por tanto la atención del público— hacia la nueva revista. Siguió actualizando el contenido de la revista después de que Graham se suicidara en agosto de 1963.

Tras incorporar al proyecto en octubre de 1962 al veterano Walter Lippmann, ¹⁵ gigante del periodismo estadounidense y experimentado columnista, y a principios de 1965 a Emmet Hughes, ¹⁶ antiguo redactor de discursos del presidente Dwight Eisenhower que había dado la espalda a su antiguo maestro, Elliott decidió sustituir al columnista económico de la revista, Henry Hazlitt, ¹⁷ que alternaba su trabajo con el catedrático de Economía de Yale Henry Wallich, ¹⁸ antiguo miembro del Consejo de Asesores Económicos de Eisenhower. Hazlitt era un conservador tradicional, que se oponía a que el Gobierno federal manipulara la economía, algo que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial y la adopción de las revolucionarias ideas del economista británico John Maynard Keynes, ¹⁹ ambos partidos políticos habían adoptado para minimizar el desempleo. Elliott creía que las ideas de Hazlitt eran «antediluvianas» y comenzó a buscar a algún destacado economista que reflejara el pensamiento keynesiano de la Administración del presidente Lyndon B. Johnson. ²⁰

El candidato evidente era John Kenneth Galbraith, ²¹ catedrático de Economía canadiense de la Universidad de Harvard que, a través de una serie de libros superventas, como *La sociedad opulenta*, ²² se había convertido en el intelectual público de izquierdas de mayor renombre y en el economista más famoso de

Estados Unidos. La ambición de Galbraith por ver sus ideas progresistas puestas en práctica le había llevado a trabajar para los presidentes demócratas Franklin D. Roosevelt, Harry S. Truman y John F. Kennedy.²³ Era alto y delgado, hablaba arrastrando las palabras y sus nobles modales reflejaban sus ideas patricias. Elliott estaba convencido de que una figura tan estelar sería un reclamo de interés periodístico y enviaría una clara señal de que *Newsweek* tomaba una nueva dirección. Galbraith no sólo tenía buenos contactos en el mundo de la política y la economía, sino que había sido amigo íntimo del asesinado Kennedy y del círculo social más cercano del difunto presidente, entre ellos Phil y Katharine Graham, cuyas bulliciosas fiestas en su casa de Georgetown la habían convertido en el salón más glamuroso de Camelot.²⁴

A Galbraith no le interesó la propuesta. Nunca subestimaba su propia valía, se consideraba algo más que un simple columnista de una revista de noticias y se mostró reacio a comprometerse a una entrega semanal. Acostumbrado a escribir libros, Galbraith le dijo a Elliott que no podía limitarse a las aproximadamente mil palabras que le permitía una columna en *Newsweek*. De todas formas, las excusas de Galbraith ocultaban una verdad más compleja.

Cuando en 1961 el presidente Kennedy invitó a Galbraith a que buscara a alguien para que fuera la cabeza visible de su nuevo Consejo de Asesores Económicos, la misión resultó ser un velado desaire para Galbraith, que había esperado que el papel recayera sobre él. Kennedy dejó claro que prefería al catedrático de Economía del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), Paul A. Samuelson,²⁵ que había ayudado a Kennedy a entender las opciones económicas que tenía ante sí durante la campaña de 1960. Pero Samuelson no tenía muchas ganas de mudarse con su joven familia de Boston a Washington D. C. y declinó la invitación. Samuelson encontraba que el joven presidente era muy indeciso. «La gente malinterpretaba a JFK —recuerda Samuelson—.

Pensaban en él como en alguien apuesto y decidido. Era una persona sumamente indecisa que comprobaba siempre el grosor del hielo que tenía delante antes de dar un paso al frente.»²⁶

Kennedy pidió a su principal ayudante y escritor de discursos, Arthur Schlesinger Jr.,²⁷ que tanteara a Galbraith para ver si seguiría aceptando el puesto, pero para entonces Galbraith había empezado a tener sus propias dudas. Como recordaba Schlesinger, el presidente electo no «parecía muy apenado» cuando Galbraith al final le dijo que no. A Galbraith le inquietaba que su impacto en la Administración Kennedy se viera sepultado por otras voces. Como él mismo dijo: «No deseaba tener todos los días la misma discusión sobre las mismas cuestiones alrededor de la misma mesa de roble, casi siempre con las mismas personas, a algunas de las cuales no deseaba ver».²⁸

Aunque no consiguió convencer a Galbraith para que se uniera a su equipo, Kennedy le invitó a esbozar los principios fundamentales de la política económica de la nueva administración, que anunciaría en su discurso inaugural de enero de 1961. Galbraith preparó una lista de grandes objetivos que la nueva administración adoptaría, entre ellos, la ampliación de los derechos civiles, el aumento del gasto en educación y sanidad, el intento de hacer frente a la pobreza generalizada, una política exterior más ética que renunciara a apoyar a dictadores extranjeros y el aumento de la ayuda financiera y técnica a las naciones más pobres. Pero cuando Kennedy pronunció su primer discurso a la nación como presidente, Galbraith descubrió que había prevalecido la cautela innata del nuevo mandatario y que no había incluido muchas de las sugerencias más radicales del economista.

El asesinato de Kennedy menos de dos años después distanció a Galbraith de la nueva dirección demócrata al pasar el poder al vicepresidente de Kennedy, Lyndon Johnson. Galbraith no era un hombre de Johnson y, a falta de una invitación para unirse a la nueva Administración, decidió seguir escribiendo libros y dando conferencias. No pasó mucho tiempo antes de que Galbraith se

mostrara en desacuerdo con Johnson con respecto a la guerra en Vietnam del Sur. Como lo describió su biógrafo, Richard Parker, Galbraith pasó «de ser un alto funcionario de la Administración a ser un apasionado crítico del Gobierno».²⁹

La columna de *Newsweek* habría sido una plataforma perfecta para el economista desde la que oponerse a las aventureras políticas de Johnson, pero no iba a ser así. Galbraith rechazó la oferta de Elliott, así que éste recurrió a Samuelson. Al igual que Galbraith, Samuelson era un economista que había llegado a ser muy conocido más allá del ámbito académico, tras escribir en 1948 el libro de texto definitivo (y muy popular) de economía keynesiana titulado simplemente *Economía*. Pero Samuelson le dijo a Elliott que no estaba interesado. «Debo decir que he ganado mucho dinero gracias a mi libro de texto y no necesito más», le espetó a Elliott, quien replicó que, aunque estaba seguro de que los pocos miles de dólares extra al año que podía pagarle la revista no cambiarían en nada su vida, una columna en *Newsweek* podía proporcionarle aún más lustre a su reputación en calidad de mayor economista teórico de Estados Unidos. Cuando Elliott señaló que el número de lectores semanales de *Newsweek* era de 14 millones, recuerda el periodista, «Samuelson prestó total atención y accedió a colaborar con la revista». Acordaron que se le pagarían 400 dólares por columna (3.450 en dólares de 2020). Sin embargo, cuando en septiembre empezaron a publicar las columnas, los honorarios habían subido a 750 dólares (5.800 en dólares de 2020), es decir, 12.750 dólares al año (98.600 dólares de 2020) por diecisiete columnas. Samuelson tendría control total sobre el contenido e incluso podía escribir el titular de las columnas si así lo deseaba.

El plan de Elliott era tener un triunvirato de economistas que se turnara para comentar las noticias. Como recordaría más tarde, «tenía un economista liberal [Samuelson], un centrista [Wallich] y un aburrido economista de derechas [Hazlitt]». Lo que Elliott creía que *Newsweek* necesitaba era un joven economista conservador que sustituyera al anticuado Hazlitt. También se planteó la idea de contar

sólo con dos columnistas de economía, uno de derechas y otro de izquierdas —Samuelson y otro— y tanteó a Samuelson³⁰ sobre la posibilidad de que escribiera una columna cada dos semanas. Samuelson respondió que estaba demasiado ocupado revisando su obra *Economía*. Acordaron una columna cada tres semanas.

La economía conservadora estaba en retirada desde la publicación de la revolucionaria *Teoría general* de Keynes en 1936. También lo estaban los economistas conservadores. A mediados de los años sesenta, la revolución keynesiana en materia de gestión económica de la economía estadounidense, a la que se atribuyó el fin de la Gran Depresión, seguía en auge y, facultad por facultad, los keynesianos habían sustituido a los economistas conservadores en casi todas las grandes universidades de Estados Unidos. No iba a ser fácil encontrar a un economista joven y elocuente que contrarrestara el punto de vista de Samuelson. Pero un alegre catedrático radicado en el reducto económico conservador de la Universidad de Chicago llamó la atención de Elliott: Milton Friedman.³¹ Para desesperación de Elliott, cuando en verano de 1966 se puso en contacto con él, su respuesta también fue la de que estaba «demasiado ocupado para escribir para *Newsweek*». Elliott estaba decepcionado, pero no sabía que contaba con el favor de la extraordinaria mujer de Friedman, Rose.

«Aunque se mostraba de acuerdo conmigo en que se trataba de un proyecto que valía la pena, mi marido era muy reacio a asumir el trabajo —recuerda Rose—. Creía que le sería difícil encontrar suficientes temas que pudiera tratar con claridad en el espacio asignado a una columna [...]. Pensaba que le llevaría demasiado tiempo y que, por tanto, interferiría en su trabajo de investigación, que era, junto con la docencia, su labor principal.»³² Rose Friedman comprendía que una columna en una importante revista de noticias mejoraría el perfil de Friedman y le sugirió a su marido que los verdaderos grandes economistas encontraban tiempo para propagar noticias y difundir mensajes.

Rose solía decirle a su marido que la investigación y la divulgación de ideas se dejaban en manos de dos tipos de personas diferentes. Pero no siempre. «John Maynard Keynes, por ejemplo, hizo ambas cosas», le aseguró. Y, como Keynes, Friedman abrigaba ambiciones más allá de la mera economía teórica. «La tarea de explicar la relación entre la libertad política, por ejemplo, y una economía de libre mercado o las consecuencias de la expansión del Estado en cada vez más áreas de nuestra vida no es algo que se haya hecho muy bien —recordó Rose—. Sentí que las especiales habilidades y conocimientos de mi marido lo situaban en un lugar privilegiado para hacerlo.»³³

Friedman elaboró una lista de temas que podría abordar y escribió un par de columnas de muestra, para ver si la longitud y el tono que exigía *Newsweek* estaban a su alcance. Envío las columnas de prueba a su amigo, el economista de Chicago George Stigler,³⁴ que coincidió con Rose en que a Friedman no le faltarían las ideas y le animó a aceptar el puesto en *Newsweek*. Todavía indeciso, Friedman llamó a su amigo Samuelson, al que conocía de sus tiempos de estudiante en Chicago. Friedman recordó que, tras una larga conversación, Samuelson «me pidió encarecidamente que aceptara».³⁵ Al alentar a Friedman a escribir para *Newsweek*, Samuelson sugería que, de todos los economistas conservadores, Friedman era el oponente más indicado.

Conseguir atraer tanto a Samuelson como a Friedman fue un golpe periodístico de Elliot, que incluso llegó a ser noticia en *The New York Times*.³⁶ Tanto es así que su «novedosa» decisión de formar un sólido equipo de disparejos economistas recibió un reconocimiento al año siguiente, cuando se le otorgó el Premio Gerald Loeb al Distinguido Periodismo Empresarial y Financiero.

Así, pues, ya estaba dispuesto el escenario para la contienda verbal más elocuente y persistente entre dos grandes economistas desde que Friedrich Hayek³⁷ desafiara por primera vez a John Maynard Keynes a un duelo en una publicación especializada en 1931. Ni Elliott, ni Samuelson, ni Friedman podrían haber imaginado

que la serie de columnas alternas continuaría publicándose durante los dieciocho años siguientes, un tiempo en el que la hegemonía intelectual keynesiana se vería fundamentalmente desafiada.³⁸

La larga serie de columnas de Samuelson y Friedman, que con el tiempo se convirtió en un debate continuo sobre la situación actual y el futuro de la economía, sigue siendo una contribución sin precedentes a la forma en que la economía se entiende popularmente.

El duelo no habría durado mucho de no haber sido por la generosidad y cortesía de Samuelson y Friedman, que, aunque enemigos ideológicos, eran amigos personales. Ambos ofrecían enfoques muy diferentes de pensamiento y escritura, que se reflejaban en sus distintos puntos de vista. El estilo literario de Samuelson delataba su personalidad. La suya era la contribución de un líder consolidado, exitoso y seguro de sí mismo en su campo, cuyas respuestas a los retos eran en gran medida generosas, si bien a veces un tanto condescendientes. Por el contrario, Friedman era una especie de luchador callejero cuyos rechazos estaban concebidos tanto para sumar puntos como para persuadir a su siempre escéptico rival. La intención de Friedman era política, alterar los acontecimientos mientras se estaban produciendo con la ayuda de la razón y la defensa. Samuelson se inclinaba por un enfoque a largo plazo y más amplio, y era reacio a involucrarse fácilmente en cada controversia superficial.

Friedman atribuyó el éxito de la aventura en *Newsweek* al afecto y el respeto personal que ambos hombres se profesaban. «Aunque Paul y yo hemos diferido a menudo en cuestiones de política pública, hemos sido buenos amigos y hemos respetado nuestra competencia y contribución mutua a la economía»,³⁹ escribió Friedman. Samuelson le devolvió el cumplido en una carta a Friedman: «Espero que se diga de nosotros que, aunque discrepamos en muchas cosas, entendimos en qué se basaban

nuestras diferencias empíricas y lógicas, y que se nos dio bastante bien mantener la amabilidad, la amistad y el respeto en todo momento». [40](#)

Renacer en una clase de Chicago

Desde sus humildes comienzos en Gary, Indiana, la precoz habilidad de Samuelson para las matemáticas le llevó a recibir clases de los economistas del libre mercado de la Escuela de Chicago.

Paul Samuelson y Milton Friedman tenían muchas cosas en común. Ambos eran judíos, ambos se casaron con una compañera de clase de la universidad y ambos se licenciaron y compartieron clases de posgrado en la Universidad de Chicago. También afianzaron vínculos personales. Samuelson recibió en Chicago clases de economía de Aaron Director, el hermano de Rose, la mujer de Friedman. Samuelson solía bromear diciendo que Director era «el único hombre vivo que podía (más tarde) hablar acerca de “mi radical cuñado Milton Friedman”». ⁴¹ Pero a pesar de las similitudes en sus orígenes y sus experiencias personales, de las que se derivaron en gran medida sus opiniones y perspectivas privilegiadas, los dos hombres eran muy diferentes.

Paul Anthony Samuelson nació el 15 de mayo de 1915 en Gary, Indiana, en el extremo más meridional del lago Míchigan, donde, según sus palabras, «el carbón de los Apalaches traído por ferrocarril se encontraba con el mineral ferroso de Minnesota, traído por barco», ⁴² para ser procesado en Gary Works, la mayor planta siderúrgica del mundo. El padre de Samuelson, Frank, y su madre, la prima hermana de Frank, Ella Lipton, ⁴³ habían emigrado a Estados Unidos desde «esa pequeña parte de Polonia que queda

entre Lituania y Prusia Oriental».⁴⁴ Frank Samuelson era farmacéutico y sus clientes eran en su mayoría trabajadores del acero inmigrantes de primera generación procedentes de Polonia, Checoslovaquia, Croacia, Rusia y otras partes de Europa del Este. Frank hablaba con sus clientes en una mezcla de lengua franca eslava que combinaba las palabras comunes de los numerosos idiomas de origen de sus pacientes.

La ciudad de Gary experimentó un crecimiento económico y poblacional repentino, incluso antes de que la demanda de acero para armamento y material bélico se disparara tras la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, y Frank Samuelson aprovechó la prosperidad económica de los años veinte. «Eso le llevó a acumular cierta opulencia», recuerda Paul, el segundo de los tres hijos de Frank y Ella Samuelson. «Yo no era pobre. Jamás pasé un día de hambre en toda mi vida.»⁴⁵ Es más, el auge de Gary estaba vinculado a la actividad gubernamental. Crecer en Gary, recordaba, supuso «una preparación bastante buena para convertirse, más tarde en la vida, en un economista. No en un empresario, sino en un economista, porque experimenté el auge del gasto excesivo en tiempos de guerra».⁴⁶

Samuelson fue enviado a vivir con unos padres de acogida en una granja de cientos de hectáreas en el condado de Porter, cerca de Gary, cuando tenía diecisiete meses. Fue algo que lo desconcertó durante el resto de su vida, aunque sospechaba que sus padres habían querido que escapara de la mala calidad del aire de Gary. Los granjeros con los que se alojó, el «tío Sam» y la «tía Freda», ninguno de ellos parientes de sangre, criaron a Samuelson como si fuera su hijo hasta que tuvo cinco o seis años. «Toda esta aventura costaba un dólar al día por la comida, el alojamiento y el amor de personas que no compartían mi ADN»,⁴⁷ señaló. Cuando le preguntaron en la vejez por qué creía que sus padres le habían abandonado a tan tierna edad, Samuelson sólo podía especular. «Creo que tal vez mi madre fuera una feminista precoz que básicamente no disfrutaba de la cocina y cosas por el estilo. Quizá

me costase comer. Pero ¿cómo saberlo a los diecisiete meses?»⁴⁸ No parece haber guardado ningún tipo de rencor a sus padres ni que el hecho de haber sido criado por Sam y Freda le dejara secuelas psicológicas duraderas, todo lo contrario: Samuelson parece haber aprendido de su breve experiencia de huérfano. La vida en la granja era primitiva. «Sé lo que significa no tener electricidad dentro de casa, ni calefacción central ni, por supuesto, cañerías. Había que usar el retrete y el orinal —recuerda—. Ir de compras a Valparaíso, que sólo estaba a ocho kilómetros, implicaba enganchar el caballo a la calesa y malgastar la mayor parte de la mañana.»⁴⁹

Era un niño muy inteligente que, a pesar de la evidente falta de estímulo intelectual de la granja, pronto empezó a devorar libros de la biblioteca.⁵⁰ Iba al colegio público local, que tenía un alto nivel de exigencia, y demostró ser lo bastante inteligente para saltarse cursos. Samuelson fue a unas ocho escuelas en total, pasando por Florida, donde sus padres también vivieron durante un breve período de tiempo. En 1923, los Samuelson volvieron a integrar a Paul en la familia y regresaron a Chicago, donde estudió secundaria en el instituto Hyde Park. Allí comenzó a mostrar un temprano interés por el funcionamiento de la economía. Con el auge del mercado de valores durante los años veinte, que atraía a estadounidenses de a pie que querían ganar dinero, empezó a seguir la Bolsa y ayudó a su profesor de álgebra del instituto a escoger valores ganadores a partir de la información financiera del periódico. Lamentablemente, no hay constancia de que la selección de acciones de Samuelson diera beneficios.

A los dieciséis años, haciendo gala de una precoz habilidad para las matemáticas, fue admitido anticipadamente en la Universidad de Chicago, donde descubriría, en la primera clase del primer día, el tema que le fascinaría durante el resto de su vida. Le gustaba decir: «Nací el 2 de enero de 1932, el día que entré en mi primera clase de la Universidad de Chicago». La economía se ajustaba como un guante a su intelecto. Nunca se planteó otra

asignatura ni otra carrera. «Qué buena suerte que, siendo aún adolescente, me topara con una asignatura que me interesara tanto y para la que tenía peculiares aptitudes», recordaba.

Entre las primeras ideas de las que oyó hablar durante sus primeros días en Chicago se encontraba la teoría del economista británico Robert Malthus⁵¹ «sobre cómo la gente no dejará de engendrar siempre tantos hijos que, por la ley de los rendimientos decrecientes, la población crecerá en consecuencia y los salarios se mantendrán al mínimo. Me pareció muy interesante, pero también muy simple. Y pensé que debía de haber algunas complicaciones que yo no alcanzaba a entender»,⁵² recordó.

El primer profesor de economía de Samuelson fue Aaron Director,⁵³ a quien encontraba «muy conservador, muy iconoclasta, pero muy interesante para mí». Samuelson se concentró en sus estudios de economía y recibió clases de gigantes de la Escuela de Chicago,⁵⁴ como Frank Knight,⁵⁵ Jacob Viner,⁵⁶ Henry Simons⁵⁷ y Paul Douglas.⁵⁸ Viner lo describió en un informe de la época como «un estudiante sobrio, cuidadoso y extremadamente capaz, dotado de una amplia técnica matemática, entusiasta, original e independiente, sin las beligerancias y la arrogancia que tan a menudo caracterizan a los jóvenes con una mente aguda y la certeza de que su capacidad intelectual es superior a la de sus compañeros». ⁵⁹ Samuelson se graduó en 1935, después de sólo tres años, con una licenciatura. Hizo su maestría al año siguiente.

Una de las primeras contribuciones de Samuelson a la teoría económica fue una herramienta de diagnóstico utilizada para analizar los ciclos económicos, denominada teoría del multiplicador y acelerador, más tarde conocida como modelo Hansen-Samuelson,⁶⁰ que intentaba explicar las razones por las que las economías de mercado avanzan en un ciclo establecido, del auge a la contracción y luego a la inversa, y así sucesivamente. Observó el efecto de influencias externas en una economía, como la inversión extranjera, y cómo estos factores exógenos contribuyen a los vaivenes del ciclo económico. Concluyó que ni el multiplicador de

Keynes ni el principio de aceleración de J. M. Clark eran adecuados para explicar los ciclos económicos y ofreció su propia fórmula explicativa.

Cuando en 1935 Samuelson ganó una beca de formación del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales —beca de reciente creación y bien remunerada que se concedía a los ocho mejores licenciados en Economía de Estados Unidos—, su vida dio un giro inesperado. La única condición para el premio era que Samuelson dejara la Universidad de Chicago. Como él mismo dijo, la cláusula significaba que le «sobornaban para que abandonara» Chicago.⁶¹ «Gracias a Dios que recibí tal soborno, porque creo que habría sido un terrible error quedarme allí»,⁶² dijo Samuelson.

A Samuelson le convenía dejar Chicago, ya que hacía un tiempo que creía que la economía de la Escuela de Chicago sólo tenía una conexión oblicua con la realidad. En los años treinta, mientras la Depresión causaba estragos y millones de desempleados pedían trabajo, los profesores de Chicago insistían en que no había nada que pudiera hacer el Gobierno para aliviar el sufrimiento humano. «Las sutilezas de la existencia no eran motivo de preocupación y, sin embargo, en todas partes todo estaba cerrado la mayor parte del tiempo —recordaba—. Si vivías en una comunidad de clase media de Chicago, niños y adultos venían a diario a la puerta diciendo: “Estamos muertos de hambre, ¿me puede dar una patata?”. Realmente es un doloroso recuerdo.»⁶³ No podía cuadrar lo que le enseñaban con la devastación humana que le rodeaba. «No podía racionalizar lo que aprendía en clase cuando casi todos los bancos de mi barrio en el norte de Indiana e Illinois habían quebrado y mi hermano mayor había perdido casi todo el dinero que había ahorrado para ir a la universidad.»⁶⁴ Además, «mi familia no era rica y podrían haber utilizado los ingresos que yo podría haber generado si hubiera trabajado, pero era inútil buscar trabajo».⁶⁵ Otro de sus primeros recuerdos de la economía de la vida real, la recesión de 1919-1921, fue ver cómo los empresarios habían importado a trabajadores de México para poner fin a una

huelga. Al igual que John Maynard Keynes antes que él, Samuelson estaba consternado por el azote del desempleo masivo que presenció y creía que las afirmaciones de la Escuela de Chicago sobre la impotencia ante tal miseria eran lágrimas de cocodrilo.⁶⁶

Obligado a dejar Chicago, Samuelson pensó que el mejor lugar para continuar sus estudios sería la Universidad de Columbia, en Nueva York, o Harvard, en Cambridge, Massachusetts. «Mis mentores en Chicago me recomendaron sin excepción que fuera a Columbia —recuerda—. Nunca me gustó aceptar los consejos de mis mayores y superiores. Así que elegí Harvard, en cierto modo por un error de cálculo.»⁶⁷

Samuelson recibió clases en Harvard de un grupo de excepcionales intelectuales alemanes y austríacos que habían escapado de la tiranía del nazismo, entre ellos Wassily Leontief,⁶⁸ Joseph Schumpeter,⁶⁹ Gottfried Haberler⁷⁰ y Alvin Hansen,⁷¹ conocido como «el Keynes estadounidense» por su erudita, temprana y muy influyente exposición de la obra maestra de Keynes de 1936, *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, a los economistas estadounidenses. Las condiciones de la beca de Samuelson le impedían estudiar un doctorado, por lo que se refugiaba en la biblioteca de Harvard para escribir una serie de innovadores artículos sobre economía matemática. «A los veinticinco años, contaba con un número de publicaciones mayor que mi edad»,⁷² recuerda.

En 1936, Samuelson emprendió su tesis doctoral, que Harvard le otorgó finalmente en 1941. Las ideas que Samuelson expuso en su tesis doctoral, «Fundamentos del análisis económico», eran tan exigentes que tras defenderla de forma oral ante el severo interrogatorio de sus supervisores, Schumpeter y Leontief, el primero se dirigió a su colega y le preguntó: «Bueno, Wassily, ¿hemos aprobado?». ⁷³ Más tarde, Samuelson adaptó la tesis en su primer libro, *Fundamentos del análisis económico* (1947), que pronto se convirtió en una obra de referencia que describe la mejor forma de aplicar los métodos matemáticos a la economía. En julio de 1938,

Samuelson se casó con su compañera Marion Crawford, estudiante de Economía en Harvard, ayudante de Schumpeter y protegida de Leontief.

Tras haber demostrado tener una mente brillante, cabía esperar que el Departamento de Economía de Harvard garantizara a Samuelson un puesto en la facultad una vez terminada su beca. Para su consternación, en otoño de 1940, el Departamento de Economía le ofreció, al parecer de mala gana, un humilde puesto de profesor, que él aceptó a regañadientes. Pero casi de inmediato surgió algo que hizo que Samuelson cambiara de opinión. En el verano de 1937, siendo miembro de la Harvard Society Junior Fellow, había comenzado lo que se convertiría en tres años de docencia a estudiantes universitarios en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Allí había captado la atención de un profesor adjunto de Economía, Harold Freeman, cuya voz era siempre escuchada por el MIT para contratar a candidatos para su facultad. En aquella época, el MIT no ostentaba el mismo prestigio que Harvard, era más bien conocido por sus cursos de ingeniería. Su Departamento de Economía tenía una reputación mediocre y no ofrecía cursos de posgrado.

Apenas unas horas después de que Samuelson aceptara el puesto en Harvard, Freeman le cursó una contraoferta como profesor asistente en el MIT, con la promesa de que podría concebir un programa de doctorado desde cero, siempre que empezara a dar clases de inmediato. Samuelson anunció a Harvard que también estaba considerando un puesto en el MIT y esperó a que Harvard respondiera, pero cuando después de doce horas no parecía haber ningún indicio de movimiento a la contraoferta, Samuelson aceptó el puesto del MIT. Su elección le cambiaría la vida. «De veras que agradezco a Darwin o a quienquiera que dirija el universo no haberme quedado atrapado en Chicago», aseguró.⁷⁴ Algunas personas creen que la decisión de Samuelson de abandonar Harvard por el MIT se debió a la mala opinión que de él tenía el catedrático de Economía Harold Hitchings Burbank,⁷⁵ quien, por

desgracia para Samuelson, se mostraba hostil al uso de las matemáticas en la economía y era antisemita. Otros pensaban que la culpa la tenía la actitud arrogante e independiente de Samuelson y su rechazo al tibio abrazo de Harvard.

El propio Samuelson creía que había algo de las dos cosas. Recuerda:

El antisemitismo era algo omnipresente en la vida académica anterior a la Segunda Guerra Mundial, aquí y en el extranjero. Así que, por supuesto, mi esposa, de ascendencia anglosajona protestante, y yo sabíamos que sería un factor relevante en mi carrera en Harvard. Pero en 1940, los tiempos estaban cambiando. Tal vez había demasiado de la arrogancia de Guillermo Tell en mi personalidad para congraciarme con los círculos que daban poca importancia a los méritos a la hora de conceder la titularidad.⁷⁶

A la hora de decidir si elegir el MIT en lugar de Harvard, Samuelson también siguió el consejo de su antiguo mentor de estadística y economía matemática en Harvard, Edwin Bidwell Wilson.⁷⁷ «Me escribió que cuando en 1907 recibió una oferta para ser director del Departamento de Física en el MIT y dejó Yale, la gente pensó que se había vuelto loco. Pero al final fue una de las mejores decisiones que tomó nunca —recordaba Samuelson—. Eso significó mucho para mí.»⁷⁸

Samuelson se incorporó al MIT como profesor auxiliar de Economía en 1940. La Segunda Guerra Mundial había estallado en septiembre de 1939 y parecía sólo cuestión de tiempo que Franklin D. Roosevelt llevara a Estados Unidos a la guerra en el bando aliado. Con sólo veinticinco años, Samuelson consideró la posibilidad de alistarse en las fuerzas armadas, pero sufría de hipertensión y sabía que esta enfermedad lo inhabilitaría de manera automática para llevar el uniforme. Por tanto, se ofreció como voluntario para trabajos científicos bélicos especiales, ocupación que le permitiría seguir enseñando en el MIT.

A partir de 1944, Samuelson prestó sus sagaces conocimientos matemáticos al esfuerzo bélico en una pequeña cabaña de madera, la sala 20 del Laboratorio de Radiación del MIT, conocido como Rad

Lab, inaugurado en noviembre de 1940. En 1941, la recién creada Oficina de Investigación y Desarrollo Científico (OSRD, por sus siglas en inglés) encargó al laboratorio la fabricación de un sistema de radar que permitiera a los aviones de combate detectar a los aviones enemigos, un sistema de puntería automática basado en radar para las baterías antiaéreas y un sistema de radionavegación de largo alcance para los aviones militares.

El fin de las hostilidades en 1945 planteó nuevos retos para Samuelson. Ralph Freedman, director del Departamento de Economía del MIT, le propuso un proyecto. «Paul, la universidad exige que todos los estudiantes cursen dos semestres completos de introducción a la economía. Y lo odian —le explicó Freedman—. ¿Podrías pasar con menos carga lectiva durante unos meses y escribir un texto interesante que les guste? [...] No tiene que ser largo, sólo tiene que resultar atractivo para los alumnos.» Samuelson ni se lo pensó. «Dije: “Claro, ¿por qué no?”.»⁷⁹ Cuatro años después, Samuelson publicó el resultado de su trabajo: un libro de texto, *Economía*, que revolucionaría la enseñanza de la economía y establecería el keynesianismo como el enfoque principal de la macroeconomía para generaciones de economistas de todo el mundo. Como recuerda Samuelson: «Sabía que se vendería bien. Pero lo que no sabía es que se vendería bien durante cincuenta años y que establecería un nuevo modelo económico».⁸⁰

La primera edición de su *Economía* era descaradamente —y dadas las circunstancias, provocativamente— keynesiana. De todos los grandes economistas citados, sólo Keynes, «un polifacético genio», contaba con una breve biografía para que cobrara vida ante los lectores. Estaban presentes todos los elementos clave de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de Keynes: el multiplicador de Kahn (la noción de que cada libra que el Gobierno añadía a la economía sería gastada por el receptor, y luego los sucesivos poseedores la emplearían una y otra vez, de modo que el efecto no era el de poner una libra, sino varias), la propensión al consumo, la paradoja del ahorro y la política fiscal anticíclica. Se

describía y explicaba la fórmula para evaluar la demanda agregada ($PIB = C + I + G$, donde C = gasto en consumo, I = inversión y G = gasto público), así como, por primera vez, el modelo gasto-producto, o cruz keynesiana, que traza la intersección de la demanda agregada y los ingresos (el diagrama adornaba la portada de las tres primeras ediciones). Samuelson puso patas arriba los medios tradicionales de entender la economía al poner la macroeconomía por delante de la microeconomía.

El genuino mensaje keynesiano del libro de texto de Samuelson lo situó por primera vez en el punto de mira político. En la inmediata posguerra comenzó la Guerra Fría, que desató una avalancha de actividad anticomunista en Estados Unidos, la cual culminó con las amedrentadoras audiencias en el Congreso del Subcomité Permanente de Investigaciones del senador Joe McCarthy, con la intención de purgar a los comunistas de la vida pública. Aunque Keynes no era ni comunista ni socialista, la sospecha se cernió sobre sus innovadoras ideas porque promovían el gasto financiado por el Estado para crear puestos de trabajo. Para algunos, esto se asemejaba al comunismo. La economista canadiense Lorie Tarshis⁸¹ —una estudiante de Keynes que se incorporó a la Universidad de Stanford y cuyo libro, *The Elements of Economics* (1947), se convirtió en el primer libro de texto estadounidense en promover las teorías de Keynes— fue una de las primeras víctimas de la histeria anticomunista. Se emprendió una campaña para desterrar el libro de Tarshis de los campus estadounidenses, y aunque Stanford se resistió a las exigencias de su despido, otras facultades no fueron tan valientes y cedieron a la presión para boicotear el libro.

Tras la publicación de *God and Man at Yale*, de William F. Buckley Jr.,⁸² una sensacional diatriba contra la «impiedad» de las instituciones docentes liberales, en la que sugería que había algo malo, antiestadounidense y casi marxista en la promoción de una línea keynesiana entre los estudiantes, Samuelson entró en la lista de los sospechosos de seguir tendencias comunistas. Acabó siendo

objeto de escrutinio crítico por parte de los preocupados miembros de la corporación gobernante del MIT. Sólo se salvó de compartir el espeluznante destino de Tarshis gracias a la intervención personal del presidente del MIT, el físico Karl Taylor Compton,⁸³ que escribió a los miembros de la corporación que se habían mostrado escépticos amenazando con que dimitiría si alguno de ellos empezaba a interferir en la libertad de expresión de cualquier miembro del cuerpo docente del MIT. La caza de brujas cesó.

Sin la amenaza de la censura ideológica, Samuelson progresó en el MIT. En 1947, la Asociación Estadounidense de Economía lo nombró el economista menor de cuarenta años «que ha realizado la contribución más distinguida al cuerpo principal del pensamiento y conocimiento económico», en gran parte por *Fundamentos del análisis económico*.

Al año siguiente, Samuelson publicó *Economía*. El libro se convirtió de inmediato en un bestseller, revisado cada tres años aproximadamente y fuente de sana envidia por parte de los colegas de Samuelson. Su amigo George Stigler lo presentó en una ocasión con las siguientes palabras: «Samuelson, tras haber alcanzado la fama, busca ahora la fortuna».⁸⁴ A medida que los derechos de autor iban llegando a raudales, Samuelson consiguió reunir el suficiente dinero para liquidar la hipoteca de su casa. Para el profesor de mediana edad, el libro de texto era algo más que una mina de oro. «Que los que quieran escriban las leyes de la nación si yo puedo escribir sus libros de texto»,⁸⁵ comentaría más tarde.

En 1951, Samuelson presentó por primera vez su ingeniosa síntesis de la economía antigua y de la nueva. En el artículo «Principles and Rules in Modern Fiscal Policy: A Neo-classical Formulation», explicó con todo lujo de detalles cómo la política gubernamental podía minimizar el desempleo contrarrestando las fluctuaciones del ciclo económico. Aseguró que se había sobrestimado el éxito de los programas de obras públicas durante el New Deal y que se había subestimado la reducción de impuestos como medio de estímulo. La clave para controlar el ciclo económico

era la política fiscal: una mezcla de gasto público y modificaciones fiscales. No mencionó el papel que podrían desempeñar el dinero y la Reserva Federal en el mantenimiento de la oferta monetaria adecuada. El dinero no importaba para Samuelson en 1951, período de la economía al que más tarde se refirió como «keynesianismo modelo T».⁸⁶ Su decisión de ignorar la teoría monetaria —la premisa de que en una economía la oferta de dinero está directamente relacionada con la inflación— se convertiría en la esencia de su desacuerdo con monetaristas como Friedman.

En la edición de *Economía* de 1955, Samuelson presentó a un mundo más amplio su «síntesis neoclásica», mediante la que fusionaba el pensamiento keynesiano con la economía liberal, el enfoque prekeynesiano de la economía que se basaba en las fuerzas del libre mercado para conseguir con el tiempo un equilibrio equitativo. Escribió:

En los últimos años, el 90 por ciento de los economistas estadounidenses han dejado de ser economistas «keynesianos» o «antikeynesianos». En su lugar, han trabajado hacia una síntesis de todo lo valioso en la vieja economía y en las teorías modernas de determinación de los salarios. El resultado se podría denominar *economía neoclásica* y ser aceptado en sus líneas generales por todos los escritores, excepto por un 5 por ciento de los de extrema izquierda y derecha.⁸⁷

Samuelson estaba siendo optimista. Al dar por terminada la división entre keynesianos y economistas conservadores, esperaba que así fuera. Pero el abismo existente entre keynesianos y economistas de mercado era demasiado profundo y sincero.

Fue su fama de hacer comprensible la economía y su proximidad a Boston lo que llevó a Kennedy a incorporarlo como asesor económico en la campaña presidencial de 1960 del glamuroso senador de Massachusetts. En su primera reunión, Samuelson no se esforzó mucho que digamos por congraciarse. Ya había ofrecido sus consejos sobre economía a dos gigantes del

Partido Demócrata, Adlai Stevenson,⁸⁸ gobernador de Illinois, que en 1959 estaba considerando una tercera candidatura a la presidencia, y Averell Harriman.⁸⁹

Samuelson fue tajante con Kennedy. «No voy con usted —le dijo—, voy con [Adlai] Stevenson.» La respuesta de Kennedy fue: «No quiero su voto. Es un voto. Pero estoy pensando en postularme [a la Casa Blanca] y si cree tener buenas ideas para el país, ésta es su oportunidad».⁹⁰ Samuelson tenía reservas. «Creía que su padre, el viejo Joe Kennedy, era un hijo de puta, un contemporizador y un intolerante», explicó. Y dudaba de la seriedad del pobre niño rico cuya carrera a la Casa Blanca se debía en parte para cumplir el sueño del padre de que al menos uno de sus cuatro hijos fuera presidente. También dudaba de la seriedad de Kennedy. Aunque Samuelson había prestado declaración sobre asuntos económicos en comisiones senatoriales en las que se suponía que estaba Kennedy, nunca había visto asistir al joven senador.

Pero Samuelson accedió a ayudar a Kennedy, entre otras razones porque no tenía muy buena opinión de los consejos alternativos que Kennedy podría recibir. Samuelson recordaba haber pensado: «Este país es demasiado importante para ser dirigido por los consejos de economistas como John Kenneth Galbraith y Walt Rostow».⁹¹ A pesar de los recelos iniciales de Samuelson, ambos hombres mantuvieron una buena relación. Como recordó Samuelson: «Nuestro estilo y química congeniaron».⁹² A Samuelson le sorprendió la estudiada informalidad de Kennedy, «aunque nunca lo llamé Jack».⁹³ Samuelson recordaba que una vez, después de que le sirvieran un Bloody Mary, «mi estómago estaba del todo preparado para recibir un buen solomillo».⁹⁴ En lugar de eso, «comimos salchichas con judías».⁹⁵

Samuelson pronto le tomó la medida a Kennedy al que, si bien era «un oyente muy inteligente», le gustaba escuchar las sesiones informativas con un ligero toque de dramatismo. «Aprendí que todo

asesor del rey tiene la necesidad de embaucarle un poco, porque no despertarás su entusiasmo a menos que exageres», recordaba Samuelson.⁹⁶

A pesar de que Kennedy estudió economía durante un año en Harvard, Samuelson se propuso enseñarle la materia desde cero y, al más puro estilo Camelot, llevó a cabo su primera breve clase con el nuevo presidente, poco después de las elecciones de 1960, en un promontorio rocoso en el complejo de la familia Kennedy en Hyannis Port, Massachusetts. Samuelson escribió entonces una evaluación de la situación de la economía estadounidense y qué había que hacer a continuación en el «Informe Samuelson sobre el estado de la economía estadounidense al electo presidente Kennedy», y se lo entregó al presidente el 5 de enero de 1961.

El nuevo presidente heredó de Eisenhower una economía con un alto nivel de desempleo, que rondaba el 5 por ciento, y una capacidad excedentaria en fábricas y plantas inactivas. El alto precio del dólar, fijado por la Reserva Federal, significaba que las mercancías exportadas por Estados Unidos eran caras. ¿Cómo se podía remediar esto? Samuelson le dijo a Kennedy que en circunstancias similares en los años treinta, Keynes había recomendado recortes fiscales para inyectar dinero en una economía en crisis y aumentar la demanda agregada. En su pionera obra durante la Gran Depresión, Keynes había ofrecido varias soluciones a los Gobiernos que desearan evitar una recesión, el principal de ellos las obras públicas financiadas con gasto público, con dinero prestado si era necesario. Pero Keynes también recomendó, en *The Means to Prosperity* (1933), reducir los impuestos para aumentar la demanda agregada. Fue una propuesta que Samuelson adoptaría en su artículo de 1951, «Principles and Rules in Modern Fiscal Policy: A Neo-Classical Formulation».

Kennedy, que había hecho campaña sobre políticas económicas cautelosas, se sorprendió de que Samuelson recomendara que, si el desempleo llegaba al «crítico nivel del 7,5 por ciento», había que recortar los impuestos «3 o 4 puntos

porcentuales a toda categoría de ingresos». El nuevo presidente estaba desconcertado. «Acabo de hacer campaña con un programa de responsabilidad fiscal y presupuestos equilibrados, ¿y me dices que lo primero que debo hacer en el cargo es reducir impuestos?», cuestionó. Samuelson respondió que, si bien bastaría con un recorte de impuestos de unos 10.000 millones de dólares, él quería que Kennedy fuera aún más radical. «Consideré la idea de devaluar el dólar tras tomar posesión del cargo y culpar a Eisenhower —dijo—. ⁹⁷ Pero eso no iba a pasar y como resultado pasamos toda una década defendiendo lo indefendible hasta que la presa se rompió después de un tiempo considerable tras la muerte de Kennedy.»⁹⁸

Era inevitable que tantearan a Samuelson para que se uniera a la Administración de Kennedy a tiempo completo, pero el economista era reacio a meterse de lleno en el Gobierno y habitar el incestuoso mundo de Washington D. C. Cuando se le propuso formalmente dirigir el Consejo de Asesores Económicos de Kennedy, Samuelson lo rechazó. No le gustaba la posible alteración de su vida personal ni la idea de abandonar el muy productivo ritmo de trabajo que había establecido en el MIT. La revisión periódica de su libro de texto de economía, junto con sus obligaciones como profesor y la redacción de artículos científicos a razón de uno al año era más que suficiente. El sobrino de Samuelson, Lawrence Summers,⁹⁹ recuerda que «Paul se enorgullecía de decir que nunca pasaba más de tres noches seguidas en Washington».¹⁰⁰

También sus responsabilidades como joven padre lo mantenían en Cambridge. Cuando se le preguntaba cuántos hijos tenían él y Marion, Samuelson respondía: «Primero tuvimos uno, luego dos, luego tres y luego nos asustamos».¹⁰¹ Al final tendrían seis hijos, incluidos trillizos. En un período frenético, los Samuelson enviaban 350 pañales a la semana a la lavandería.

Habida cuenta de la breve presidencia de Kennedy, la decisión de Samuelson demostró ser acertada.¹⁰² Los asesores económicos presidenciales son figuras transitorias y muchos ejercen como tal sólo durante un breve período de tiempo. Es muy probable que el

sucesor accidental de Kennedy, Lyndon Johnson, hubiera rechazado a Samuelson, por lo que habría tenido que volver a toda prisa a Cambridge. El MIT apreció su devoción y le recompensó en 1966 ascendiéndolo a catedrático del Instituto.

La propuesta de Oz Elliott de colaborar regularmente en *Newsweek* tomó a Samuelson por sorpresa. Ya estaba sobrecargado de trabajo y había asumido otros compromisos, pero tenía claro que escribir una columna sobre economía para un público general le granjearía una enorme influencia en todo el mundo. La oferta le tentó. La idea de escribir alternativamente con Friedman añadía una pizca de morbo. Pero ni él ni Friedman podían imaginar que las columnas constituirían un debate informal sobre el futuro de la economía que se prolongaría durante casi dos décadas.

El paraíso perdido

Criado en la pobreza en Nueva Jersey, Friedman consigue abrirse paso y tener éxito en economía en Chicago, donde conoce, se hace amigo y desafía por primera vez a su eterno rival.

Los padres de Milton Friedman, como los de Samuelson, eran inmigrantes judíos procedentes de Europa Central. Mientras que la familia de Samuelson procedía de una franja de Polonia situada entre Prusia oriental y Lituania, la de Friedman provenía de Beregszász, en la Rutenia de los montes Cárpatos, que en aquella época formaba parte de Hungría. En la modificación de fronteras derivada de las dos guerras mundiales, pasó a ser brevemente de Checoslovaquia. Ahora es Beregovo, en Ucrania.

Jenő Saul Friedman y su mujer, Sára Ethel (de soltera Landau), llegaron a la ciudad de Nueva York a principios del siglo xx, cuando ambos eran adolescentes. En un primer momento, vivieron entre inmigrantes judíos en Brooklyn, Nueva York, donde Jenő, con pocas habilidades evidentes, trabajaba como jornalero y tuvo trabajos manuales durante el resto de su vida.

Milton Friedman nació el 31 de julio de 1912 en Brooklyn. Era el último hijo y el segundo varón de los cuatro hijos de Jenő y Sára. Cuando tenía un año, la familia se trasladó a Rahway, Nueva Jersey, una pequeña ciudad arbolada a unos treinta kilómetros de Manhattan y ocho al oeste de Staten Island. Allí, Sára Friedman montó un colmado en el que vendía alimentos básicos, como

legumbres, harina, cereales y copos de avena. Como recuerda Friedman: «Los ingresos de la familia eran escasos y muy inciertos; la crisis financiera, una compañera constante. Pero nunca nos faltó comida y el ambiente familiar era cálido y solidario». ¹⁰³

La tragedia golpeó a la familia cuando Jenő murió poco antes de que el precoz Friedman, que aún no había cumplido los dieciséis años, se graduara en el instituto Rahway en 1928. Sára quedó a cargo de la familia, y a Milton se le dejó claro que la muerte de su padre no interferiría en su educación. «Se dio por sentado que yo iría a la universidad —recuerda Friedman—, aunque, también, que tendría que buscarme la vida desde un punto de vista financiero.» Crecer en una familia en la que siempre escaseaba el dinero dejó huella en él. Incluso después de convertirse en un multimillonario de gran éxito, ganador del Premio Nobel, Friedman siempre devolvía las llamadas de los periodistas a cobro revertido.

Consiguió una beca para estudiar matemáticas en la Universidad Rutgers (Nueva Jersey), que por aquel entonces era una universidad privada, donde complementó una modesta asignación que su madre le enviaba sirviendo mesas, trabajando en una tienda minorista y participando en alguna que otra aventura empresarial, como la venta de corbatas verdes de Rutgers a los estudiantes de primer año en las residencias de estudiantes. Las matemáticas eran algo natural para Friedman y su primera ambición fue la de llegar a ser actuario de una compañía de seguros. «Me presenté a los exámenes de actuario porque era el único modo que yo conocía de ganarse la vida con las matemáticas —recuerda Friedman—. Sólo cuando entré en la universidad y empecé a cursar asignaturas de economía, además de las de matemáticas, descubrí que había alternativas.» ¹⁰⁴

Friedman se licenció en Rutgers en 1932, cuando la economía estadounidense ya estaba inmersa en la recesión económica del inicio de la Gran Depresión. La tragedia económica nacional convirtió la asignatura de Economía en una de las más interesantes entre los estudiantes y aquellas personas interesadas en política.

Siempre dispuesto a enzarzarse en una disputa, Friedman opinaba en acaloradas discusiones y contraargumentos acerca de quién había tenido la responsabilidad de la crisis bursátil de 1929, cómo y por qué se había producido el desplome, y qué podía hacer la nueva Administración demócrata de Franklin D. Roosevelt, si es que podía hacer algo al respecto. Friedman descubrió su pasión por la economía y abandonó su ambición de convertirse en actuario de seguros. Como explicó: «Si eres un universitario de diecinueve años en tu último curso, ¿qué es más importante para ti, averiguar cuáles son los precios correctos de los seguros de vida o intentar entender cómo el mundo se ha metido en este lío?». ¹⁰⁵

Tras graduarse, Friedman tuvo que hacer frente a una encrucijada. La Universidad de Brown le ofreció una beca para estudiar Matemáticas y la Universidad de Chicago le ofreció otra beca para estudiar Economía. Eligió Chicago en lugar de Providence, y en su primer día de estudios, gracias a la banalidad de los administradores que sentaban a los estudiantes en el aula por estricto orden alfabético, acabó al lado de Rose Director, la hermana del abogado y economista de Chicago Aaron Director. ¹⁰⁶ Como recordaba Friedman: «El acontecimiento más importante de ese año fue conocer a una tímida, retraída, encantadora y extremadamente brillante compañera de estudios de economía, Rose Director. Nos casamos seis años después». ¹⁰⁷ Rose no sólo sería una abnegada esposa y madre de sus dos hijos, Janet y David, ¹⁰⁸ sino que además se convertiría en su constante colaboradora, coautora, crítica leal y su acérrima defensora.

También iba a resultar significativo otro encuentro que tuvo lugar por esas fechas: en otoño de 1932, en el recién terminado edificio de investigación de Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago, conoció por primera vez a Paul Samuelson que, aunque era tres años menor que él, estaba, gracias a su precocidad, un año por encima de Friedman en Chicago. Éste había tenido constancia del evidente genio de Samuelson gracias a Director, que fue su profesor. Parece que la rivalidad fue intensa desde el principio. Y no

sólo en su competencia intelectual. Rose Friedman albergaba un ardiente resentimiento por las diferencias de oportunidades en la vida que habían disfrutado Friedman y Samuelson; incluso cuando ambos hombres contaban ya más de noventa años, se quejó del «privilegio» de su contrincante.

Mientras Samuelson estudiaba en Chicago con una beca completa, Friedman recibía un estipendio para la matrícula, pero dependía de un préstamo de 300 dólares de su hermana para pagar el alquiler y subsistir. Y mientras que Samuelson nunca tuvo que trabajar en el campus para llegar a fin de mes y pasaba todos los veranos en la playa del lago Míchigan, Friedman tenía dos trabajos a tiempo parcial, sirviendo mesas a la hora del almuerzo en un restaurante del campus y todo el día del sábado en una zapatería.¹⁰⁹ Samuelson, molesto por la queja de los Friedman, protestó asegurando que él había querido trabajar mientras estaba en la universidad, pero que no lo hizo porque, tras obtener una beca que cubría la mayor parte de sus gastos, le parecía mal competir con amigos que necesitaban un empleo. «Quería trabajar en verano para pagarme los estudios», recordó muchos años después, pero «tenía amigos que solicitaban trabajo en ochocientas empresas y no conseguían absolutamente nada a menos que conocieran a alguien». ¹¹⁰

Friedman se sacó un máster en Economía en Chicago en un solo año, en 1933, y pasó el año siguiente estudiando estadística y economía matemática con una beca en la Universidad de Columbia, bajo la supervisión de Harold Hotelling,¹¹¹ donde recibió clases de Wesley C. Mitchell¹¹² y John M. Clark.¹¹³ Pero el lugar donde se sentía como en casa era Chicago, ya que había encontrado un grupo de economistas que compartían su visión escéptica de la disciplina tal y como se enseñaba. La Escuela de Chicago —George J. Stigler, Henry Simons, Lloyd Mints,¹¹⁴ Frank Knight, W. Allen Wallis¹¹⁵ y Jacob Viner— compartía con Friedman una desconfianza instintiva por la intervención del Gobierno en la economía y una preferencia por las acciones gubernamentales regladas en lugar de

las discrecionales (sospechosa de los motivos de los políticos a la hora de adoptar decisiones económicas, la Escuela prefería limitar las acciones del Gobierno a través de la definición de medidas concretas que se debían tomar sólo cuando se dieran ciertas condiciones económicas). Después de Columbia, Friedman regresó a Chicago para trabajar por 1.600 dólares al año (30.100 en dólares de 2020) como ayudante de investigación del economista Henry Schultz,¹¹⁶ uno de los fundadores de la nueva disciplina de econometría —que mide elementos de la economía, como la relación entre la renta y el consumo de un individuo— y que estaba terminando su libro *The Theory and Measurement of Demand*.

Fue en 1934 cuando Friedman tuvo su primer y único encuentro con John Maynard Keynes, por entonces el economista más famoso del mundo. Mientras verificaba que no hubiese errores en el borrador del libro de Schultz, Friedman se mostró en desacuerdo con el legendario Arthur Pigou,¹¹⁷ el eminente catedrático de Economía de Cambridge (Inglaterra), y con sus ideas sobre la elasticidad de la demanda, es decir, el grado en que la demanda de un bien cambia al variar el precio. Friedman, muy seguro de sí mismo y todavía estudiante de posgrado, estaba confinado en cama con un fuerte resfriado y advirtió lo que pensaba que era un error en el razonamiento de Pigou. Sin pensárselo dos veces, escribió una dura crítica de las conclusiones de Pigou y se la envió a Keynes — que, entre sus muchas otras obligaciones, era editor del *Economic Journal* de la Royal Economic Society— con vistas a su publicación. Keynes mostró el artículo de Friedman a Pigou, quien dijo que el argumento de Friedman no se sostenía. Keynes decidió no publicarlo.

Impertérrito ante el rechazo de Keynes, Friedman envió el artículo a Frank Taussig,¹¹⁸ editor del *Quarterly Journal of Economics* del Departamento de Economía de la Universidad de Harvard, quien, tras una recomendación del economista de Harvard Wassily Leontief, lo publicó en noviembre de 1935. Pigou envió a Leontief una réplica a Friedman, que tuvo la oportunidad de

responder a la respuesta de Pigou. El hecho de que un joven economista provocara la respuesta de un economista tan distinguido y de renombre mundial como Pigou dirigió la atención de los economistas de Chicago sobre las excepcionales capacidades de Friedman y su extraordinario valor. El intercambio de opiniones con Pigou introdujo además al polémico Friedman en el tenso mundo de la controversia académica. Descubrió que ese mundillo le gustaba.

Al no lograr encontrar un puesto permanente en Chicago, en verano de 1935 Friedman siguió a la marea de jóvenes economistas que ocupaban los numerosos puestos bien remunerados que ofrecía la Administración Roosevelt para realizar la evaluación y aplicación de sus políticas del New Deal. El Comité de Recursos Nacionales, en Washington D. C., contrató a Friedman para que investigara cómo los estadounidenses gastaban sus ingresos, trabajo que acabaría plasmado en el libro de Friedman de 1957, *Una teoría de la función de consumo*. En otoño de 1937, Friedman pasó a la Oficina Nacional de Investigación Económica (NBER, por sus siglas en inglés) de Nueva York, donde fue nombrado ayudante de Simon Kuznets,¹¹⁹ que estaba investigando los ingresos de los estadounidenses profesionales para proporcionar al Gobierno federal la primera valoración exacta del ingreso nacional total.¹²⁰

Parte del trabajo de Friedman consistía en completar un estudio que Kuznets estaba llevando a cabo sobre las cualificaciones profesionales, en particular sobre la diferencia de salarios entre médicos y dentistas. Aunque para ser dentista había que estudiar tres años más que para ser médico, estos últimos cobraban un tercio más que los dentistas. Friedman era consciente de que los médicos judíos emigrados, muchos de ellos huyendo del nazismo, se encontraban con que al llegar a Estados Unidos les costaba encontrar un puesto de trabajo debido a los requisitos de residencia impuestos por la Asociación Médica Estadounidense (AMA, por sus siglas en inglés), algo que al parecer tenía que ver con el mantenimiento de la calidad de los médicos, pero que en la práctica funcionaba como una limitación al comercio. Tras terminar su

investigación, Friedman entregó sus chocantes conclusiones a Kuznets: la concesión de licencias para ejercer medicina a través de la AMA era perjudicial tanto para los médicos como para los pacientes.

El artículo de Friedman fue tan controvertido que, ante la insistencia de un miembro del consejo del NBER, el estudio quedó sin publicar. Samuelson, que se enteró de la polémica, se mostró cáustico con respecto al mal juicio exhibido por Friedman en su conclusión. «Sólo Milton Friedman podía argumentar —y hacerlo en serio— que, por tanto, todo el mundo debería poder practicar la cirugía»,¹²¹ recordó.

Friedman reflexionó años más tarde sobre el tiempo que estuvo trabajando en el New Deal de Roosevelt. Creía que en los años treinta, el enfoque disperso de Roosevelt para intervenir en la economía, mediante el que se probaron una serie de enfoques diferentes y dispares en un intento de reducir el desempleo y restablecer la demanda en la economía quebrada, tenía mucho de loable. «Fuimos testigos desde corta distancia del colapso de un banco tras otro en Chicago durante nuestro primer año en la universidad —escribió—. Al igual que nuestros profesores y demás compañeros en Chicago, y de hecho la mayor parte del país, considerábamos que muchas de las primeras medidas del New Deal eran respuestas adecuadas a la crítica situación; en nuestro caso, me apresuro a añadir que no eran las medidas de fijación de precios y salarios de la Administración Nacional de Recuperación y de la Administración de Ajuste Agrícola, sino ciertamente la Administración de Progreso de Obras, la Administración de Obras Públicas y el Cuerpo de Conservación Civil los que crearon puestos de trabajo.»¹²²

Con la economía quebrada, las empresas hundiéndose en la bancarrota a diario y la falta de empleo, trabajar para el Gobierno, o para organismos independientes creados para supervisar programas gubernamentales, era una buena opción para los Friedman. Si bien más tarde concluyó que gran parte del enfoque de

ensayo y error de Franklin D. Roosevelt de la intervención en el mercado había sido inútil, no podía negar que el New Deal había beneficiado al matrimonio. Recordaba:

Resulta irónico, pero el New Deal nos salvó personalmente la vida [...]. Sin el New Deal, no está nada claro que [Rose y yo] hubiéramos podido obtener un puesto de trabajo como economistas. Los puestos académicos eran escasos. El antisemitismo estaba muy extendido en el mundo académico [...]. Estábamos a un paso de empezar nuestras carreras, y aunque éramos jóvenes y naturalmente optimistas, nuestra actitud y hábitos a lo largo de la vida se vieron muy afectados por la depresión.¹²³

A Friedman no le ofrecieron un puesto académico hasta que se trasladó a la Universidad de Wisconsin-Madison durante un año como profesor visitante en 1940, «y el antisemitismo contribuyó a que ese nombramiento fuera sólo de un año»,¹²⁴ recuerda Friedman. Poco a poco, Roosevelt iba preparando al pueblo estadounidense para luchar contra Alemania y Japón, y en Wisconsin habitaba una gran población de germano-estadounidenses que opinaban lo contrario. Friedman no intentó disimular su creencia de que Estados Unidos debía ayudar a la hostigada Gran Bretaña, la última democracia restante en Europa, en su lucha contra la tiranía del Eje. Pero Friedman se vio atrapado entre facciones rivales en la Facultad de Economía de Wisconsin cuando, tras escribir un informe sobre la enseñanza de la estadística en la universidad que desacreditaba a los profesores responsables de la materia, su nombramiento como profesor asociado aglutinó una fuerte oposición para luego ser rechazado. El principal detractor de Friedman fue Walter A. Morton,¹²⁵ quien, según Rose Friedman, era «considerado antisemita y muy pro-Alemania» (Morton negó la acusación).

Del mismo modo en que Samuelson se había topado con el antisemitismo en Harvard y había cruzado el río Charles hasta el MIT para evitarlo, Friedman decidió encogerse de hombros y no hacer caso del insulto de la Universidad de Wisconsin-Madison, y buscar empleo en otro lugar. No tardó en encontrar un proyecto de

investigación que le intrigaba: los catedráticos de Economía de la Universidad de Columbia Carl Shoup¹²⁶ y Ruth Mack¹²⁷ le invitaron a pasar el verano con ellos en Norwich, Vermont, en nombre de la Fundación Carnegie y el Instituto de Administración pública. Su tarea consistía en estudiar el mejor modo de aumentar los impuestos en una economía de guerra para que las empresas repercutieran los costes adicionales a los consumidores y sin que los trabajadores exigieran salarios más altos, lo que provocaría un aumento de los precios en general. Cuando se ultimó el informe, *Taxing to Prevent Inflation*, ofrecieron a Friedman un puesto en la división de investigación fiscal del Departamento del Tesoro de Estados Unidos en Washington.¹²⁸ Friedman pasó los dos años siguientes inventando formas de recaudar impuestos en tiempos de guerra, un enigma que también suscitaba un animado debate en Gran Bretaña entre Keynes¹²⁹ y Hayek.

Una cuestión formulada por Friedman era hasta qué punto había que aumentar los impuestos como medio para limitar el incremento de precios. Al recomendar al Congreso una subida de impuestos de 87.000 millones de dólares, que consideraba «la cantidad más pequeña coherente con el éxito de evitar la inflación», Friedman se vio adoptando la misma lógica que proponía Keynes en Londres. «El rasgo más notable de esta declaración es lo keynesiana que es —recordaba Friedman—. Había olvidado por completo lo keynesiano que era entonces.»¹³⁰

En años posteriores, Friedman se distanciaría de su contribución más importante a la economía de guerra: la invención de la retención de impuestos sobre la nómina. Al gravar a los estadounidenses en la fuente, de su salario, no había forma de evadir el impuesto sobre la renta. Recordaba:

Nunca se me ocurrió entonces que estaba ayudando a desarrollar una maquinaria que haría posible un Estado que acabaría por criticar duramente por ser demasiado grande, demasiado intrusivo, demasiado destructivo de la libertad. Sin embargo, eso es justo lo que estaba haciendo. Rose se pasó un par de años regañándome reiteradamente por el papel que jugué para hacer

posible el actual Estado sobredimensionado que ambos tanto criticamos. Es una broma, claro, ya que la retención se habría introducido tanto si había estado involucrado yo como si no. A lo sumo acepto la culpa de haber contribuido a hacerlo más eficiente de lo que podría haber sido de otro modo.¹³¹

Friedman también participó en trabajos con una aplicación más evidente al arte de la guerra.

Tomemos el ejemplo de un misil antiaéreo. Es posible fabricarlo de manera que pueda controlarse en cuantos pedazos se rompe al explotar. ¿Debería tener muchas piezas pequeñas, para que haya una alta probabilidad de impacto, pero que no sea tan dañino para el objeto impactado? ¿O mejor algunas piezas grandes, cada una de las cuales destruirá el avión al que se está disparando si da en el blanco, pero la probabilidad de alcanzarlo es menor?¹³²

En 1943, los Friedman regresaron a Nueva York a invitación de W. Allen Wallis para unirse al Grupo de Investigación Estadística de la Universidad de Columbia, donde Friedman trabajaría durante el resto de la guerra.

Al año siguiente de terminar la guerra, en 1946, el trabajo de Friedman en coautoría con Kuznets, *Income from Independent Professional Practice*, fue presentado en Columbia como tesis doctoral. En 1946, con la marcha de Viner de Chicago a Princeton, le ofrecieron a Friedman un puesto de profesor en el Departamento de Economía de Chicago y regresó a su hábitat espiritual. Con sus colegas de ideas afines, se convirtió en parte integrante del grupo que estableció Chicago como sede de la economía de mercado y que se mostraba profundamente escéptico con respecto a la ortodoxia keynesiana liderada por Harvard que había arrasado en la economía.

Pero la vuelta de Friedman a Chicago se vio eclipsada por el arrollador progreso de Samuelson, sin esfuerzo aparente. Jacob Marschak,¹³³ conocido como «el padre de la econometría», convenció al rector de la Universidad de Chicago, Robert Hutchins,¹³⁴ de que si la universidad conseguía traer a Friedman y a

Samuelson, dejaría muy atrás a las capitales económicas de Cambridge, Inglaterra, Harvard y Estocolmo. Luego siguió un largo cortejo a Samuelson. Se le ofreció una cátedra y un salario más alto del que recibía, cifra que fue aumentando a medida que proseguían las negociaciones. Samuelson estaba entre dos aguas y, tras rechazar en un principio el puesto, lo aceptó antes de volver a rechazarlo.

Parte de las reticencias de Samuelson se debían al antagonismo que muy probablemente tendría que enfrentar por parte de los conservadores del departamento de Chicago por su devoción a Keynes. Entre bastidores, la oposición al nombramiento de Samuelson era cada vez mayor. Marschak escribió desesperado a Hutchins: «Dado que la macroeconomía —que al fin y al cabo constituye el fundamento de toda política económica que no sea la de no hacer nada— se considera una herejía keynesiana, me resulta complicado defender su candidatura en el departamento». ¹³⁵ Friedman, que se incorporó al departamento el 1 de septiembre, se sumó al coro de reprobación, escribiendo a Stigler que «no le hacía mucha gracia» la perspectiva de que Samuelson volviera a Chicago. «Los keynesianos tienen los votos y los medios para utilizarlos —escribió—. [Frank] Knight está resentido y asegura que no piensa participar activamente en el departamento.» ¹³⁶ Al final, y para alivio de Friedman, Samuelson decidió quedarse donde estaba. Pero el incidente reveló el carácter intensamente político de la rivalidad personal que ya existía entre los dos hombres.

Fue en esa época cuando Friedman, en colaboración con una colega de la Oficina Nacional de Investigación Económica, Anna Schwartz, ¹³⁷ empezó a investigar el papel del dinero en la historia de la economía estadounidense. Su trabajo conjunto se convertiría en el elemento central del interés por este tema de Friedman durante toda su vida. La consiguiente obra *Monetary History of the United States, 1867-1960*, publicada en 1960, revirtió la sabiduría convencional sobre las razones de la Gran Depresión, al no culpar a la burbuja bursátil y al sobrecalentamiento de la economía,

sugeridos por Keynes, sino al hecho de que la Reserva Federal no proporcionara suficiente dinero para mantener la economía en movimiento. Aunque la opinión convencional era que el Gobierno federal había endurecido con razón el coste de los préstamos para poner fin a la descontrolada especulación con las acciones que había conducido al Crac de 1929, Friedman, mediante el análisis de los datos monetarios, llegó a una conclusión diferente: si la Reserva Federal hubiera reducido antes los tipos de interés, muchas de las empresas que habían quebrado habrían podido pedir préstamos para seguir adelante.

Friedman estaba empezando a ser conocido en Estados Unidos. Pero su fama no había llegado a Europa, de donde vino una inesperada invitación por parte de Friedrich Hayek. Y no para Friedman, sino para su cuñado Director, quien había desempeñado un papel fundamental para que la editorial de la Universidad de Chicago publicara en Estados Unidos, en septiembre de 1944, la influyente obra de Hayek *Camino de servidumbre*, después de que ningún editor estadounidense de renombre la aceptara.¹³⁸ Así que Hayek invitó a Director y a otros a una reunión en un hotel de esquí en temporada baja en la cima de una montaña en Suiza. Iba a ser, literalmente, una *cumbre* para decidir cómo revigorizar los argumentos intelectuales a favor del libre mercado frente al progresivo colectivismo.

Hayek tenía una misión. Creía que la libertad estaba en peligro a pesar de la victoria de las democracias sobre las tiránicas naciones del Eje. La revolución keynesiana en economía había legitimado e incentivado al sector gubernamental para desautorizar los mensajes del mercado y gestionar directamente las economías mediante el gasto del Estado en proyectos públicos. Los grandes programas de construcción gubernamental habían sido la seña de identidad del nazismo, que también puso al Estado a cargo de la economía. Hayek tenía el don de saber leer la situación general. En 1931, se había trasladado a Londres para intentar detener en seco a Keynes. Ahora iba a liderar un ejército compuesto por un batiburrillo

de intelectuales inconformistas, disidentes, conservadores y libertarios con el objetivo de revivir la suerte de la economía de libre mercado frente al progresivo socialismo en las naciones occidentales, alentado por la necesidad de una economía planificada en tiempos de guerra. Llamó a las armas a un dispar grupo de forasteros y miembros del singular escuadrón, invitándolos a pasar una semana discutiendo sobre qué había que hacer para detener la marea del estatismo generalizado.

Director no se tomó muy en serio la voz de alarma de Hayek, que ya había explicado los peligros del socialismo accidental en *Camino de servidumbre*. Pero le pareció buena idea pasar una semana en Suiza con todos los gastos pagados por un grupo de banqueros suizos. Sería una buena oportunidad para él y sus amigos de jugar a las cartas durante una semana. Así que invitó a su cuñado Friedman y a Stigler a que lo acompañaran, sugiriendo que, aunque la reunión fuera ostensiblemente «un viaje a Suiza [...] para salvar el liberalismo»,¹³⁹ era una buena excusa para escapar de sus mujeres y jugar durante diez días al *bridge*.¹⁴⁰ Stigler le pidió a Friedman que «enseñara a Aaron a jugar al *bridge*, y ya encontraremos a un cuarto liberal con quien jugar». ¹⁴¹

En esta estancia en el Hotel du Parc, en abril de 1947, en el pueblo suizo de Mont Pèlerin, cerca de Vevey, Friedman descubrió un mundo más allá de Estados Unidos, habitado por agradables pensadores, muchos de los cuales se convertirían en sus aliados naturales y con el tiempo en sus discípulos. Según recordaba él mismo:

Ahí estaba yo, un joven estadounidense ingenuo y provinciano, conociendo a gente de todo el mundo, todos ellos dedicados en cuerpo y alma a los mismos principios liberales que nosotros; todos atribulados en sus propios países, pero entre ellos eruditos, algunos ya famosos internacionalmente, otros destinados a serlo; trabando amistad con personas que han enriquecido nuestras vidas, y participando en la fundación de una sociedad que ha contribuido a preservar y fortalecer las ideas liberales.¹⁴²

Friedman había conocido de pasada a Hayek en Chicago durante una gira de promoción de *Camino de servidumbre*. Llegó a conocerlo mejor en Suiza, así como el importante lugar que ocupaba en el temprano firmamento contrakeynesiano. Friedman también conoció en Mont Pèlerin al irascible Ludwig von Mises,¹⁴³ una gigantesca figura de la economía austríaca, cuya beligerancia e independencia de criterio había ofendido tanto a las marionetas nazis de Viena que había provocado su exilio. Después de un tiempo en Suiza, en 1940 llegó a Nueva York, donde, gracias al Fondo William Volker,¹⁴⁴ que promovía las ideas del libre mercado, consiguió una cátedra en la Universidad de Nueva York. «Mises era una persona de opiniones muy firmes y bastante intolerante con las diferencias de opinión», recuerda Friedman. Y como no había nada que le gustara más que una disputa intelectual sin tapujos, Friedman señaló con regocijo que «nuestras sesiones se caracterizaban por una vigorosa controversia».¹⁴⁵

Más que un lugar para jugar al *bridge* con sus amigos, Friedman encontró en Mont Pèlerin a miembros de su propia iracunda tribu, un grupo de librepensadores apasionados y amigos de las discusiones que pretendían contrarrestar la ola socialista que estaba engullendo a los Gobiernos de posguerra de Occidente. «El lugar es increíble, maravilloso —escribió a Rose—. Nos hemos reunido tres veces al día [...]. Es bastante cansado, pero también muy estimulante.»¹⁴⁶ Hablaron asimismo de política y filosofía. Friedman, que nunca había limitado sus pensamientos a la economía, se sintió inspirado por los amplios debates sobre temas tan dispares como el papel de la religión y la moral en el mantenimiento de una sociedad libre, la función del poder monopolístico de los sindicatos y de si los Estados deberían tratar de conseguir que la sociedad fuera más equitativa por medio de impuestos sobre la renta.

Aunque Friedman no asistió a ninguno de los siguientes diez encuentros anuales de Mont Pèlerin, la amplitud de pensamiento que encontró en esa primera reunión resultó ser una inspiración.

Entre los muchos puntos de inflexión de la vida de Friedman, Mont Pèlerin fue uno muy significativo.¹⁴⁷ Y aunque Friedman y Hayek discrepaban con respecto al valor de la economía austríaca, con el tiempo Friedman se convertiría en sucesor natural de Hayek, no tanto por su visión de la economía como por la magnitud de su ambición de derribar el consenso keynesiano progresista y reducir el sector público.

Las diferencias entre Friedman y Hayek sobre economía se pusieron de manifiesto en 1950, cuando el último solicitó entrar en el Departamento de Economía de Chicago. Hayek imaginaba que su perspectiva de la Escuela Austríaca encajaría de forma natural con el resto de los conservadores de la Escuela de Chicago. Pero la lógica de la Escuela Austríaca de economía estaba tan alejada de la corriente de pensamiento de la de Chicago como ésta de la del keynesianismo.

Inspirado por las enseñanzas de Von Mises, Hayek creía que una economía debía quedar totalmente exenta de la intervención del Estado, excepto para garantizar el eficaz funcionamiento del mercado mediante una ligera regulación. Pensaba que nadie sabía lo bastante sobre el funcionamiento de la economía para que la intervención del Estado fuera algo más que una temeraria interferencia. Friedman, y gran parte de la Escuela de Chicago, promovían el virtuosismo de las fuerzas del libre mercado, pero concentraban sus energías en determinar cómo una economía funciona de forma más eficiente, por ejemplo, mediante el estudio del mecanismo de precios y los incentivos para el crecimiento.

Para bochorno de Hayek, la Facultad de Economía de Chicago rechazó sus propuestas y se vio obligado a aceptar un puesto en un departamento menor, el Comité de Pensamiento Social. La Escuela de Chicago «no le quería», recuerda Friedman. «No estaban de acuerdo con su pensamiento económico [...]. Si hubiesen buscado por el mundo a un economista para añadirlo a su personal, su propuesta no habría sido [Hayek] el autor de *Precios y producción*.»¹⁴⁸

Friedman no tardó en experimentar de primera mano el persistente rencor entre los bastiones keynesianos y los conservadores que asistían a los encuentros de Mont Pèlerin. La división entre izquierda y derecha en economía, nacida del amargo duelo entre Keynes y Hayek en 1931, había enturbiado el ambiente entre ambos bandos de forma permanente y seguía provocando que académicos, por lo demás bien educados, se insultaran entre sí. En el apogeo del enfrentamiento entre Keynes y Hayek, en los años treinta, Pigou, catedrático de Economía en Cambridge, denunció que la calidad del discurso intelectual en Cambridge había degenerado en «el método del duelo», con la disputa «librada a la manera de los gatos de Kilkenny». Se preguntó: «¿Estamos, en lo profundo de nuestro corazón, del todo satisfechos con la manera, o maneras, en que se suscitan algunas de nuestras controversias?». ¹⁴⁹ Sin embargo, en las dos décadas posteriores las divisiones políticas en economía siguieron siendo ponzoñosas.

En el año académico 1954-1955, Friedman se metió en la boca del lobo al aceptar una beca Fulbright para estudiar durante un semestre en el Gonville y Caius College, en Cambridge, Inglaterra. El hecho de que Friedman visitara Cambridge, la capital mundial del pensamiento keynesiano, fue en parte un acto de valentía, ya que, a ojos de los keynesianos, los economistas «clásicos» como él eran parias antediluvianos. Como dijo un observador, para los keynesianos, «los defensores acérrimos del libre mercado parecían ocupar algo así como el octavo anillo del Infierno, el lugar especial para los adivinos y los magos, donde están condenados a caminar hacia atrás con la cabeza del revés». ¹⁵⁰ Los economistas neoliberales devolvían diligentemente el desprecio a los keynesianos.

En el período previo a la publicación de su revolucionaria *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* en 1936, Keynes se había rodeado en su reducto del King's College, en Cambridge, de acólitos vociferantes, que tras su prematura muerte en 1946 defendieron a capa y espada lo que creían que era la auténtica fe

keynesiana. El «Circo de Cambridge», como era conocido, era un grupo de leales estudiantes y catedráticos que discutían libremente sobre economía con su héroe Keynes y, a través de una serie de íntimos seminarios, habían ayudado a revisar la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Desde la muerte de Keynes, un gran número se había escorado aún más a la izquierda, y muchos, como la genial Joan Robinson,¹⁵¹ defendían la titularidad pública, una elevada presión fiscal y la prestación colectiva, e incluso elogiaban las economías planificadas de regímenes totalitarios como el de la China comunista.

El Circo se sentía seguro en su territorio de origen y encontraron divertido al bajito y avispado estadounidense¹⁵² de anticuadas opiniones. El afable Friedman se llevó bien con los discípulos de Keynes y fue invitado a participar en el acogedor mundo de las cenas universitarias sentándose en la mesa de honor y en las fiestas regadas con jerez a primera hora de la noche. Entre los miembros del Circo que Friedman llegó a conocer se encontraba Richard Kahn,¹⁵³ que había demostrado matemáticamente la idea keynesiana del efecto «multiplicador» del nuevo gasto en una economía; Joan Robinson, esposa del también miembro del Circo Austin Robinson,¹⁵⁴ y el traductor de Hayek y antiguo colaborador convertido al keynesianismo, Nicholas Kaldor.¹⁵⁵ Friedman también conoció a Harry Johnson,¹⁵⁶ discípulo y biógrafo canadiense de Keynes, y a Dennis Robertson,¹⁵⁷ el más destacado opositor a Keynes y sus ideas en Cambridge, que compartía la creencia de Friedman en la importancia de la teoría monetaria.

Pero mientras Friedman se tomaba las numerosas diferencias culturales con filosofía, Rose Friedman estaba horrorizada por el marcado abismo que existía entre los keynesianos y los pocos economistas del *laissez faire* que quedaban en Cambridge. «Lo que más nos desconcertaba era el encono y la hostilidad que ambos grupos se profesaban entre sí y la ausencia prácticamente total de diálogo intelectual entre ellos», recordaba. Se evidenció una división igual de hostil entre los economistas estadounidenses. «En aquel

entonces, estábamos acostumbrados a estar en minoría con respecto a nuestras opiniones políticas y económicas en la mayoría de los campus de Estados Unidos —explicó Rose—. No obstante, nunca hemos estado en ningún campus estadounidense en el que la división fuera tan profunda o tan emocional como en Cambridge.»¹⁵⁸

El Circo no se inmutó ante la arrogante confianza de Friedman y disfrutó de la oportunidad de enfrentarse a él en público. Joan Robinson no sólo impartió una conferencia que desafiaba directamente uno de los temas predilectos de Friedman —liberar a las monedas de la camisa de fuerza a la que las había confinado Keynes en Bretton Woods—,¹⁵⁹ sino que le invitó a asistir como su invitado. En su intervención, Joan defendió con firmeza la decisión de Keynes de vincular el precio de las monedas entre sí. Antes de la Segunda Guerra Mundial, los Estados fijaban el precio de sus monedas —y, por tanto, el precio de sus exportaciones e importaciones— según sus necesidades internas. Pero con frecuencia el resultado era doloroso. Al fijar la libra esterlina a un precio demasiado alto directamente después de la Primera Guerra Mundial, el Gobierno conservador de Gran Bretaña había provocado un desempleo masivo, ya que a los exportadores británicos les resultó difícil encontrar clientes dispuestos a pagar un precio tan alto. Tras pronunciar su conferencia, Robinson invitó a Friedman a subir al escenario para defender su punto de vista contrario: que las monedas deberían poder flotar con libertad en el mercado. Fue un momento álgido para Friedman, que disfrutó de la discusión subsiguiente, así como de la atención que se le prestó a él y a sus ideas en el corazón del keynesianismo.

Friedman encontró las ocho semanas que pasó en Cambridge «extremadamente estimulantes e instructivas, y me llevaron a entablar estrechas amistades profesionales que dieron sus frutos».¹⁶⁰ Pero a Rose le pareció incómodo vivir, aunque fuera brevemente, en una comunidad que despreciaba con tanta

franqueza a los defensores de la economía de mercado. Creía que la London School of Economics, donde Hayek había dado clases, era «mucho más positiva y agradable que la de Cambridge». ¹⁶¹

Como keynesiano declarado, Samuelson era íntimo del Circo y fue acogido por ellos como uno de los suyos. Escribía con regularidad cartas a todos los protagonistas —Austin Robinson y su mujer Joan, Dennis Robertson, Piero Sraffa, John Hicks, Roy Harrod, Richard Kahn, Lionel Robbins—, y ellos le respondían en términos amistosos. Con el paso del tiempo y el desarrollo del keynesianismo, se describió a sí mismo como «un keynesiano, pero algo desilusionado, creyendo que a medida que avanzaba el siglo xx, los Estados tendían a ser demasiado grandes y poco eficientes, que no acababan de satisfacer las necesidades humanas que nosotros, las personas bien intencionadas, ensalzamos» ¹⁶² y como «un buen keynesiano de autoservicio [...] puedo ir a misa todas las semanas, así que soy un buen católico, pero no regulo el tamaño de mi familia de la forma en que le gustaría al papa». ¹⁶³

Samuelson nunca consideró el keynesianismo como una religión y criticó a los colegas que sí lo hacían. ¹⁶⁴ Cuando se le preguntaba qué clase de economista era, respondía: «Me llamo a mí mismo poskeynesiano. El keynesianismo de 1936 está pasado de moda. Eso no significa que no fuera adecuado para su época, claro». ¹⁶⁵ Y durante toda su vida estuvo dispuesto a criticar al maestro Keynes, incluso cuando se divertía con los miembros del Circo. Asistió a una reunión de keynesianos en Cambridge, Inglaterra, en 1983, para celebrar el 150 aniversario del nacimiento de Keynes. «Todo el mundo estaba allí —recordaba—, y todos se levantaron y declararon: “Sigo siendo un fiel keynesiano. Sigo siendo un auténtico creyente”. Fui un poco rudo y les repliqué: “Me recordáis a un grupo de nazis diciendo: sigo siendo un buen nazi”. No es una teología: es un modo de análisis. Creo que soy un keynesiano diferente al de hace diez años.» ¹⁶⁶ Pero en una ocasión en que se le pidió que clasificara a Keynes como economista, Samuelson no pestañeó. «Sigo pensando que fue el mejor

economista del siglo xx y uno de los tres más grandes de la historia.»¹⁶⁷ Cuando se le pidió que nombrara a los números dos y tres, respondió: «Adam Smith y Leon Walras».¹⁶⁸

Puede que fuera la excelsa confianza en su propio intelecto lo que le permitió a Samuelson cambiar de opinión tantas veces como deseaba, un rasgo admirable que le separó de aquellos, como Friedman y Hayek, que, tras decidir la línea que iban a seguir, continuaron profundizando en ella. Samuelson escribió una vez a Friedman: «Ahora debo tragarme mis palabras. Como sabes, detesto cambiar de opinión, pero odio aún más sostener una opinión equivocada, así que no tengo otra opción».¹⁶⁹ Como le recordaría a Friedman en una ocasión posterior: «Ninguno de mis trabajos de hace más de diez años puede representar mi punto de vista actual».¹⁷⁰ Se trata de una seguridad en sí mismo que Samuelson compartía con el mismo Keynes, quien, cuando se le cuestionaban sus cambios de opinión, respondía: «Cuando mi información cambia, yo cambio mis opiniones. ¿Usted no, caballero?».¹⁷¹

Contra Keynes

Friedman encuentra la misión de su vida: extirpar las ideas de Keynes de la economía. En su utopía económica, un capitalismo desatado triunfaría y restablecería el orden.

Después de visitar Gran Bretaña, los Friedman viajaron a Madrid y pasaron unas vacaciones familiares esquiando en Suiza, antes de dirigirse a Edimburgo para visitar la casa, y luego la tumba, del fundador escocés de la economía de libre mercado, Adam Smith. La siempre suspicaz Rose Friedman vio la mano oculta de los keynesianos en el lamentable estado del mausoleo de Smith. «La sepultura, si bien más grande que cualquier otra del cementerio, era la más árida y desatendida —escribió—. Milton pensó que el descuido se debía más bien al hecho de que Smith fue un soltero empedernido y no había tenido descendientes, más que al declive en la aceptación de su filosofía, que era lo que yo pensaba.»¹⁷²

Los años cincuenta fueron una década muy ajetreada y productiva para Friedman. En 1953 publicó una colección de textos bajo el título *Ensayos sobre economía positiva*, cuyo ensayo central, «La metodología de la economía positiva», aborda una teoría expuesta por el padre de J. M. Keynes, John Neville Keynes, sobre la objetividad de la economía y si ésta debía, como una ciencia física, describir el mundo tal como es o si, como la filosofía, debía adoptar un conjunto de criterios subjetivos para evaluar los resultados de los cambios de política. En este ensayo, Friedman estableció unos principios firmes que le guiarían durante toda su

carrera: sobre todo, como embajador de sus ideas, comprendió el valor de una teoría que, en su aparente simplicidad, fuera fácil de entender.

Hayek, por su parte, encontró preocupante el ensayo de Friedman. «Una de las cosas que más lamento es no haber vuelto a una crítica de [la *Teoría general* de] Keynes —confesó Hayek en los años noventa—,¹⁷³ pero es tan cierto como el no haber criticado los *Ensayos sobre economía positiva* de Milton, que en cierto modo es un libro igual de peligroso.»¹⁷⁴

En el ensayo *Una teoría de la función de consumo* (1957), Friedman cuestionó uno de los principios básicos del pensamiento keynesiano, la relación entre gastos e ingresos, que Keynes denominó «la función de consumo». Friedman afirmaba que los individuos respondían a cambios permanentes en sus ingresos más que a cambios temporales, por lo que una reducción fiscal a corto plazo, destinada a aumentar el consumo proporcionando más dinero para que una persona lo gaste, podría tener escasos resultados en el impulso de la economía general porque los individuos precavidos, conscientes de la naturaleza temporal de la rebaja, podrían ahorrar en lugar de gastar el beneficio tributario. Friedman consideraba este libro «mi mejor aporte científico, aunque no el más influyente»,¹⁷⁵ pero que sí contribuyó de forma significativa a incrementar su reputación entre los teóricos de la economía.

En 1960, Friedman y Anna Schwartz finalizaron sus años de investigación sobre un siglo de datos monetarios estadounidenses, *A Monetary History of the United States, 1867-1960*, que puso patas arriba la sabiduría popular sobre las causas de la Gran Depresión. La visión tradicional sugería que demasiado dinero en un sistema que perseguía muy pocos bienes —y muy pocas acciones— había conducido a precios insosteniblemente altos tanto de las acciones como de los bienes, lo que terminó en una burbuja bursátil que estalló en el Crac de 1929. Pero una cuidadosa revisión de los datos financieros contemporáneos, según Friedman y Schwartz, sugería una causa muy distinta: que la escasez de dinero en circulación —

con unos tipos de interés deliberadamente altos por parte de la Reserva Federal— había provocado la serie de quiebras bancarias que congelaron el sistema financiero, asustaron al mercado de valores y desencadenaron el colapso del mercado.

El libro no fue una mera obra de historia económica revisionista aceptada universalmente como correcta; argumentaba que había sido sobre todo la mala gestión del control de la oferta de dinero la causante del cambio de rumbo de la economía. La teoría cuantitativa del dinero estaba en el centro de su argumentación, abandonada desde hacía tiempo y que sugería que cuanto más dinero hubiera en circulación, mediante tipos de interés bajos y préstamos baratos, más disminuiría el valor del dinero. Del mismo modo, cuanto menos dinero hubiera en circulación, debido a los altos tipos de interés, más se mantendría en el tiempo el valor del dinero. En su *Monetary History*, Friedman y Schwartz recuperaron la largamente ignorada teoría cuantitativa en una encarnación que enseguida se conocería como «monetarismo».

Friedman se mostró encantado con la buena acogida que tuvieron sus argumentos y los de Schwartz. «Desempeñó un papel más importante a la hora de cambiar la corriente de opinión profesional al presentar gran cantidad de datos empíricos sobre la consistente relación entre los cambios monetarios y el cambio económico subsiguiente»,¹⁷⁶ explicó. Fue una «importante contribución a la controversia en curso entre el keynesianismo y lo que había dado en denominarse “monetarismo”». ¹⁷⁷

En junio de 1956, la Fundación Volker invitó a Friedman a dar una serie de conferencias en el Wabash College, en Crawfordsville, Indiana. Cuando las charlas se publicaron cinco años más tarde en forma de libro, *Capitalismo y libertad*,¹⁷⁸ se convirtieron en la primera defensa integral de Friedman del capitalismo salvaje, y no tardó en considerarse una biblia para los economistas y políticos conservadores que trabajaban para reducir el tamaño del Estado. La

obra también proporcionó a Friedman la dicha de escribir un bestseller. El libro vendería cuatrocientos mil ejemplares en los siguientes quince años, lo que permitió a los Friedman comprar una casa de vacaciones en Vermont a la que llamaron Capitaf en homenaje a la procedencia de los fondos.¹⁷⁹

Capitalismo y libertad fue el manifiesto personal de Friedman. A los cincuenta años, había reunido sus ideas sobre el dinero y el papel del Estado en una visión del mundo coherente que no era un simple rechazo de la economía keynesiana, sino una crítica del sistema de gobierno democrático que Estados Unidos había disfrutado desde la fundación de la República. Su opinión era que no podía haber libertad política si no se permitía al mercado operar libremente. Todos los intentos de moderar el mercado, por muy buenas intenciones que se tuvieran —como los impuestos progresivos sobre la renta diseñados para hacer que la sociedad sea más igualitaria o las subvenciones o exenciones fiscales para promover la igualdad racial o de género—, estaban condenados al fracaso porque obstaculizaban el funcionamiento eficiente del capitalismo, que, dejado a su suerte, seguro que maximizaba los beneficios para la sociedad.

La frase inicial del libro dejaba claro el objetivo previsto de Friedman. El año previo a las conferencias, el chico de oro del liberalismo estadounidense, el nuevo y joven presidente John F. Kennedy, había inspirado a los estadounidenses al decir durante su toma de posesión: «No preguntes qué puede hacer tu país por ti, pregunta qué puedes hacer tú por tu país».¹⁸⁰ Friedman desestimó las bonitas palabras de la personificación del pensamiento progresista como una sarta de condescendientes disparates. Confirmó una visión del mundo, dijo, en la que «el Estado es el patrón, y el ciudadano, el tutelado, una visión que está en desacuerdo con la creencia del hombre libre en su propia responsabilidad y en su propio destino».¹⁸¹ El grito de guerra de Kennedy para derrotar a los enemigos comunes y unir al mundo tras

la estela de Estados Unidos fue rechazado por Friedman por implicar «que el Estado es el amo o la deidad, y el ciudadano, el sirviente o devoto». ¹⁸²

Y continuó:

El hombre libre no preguntará ni qué puede hacer su país por él ni qué puede hacer él por su país. Preguntará más bien: «¿Qué podemos hacer mis compatriotas y yo a través del Estado para ayudarnos a cumplir con nuestras responsabilidades individuales, para lograr nuestros objetivos y propósitos, y, sobre todo, para proteger nuestra libertad?». ¹⁸³

Y los hombres libres formularían una segunda pregunta:

¿Cómo podemos evitar que el Estado que creamos se convierta en un Frankenstein que destruya la misma libertad que establecemos y queremos proteger? La libertad es una planta rara y delicada. Nuestras mentes nos dicen, y la historia lo confirma, que la gran amenaza para la libertad es la concentración de poder. El Estado es necesario para preservar nuestra libertad, es un instrumento a través del cual podemos ejercitar nuestra libertad; sin embargo, permitir que el poder se concentre en manos políticas es también una amenaza para la libertad. ¹⁸⁴

Después de media vida observando al Gobierno federal en acción, Friedman llegó a la conclusión de que éste no podría conseguir casi nada bueno. A partir de pruebas de su historia revisionista de que habían sido los miembros ineptos de la Reserva Federal del Gobierno federal, y no fallos inherentes al capitalismo, los causantes de la Gran Depresión, Friedman culpabilizaba prácticamente a todas las sucesivas iniciativas gubernamentales por mejorar la vida del pueblo estadounidense.

La progresividad del impuesto sobre la renta no había logrado igualar más a ricos y pobres. Las ayudas sociales sólo habían conseguido exacerbar la pobreza. Los programas de vivienda pública y de demolición de los barrios marginales habían «empeorado las condiciones de vivienda de los pobres, contribuido a la delincuencia juvenil y propagado el deterioro urbano». ¹⁸⁵ El apoyo del Gobierno a los agricultores mediante la fijación de los

precios de mercado de productos agrícolas se había «convertido en un escándalo nacional»¹⁸⁶ que había hecho poco por ayudar a los agricultores extremadamente pobres. El salario mínimo no había hecho que aumentaran los ingresos de los pobres, sino que había dejado a los estadounidenses sin trabajo. Los grandes proyectos financiados con fondos públicos, como la red de autopistas interestatales y las grandes presas hidroeléctricas, no eran más que «tributos a la capacidad del Estado para controlar grandes recursos».¹⁸⁷ Los sindicatos, creados para proteger los derechos de sus miembros y negociar colectivamente para obtener mejores salarios, ya no podían considerarse «del lado de los ángeles».¹⁸⁸

Capítulo a capítulo, Friedman expuso su visión de cómo una economía, liberada de los ajustes de los políticos, podría hacer que todo el mundo fuera más próspero y se sintiera más realizado que la actual economía mixta, en parte privada y en parte un sistema de gobierno. En vez de gasto público, regulación gubernamental y el Estado como prestamista de último recurso, Friedman ofrecía un mundo idílico en el que el mercado por sí solo purgaría los viejos males del desempleo, el racismo, la desigualdad de renta y la educación deficiente que los repetidos esfuerzos del Gobierno no habían logrado solucionar. Se desestimaba el keynesianismo por ser lógicamente deficiente, en el sentido de que el nuevo dinero bombeado en una economía a través del gasto gubernamental en dinero prestado proporcionaba una falsa sensación temporal de prosperidad que socavaba el verdadero progreso.

Como observó un comentarista socialdemócrata, «quería deshacer todo lo que hacía el Gobierno: la paridad entre los precios agrícolas e industriales, los aranceles, el control de los alquileres, el salario mínimo, la regulación de la industria, la Seguridad Social, la vivienda pública, el reclutamiento, los parques nacionales, el servicio de correos, las carreteras públicas y la concesión de licencias a profesiones».¹⁸⁹ Al evaluar los fallos de políticas gubernamentales

existentes, la sólida deformación inconformista en el carácter de Friedman pasó a primer plano. Como cantaba Groucho Marx¹⁹⁰ en *Plumas de caballo*:¹⁹¹

*Puede que tu propuesta sea buena,
pero vamos a dejar una cosa clara:
sea lo que sea, ¡estoy en contra!*

Capitalismo y libertad era un *tour de force*, un flagrante intento de llamar la atención que masacraba a las vacas sagradas liberales y deponía a los dioses progresistas de la casa. Marcó el momento en que Friedman mostró el alcance de su pensamiento revolucionario. Iba mucho más allá de la economía, inyectando a la moribunda filosofía política del conservadurismo una vibrante cepa de libertarismo.¹⁹² Si bien los debates sobre economía entre Samuelson y Friedman continuarían, este último notificó a su antiguo rival que él había pasado a un orden mayor, en el que la economía jugaba un papel relativamente pequeño.

Una muestra de la escasa reputación que Friedman ostentaba en 1962 es que, aunque *Capitalismo y libertad* fue reseñado en algunas revistas especializadas, así como en el *The Economist* londinense, ninguna de las principales publicaciones generales estadounidenses lo consideró digno de mención. Para Friedman, fue una prueba más de la marcada tendencia liberal de la prensa estadounidense. «Es inconcebible que un libro del mismo tipo desde el otro lado de la cuestión no haya sido reseñado en [*The New York Times*, *The New York Herald Tribune*, *Newsweek*, etcétera]»,¹⁹³ dijo. Aunque Samuelson llevaría a cabo varias revisiones más de su libro de texto *Economía* antes de que Friedman recibiera el reconocimiento debido por sus numerosos esfuerzos, elogió *Capitalismo y libertad* ante los estudiantes en la novena edición de 1973, como una «explicación rigurosamente lógica, cuidadosa y a menudo persuasiva de un punto de vista importante». ¹⁹⁴

A partir de ese momento, Friedman se redefinió como un defensor a ultranza del capitalismo con el objetivo de transformar a los republicanos de un partido moderado a uno de vanguardia dinámica para el libertarismo radical que a menudo era contrario a los valores conservadores tradicionales. Como señaló Friedman, los viejos prejuicios conservadores, como el odio racial, no tenían cabida en el capitalismo, que era un sistema desinteresado que trataba a todas las personas por igual.

Las creencias libertarias de Friedman contravenían a menudo los principios conservadores tradicionales. Los republicanos de la vieja escuela eran ante todo patriotas y creían en el servicio público como un deber sagrado. Para los republicanos, alistarse en las fuerzas armadas representaba el colmo de la devoción personal a la nación, y el reclutamiento militar obligatorio, en el que los ciudadanos estaban obligados a ponerse el uniforme, era el principal cumplimiento del deber. Especialmente durante los años sesenta, momento en que las tropas estadounidenses estaban combatiendo en Vietnam en gran número, los conservadores descalificaban a quienes se oponían al reclutamiento obligatorio en manifestaciones de protesta como *peaceniks* o pacifistas, objetores de conciencia o personas que temían por su vida. Los republicanos castigaban unánimemente a desertores e insumisos como traidores antiestadounidenses, incluso aunque los hijos de los conservadores —George W. Bush,¹⁹⁵ Mitt Romney,¹⁹⁶ Newt Gingrich,¹⁹⁷ Rudy Giuliani,¹⁹⁸ y Dick Cheney¹⁹⁹— encontraron formas de evitar el reclutamiento militar obligatorio.

Friedman se puso del lado de los que se negaban a empuñar las armas.²⁰⁰ Para él, el reclutamiento obligatorio era una exigencia impertinente por parte de un Estado prepotente. Consideraba que era «injusto, ineficiente e incoherente con una sociedad libre» y que el reclutamiento era «un arma [...] para desalentar la libertad de expresión, de reunión y de protesta».²⁰¹ Le preocupaba que un gran

Ejército permanente apoyado por el complejo militar-industrial amenazara las libertades fundamentales. Sugirió en su lugar la creación de unas fuerzas armadas de reclutas voluntarios.

Del mismo modo, Friedman escandalizó a sus amigos conservadores al abogar por la venta legal de drogas duras. «¿Tenemos derecho a utilizar la maquinaria del Estado para impedir que un individuo se convierta en alcohólico o drogadicto?», se preguntó. Su respuesta: «No tenemos derecho a utilizar la fuerza, ni directa ni indirectamente, para impedir que alguien se suicide, y mucho menos que beba alcohol o se drogue». Los enormes beneficios del comercio ilegal de drogas corrompían a la Policía, que debía acabar con el mercado negro de drogas. Por tanto, legalizar las drogas reduciría la delincuencia y haría que la Policía fuera más honesta. «¿Pueden concebir alguna otra medida que pueda conseguir tanto para promover la ley y el orden?»,²⁰² preguntó.

Friedman también defendió liberar a los padres de tener que enviar a sus hijos a colegios públicos,²⁰³ un sistema que significaba que los padres sólo podían ejercer el control sobre las escuelas a través del proceso político.²⁰⁴ ¿Su solución? Vales de educación proporcionados a los padres por el Gobierno, equivalentes al coste de enviar a un niño a una escuela pública, que podrían gastarse en colegios independientes. Esperaba que su propuesta rompiera el monopolio de los sindicatos de docentes en las escuelas públicas y permitiera que los padres tuvieran verdadera posibilidad de elección.²⁰⁵

Friedman estaba inmerso en una larga lucha política en muchos frentes, pero incluso a principios de los años sesenta, con cincuenta y pocos años, seguía siendo poco conocido fuera del mundo académico, e incluso dentro de éste no estaba demasiado bien considerado fuera de un pequeño grupo de economistas que no suscribían el consenso keynesiano. Su siguiente paso, sin embargo, le pondría en contacto directo con la alta política por primera vez,

mejorando su reputación entre los conservadores y confirmando al mismo tiempo a liberales y republicanos moderados su falta de criterio.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y para seguir siendo populares entre los votantes, el Partido Republicano había adoptado célebres políticas sociales y económicas de sus oponentes, como habían hecho muchos partidos conservadores de Europa occidental. Pero un grupo de republicanos, que a menudo vivía lejos del cosmopolitismo de las costas, se resistió sin hacer mucho ruido a los cambios. A principios de los años sesenta, estos conservadores rurales empezaron a exhibir su fuerza, lo que condujo a la campaña presidencial del senador de Arizona Barry Goldwater.²⁰⁶ A finales de 1963, Friedman se unió a la campaña de Goldwater como asesor económico en una carrera en la que un resurgente movimiento conservador tradicional desafiaría el liderazgo patricio republicano, representado por el neoyorquino Nelson Rockefeller,²⁰⁷ cuyo apellido era sinónimo de riqueza y privilegio.

A Friedman le había caído bien el opositor Goldwater cuando se lo presentó Bill Baroody,²⁰⁸ que más tarde dirigiría el centro de estudios conservador American Enterprise Institute. Goldwater era evidentemente una figura auténtica, duro por fuera y que sabía pensar por sí mismo. A Friedman le impresionó la adhesión de Goldwater a los principios conservadores básicos, su voluntad para defender posiciones impopulares y su disposición a renunciar al oportunismo político.²⁰⁹

La campaña de Goldwater fue un intento de ofrecer a los estadounidenses una opción conservadora radical ante el enfoque progresista de los problemas adoptado por las sucesivas administraciones de ambos bandos. Para hacerse con la nominación de su partido, Goldwater tuvo que superar la vehemente oposición del amistoso y complaciente *establishment* republicano del Este, que se había acostumbrado a dirigir el Partido Republicano como una rancia fraternidad masculina. Pero Goldwater era muy

popular entre las bases del partido y derrotó al tranquilo Rockefeller en la convención celebrada en San Francisco en julio de 1964, convirtiéndose en el improbable candidato republicano en las elecciones de noviembre contra el presidente Johnson.

Goldwater ofrecía a los votantes un fresco mensaje conservador que a Friedman le sonaba sincero. Sin embargo, a la clase política de la Costa Este le gustaba presentarlo como un peligroso extremista, ante lo que Goldwater bromeaba: «A veces creo que este país estaría mejor si pudiéramos serrar la Costa Este y dejar que flotara hacia el mar».²¹⁰ Friedman consideraba manifiestamente injusto el «sesgo de la prensa y la intelectualidad contra Goldwater». El candidato lanzó una réplica pegadiza cuando se le acusó de ser un fanático inquietante: «El extremismo en la defensa de la libertad no es un vicio. La moderación en la búsqueda de la justicia no es una virtud».²¹¹

Pero parecía que una de las posturas «extremistas» de Goldwater «en defensa de la libertad» iba a convertirlo en inelegible: su promesa de utilizar todo el arsenal militar de Estados Unidos para someter al régimen comunista de Vietnam del Norte, que, respaldado por sus poderosos aliados Rusia y China, llevaba años librando una guerra de guerrillas contra su vecino falsamente democrático, Vietnam del Sur. Johnson —que después de las elecciones intensificaría la guerra en Vietnam— se mostró encantado de presentar a su contrincante como un belicista de gatillo fácil que podría llevar a Estados Unidos a una guerra nuclear sin darse cuenta. El nocaut del presidente fue un anuncio de televisión, apodado «Daisy Ad», o el anuncio de la margarita,²¹² en el que una niña cuenta los pétalos que va arrancándole a una flor mientras la voz sombría de un hombre inicia la cuenta atrás del lanzamiento de un misil nuclear.

Friedman no temía que se le asociara con un candidato a quien el *establishment* liberal consideraba inaceptable y se encontró muy requerido en tanto señuelo y cómplice de Goldwater, dispuesto a aparecer en televisión o en entrevistas de prensa para dar un

respetable brillo intelectual a las posiciones aparentemente extremas de Goldwater. Friedman confirmó que las probabilidades de éxito estaban en contra de los que articulaban opiniones conservadoras. Lo recordaba:

Hablé y discutí con grupos del mundo académico, de los medios de comunicación, de la comunidad financiera, del mundo de las fundaciones, lo que se os ocurra. Había un grado increíble de homogeneidad intelectual, de aceptación de un conjunto de puntos de vista estándar con respuestas cliché a todas las objeciones, de petulante complacencia por pertenecer a un grupo. La experiencia más parecida que he tenido fue en Cambridge, Inglaterra, e incluso eso quedaba lejos.²¹³

En noviembre de 1964, Goldwater perdió de forma aplastante, ya que Johnson arrasó en todos los estados excepto en el natal de Goldwater, Arizona, y en cinco sureños muy conservadores. Para Friedman, la derrota supuso una lección que nunca olvidaría sobre las desigualdades de la práctica política. Pero su participación en la campaña de Goldwater, aunque muy controvertida, fue observada por el editor de *Newsweek*, Osborn Elliott, que buscaba un economista conservador intenso, provocador y amigo de las discusiones para contrarrestar los puntos de vista del keynesiano al que acababa de contratar, Paul Samuelson.

Y así fue como Friedman subió al ring con Samuelson para continuar un duelo intelectual que había comenzado en Inglaterra en 1931 entre Keynes y Hayek. Y si bien el duelo Keynes-Hayek duró apenas cuatro meses, el debate Samuelson-Friedman iniciado en *Newsweek* en 1965 se dilató casi cinco décadas. Y del mismo modo en que nunca hubo un golpe definitivo en el enfrentamiento Keynes-Hayek, tampoco aquí cayó nadie a la lona, aunque no tardó en hacerse evidente la intensidad y la pasión de la controversia original. Estaba en juego el rumbo de los siguientes cincuenta años de teoría económica, y con ello el papel del Gobierno federal como gestor de la economía estadounidense.

Duelo de columnistas

Sus columnas rivales en *Newsweek* pronto revelaron la profunda división en economía definida por primera vez por el enfrentamiento entre Keynes y Hayek.

La capacidad de mantener un flujo constante y novedoso de temas para atraer a los lectores es la principal preocupación de un columnista habitual. Al principio, tanto Samuelson como Friedman pensaron que, al escribir una columna semanal en *Newsweek*, la fuente de ideas no tardaría en agotarse. Pero ambos economistas se adaptaron pronto al ritmo, escribiendo en un principio cada tres semanas, y luego, cuando Henry Wallich se incorporó a la junta de la Reserva Federal, cada dos. A los dos les pareció que, con la aceleración del ritmo, la tarea se volvió más fácil y que su relación con los lectores mejoró.

«Cuando decidí escribir para *Newsweek*, me pregunté si se me acabarían los temas que tratar. No tenía de qué preocuparme»,²¹⁴ explicó Samuelson. Su persistente desazón por si le llegaba o no la inspiración a tiempo para los plazos quincenales se solucionó con el propio acto de escribir. Las columnas pasaron a ser un instrumento para reflexionar en voz alta. «¿Cómo puedo saber lo que realmente pienso hasta que leo lo que escribe mi pluma?»,²¹⁵ se preguntó Samuelson. Ambos escribían con rapidez y de manera muy convincente. Como dijo Samuelson: «Tener pluma fácil ayudaba».²¹⁶

El hecho de que los dos hombres, que se conocían desde hacía tanto tiempo, tuvieran que enfrentarse entre sí les resultaba divertido, y también una especie de fuente de inspiración. Como los dos eran tan competitivos y elocuentes, la pugna por hacerse con la atención —y la aprobación— de los lectores proporcionó buenos textos.

Ambos hombres eran conscientes de que en las columnas estaba en juego mucho más que la mera evaluación de los acontecimientos desde sus respectivos puntos de vista. Puede que Keynes triunfara sobre Hayek y los economistas clásicos tras la publicación de *La teoría general*, pero cuando Samuelson y Friedman se enfrentaron treinta años después, la hegemonía keynesiana estaba sometida a mucha presión. «El profano tiene una visión de los economistas como una beligerante tribu que nunca se pone de acuerdo», escribió Friedman.

Hay un elemento de validez en esta visión. Paul Samuelson y yo, por ejemplo, discrepamos a menudo, de forma contundente y pública, en cuestiones de políticas públicas [...]. Las divergencias sobre políticas públicas entre los economistas rara vez reflejan una diferencia en el análisis económico propiamente dicho, sino más bien en la apreciación sobre la magnitud cuantitativa, los objetivos que perseguir, el intervalo de tiempo que considerar o reflexiones de carácter político ajenas a la economía.²¹⁷

Samuelson coincidía con él. Las diferencias de opinión eran la sal de la vida intelectual. No era nada personal. «El profesor Friedman es un erudito muy capaz y un portavoz de la forma libertaria de la economía conservadora —escribió Samuelson—. Es también un viejo amigo. Sin embargo, a mi mente liberal no la convencer un número considerable de argumentos conservadores.»²¹⁸ Para aquellos lectores en busca de la verdad, Samuelson tenía una respuesta: «Defino una verdad como aquélla en la que están de acuerdo, al menos, dos de cada tres expertos en economía de *Newsweek*».²¹⁹ Y a aquellos lectores que estuvieran en franco desacuerdo con sus opiniones o con las de Friedman les

sugirió que se calmaran. «Si no le gusta la sección de economía de *Newsweek* de hoy, espere una semana: seguro que aparece algo diferente, tal vez incluso mejor»,²²⁰ garantizó.

Aunque a los periodistas pedantes les gusta otorgar mayor importancia a su mundano oficio al insinuar que están escribiendo «el primer borrador de la historia», todo periodismo, incluido escribir una columna, es efímero. ¿Quién quiere leer el periódico del día anterior? A Samuelson le convenía fingir que no le habían enfrentado a Friedman para maximizar la sensación. «No considero que mi función sea imponer mis juicios de valor a quienes tienen puntos de vista éticos diferentes —escribió—. Mi deber como economista es presentar de la forma más precisa y objetiva posible cuáles serán los costes y beneficios probables de cada decisión política propuesta.»²²¹ Pero no se hacía ilusiones de que el verdadero debate sobre los fundamentos de la economía fuera su principal preocupación. «Estos análisis de la transitoria escena económica están deliberadamente escritos para no presentar el punto de vista de un polemista —escribió—. La conversión del lector estaba muy lejos de mi mente. En lugar de intentar forzar la realidad en los confines distorsionadores de los simples sermones, quería enfatizar la interesante variedad de los problemas económicos.»²²²

El enfrentamiento Samuelson-Friedman se convirtió en un referente nacional de la vida política que dividió a los simpatizantes en dos bandos distintos: izquierda y derecha, liberales y conservadores, extremistas y radicales. Semana a semana, columna a columna, los dos se vieron obligados a abordar las vicisitudes de la política económica del Gobierno federal que las noticias planteaban. Pero sus contribuciones semanales, vistas como imágenes en movimiento, delataban profundas divergencias no sólo en sus opiniones sobre economía, sino en sus visiones del mundo.

Samuelson, al igual que Keynes, tenía una pluma elegante, y es evidente el cuidado y el placer con el que escogía sus palabras. Como Keynes, podía hacer uso de un profundo conocimiento que

iba mucho más allá de los áridos asuntos de la economía. Tal como Ronald Reagan, que comenzaba sus retransmisiones por radio semanales con un chiste, a Samuelson le gustaba empezar sus columnas con una cita divertida, y luego, tras despertar una sonrisa, pasaba a los aspectos de fondo de su miniensayo.

Así, por ejemplo, cuando en 1966, refiriéndose a si el Gobierno federal estaba aplicando las soluciones fiscales adecuadas, Samuelson se encontró debatiéndose entre dos opiniones encontradas, escribió que «como Oscar Wilde, que se pasaba la mañana poniendo una coma y la tarde quitándola, estoy fluctuando».²²³

Podía relacionarse con gigantes intelectuales. Y atribuía a los lectores una curiosidad intelectual tan profunda y amplia como la suya.

Antes de Jean-Jacques Rousseau,²²⁴ la gente solía cometer el error de considerar a los niños pequeños adultos. Desde Sigmund Freud,²²⁵ no hay excusa para no reconocer a los adultos como simples niños grandes.

Entre las muchas fuentes habituales a las que Samuelson citaba se encontraban el escritor de *The New Yorker* E. B. White,²²⁶ el autor imperialista británico Rudyard Kipling,²²⁷ el malévolo filósofo político italiano Nicolás Maquiavelo,²²⁸ el utópico inglés Samuel Butler²²⁹ y Charles Dickens,²³⁰ cronista en Londres del libre mercado en plena efervescencia, en el apogeo de la Revolución Industrial. Y no faltó una oleada de referencias a figuras e historias del Antiguo Testamento.

Friedman abordaba la escritura de un modo diferente. No sólo sus columnas mostraban poca erudición cultural, sino que, en comparación con las gruesas pinceladas y el enfoque de los problemas a menudo elevado de Samuelson, a Friedman le gustaba dialogar directamente con el lector y defender su argumentación a efectos prácticos. Le interesaba menos la elegancia y la pirotecnia verbal que expresarse con claridad y persuasión. «Friedman no es un gran estilista literario —observó un comentarista político—, pero

aprendió a escribir una prosa práctica y accesible para el lector común. Y cultivaba un desparpajo que proporcionaba a sus argumentos, antes descartados por los liberales como “extravagantes”, un timbre convincente.»²³¹ Así, pues, mientras que se puede considerar a Samuelson como un sumo sacerdote keynesiano con una escritura grandilocuente, Friedman era más bien un evangelista a domicilio del mercado libre, con la esperanza de convertir a los no iniciados, un prosélito por visita.

Siempre y cuando el debate se mantuviera centrado en sus colegas economistas, Samuelson llevaba clara ventaja. Mientras que él siempre mantuvo la dignidad y el porte del mayor catedrático de Economía de Estados Unidos, a Friedman, el insurgente, le gustaba moverse rápido y hacer malabarismos. Samuelson, el titular, rara vez perdía la oportunidad de empañar el prestigio de Friedman, el aspirante. Entre la mayoría de los economistas, Friedman era poco más que un tocapelotas. Y uno un tanto absurdo. Samuelson exageró al describir el desafío a la ortodoxia keynesiana de Friedman como «un hombre con un florete atacando un acorazado».²³² Pero Samuelson no subestimaba a su rival. «Es uno de los tipos más inteligentes que puedas conocer. Es tan convincente como no te esperas encontrar a nadie jamás»,²³³ observaría más tarde.

Las bromas sobre la preocupación de Friedman por la oferta monetaria, en detrimento de todos los demás elementos de la economía, y los trucos de prestidigitación con los que podía emplear la lógica fueron innumerables. «Milton sabe cómo deletrear banana, pero no sabe cuándo parar», bromeó un economista. «Ojalá pudiera estar tan seguro de algo como tú lo estás de todo», se mofó otro. «A Milton todo le recuerda a la oferta monetaria —escribió Robert Solow, colega de Samuelson en el MIT—. ²³⁴ A mí todo me recuerda al sexo, pero no lo pongo por escrito.»²³⁵ Samuelson explicaba así lo cogido con alfileres que estaba el argumento de Friedman: «Para

conservar vivo y fresco el pescado que llevaban en los viajes largos, los capitanes de barco solían introducir una anguila en el barril. Entre los economistas, Milton Friedman es esa anguila». ²³⁶

Mientras en privado, en las conversaciones y en su correspondencia ambos utilizaban tecnicismos y conocimientos especializados, en su periodismo se limitaban a argumentos que pudieran ser entendidos por lectores inteligentes sin formación en las complejidades de la economía avanzada. Samuelson se quedó sin su capacidad para invocar en su defensa conceptos eruditos y términos técnicos, o dar saltos lógicos a través de ecuaciones matemáticas, como hacía en sus artículos académicos, porque pocos lectores habrían podido entenderle. Friedman, sin embargo, había consolidado un estilo directo que evitaba complejidades innecesarias en favor de un enfoque aparentemente sensato a problemas que un lector medio podía comprender. Y aunque en formato impreso se resaltaban sus diferencias, en privado solían coincidir. «Cuando Milton Friedman y yo disentimos sobre algo, de inmediato somos capaces de identificar el origen y configuración de nuestras discrepancias de una forma que aquellas personas que no son economistas no pueden percibir», ²³⁷ recordaba Samuelson.

En el centro de atención de sus columnas semanales, se abandonó la actuación colegial, lo que benefició a Friedman. No era tanto que estuviera dispuesto a jugar sucio, sino que se alegraba de poder dejar a un lado la teoría económica apenas comprensible y argumentar del mismo modo que los estadounidenses de a pie lo hacían en casa cuando discutían sobre dinero y economía. La oferta monetaria era un caso ilustrativo. Que un exceso de dinero persiguiendo muy pocos bienes conduce a un aumento de los precios es un principio básico en economía. Por ello, un argumento que sugiriera que, si el Estado emitía mucho dinero nuevo, el resultado sería con toda probabilidad una prosperidad efímera seguida de inflación, parecía una afirmación razonable. Pero

Samuelson recordaba a los lectores que las analogías del día a día eran engañosas porque una economía nacional no funciona como un presupuesto doméstico.

Samuelson confesó no saber cuál era la mejor manera de lidiar con la técnica de debate de Friedman, tan eficaz y disruptiva, y admitió que cuando se preparaba para los debates cara a cara con su némesis, «siempre sentía cierto miedo».²³⁸ Cualquiera que fuera el resultado de un debate, Friedman tenía el don de hacer que pareciera que él había ganado. «Si después se leía una transcripción, podía parecer claro que yo había ganado el debate por puntos —recordaba Samuelson—. Pero de algún modo, con los miembros del público, yo siempre aparecía como alguien perteneciente a la élite, y Milton parecía salir victorioso.»²³⁹ No es de extrañar que George Shultz²⁴⁰ dijera de Friedman: «A todo el mundo le gusta discutir con Milton, sobre todo cuando él no está presente».²⁴¹ El periodista del *Financial Times* Sam Brittan²⁴² admiraba especialmente la franqueza y valor intelectual de Friedman y su valentía a la hora de enfrentarse a la opinión convencional de desaprobación. «Parte de su atractivo radicaba en su disposición a soltar verdades que se les habían ocurrido a muchas otras personas, pero que no se habían atrevido a expresarlas —escribió—. No obstante, Friedman continuaría defendiendo estas máximas contra las fuerzas en masa de la corrección económica.»²⁴³

Martin Anderson,²⁴⁴ que se convirtió en uno de los principales asesores económicos de Reagan, veía actuar a Friedman con envidiable fascinación. Escribió:

Quedar con Friedman es encontrarse con una bola de energía controlada. Sus ojos alertas y rápidos son amistosos. Al principio escucha en silencio, intensamente. Mientras esté de acuerdo contigo, escucha, aunque eso no suele durar mucho. A la primera señal de la mínima falta de lógica en tu argumentación, o en tus hechos, se abalanza sobre ti con una desconcertante serie de preguntas, afirmaciones y una lógica aplastante. Y todo eso lo hace de una manera tan amable y sincera que incluso aquella persona a la que hace trizas intelectualmente disfruta del encuentro.

Friedman es el intelectual del intelectual. Hace que la gente piense, y casi siempre lo hace de tal forma que los llena de satisfacción.²⁴⁵

El economista Robert Solow, que consideraba a Samuelson su mejor amigo, lo admiraba un poco menos, pero no podía negar las excepcionales cualidades de Friedman. Escribió:

Milton era un ideólogo, un verdadero creyente, poco dado al escepticismo o a desconfiar de sí mismo. De esos hay muchos, pero era un ideólogo dotado de una mente terriblemente aguda y rápida. Era un magnífico polemista y un guerrero feliz: implacable, plausible, táctico, convincente, bueno con el público, siempre sonriente. Cuando discutíamos, solía decir: «Bob, no te entiendo». Lo que quería decir era: «¿Cómo puedes ser tan tonto?». Aunque él nunca diría algo así.²⁴⁶

Friedman aprendió de Keynes que para que una teoría cautivase la imaginación del público debía ser fácil de entender. Muchos creían que la monumental *Teoría general* era confusa y de difícil comprensión. Sin embargo, el mensaje principal del revolucionario pensamiento de Keynes era simple y no requería que el lector se abriera paso con dificultad a través del libro. Keynes planteaba las preguntas clave: ¿deben los Gobiernos tratar de evitar el desempleo?, ¿cómo puede haber un elevado índice de desempleo en una economía con una capacidad productiva inutilizada?, ¿cómo pueden los Gobiernos restablecer la demanda agregada en una economía cuando ésta se hunde? Friedman explicaba:

Lo que hay que hacer es tener una teoría muy sencilla que insinúe los indicadores económicos fundamentales. Ninguna teoría tiene éxito si es demasiado complicada y difícil, porque la mayoría de los fenómenos se rigen por unas pocas fuerzas centrales. Lo que hace una buena teoría es simplificar: extrae las fuerzas centrales y obvia el resto. Así que la *Teoría general* de Keynes era la clase de teoría adecuada.²⁴⁷

La idea de Friedman que vinculaba los cambios en la oferta monetaria y en la velocidad de circulación del dinero a la inflación era simple y convincente: la inflación está causada únicamente por los cambios en la oferta monetaria y la velocidad a la que el dinero persigue los bienes. Samuelson, por el contrario, no tenía necesidad ni inclinación a simplificar demasiado sus argumentos para impresionar a nadie. Las pruebas de las teorías que escribió y publicó de forma tan prolífica desafiaban las explicaciones simples. Estaban llenas de ecuaciones matemáticas que describían las complejas interrelaciones entre los factores de una economía. Samuelson explicó: «Como los huevos, sólo hay dos tipos de teorías: las buenas y las malas. Y la prueba de la calidad de una teoría es su utilidad para iluminar la realidad observada. Su elegancia lógica y su sutil belleza son irrelevantes».²⁴⁸

Cualquiera que fuera el tema sobre el que los dos hombres estuvieran escribiendo, ambos buscaban el origen de la diferencia fundamental en sus opiniones en el cisma entre Keynes y Hayek surgido treinta años antes. Ocupa un lugar central en su discrepancia, y en el de las dos principales facciones opuestas de la economía, izquierda y derecha, una diferencia fundamental sobre si los Estados debían intervenir en el mercado y si cualquier intervención podía alcanzar sus objetivos previstos.

El pensamiento económico de Hayek se basaba en su propia experiencia en Austria después de la Primera Guerra Mundial. Cuando desmantelaron el Imperio de los Habsburgo, su territorio quedó dividido. Austria quedó como cabeza decapitada de un imperio que ya no existía y la economía no tardó en sumirse en el caos, con una inflación galopante que aterrorizaba a la población austríaca, incluidos Hayek y su familia. Von Mises, que era el jefe del organismo gubernamental austríaco que administraba la enorme deuda de guerra de Austria, le ofreció un puesto de trabajo a Hayek.

Éste descubrió de primera mano los horrores de la hiperinflación. Su salario se fijó en 5.000 coronas antiguas al mes. Pero la inflación era tan desorbitada que, para mantenerse al día con la subida de precios, al segundo mes Hayek cobró 15.000 coronas, y en julio de 1922 pasó a ganar un millón de coronas al mes. En *Las consecuencias económicas de la paz*, Keynes ya había predicho la hiperinflación de posguerra que Hayek y sus compatriotas estaban sufriendo. «Con un proceso continuado de inflación, los Gobiernos pueden confiscar, secreta e inadvertidamente, una parte importante de la riqueza de sus ciudadanos», escribió Keynes. «Ciertamente, Lenin tenía razón. No hay medio más sutil ni más seguro de trastornar las bases existentes de la sociedad que envilecer el valor de la moneda.»²⁴⁹ Para austríacos como Von Mises, que había llamado la atención sobre las carencias de una economía dirigida en su libro *El socialismo: Análisis económico y sociológico*, publicado en Viena en 1922, la perspectiva de que la violenta revolución bolchevique de Lenin se extendiera hacia el oeste, hacia Austria, daba escalofríos.

Mises y Hayek leyeron con avidez una serie de artículos escritos por Keynes para *The Manchester Guardian*, en los que el economista se centraba en la inflación y en los valores monetarios. Mises advirtió a Hayek que Keynes apoyaba «una buena causa con un argumento económico muy malo». Pero a Hayek las nuevas ideas de Keynes sobre antiguos problemas le parecieron estimulantes; le fascinaron en particular las ideas de Keynes sobre la intervención de los Gobiernos en una economía para mantener estables los precios y el precio de la moneda. «Debemos liberarnos de la profunda desconfianza que existe contra permitir la regulación del patrón de valor, a fin de que sea objeto de una decisión deliberada»,²⁵⁰ escribió Keynes. «Lo más importante de todo: en el mundo moderno del papel moneda y el crédito bancario no hay forma de escapar a una moneda “administrada”, lo deseemos o no; la convertibilidad en oro no alterará el hecho de que el valor del oro depende de la política de los bancos centrales.»²⁵¹

Keynes también puso en tela de juicio el supuesto entre los economistas de que, con el tiempo, una economía llegaría a alcanzar un equilibrio en el que, «a largo plazo», una oferta constante de dinero redundaría en precios estables. Keynes sostenía que la clave de la estabilidad de los precios no era la oferta monetaria —la teoría cuantitativa del dinero—, sino la velocidad de circulación del dinero en el sistema, que podía cambiar sin previo aviso, lo que provocaba unos precios en constante cambio. El impaciente Keynes consideraba que «a largo plazo» era una perspectiva demasiado lejana para ser útil a la hora de formular políticas públicas o de compadecerse de las víctimas de la inflación o la deflación. En lo que se convertiría en una de sus citas más famosas, Keynes escribió: «En el largo plazo todos estaremos muertos».²⁵²

El retorno por parte del Gobierno británico, en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, a la paridad del precio de la libra esterlina que tenía antes de la contienda estaba haciendo que millones de personas se quedaran sin trabajo. Igual que con el esquivo equilibrio que con el paso del tiempo pretendía igualar los valores monetarios constantes con los precios constantes, Keynes se mostraba escéptico respecto a la afirmación de que, abandonado a su suerte, el mercado llegaría a un equilibrio en el que toda persona en edad de trabajar tendría empleo.

En 1918, el Gobierno británico había fijado la libra a un valor tan elevado que los exportadores británicos se vieron excluidos del mercado. Entre 1918 y 1920, el Gobierno británico redujo sus gastos en un 75 por ciento. En la década siguiente, el desempleo nunca fue inferior a un millón de personas y en 1933 llegó a más de tres millones, es decir, el 20 por ciento de la población activa británica. El fracaso del Gobierno a la hora de encontrar trabajo para su pueblo provocó el malestar social, protestas masivas, incluida una huelga general de los trabajadores en 1926, y la Marcha de Jarrow de los mineros del carbón en 1936. Con un intransigente ministro de Hacienda, Neville Chamberlain,²⁵³ que se resistía a todas las

peticiones de devaluación de la libra esterlina, Keynes empezó a estudiar qué debía hacer un Gobierno para devolver el trabajo a los desempleados.

«Cuanto más difíciles los tiempos, peor funciona el sistema del *laissez faire*»,²⁵⁴ declaró Keynes en 1924. Sugirió que una verdadera economía del *laissez faire* era un mito, un constructo intelectual, una quimera. En el mundo real, había un sinfín de inhibiciones, regulaciones y restricciones al funcionamiento de un mercado verdaderamente libre que nunca podrían ser superadas. La propia existencia de un Gobierno pervertía el libre mercado al encauzar los millones de los contribuyentes a la economía. La elección de dónde y cómo gastar el dinero de los contribuyentes era un modo de dirigir la economía y podía ser un objetivo estratégico. Insinuó que aquellos que sólo confían en la libertad de mercado estaban más interesados en la economía como un acto de fe que como una forma de evaluar hechos objetivos. Escribió:

Al considerar cómo [estimular la inversión en el país], llegamos a mi herejía, si es que es una herejía. Yo incorporo al Estado; abandono el *laissez faire* [...]. Confía el bien común a la empresa privada sin control ni ayuda. La empresa privada ya no se encuentra sin control, sino que está controlada y se ve amenazada de muy diversas maneras [...]. Y si la empresa privada está controlada, no podemos dejarla sin ayuda.²⁵⁵

Keynes afirmaba que un Gobierno podía reducir expreso los tipos de interés y emitir bonos del Estado para inundar la economía de dinero. El Gobierno también podía contratar directamente a los desempleados en programas de obras públicas. Pero Chamberlain ignoró su consejo. Keynes estaba llegando rápidamente a la conclusión de que el mercado, abandonado a su suerte, era un mecanismo inapropiado para garantizar la prosperidad de todos. «Es evidente que una sociedad individualista abandonada a sí misma no funciona bien, ni siquiera de forma tolerable»,²⁵⁶ escribió.

El pensamiento intervencionista de Keynes ganó velocidad. «Nos hemos quedado atrapados en la rutina. Necesitamos un impulso, una sacudida, una aceleración.» Propuso, como «la solución definitiva al desempleo», que se gastaran de inmediato cien millones de libras (1.500 millones de dólares en 2020) en vivienda pública, en la mejora de las carreteras y en un reacondicionamiento de la red eléctrica. Era consciente de que el resultado de una inversión pública tan grande no era ni mucho menos seguro. Pero la situación era tan extrema que valía la pena intentar cualquier cosa. «Experimentemos con audacia en este sentido, aunque algunos de los programas terminen siendo un fracaso, lo que es muy probable»,²⁵⁷ escribió.

Ante lo que consideraba el fracaso del libre mercado, Keynes no recibió con los brazos abiertos a su antítesis: el socialismo. Creía que la libre empresa era «extremadamente inaceptable en muchos aspectos», pero, siendo liberal por afiliación política, no tenía ninguna intención de menoscabarla. «Creo que, con una gestión acertada, el capitalismo puede ser más eficaz para alcanzar metas económicas que cualquier otro sistema conocido», escribió. Y en una conferencia titulada «El fin del *laissez faire*», pronunciada en la Universidad de Oxford en noviembre de 1924 —y en la Universidad de Berlín dos años más tarde—, dijo: «Lo importante para el Estado no es hacer cosas que ya están haciendo los individuos, y hacerlas un poco mejor o un poco peor, sino hacer aquellas cosas que en la actualidad no se hacen en absoluto».²⁵⁸

Cuarenta años más tarde, Samuelson diría exactamente lo mismo, invocando al fundador del Partido Republicano, Abraham Lincoln:

Se supone que Lincoln dijo en alguna parte: «Creo que el Estado debe hacer sólo lo que los ciudadanos particulares no pueden hacer por sí mismos» [...]. Creo que Lincoln quiso dar a entender en su formulación que se necesita cierta carga de prueba que tiene que ser establecida por cualquiera que proponga que el Estado haga algo. ¿Por qué? Lincoln no lo dijo.²⁵⁹

En su contienda con Keynes, Hayek puso de manifiesto los inconvenientes de intervenir en el mercado. Si el libre funcionamiento del mercado «es distorsionado por la creación de una demanda artificial —escribió—, necesariamente parte de los recursos disponibles se dilapidará en una mala dirección y el ajuste necesario se verá pospuesto». Continuó:

Por consiguiente, el único modo de «movilizar» de forma permanente todos los recursos disponibles es no utilizar estimulantes artificiales —ya sea durante una crisis o con posterioridad a ella—, sino dejar que el tiempo ejerza su cura mediante el lento proceso de adaptación de la estructura productiva a los recursos disponibles para la inversión en capital.²⁶⁰

Los austríacos como Hayek creían que un Gobierno que bajara los tipos de interés sólo para promover la actividad económica estaba eludiendo problemas que surgirían más adelante. Tal intervención interfería en el «equilibrio natural» entre el ahorro y la inversión. Si los bienes de capital, como las fresadoras que el mercado no necesitaba, se compraban con dinero artificialmente barato, la relación entre el ahorro y la inversión se desviaba del camino. Un banco central que mantuviera los tipos de interés artificialmente bajos promovería una caída en picado de los tipos de interés, que acabaría con una economía sumida en el caos y en recesión.

Muchos años después, Hayek fue más allá y en 1944, en un tratado bélico —*Camino de servidumbre*—, advirtió que la intervención del Gobierno en una economía podía poner en peligro la democracia al transferir las principales decisiones de los ciudadanos a las autoridades gubernamentales. Pero en un pasaje que vendría a atormentarle, trazó una línea divisoria entre lo que creía que era una actividad legítima del Estado y lo que consideraba una peligrosa extralimitación gubernamental.

Camino de servidumbre llegó a vender millones de ejemplares y, adoptada por la Fundación Volker en Estados Unidos, la obra se convirtió rápidamente en una biblia para los defensores del libre mercado. Pero como la Biblia, incluso los verdaderos creyentes pueden no lograr descifrarla con atención. Merece la pena citar en su totalidad un pasaje porque se suele simplificar en exceso o ignorar la complejidad del pensamiento de Hayek; también sus devotos. Escribiendo no desde la comodidad de un próspero Estados Unidos de posguerra, sino desde una habitación fría y con corrientes de aire en una Gran Bretaña devastada por la guerra, en bancarrota y en la que reinaba la austeridad, las observaciones de Hayek pueden resultar sorprendentes para quienes se consideran hayekianos, y a Hayek un absolutista en lo referente a la intervención gubernamental.

No hay motivo para que una sociedad que ha alcanzado un nivel general de riqueza como el de la nuestra no pueda garantizar a todos esa primera clase de seguridad sin poner en peligro la libertad general [...], pero es indudable que un mínimo de alimento, refugio y vestido, suficiente para preservar la salud y la capacidad de trabajo, puede asegurarse a todos [...].

No existe tampoco razón alguna para que el Estado no asista a los individuos frente a aquellos azares comunes de la vida contra los cuales, por su incertidumbre, pocas personas están en condiciones de hacerlo por sí mismas.

Cuando, como en el caso de la enfermedad y el accidente, ni el deseo de evitar estas calamidades, ni los esfuerzos para vencer sus consecuencias son, por regla general, debilitados por la provisión de una asistencia; cuando, en resumen, se trata de riesgos genuinamente asegurables, los argumentos para que el Estado ayude a organizar un amplio sistema de seguros sociales son muy fuertes.

En estos programas hay muchos puntos de detalle sobre los que estarán en desacuerdo quienes desean preservar el sistema de la competencia y quienes desean sustituirlo por otro diferente; y es posible introducir bajo el nombre de seguros sociales medidas que tiendan a hacer más o menos ineficaz la competencia. Pero no hay incompatibilidad de principio entre una mayor seguridad, proporcionada de esta manera por el Estado, y el mantenimiento de la libertad individual [...].

Queda, por último, el problema de la máxima importancia de combatir las fluctuaciones generales de la actividad económica y las olas recurrentes de paro en masa que las acompañan [...]. Pero, aunque su solución exigirá mucha planificación en el buen sentido, no requiere —o al menos no es forzoso que requiera— aquella especial clase de planificación que, según sus defensores, se propone reemplazar al mercado.

Muchos economistas esperan que el remedio último se halle en el campo de la política monetaria, que no envolvería nada incompatible incluso con el liberalismo del siglo XIX. Otros, es cierto, creen que el verdadero éxito sólo puede lograrse con la realización de obras públicas a gran escala emprendidas con la más cuidadosa oportunidad. Esto llevaría a mucho más serias restricciones de la esfera de la competencia, y al hacer experiencias en esta dirección tendremos que vigilar cuidadosamente nuestros pasos si queremos evitar que toda la actividad económica se haga cada vez más dependiente de la orientación y el volumen del gasto público. Pero no es éste ni el único ni, en mi opinión, el más prometedor camino que permite afrontar el peligro más grave para la seguridad económica.

En todo caso, los muy necesarios esfuerzos para asegurar protección contra estas fluctuaciones no conducen a aquella clase de planificación que constituye un riesgo tan grande para nuestra libertad.²⁶¹

Hayek envió una prueba de *Camino de servidumbre* a Keynes, que leyó a bordo de un transatlántico mientras cruzaba el Atlántico camino, entre otras cosas, a la conferencia de Bretton Woods en New Hampshire, la cual presidía. En su carta de felicitación, Keynes animó, como siempre, a su rival, aunque no le convenció la idea general de la argumentación de Hayek. Se dirigió directamente al punto más débil de su razonamiento, que una sociedad civilizada está moralmente obligada a proporcionar a sus ciudadanos las necesidades básicas: comida, atención sanitaria y vivienda. Keynes escribió a Hayek desde el Hotel Claridge de Atlantic City: «Creo que es un libro magnífico. Tenemos que estarle muy agradecidos por decir tan bien lo que tanto necesita ser dicho. Obviamente, no puedo aceptar todo el dictado económico que contiene. Pero me siento moral y filosóficamente de acuerdo con prácticamente toda su totalidad; y no sólo estoy de acuerdo, sino que además me siento profundamente conmovido». Entonces llegó el estilete.

Voy a la que en realidad es mi única crítica seria. Admite aquí y allí que es una cuestión de saber dónde trazar la línea [entre el sector privado y la actividad gubernamental]. Acepta que dicha línea debe trazarse en algún lugar; y que el extremo lógico no es posible. Pero no nos dice nada acerca de dónde hay que trazarla.

Lo cierto es que probablemente la trazaríamos en sitios distintos. Me atrevería a decir que, de acuerdo con mis ideas, subestimaría ampliamente la viabilidad de la vía intermedia. Pero tan pronto como admita que el extremo no es posible, y que hay que trazar una línea, estará perdido, ya que está intentando convencernos de que en cuanto uno se mueve un centímetro en la dirección [de la economía] prevista, se ve necesariamente abocado al resbaladizo terreno que le llevará a su debido tiempo hasta el precipicio.²⁶²

Lo que se necesita para garantizar que la participación del Estado en el mercado no se vuelva autoritaria, dijo Keynes, no es tanto una cuestión de economía como de moral. «Lo que necesitamos es la restauración del pensamiento moral adecuado — el regreso de la filosofía social a los valores morales adecuados—. Si fuera capaz de desviar su cruzada en esa dirección, no parecería o se sentiría tanto como don Quijote.»²⁶³

Mientras que en 1931 la discrepancia entre Keynes y Hayek giraba en su mayor parte en torno a la eficacia de un Estado que interviniera en una economía en crisis, Friedman, siguiendo el ejemplo de Hayek, se concentró en el papel del propio Estado. El temor de Hayek a que el despotismo se colara por la puerta de atrás coincidía con la sospecha innata de Friedman a los «grandes Estados».²⁶⁴

Si el campo de batalla era el adecuado, Samuelson estaba bien equipado para defender el keynesianismo, pero la ampliación del argumento de Friedman para sugerir que la propia institución del Estado impedía el funcionamiento eficiente de una economía hizo que le resultara inaceptable gran parte de lo que Friedman afirmaba. En el debate que siguió, se enfrentaron dos visiones del mundo distintas y opuestas, en la que Samuelson defendía el mundo tal como era —una economía mixta compuesta por actores privados y

estatales— y Friedman ofrecía la posibilidad de un retorno a un Shangri-La²⁶⁵ libertario. Samuelson señaló que el idilio con el libre mercado que Friedman anhelaba ya había existido una vez en Estados Unidos.

En el siglo xx, Estados Unidos estuvo más cerca de ser una sociedad de *laissez faire* —el sistema que el historiador británico Thomas Carlyle calificó como «anarquía más policía»— de lo que ninguna otra economía lo ha estado nunca. Esta filosofía dio a la población una gran libertad para satisfacer sus ambiciones económicas y produjo un siglo de rápido progreso material. Sin embargo, los críticos vieron muchas imperfecciones en este idilio del *laissez faire*. Los historiadores registran crisis periódicas en los negocios, extremos de pobreza y desigualdad, profunda discriminación racial y deterioro del agua, la tierra y el aire debido a la contaminación.²⁶⁶

Aunque a Friedman no le gustaba el comportamiento del Gobierno federal, trazó la línea en la abolición del Estado por completo. «Deseo suerte a los anarquistas, ya que es el camino que deberíamos seguir a partir de ahora —observó en una ocasión—. Pero creo que necesitamos un Estado para hacer cumplir las reglas del juego.»²⁶⁷

Samuelson estaba menos interesado en materializar una sociedad ideal que en explicar cómo funcionaba una sofisticada economía moderna. Friedman se había impuesto la misión de malograr lo que consideraba una deriva hacia la socialdemocracia en Estados Unidos. Proponía un sistema de gobierno basado en el mercado que minimizase la discrecionalidad política sobre la economía y la sustituyera por un régimen basado en reglas que maximizara el crecimiento económico. Su principal objetivo era la creación sin restricciones de nuevo dinero por parte de la Reserva Federal. «Un régimen monetario [para limitar la provisión de nuevo dinero por parte de la Reserva Federal] aislaría la política monetaria del poder arbitrario de un pequeño grupo de hombres no sujetos al control de los electores, y de las presiones a corto plazo de la política partidista»,²⁶⁸ escribió.

A Samuelson no le sorprendieron los argumentos que empleó Friedman. Como éste, también él había recibido clases de destacados miembros de la Escuela de Chicago, que también sostenían el principio de una sociedad ideal sustentada en una vigorosa economía de libre mercado, y que se mostraban escépticos ante las afirmaciones de los keynesianos sobre sus acciones intervencionistas. Sin embargo, tener que justificar sus posiciones era algo nuevo para Samuelson. Su camino sin sobresaltos hacia la fama y la fortuna había entrañado pocas confrontaciones o la necesidad de defenderse a sí mismo. Ahora, desafiado por Friedman, se esperaba que reivindicara el orden existente y defendiera el edificio de la democracia representativa. Durante gran parte de su enfrentamiento, Samuelson no pudo hacer otra cosa que sentarse y observar, un tanto impresionado, un tanto incrédulo y horrorizado, cómo Friedman presentaba sus argumentos y lograba persuadir a destacados políticos conservadores para que adoptaran recetas económicas idiosincrásicas.

A medida que la campaña de Friedman se aceleraba, Samuelson no pudo ignorar los numerosos logros de su rival. En un principio, como hacía el keynesiano con los disidentes, Samuelson ignoró a Friedman o ridiculizó su condición de insurgente. En la primera edición de su libro *Economía*, el nombre de Friedman sólo aparece una vez, y sólo en una nota a pie de página que cita un artículo que había escrito junto con Simon Kuznets. Pero a medida que la larga marcha de Friedman fue adquiriendo velocidad, Samuelson se vio obligado a atribuirle una sucesión de triunfos.

Friedman, por su parte, insistió en que no había conspirado de forma deliberada para socavar el orden existente. «La gente tiende a atribuirme un plan a largo plazo —escribió—. No planeé absolutamente nada. Estas cosas simplemente sucedieron en el orden en que transcurrieron. La suerte juega un papel muy importante, de gran importancia en realidad.»²⁶⁹

Intervenir o no intervenir

La raíz de la disputa entre Samuelson y Friedman era si los Estados podían —y debían— intervenir en el libre mercado en caso de que una economía fuera mal.

Samuelson creía que los Estados desempeñaban una importante función en la conformación de la sociedad para su mejoramiento y que no había nada malo en que un Estado gestionara su economía nacional mediante políticas fiscales para mejorar la vida de sus ciudadanos. «Es un accidente afortunado que buena parte de la vida económica pueda ser gestionada razonablemente bien por los mercados —escribió—. Pero hay una larga lista de casos importantes en los que la economía sugiere que los Estados deben intervenir.»²⁷⁰

El keynesianismo que describió en su libro de texto *Economía a* mediados de los años sesenta, en su séptima edición, preveía «una economía progresiva de pleno empleo en la que se moderan los excesos del ciclo económico. Queremos controlar la “loca danza del dólar” cuando el ciclo económico pasa del *boom* a la crisis y a la caída en picado».²⁷¹ Además, dijo a los lectores de *Newsweek* en 1968, «la nueva economía realmente funciona». Y continuó: «Wall Street lo sabe. Main Street, que ha disfrutado de 92 meses de ventas anticipadas, lo sabe. Los contables que anotan los beneficios récord de las empresas lo saben. Los hijos de los trabajadores no lo saben: pero sus madres sí, y también las enfermeras escolares que

miden la estatura y el peso de esta generación y recuerdan la estructura ósea de la anterior [...]. ¿Quién no lo sabe? Por supuesto, los exponentes de las finanzas ortodoxas niegan lo evidente».²⁷²

Si bien en muchos aspectos era un economista conservador y un «exponente de las finanzas ortodoxas», Friedman se consideraba un librepensador radical, incapaz de categorizaciones. Haciéndose eco de su amigo Hayek, que había escrito un famoso ensayo titulado «Por qué no soy conservador», Friedman declaró: «No soy conservador. No quiero que las cosas sigan como están».²⁷³ Le gustaba que le consideraran un libertario, alguien que respetaba al individuo y muy receloso de la actividad gubernamental. Y con frecuencia, era sobre la debida función del Estado en una sociedad libre, más que sobre la economía en sí, sobre lo que Samuelson y Friedman discutían.

Cuando ambos comenzaron a escribir sus columnas en 1968, Samuelson y los keynesianos estaban en alza. Una indicación de hasta qué punto las ideas keynesianas dominaban el panorama intelectual puede extraerse de las historias contemporáneas del pensamiento económico. Por ejemplo, William J. Barber, catedrático de Economía en Wesleyan, publicó *A History of Economic Thought* en 1967. Aunque daba el debido crédito a la «economía clásica» con capítulos sobre Adam Smith, Robert Malthus, David Ricardo y John Stuart Mill, el libro termina con la victoria de Keynes. No se menciona la Escuela Austríaca, ni la Escuela de Chicago, ni tampoco a Von Mises, Hayek o Friedman.

En su libro de texto *Economía*, Samuelson sugirió que la Escuela de Chicago, la Escuela Austríaca de economía y las ideas libertarias radicales sobre la preeminencia del mercado tenían poca relevancia contemporánea y, por tanto, una utilidad limitada para los estudiantes de economía. En la primera edición, en 1948, Samuelson había prometido a los lectores «incluir algunas de las cuestiones candentes con las que convivirían toda la vida»²⁷⁴ y dedicó un capítulo a «Los precios y el dinero», que incluía una

sección sobre el tema que interesaba especialmente a Friedman, «la oferta monetaria M y la forma en que M se ha movido generalmente en relación con los precios a largo plazo».²⁷⁵

Samuelson también prestó poca importancia a otros no keynesianos. En la primera edición de su *Economía*, menciona a Von Mises sólo de pasada,²⁷⁶ señalando con escepticismo que «hacia 1920, Ludwig von Mises [...] planteó la desafiante opinión de que la organización económica racional era lógicamente imposible en ausencia de mercados libres». También Hayek obtuvo sólo una nota a pie de página.²⁷⁷ Sin embargo, Samuelson citó a Friedman en dos ocasiones: una vez, de pasada, como nota a pie de página,²⁷⁸ y una segunda en un guiño a las ideas de Friedman al analizar lo que se convertiría en el tema primordial de su discrepancia: la inflación, o la relación entre la velocidad del crecimiento de la masa monetaria y la evolución de los precios en una economía.²⁷⁹ Los acontecimientos, por tanto, beneficiaban a Friedman, cuyas teorías monetaristas se proponían explicar tanto la rapidez con la que se producía el incremento de precios como el modo de evitarlo en el futuro. Samuelson había predicho en 1958 el creciente problema de la inflación. Cuando se le preguntó cuál era la cuestión más apremiante a la que iba a enfrentarse Estados Unidos en los próximos veinte años, respondió: «La amenaza de la inflación [...]. La inflación es en sí misma un problema. Pero es posible que el temor legítimo e histórico a la inflación —aparte del mal de la inflación en sí— también sea un problema por derecho propio. En resumen, temo la inflación. Y temo el miedo a la inflación».²⁸⁰

Aunque Samuelson siguió revisando su libro de texto, dedicó poco espacio a las teorías del mercado de Friedman. Seguía imperando el keynesianismo, al que entonces solía denominarse como «nueva economía». Friedman se enorgullecía de ser un bicho raro, considerado en cierto modo intolerable por la respetable corriente dominante. Su personalidad inconformista parecía disfrutar de que lo dejaran de lado. «Yo no concordaba con la ortodoxia reinante ni en lo referente a las políticas públicas ni a la teoría

económica, tampoco con respecto a las opiniones socialistas o sobre el estado de bienestar en las políticas públicas ni con el keynesianismo en la teoría económica —escribió—. Recuerdo bien al estudiante de posgrado de Harvard que vino a visitarme, diciendo algo así como: “Tenía que ver con mis propios ojos cómo era ese practicante de magia negra del Medio Oeste”.»²⁸¹

En 1966, la revista *Time* publicó un artículo de portada que marcaba la llegada del «neokeynesianismo», en el que se afirmaba que «como era una criatura de su tiempo, a Keynes le había interesado sobre todo conducir un mundo asolado por la Depresión a alguna forma de prosperidad y estabilidad; a los economistas de hoy en día les preocupa más lograr que una economía ya próspera crezca aún más», antes de citar a Friedman diciendo: «Ahora todos somos keynesianos». ²⁸²

La sugerencia de que Friedman, el adalid de la economía liberal, admitiera que el keynesianismo había triunfado era una novedad. Pero, como ocurre tantas veces en el periodismo sensacionalista, resultó ser una noticia demasiado buena para ser cierta. Friedman, que había hablado con un periodista de la revista para el artículo, se indignó por que hubieran trasladado sus declaraciones de un modo inexacto y escribió al director de *Time*:

Me citáis diciendo: «Ahora todos somos keynesianos». La cita es correcta, pero está sacada de contexto. Según yo recuerdo, el contexto fue: «En cierto modo, ahora todos somos keynesianos; en otro, nadie es ya keynesiano». La segunda parte es al menos tan importante como la primera. ²⁸³

Samuelson escribió una carta de condolencia a Friedman en la que le explicaba que su ayudante le había evitado creer la explosiva cita de *Time*. «En la historia de las ideas, la declaración de [sir William] Harcourt²⁸⁴ “Ahora todos somos socialistas” se interpreta no como si él fuera socialista, sino como un comentario irónico sobre la época y sus modas —escribió—. Eso es lo que los economistas infirieron de la cita de *Time*.»²⁸⁵ Muchos años después, Friedman le dijo a Samuelson que «uno de los pequeños

beneficios de escribir para *Newsweek* es que me he librado de las llamadas telefónicas de *Time*. Según mi propia experiencia, tienen un gran historial de falta de fiabilidad».²⁸⁶

Más tarde ofreció una explicación menos a la defensiva sobre cómo alguien podía llegar a concluir que se había vuelto keynesiano. «Todos utilizamos el lenguaje y el sistema keynesiano; ya ninguno de nosotros acepta las conclusiones preliminares keynesianas»,²⁸⁷ con lo que quería decir que todos aquellos que hablaban sobre macroeconomía estaban obligados a reconocer la singular contribución de Keynes a la disciplina, estuvieran o no de acuerdo con sus soluciones, ya que Keynes fue en gran medida responsable de convencer a los economistas de que adoptaran una visión macroeconómica y consideraran el sistema económico como un todo, compuesto de partes interdependientes. Fue el rechazo «austríaco» de Hayek a la macroeconomía *per se*, en favor de confiar únicamente en las explicaciones microeconómicas, lo que llevó a Hayek a decir que Friedman estaba, en muchos aspectos importantes, más cerca del pensamiento de Keynes que de él. Cuando se le preguntó cuál era el mejor economista, Keynes o Von Mises, Friedman no dudó en responder: «Keynes».²⁸⁸

El incidente de *Time* sólo sirvió para confirmar que el estatus de advenedizo de Friedman se había convertido en una parte esencial de su imagen pública. Como dijo un economista afín a Friedman, «hasta los años setenta, los economistas acogieron en su abrumadora mayoría las ideas de Friedman con hostilidad».²⁸⁹ Friedman y otros economistas de convicciones similares se resignaron a ser parias. «Los que estábamos profundamente preocupados por el peligro que representaba el crecimiento del Estado para la libertad y la prosperidad desde el triunfo del estado de bienestar y las ideas keynesianas éramos una pequeña minoría, asediada y considerada excéntrica por la gran mayoría de nuestros compañeros intelectuales»,²⁹⁰ escribió Friedman.

A Friedman le gustaba citar a un estudiante que descubrió que la biblioteca de la Universidad de Duke no tenía libros suyos porque «el Departamento de Economía no consideraba que su obra mereciera la pena».²⁹¹ El estudiante exigió que se incluyeran los libros de Friedman o que se retiraran los de Karl Marx. Según Friedman, por miedo a la mala publicidad, Duke aceptó a regañadientes añadir algunas de sus obras.

Pero mientras el keynesianismo conservó su supremacía en la enseñanza de la economía en los años sesenta, bajo la superficie la disciplina económica estaba en proceso de cambio. Como Samuelson sabía, las placas tectónicas del pensamiento económico se estaban desplazando. Él mismo lo explicó:

El historiador del futuro que eche la vista atrás para comprender nuestra época podría hacer algo peor que estudiar a fondo las sucesivas ediciones de un libro de texto de economía como el mío. No hallará en el índice de la primera edición de *Economía* (1948) los términos *contaminación* o *ecología*. Encontrará allí las preocupaciones acuciantes de mediados de siglo: la erradicación del desempleo masivo, la moderación del ciclo económico, el control macroeconómico de la inflación debido a la demanda.²⁹²

Cuando Samuelson y Friedman blandieron por primera vez sus espadas en *Newsweek*, la economía crecía a un ritmo constante, ayudada por el gasto en la guerra de Vietnam, la inflación era baja y estaba bajo control, y los estadounidenses se sentían ricos y afortunados como nunca. Samuelson estaba convencido de que las políticas keynesianas, o más bien neokeynesianas, continuarían sin traba alguna. «Hemos comido del fruto del Árbol del Conocimiento y no hay vuelta atrás. Para bien o para mal», escribió en octubre de 1966.²⁹³ El *laissez faire* era arcaico y seguía siendo una distracción irrelevante. «Bajo el *laissez faire*, los problemas de todos no son problemas de nadie —escribió Samuelson en *Newsweek*—. En la buena sociedad, los problemas de todos son problemas de todos.»²⁹⁴ En la práctica, la aseveración de Samuelson significaba que sólo el Estado podía salvar a la nación del voraz capitalismo. Y sólo el Estado podía proteger a los ciudadanos de las amenazas

violentas, internas y externas. Le ofendía levemente que los conservadores creyeran que lo único necesario en economía era el funcionamiento del mercado. «Nunca he creído en eso de la “economía en una sola lección”»,²⁹⁵ dijo.

Friedman y otros libertarios, por su parte, presentaban las fuerzas del libre mercado como una panacea para los males de la sociedad. Sugerían que evitar el endeudamiento público y el gasto gubernamental era una virtud cívica. Todo intento del Estado por aliviar los males de la sociedad, por muy bienintencionado que fuera, era tachado de socialista y de inhibir el buen funcionamiento del mercado libre, frenando así el crecimiento económico.

Friedman estuvo a punto de sugerir que el mercado era mejor indicador de lo que querían los estadounidenses que las propias elecciones. No era tanto que el mercado superara a la democracia, sino que el mercado reflejaba mejor las verdaderas intenciones democráticas de los votantes. «El Gobierno federal es el motor de la inflación, el único que hay —escribió—. Pero ha sido el motor de la inflación a instancias del público estadounidense, que quiere que el Estado gaste más pero no suba los impuestos, por lo que fomenta el recurso al impuesto oculto de la inflación. El público se opone a la inflación, pero todavía no he oído a ningún grupo oponerse a un aumento del precio de algo que venda.»²⁹⁶ «La inflación es un impuesto sin legislación»,²⁹⁷ escribió tomando la frase prestada del título de un capítulo del libro de Keynes *Breve tratado sobre la reforma monetaria*.

Samuelson consideraba que la relación entre democracia y gasto público era una maniobra distractiva. «La experiencia con la economía política de la elección social [no] confirma el diagnóstico de que la democracia, por su naturaleza, deba generar un enorme gasto público —escribió—. Los principios económicos de la toma de decisiones colectiva y de la teoría de juegos competitiva demuestran que existe una tendencia inherente de los Estados a gastar *muy poco* como si fuera demasiado.»²⁹⁸

Friedman, con su inimitable estilo machacón, defendió ante los lectores de *Newsweek* que debían imperar las fuerzas del libre mercado, porque todo ciudadano tenía el derecho a no ser víctima de la interferencia del Estado. En lugar de invocar la teoría económica, conjuró un viejo e ideal Estados Unidos en el que el mercado apenas tenía límites, antes de la economía planificada del presidente Woodrow Wilson en la Primera Guerra Mundial y mucho antes de que la Administración de Franklin Roosevelt en 1933 utilizara todos los elementos del Estado para librar a los estadounidenses del azote de la Gran Depresión.

Friedman escribió que, entre la guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial, «Estados Unidos llegó a ser lo más parecido a una sociedad del *laissez faire* y de la libre empresa que uno podía esperar observar en la práctica»,²⁹⁹ y el resultado fue una rápida mejora de la riqueza de los individuos y de la nación. Ello se debió a que el Estado dio un paso atrás y dejó que el mercado siguiera su rumbo. Describió el sistema de libre empresa como «la máquina más eficaz desarrollada hasta la fecha para acabar con la pobreza y elevar el nivel de vida de las masas».³⁰⁰

Friedman omitió la quiebra de negocios y bancos³⁰¹ que la economía estadounidense sufrió de forma rutinaria en los años anteriores a que el Gobierno federal se hiciera con un mayor control, la miseria humana causada por la pérdida repentina de puestos de trabajo o la falta de empleos suficientes para todos. Le gustaba exprimir sus argumentos llevándolos al límite. Todo era blanco o negro, como si cualquier otra tonalidad fuera una concesión al punto de vista de sus oponentes. Describía el gasto público no como si hubiera sido ordenado por un Congreso y un presidente elegidos democráticamente, sino como algo impuesto en contra de la voluntad del pueblo por un Estado antidemocrático de corte soviético. Incluso sugirió que el deber fundamental de cualquier Estado —defender sus fronteras y a su población de los invasores—

apestaba a socialismo, y que el gasto en defensa hacía que las empresas privadas se volvieran financieramente dependientes del Estado.

Friedman consideraba los impuestos, que por su propia naturaleza tienen carácter obligatorio, como una perversa agresión a las libertades individuales. En una combativa columna titulada «¿De quién es el dinero?»,³⁰² Friedman explicó que, aunque los ciudadanos supongan que el Estado podía imprimir dinero y que los derechos eran esencialmente gratuitos, eran los contribuyentes individuales, y no el Estado, los que acababan pagando las facturas del Gobierno. «El Gobierno federal no tiene una orza de aceite inagotable como la de la viuda³⁰³ que conceda subvenciones sin que nadie lo pague —escribió—. Para ser exactos, no hay fondos federales, sino fondos de los contribuyentes.»³⁰⁴ La naturaleza de la democracia, en la que el ganador se lo lleva todo, significaba a menudo la tiranía de la mayoría, por la que se ignoraba a quienes, en minoría, abogaban por menos Estado y menos impuestos.

Concluyó que el gasto público era injusto para aquellos que no estaban de acuerdo con la decisión de gastar, incluso si la demanda de gasto había sido sancionada por representantes elegidos democráticamente. ¿Por qué debía el Gobierno obligar a los individuos a pagar impuestos, sujetos a castigo por ley, si éstos no apoyaban en qué gastaba el dinero el Gobierno?, preguntó Friedman. «El hecho de que un ser humano entregue voluntariamente parte de su renta a otra persona que lo necesite es un acto de compasión —escribió Friedman—. Pero ¿es un acto de compasión por parte de A obligar a B a prestar asistencia a C?»³⁰⁵ Para Friedman, las acciones del Gobierno en nombre de la mayoría socavaban los derechos individuales —a menudo los derechos básicos a la propiedad— de la minoría.

Friedman sugirió que la necesidad de garantizar la libertad de los individuos era lo que había inspirado su devoción por el libre mercado. Mientras que otros economistas de mercado argumentaban que sólo el funcionamiento de las fuerzas del libre

mercado podía garantizar que una economía fuera lo más productiva posible, para Friedman esa eficacia no era más que un extra. «La preservación de la libertad, no la promoción de la eficiencia, es la principal justificación de la propiedad privada —escribió—. La eficiencia es una feliz consecuencia, aunque no accidental, y una muy importante, porque la libertad no podría haber sobrevivido de no haber generado también riqueza.»³⁰⁶

Samuelson consideró poco convincente la definición de *libertad* de Friedman, que la equiparaba con los derechos sin restricciones a la propiedad privada. «Los derechos de propiedad se reducen a medida que se amplían los derechos del hombre»,³⁰⁷ escribió. Si bien algunos sufrían porque el Estado intervenía en el mercado, también el libre mercado tenía ganadores y perdedores, argumentaba. Mientras que éste sugería que todo el mundo era libre de comprar lo que quisiera, existía algo llamado racionamiento por precio, que hacía que muchos artículos resultaran inalcanzables para aquellas personas que no disponían de medios. Los hijos de quienes no podían permitirse una buena educación, por ejemplo, se veían privados de ella por el mercado que fijaba un precio demasiado alto. La «libertad» de los individuos que el mercado proporcionaba era, por tanto, sólo hipotética.

Sin embargo, los economistas del libre mercado, como Friedman y Hayek, creían que el sistema de mercado de fijar un precio —un acuerdo mutuo entre compradores y vendedores— era eternamente virtuoso. Para ellos, el precio era el modo en que el mercado garantizaba la consecución del máximo bien mediante el consentimiento de todas las partes. Samuelson creía que el precio era simplemente una forma de racionar los bienes escasos, y que la virtud tenía poco que ver con ello. De hecho, la subida y bajada deliberada de los precios era a menudo una manera de guiar el comportamiento humano en lugar de seguirlo. Al responder a las palabras de Friedman, Samuelson escribió: «Los libertarios no se dan cuenta de que el sistema de precios es, y debería ser, un método de coerción».³⁰⁸

Los estadounidenses pueden mostrarse escépticos con sus Gobiernos y desconfiar de sus representantes, pero Samuelson sostenía que la democracia representativa era fundamental para la consecución de una sociedad justa y benigna. «No votamos a favor de la seguridad y el bienestar social por amor hacia la Administración pública de Washington —escribió—. Como somos seres humanos y nos damos cuenta de que estamos expuestos a los peligros desconocidos del desempleo y la pobreza, optamos sagazmente por el reaseguro mutuo del moderno estado de bienestar, sabiendo que, de no ser por la gracia de Dios, la campana que dobla podría estar tocando por nosotros.»³⁰⁹

La «libertad» era cuestión de establecer prioridades, explicó Samuelson. «En la mayoría de las situaciones reales llegamos a un punto en el que hay que elegir entre diferentes objetivos: ¿quieres este tipo de libertad y este tipo de hambre, o este otro tipo de libertad y este otro tipo de hambre?»³¹⁰

Samuelson creía que las sociedades capitalistas operan con arreglo a un tácito contrato social no escrito, basado en los buenos modales, las tradiciones, las convenciones y las leyes, que nos permite convivir pacíficamente. La movilidad social era un aspecto importante de una economía de mercado. «El capitalismo es un hotel. Las suites del ático están siempre llenas, pero esta década no necesariamente con la misma gente que la anterior. También las mazmorras en el sótano están repletas; pero tampoco siempre con los mismos rostros y cuerpos.»³¹¹ El contrato social entre individuos significaba mancomunar algunos derechos individuales para que la persona pudiera disfrutar de mayores libertades. «Los semáforos me coaccionan y limitan mi libertad —escribió Samuelson—. Sin embargo, en medio de un atasco de tráfico, ¿era realmente “libre” antes de que hubiera semáforos? ¿Y el total algebraico de la libertad, para mí o para el conductor representativo o para el grupo en general, ha aumentado o disminuido con la introducción de semáforos bien diseñados? Los semáforos también se ponen en verde.»³¹²

Friedman rara vez invocaba a sus héroes políticos. Pero la tradición de la que procedía se originaba en una larga lista de grandes personalidades libertarias-conservadoras que habían desafiado al marcado aumento del poder estatal que exigía el keynesianismo en la práctica. La más extrema de ellas fue Ayn Rand,³¹³ cuya desgarradora y terrible experiencia personal durante su infancia en Rusia bajo el comunismo soviético —que había intentado purgar el mercado de todos los aspectos de la vida rusa—, la llevó a adoptar una posición absolutista en la que todo, excepto el libre mercado, era una vulneración de su libertad. Incluso Hayek era para Rand un peligroso conciliador, llegando a escupirle durante una fiesta para mostrar su desdén por su traición. El comportamiento de Rand era tan extremo como su política.

Hayek coincidía con Friedman en que era acertado desconfiar de la intervención gubernamental. Ambos apoyaron durante más de veinte años la reunión anual libertaria de Hayek organizada por la Sociedad Mont Pèlerin. Como Hayek, Friedman se alió en estrecha colaboración con las grandes figuras de la Escuela de Chicago —la Vieja Escuela, anterior a Friedman y liderada por Frank Knight, Henry Simons y Paul Douglas, así como por miembros más recientes, como Robert Lucas Jr.,³¹⁴ George Stigler, Gary Becker,³¹⁵ Robert Fogel³¹⁶ y Theodore Schultz—, convirtiéndose en el intelectual público más sobresaliente y reconocido de la escuela.

Poco le impresionaban a Samuelson los héroes ideológicos de Friedman. No tenía en gran estima «la absurda religión del egoísmo de Ayn Rand».³¹⁷ Pero como distinguido licenciado del Departamento de Economía de Chicago, Samuelson estaba en buena posición para enfrentarse a la base teórica del pensamiento de Friedman. Fue su íntimo conocimiento de la Escuela de Chicago lo que le dio la confianza necesaria para tocarle las narices a Friedman mediante la presentación de pruebas de su equipo local.

Samuelson atribuyó todo el mérito a la Escuela de Chicago por mantener las fuerzas del mercado en el centro de la economía, a pesar de que durante la Gran Depresión éstas no habían logrado

evitar —de hecho, habían contribuido— un desastre humanitario mundial. «De 1932 a 1945, la fe en el mecanismo de precios del mercado como organizador de la economía se vendió a precio reducido —escribió Samuelson—. Fue la inestimable contribución de Frank Knight y de la Escuela de Chicago la que nos recordó los méritos del mercado.»³¹⁸

Samuelson era amigo de las grandes personalidades de Chicago y sabía que con frecuencia discrepaban entre sí. «Por muy homogénea que pueda parecer la economía moderna para una persona de fuera, alguien de dentro siempre puede citar la cismática Universidad de Chicago [...] como innovador comienzo de la nueva ortodoxia de la “economía mixta”»,³¹⁹ se burlaba Samuelson.

Samuelson tenía una especial consideración por la inteligencia y la honestidad intelectual de Knight, que pensaba que el mercado libre era un mecanismo deficiente para maximizar el bien en la sociedad, pero que la intervención del Estado podía ser aún peor. «Knight fue el fundador de la Escuela de Chicago en economía —escribió Samuelson—. Si él era Abraham, Henry Simons era Isaac y Milton Friedman es Jacob.»³²⁰ Continuó: «Mientras que el doctor Friedman es uno de esos optimistas que creen que el capitalismo es el mejor de los mundos posibles, el doctor Knight era uno de los pesimistas que temen que así sea».³²¹

Samuelson convenía en que las fuerzas del mercado seguían siendo importantes para una economía, por mucho que los Estados intervinieran. Entendía que había un cambio de tendencia en las ideas económicas y que la popularidad del mercado persistía, sobre todo gracias a las actividades evangelizadoras de la Escuela de Chicago. «No se equivoquen —escribió Samuelson en 1973—, los rumores de la muerte del mercado, como los de la muerte de [Mark] Twain,³²² son muy exagerados. Tanto en Gran Bretaña como en los países escandinavos, los Gobiernos socialistas han acabado a menudo destituidos de sus cargos en este último cuarto de siglo. También el péndulo oscila en Estados Unidos.»³²³

A Samuelson le gustaba criticar con insidias a Friedman siempre que la ocasión lo permitía. Y a Friedman nunca le importó quejarse cuando se sentía agraviado. En 1971, en una conferencia en la Universidad DePaul de Chicago, Samuelson dijo: «La verdad es que todos los estudios económicos sobre la demanda de dinero concluyen que existe una fuerte dependencia negativa del tipo de interés; es decir, todos, con la notable excepción del profesor Milton Friedman, el único académico incapaz de detectar tal efecto o que no está dispuesto a hacerlo».³²⁴ Dolido, Friedman de inmediato envió a Samuelson un artículo³²⁵ que había escrito seis años antes y que, según él, contradecía la afirmación de Samuelson. Friedman le dijo a su viejo amigo y rival: «Acepto las críticas, constructivas o destructivas, pero no la tergiversación de mis opiniones».³²⁶ Samuelson respondió:

He formulado mis observaciones con mucho cuidado. Al no considerarte nunca un tipo indefenso al que se pueda intimidar, siempre me he asegurado de contar con pruebas antes de citar tus posiciones; y un jurado no considerará esas pruebas refutadas por el hecho de que presente alguna otra muestra de tus escritos o conversaciones en las que puedas haber dicho lo contrario [...]. El monetarismo que atacé en DePaul es un subterfugio.³²⁷

Y aunque Friedman era indefectiblemente el principal blanco de las burlas de Samuelson, también Stigler estuvo a menudo en su punto de mira. Escribió:

Mi amigo George Stigler señala ciertos defectos de la acción estatal. Por sí solo, eso es como señalar ciertos defectos del matrimonio. Lo que necesitamos saber es: «¿Cuáles son las alternativas?, ¿el celibato?, ¿los baños fríos?, ¿el ejercicio intenso?». Bromas aparte, es evidente que el profesor Stigler espera que el mercado pueda ejecutar más tareas de forma «eficiente» y «equitativa». Yo también lo espero.³²⁸

La diferencia entre la macroeconomía y la microeconomía fue un tema recurrente en las críticas de Samuelson a los partidarios del libre mercado. Mientras que muchos economistas de mercado tendían a argumentar de lo particular a lo general, utilizando la

microeconomía y la experiencia de negocio o el presupuesto familiar para señalar verdades más amplias sobre el funcionamiento de la economía en general, Samuelson creía que había diferencias importantes entre la economía doméstica o las finanzas de una empresa, y la lógica que sustentaba la economía, en particular la macroeconomía. Al respecto escribió:

Lo más interesante e importante de la economía como ciencia es precisamente que casi todo lo que es cierto para el individuo es malo para la sociedad y casi todo lo que es cierto para la sociedad en su conjunto es malo para el individuo. Un individuo puede influir en el precio de casi todo lo que compra. Sin embargo, todos los individuos juntos hacen que el precio sea el que es.³²⁹

Si a Samuelson le gustaba provocar a Friedman, éste no temía atacar los principios que defendían los elitistas amigos y vecinos de Samuelson en Cambridge, Massachusetts. Friedman disfrutaba burlándose de esos liberales ricos y bienintencionados, cuya afición al arte pasaba a un segundo lugar, tras su deseo de que la sociedad injusta que presidían fuera más equitativa. Por ejemplo, disfrutaba cuestionando por qué los contribuyentes debían financiar dos organismos que promovían y financiaban representaciones artísticas, la Corporación de Radiodifusión Pública y el Fondo Nacional de las Artes y las Humanidades. Según las pruebas, decía, el público de sus actividades estaba compuesto en su mayoría por personas acomodadas y cultas, y rara vez asistían los estadounidenses de clase trabajadora, con pocos estudios y empleos mal pagados.

«¿Cuál es la justificación para imponer impuestos a personas de bajos ingresos para financiar lujos para individuos de altos ingresos?», preguntó Friedman. Respondió a su propia pregunta:

Sólo el poder político de la élite, a la que le resulta más fácil convencer a los legisladores para que gasten el dinero de otras personas que pagar ellos mismos sus lujos. Por supuesto, se nos dirá que todo es por el «beneficio» de

los pobres imbéciles que pagan los impuestos: hay que mejorar su gusto, aunque cómo mejorar su gusto mediante programas de televisión que no ven, o libros que no leen, siempre ha estado más allá de mi comprensión.³³⁰

A Samuelson, por su parte, le gustaba cuestionar el uso restringido que Friedman hacía de la palabra *libertad*. Los individuos no pueden aislarse de la sociedad, argumentaba, y el precio de pertenecer a ésta era la obligación de pagar por los servicios comunes a través de impuestos. O, como recordaba a los lectores de *Newsweek*, el juez del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes Jr. dijo una vez: «Los impuestos son el precio por una sociedad civilizada».³³¹ Los impuestos, que para Friedman eran un ejemplo de cómo el Estado coaccionaba a los individuos libres, eran para Samuelson simplemente el medio para que un buen ciudadano pagara sus cuotas a la sociedad. «Anatole France dijo de forma epigramática todo lo que hay que decir sobre la coerción implícita en la economía libertaria del *laissez faire* —escribió Samuelson—. “La ley, en su magnánima igualdad, prohíbe tanto a los ricos como a los pobres dormir bajo un puente, pedir por las calles y robar pan”.»³³²

Samuelson se mostraba impaciente con libertarios como Friedman, que describían la coerción utilizada por el Estado para garantizar el pago de los impuestos como un abuso del poder estatal, como si el Gobierno federal y el estatal fueran necesariamente autoritarios y malvados. «Toda la cuestión en torno a la política gubernamental adecuada entraña cuestiones de ética, coerción, administración, incidencia e incentivos que no pueden empezar a resolverse mediante el análisis semántico de términos como *libertad*, *coerción* o *individualismo*»,³³³ escribió Samuelson.

E incluso si *coerción* fuera el término adecuado, Samuelson no creía que fuera una de las cuestiones más importantes de las que tuvieran que ocuparse los economistas. «La idea de que cualquier coerción sea en sí misma algo tan perverso como para tener mayor peso que todos los demás males significa convertir la libertad en un monstruoso tabú»,³³⁴ escribió.

Cuando Friedman acusó al Gobierno de atentar contra las libertades individuales, Samuelson respondió sugiriendo que a veces, en una sociedad civilizada, había que restringir las libertades individuales. «Mi privacidad es tu soledad —escribió—. Mi libertad a tener privacidad es tu falta de libertad a tener compañía. Tu libertad a “discriminar” es la negación de mi libertad a “participar”.»³³⁵

Samuelson creía que la defensa de los valores libertarios por parte de Friedman y su creencia en la libertad absoluta del mercado eliminaban las restricciones impuestas por los controles democráticos y fomentaban una sensación de anarquía que acabaría por corroer a la sociedad. Si los conservadores y libertarios pensaban que el liberalismo en su forma más extrema conducía a un Estado autoritario y orwelliano, Samuelson respondía con la sugerencia de que un exceso de libertarismo llevaría de modo inevitable a lo contrario: a una distopía en la que el individualismo se desbocaría hasta que reinara la anarquía.

«La ciudad moderna está llena de gente. El individualismo y la anarquía conducirán a las desavenencias. Ahora debemos coordinar y cooperar», escribió Samuelson.

Al introducir el semáforo, nos damos, mediante la cooperación y la coerción, una mayor libertad, aunque al archiindividualista no le guste el nuevo orden. Se ha abandonado el principio de la libertad desenfrenada. Ahora es cuestión, simplemente, de regatear las condiciones.³³⁶

La burla de Samuelson sobre el «regateo de las condiciones» era un eco consciente del debate entre Keynes y Hayek, en el que Keynes le recordó a Hayek que una vez que los principios absolutos sobre las virtudes del mercado dieron paso a las mejoras humanitarias, como la provisión de asistencia sanitaria universal y el seguro de desempleo —como Hayek sugería que era apropiado en *Camino de servidumbre*—, la única cuestión que quedaba por aclarar era dónde trazar la línea exacta entre Estado y mercado.

Pero Samuelson no era un defensor de la acción estatal *per se*. Reconocía que mucha interferencia estatal podía ser contraproducente para una economía bien organizada. «La moraleja es dar al mercado aquello que el mercado pueda manejar —escribió—. Sólo porque el gasto público se derive de las intenciones humanas más elevadas no es razón para que se lleve a cabo de forma imprudente o ineficiente. Los Estados, como Casanova, a menudo no saben cuándo parar.»³³⁷

Friedman, sin embargo, creía que la acción del Estado era un asalto legal a la riqueza del individuo, basado en la insolente creencia de los políticos y empleados públicos de que ellos sabían qué era lo mejor para el resto de la sociedad. Al igual que Hayek, Friedman opinaba que el mercado, y no los funcionarios, era el medio más adecuado para reflejar los deseos de la gente. «No hay falacia más ofensiva que la creencia de que el orden requiere dirección central —escribió Friedman—. Las “políticas de amplio alcance” y las tentativas de que “alguien” las implemente con el dinero de otras personas han ocasionado muchos de nuestros problemas actuales, y seguirán haciéndolo.»³³⁸

Samuelson prefería el proceso democrático al mercado. Era más justo, más civilizado, mejor. «La democracia es el sistema de reaseguro mutuo más importante que se haya inventado jamás. Cuando vemos a un amigo haciendo cola para cobrar el paro nos decimos: ahí estaría yo de no ser por la gracia de la oferta y la demanda», escribió.³³⁹

Como somos seres humanos y nos damos cuenta de que estamos expuestos a los peligros desconocidos del desempleo y la pobreza, optamos sagazmente por el reaseguro mutuo del moderno estado de bienestar, sabiendo que, de no ser por la gracia de Dios, la campana que dobla podría estar tocando por nosotros. Tu fiebre tifoidea es mi fiebre tifoidea y todos somos, por así decirlo, ciudadanos de la misma Hiroshima.³⁴⁰

Según Samuelson, depender de las ideas del *laissez faire* para garantizar la seguridad frente al infortunio era una ilusión. Tampoco había existido nunca un mercado verdaderamente libre. No había ningún Edén perdido que hubieran saqueado los keynesianos. «La respuesta negativa de la clase media y la sublevación de los contribuyentes no lograrán la restauración del [...] *laissez faire* — escribió Samuelson—. Existe demasiada ciencia ficción tanto por parte de la derecha como de la izquierda y del centro. Léanla y disfrútenla. Pero no apuesten sus ahorros en ilusorias fantasías.»³⁴¹ Como dijo en una amonestación a los que creían en la economía de libre mercado como si de una fe religiosa se tratara: «La economía, no la teología, es mi territorio».³⁴²

Samuelson sostenía que eso de que los empresarios «hechos a sí mismos» fueran personajes audaces y valientes inspirados por las poderosas fuerzas del individualismo para crear riqueza y estabilidad para todos nosotros no era más que un mito conservador. Por el contrario, decía, era la sociedad —una sociedad bien organizada y gobernada— la que siempre jugaba un papel clave a la hora de proporcionar las condiciones fundamentales para que un empresario tuviera éxito.

Samuelson cita al sociólogo liberal británico L. T. Hobhouse:³⁴³ El organizador de la industria piensa que se ha «hecho» a sí mismo y que su negocio ha encontrado un sistema social completo listo para echar mano de trabajadores calificados, maquinaria, un mercado, paz y orden, esto es, un vasto aparato y una atmósfera prevaleciente, la creación de millones de hombres y cientos de generaciones. Si se elimina todo el factor social, no [somos] más que [...] salvajes que viven de raíces, moras y guisantes.³⁴⁴

Y, con la caza de brujas anticomunista de los años cincuenta todavía fresca en la memoria, Samuelson rechazó de plano que quienes defendían la gestión racional de la economía por parte del Estado fueran de alguna manera «poco estadounidenses» o estuvieran traicionando la sagrada doctrina de la libre empresa establecida por los Padres Fundadores. «La antigua religión de un

presupuesto equilibrado en valores bajos y de que el Estado tenía que dejar en manos del mercado la toma de decisiones económicas clave —escribió— ya no es la ideología de la mayoría de los estadounidenses, del mismo modo que tampoco la versión de la religión de Billy Graham [el prominente evangelista bautista estadounidense] es el código estándar de Estados Unidos.»³⁴⁵

Había muchas cosas, escribió Samuelson, que estaban fuera del alcance de las fuerzas del libre mercado, que, hay que recordar, no eran más que un mecanismo neutral de intercambio y no un medio moral de organizar la sociedad. A veces los Estados se veían obligados a intervenir. Y cuando lo hacían, actuaban desde la moral y los valores humanitarios, más que desde la devoción a un determinado tipo de economía.

«La empresa privada no puede reemplazar a la planificación gubernamental en la lucha contra los guetos y la pobreza»,³⁴⁶ escribió Samuelson en 1968. Cuando, una década más tarde, el presidente del Banco Mundial, Robert McNamara,³⁴⁷ antiguo secretario de Defensa de Lyndon Johnson, admitió que los programas del Banco Mundial en África demostraban la incapacidad de la libre empresa para dar solución a la pobreza, Samuelson escribió: «Me quito el sombrero ante Robert McNamara por lo que ha sido su singular visión: su reconocimiento de que no se puede confiar sólo en el éxito de las fuerzas del mercado para mitigar la desigualdad flagrante y la pobreza abyecta».³⁴⁸

Samuelson insinuó que, a menos que el Gobierno interviniera en el mercado para aumentar el crecimiento económico, mejorar el bienestar y enriquecer la vida de la gente, tendría que pagar un precio político. «A menos que el Gobierno motive a las empresas mediante programas de impuestos y transferencias, no se puede esperar que las empresas hagan siquiera mella en nuestros problemas urbanos —escribió—. El negocio de los negocios es hacer negocios. Sus clientes siempre tienen razón. Y el consumidor que es el rey es el electorado.»³⁴⁹

Samuelson creía que en el centro de la discusión entre él y Friedman se hallaban puntos de vista opuestos sobre el papel que el individuo debe desempeñar en la sociedad. Friedman afirmaba que, tal y como había sugerido Adam Smith³⁵⁰ en su obra *La riqueza de las naciones*, el interés propio era el factor constante que garantizaba que la sociedad funcionara bien para el máximo número de personas. «Como escribió Adam Smith hace más de doscientos años —escribió Friedman—, la gente que en el mercado económico pretende servir sólo a sus propios intereses privados son guiados por una mano invisible a servir a los intereses públicos que no tenían ninguna voluntad de promover.»³⁵¹

Pero para Samuelson, Smith era una criatura de su época y lugar: la Escocia del siglo XVIII durante la Ilustración. A mediados del siglo XX, las ideas de Smith sobre el papel del interés personal y la aplicación en el mercado ya no existían. «El propio Smith era lo que hoy llamaríamos un pragmático —escribió Samuelson—. Se dio cuenta de que los elementos de monopolio traspasaban el *laissez faire*.»³⁵²

La objeción de Smith a la intervención del Estado, sostenía Samuelson, se debía a la eterna incompetencia de los funcionarios públicos, no porque fuera reacio a la participación cívica en el Estado. En la época de Smith, Edimburgo estaba bien gestionada por un Gobierno local que garantizaba que las libertades individuales estuvieran acompañadas de obligaciones y deberes individuales. Esto se expresó con la mayor claridad en la expansión de la ciudad hacia la «Ciudad nueva», un modelo de ciudad georgiana, financiada con fondos privados, diseñada por urbanistas según un plan estricto y lógico del que los individuos tenían prohibido apartarse.

«Conociendo el calibre de la Administración Pública de Jorge III —escribió Samuelson—, Smith creía simplemente que el Estado haría más daño que bien si intentaba lidiar con el mal del monopolio. Desde un punto de vista pragmático, Smith, si estuviera vivo hoy,

estaría a favor de la ley [antimonopolio] Sherman³⁵³ y de una legislación antimonopolio más fuerte, o incluso de la regulación de los servicios públicos en general.»³⁵⁴

En una ligera reprimenda a Friedman y a otros conservadores a los que les gustaba invocar a Smith, Samuelson continuó: «Los individualistas al cien por cien se saltan estos lapsos pragmáticos de sentido común y se concentran en el elaborado pasaje de Adam Smith en el que discierne una mano invisible que conduce a todo individuo egoísta a contribuir al bien público».³⁵⁵

Si bien Friedman, citando a Smith, sostenía que todo en una economía estaba impulsado por —o debería estarlo— el interés personal individual, Samuelson sugería que para que una nación fuera verdaderamente civilizada necesitaba algo más para guiarse que el libre mercado sin restricciones. «La búsqueda del beneficio privado no mantendrá las sustancias cancerígenas lejos de nuestros ríos y de la atmósfera —escribió—. El propio interés no nos llevará ni a ti ni a mí a contratar al Ejército y la Armada para preservar el sistema que nos permite ser ambiciosos y maximizadores de la utilidad privada.»³⁵⁶

Además, Samuelson sugirió que no sólo era un error ignorar los límites del alcance del mercado, sino que era inmoral. Hay que defender a los individuos de la sociedad de los numerosos efectos perniciosos del libre mercado. Y quienes se disculpaban por tales efectos secundarios antisociales, subrayando que sólo las fuerzas del mercado importan, no sólo se habían quedado lamentablemente anticuados —«Los que se toman el tiempo de investigar la economía en serio, me refiero a la economía moderna, no a la de su tío abuelo Algernon [...]»—,³⁵⁷ sino que vivían una peligrosa ensoñación.

La gran diferencia entre Samuelson y Friedman sobre los méritos del mercado era una cuestión básicamente filosófica que nunca sería superada, por mucho que discutieran. Pero las diferencias entre ambos se pusieron de relieve por un asunto

sumamente práctico que golpeó al mundo a finales de los años sesenta: el rápido aumento del índice de incremento de precios que enturbió las economías occidentales.

La modesta inflación que había continuado en los veinte años transcurridos desde el final de la Segunda Guerra Mundial no tardó en convertirse en hiperinflación, un debilitante problema que, cuando aconteció en Austria tras la Primera Guerra Mundial, llevó a Hayek a alertar a todo el mundo de los peligros del keynesianismo. Y a medida que la inflación galopante se afianzaba en los países desarrollados, amenazando con socavar el tejido social, los gobernantes recurrieron a sus economistas para preguntarles si se podía hacer algo para detenerla.

Al aconsejar a los líderes políticos en sus columnas sobre cuál era la mejor manera de abordar la inflación galopante, era inevitable que Samuelson y Friedman adoptaran bandos opuestos. Y así, la lucha contra la inflación —sus causas y sus posibles soluciones— se convirtió en el principal campo de batalla de su continua contienda de ideas económicas.

Dinero, dinero, dinero

Keynes dijo que la prosperidad depende de mantener alta la demanda de bienes. Pero Friedman se remonta a una época en la que la economía giraba en torno al dinero, y nada más.

A mediados de los años sesenta Friedman estuvo muy ocupado compaginando varios proyectos con un único objetivo: consolidar su reputación como gran figura del pensamiento económico mediante la refutación de partes clave de la herencia de Keynes. Aunque no manifestó abiertamente su ambición, todo lo que hizo estaba dirigido a lograr dejar una marca indeleble en el legado teórico de Keynes. La única manera que tenía Friedman de hallar un nuevo camino era desmontar a Keynes.

La breve estancia de Friedman en Cambridge (Inglaterra), donde se reunió y debatió con miembros del Circo de Cambridge de Keynes, y su nexa con la némesis de éste, Friedrich Hayek, le proporcionó munición para ayudarlo a cuestionar la hegemonía keynesiana. Y aunque no sería el único de sus esfuerzos por señalar los defectos del pensamiento de Keynes, hizo de la refutación del célebre economista inglés su máxima prioridad.

Friedman estaba bien equipado para la labor. Contaba con una aguda inteligencia, talante argumentativo, una terquedad que lo mantenía centrado en el trabajo en cuestión, la piel lo bastante gruesa para resistir las duras críticas que le lanzaban los líderes de su disciplina y una habilidad especial para generar publicidad. Se le

ocurrió además una gran idea para vencer al keynesianismo: la inflación estaba causada sólo por la velocidad de circulación del dinero. Samuelson recordó a George Garvy,³⁵⁸ un archicrítico del monetarismo de Friedman y una autoridad en la velocidad de la circulación del dinero, así como algo que Thomas S. Kuhn³⁵⁹ había escrito en *La estructura de las revoluciones científicas* acerca de cómo se producen los cambios de paradigma: «se necesita una teoría para refutar otra teoría».

Uno de los principales trampolines de Friedman fue uno de los primeros trabajos de Keynes, pese a tratarse de un libro que en el momento de su publicación su autor había descartado. En los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, todos los veranos Keynes impartía conferencias en Cambridge, Inglaterra, que —único a la hora de venderse a sí mismo— después publicaba en forma de libro al otoño siguiente. Una vez recopiladas las pronunciadas en verano de 1923, se convirtieron en su obra *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, en la que el economista más famoso del mundo criticaba la teoría cuantitativa del dinero, la idea de que la cantidad de dinero en circulación y la velocidad a la que cambia de manos (la velocidad de circulación del dinero) está directamente relacionada con el precio de los bienes y servicios. Para Keynes no era más que otra estación de paso abandonada en el camino hacia su *Teoría general*. No obstante, el biógrafo de Keynes, Robert Skidelsky,³⁶⁰ identifica *Breve tratado sobre la reforma monetaria* como «el inicio de la macroeconomía», el estudio de una economía como un todo —incluyendo la inflación, el crecimiento, los tipos de interés y el empleo, y su vinculación entre sí—, en lugar de la microeconomía, el estudio de los hechos económicos individuales por separado.

Breve tratado se convirtió en una inspiración para revolucionarios contrakeynesianos como Friedman. «Formo parte de una pequeña minoría de economistas profesionales que consideran que [*Breve tratado*], y no la *Teoría general*, es el mejor libro de economía [de Keynes] —escribió Friedman en 1989—. Incluso

después de sesenta y cinco años, no sólo merece la pena leerlo, sino que sigue teniendo una gran influencia en la política económica.»³⁶¹ La frase de Friedman, citada a menudo, de que la «inflación es un impuesto sin legislación» se deriva del capítulo del *Breve tratado* titulado «La inflación como método de recaudación».

En su obra, Keynes afirmó que el nivel general de precios estaba directamente relacionado con la cantidad y la velocidad de circulación del dinero en el sistema, que a su vez reflejaba el alcance de la actividad económica. Si se podía controlar la oferta de dinero —por ejemplo, que los bancos racionaran la oferta de crédito—, se podría gestionar tanto la inflación como el crecimiento. En *Breve tratado*, Keynes aboga firmemente por la necesidad de administrar las economías para limar las vicisitudes del ciclo económico, con sus fluctuaciones de dinero y la concomitante subida y bajada de precios.

El concepto según el cual una economía puede y debe ser gestionada era —y sigue siendo para algunos economistas conservadores— una idea controvertida. La administración de una economía ponía de relieve la importancia y el poder de los cargos públicos y de los economistas, enfrentando su capacidad y juicio a las manos invisibles de las fuerzas del mercado. Friedman coincidía con Keynes en que una economía podía ser gestionada por el Gobierno, y fue su creencia de que los precios no sólo podían, sino que debían ser gestionados —mediante el control del banco central de la cantidad de dinero nuevo que entraba en el sistema— lo que hizo que muchos partidarios del libre mercado, incluido Hayek, se enzarzaran en confusa discusión.

Los economistas austríacos, como Hayek, creían que este enfoque fracasaría, ya que nadie podría saber lo suficiente sobre el funcionamiento de la economía para gestionarla con precisión. En opinión de Hayek, era mejor dejar que el mercado se regulara solo. Siempre se quejó de que Friedman estaba más cerca de Keynes que Hayek de cualquiera de los dos. «En cierto sentido, Milton Friedman sigue siendo un keynesiano, no en lo referente a la teoría

monetaria, sino a la metodología», explicó Hayek. Al aceptar las premisas de la macroeconomía —rama de la economía que Keynes había inventado, «muy en contra de sus intenciones», según Hayek —, Friedman había cometido un grave error intelectual. Siguió diciendo:

Milton Friedman es uno de los apóstoles de la macroeconomía. Su teoría se basa en las supuestas regularidades entre magnitudes estadísticas. Está convencido y cree haber demostrado históricamente que existe una relación simple entre la cantidad total de dinero y el nivel de precios [...]. Nadie sabe cuál es la cantidad total de dinero, el dinero tiene tantos significados diferentes [...]. Los agregados, las sumas, los promedios y las estadísticas no sustituyen el conocimiento detallado de cada uno de los precios y su vinculación entre sí que guían la actividad económica. Se trata de una tentativa errónea de superar nuestro limitado conocimiento.³⁶²

No fue sólo el hecho de que Friedman se hubiera apuntado a la macroeconomía de Keynes en lugar de unirse a la Escuela Austríaca, que se basaba únicamente en la actividad microeconómica, lo que ofendió a Hayek. La creencia de Friedman de que el banco central debía controlar la oferta monetaria para mantener los precios a raya le situó firmemente en el lado keynesiano de la discusión sobre si los Estados deben gestionar la economía. Hayek nunca se lo perdonaría.

El *Breve tratado* de Keynes también anticipó una moda posterior en el pensamiento económico: la idea de «expectativas racionales», o la premisa de que como los agentes económicos anticipan de forma deliberada una subida o bajada de los precios y otros cambios en el panorama económico cuando toman decisiones, el precio de los bienes llega a reflejar esas expectativas. En *Breve tratado*, Keynes describe cómo empresarios y consumidores hicieron todo lo posible por minimizar la alteración del cambio de precios, y que se debe tener en cuenta su intento de esquivar los peores efectos de la variación del precio. Si, por ejemplo, un importador de naranjas se enterara de una inminente escasez provocada por una mala cosecha o por la falta de temporeros,

anticiparía la probable subida del precio de las naranjas y ajustaría sus precios en consecuencia. Como los economistas tienden a exagerar, simplificar y generalizar, la idea de «expectativas racionales» llevó poco después a la suposición de que los empresarios gozan de una total comprensión de la economía y de su posible dirección y «fijan el precio» ante cualquier cambio inminente.

La expectativa de los agentes económicos sobre lo que podía ocurrir en una economía condujo a esa observación tan citada —«En el largo plazo todos estaremos muertos»³⁶³— que apareció por primera vez en *Breve tratado*. Al vincular los precios a la cantidad de dinero, señaló Keynes, la teoría cuantitativa³⁶⁴ partía del supuesto de que si la cantidad de dinero se duplicaba, también lo harían los precios a largo plazo. Pero, alegó, antes de que la cantidad de dinero y el nivel de precios se alinearan, los que tenían dinero o podían obtener un crédito anticiparían la subida de los precios y es muy probable que sus reservas de efectivo mermaran en consecuencia. Por lo tanto, hasta que se alcanzara un nuevo equilibrio —en el que la duplicación de la cantidad de dinero en circulación resultara en la duplicación de los precios—, los precios aumentarían, pero no se duplicarían.

Keynes afirmaba que la suposición de que la cantidad de dinero y los precios estuvieran directamente relacionados era, por tanto, cierta, aunque no explicaba toda la historia. La «velocidad de circulación del dinero», más que la cantidad de dinero, era la clave para entender la relación entre la variación en el dinero y en los precios. Como su posterior concepto del *multiplicador* en la *Teoría general* —que sugería que, dado que con el tiempo el dinero cambia de manos muchas veces, cualquier dólar gastado tenía un efecto «multiplicador» al pasar de una persona a otra—, Keynes sugería en *Breve tratado* que no era simplemente la cantidad de dinero en circulación, sino la velocidad a la que cambiaba de manos lo que provocaba las variaciones en los precios. A medida que la actividad económica se aceleraba, cualquier dinero «nuevo» —facilitado, por

ejemplo, a través de préstamos bancarios o de la venta de bonos del Estado— parecía llegar más lejos, y a medida que se ralentizaba, también los precios se estabilizaban.

Una vez más, Keynes manifestó sus dudas sobre el valor de esperar un eventual equilibrio en la economía en el que los precios permanecieran constantes. «El trabajo de los economistas es demasiado fácil e inútil si en un período de turbulencias lo único que nos dicen es que cuando haya pasado la tormenta el océano volverá a estar en calma.»³⁶⁵ La subida y caída desordenada de los precios, afirmaba, era un despilfarro extenuante para las empresas, y a veces incluso amenazaba la estabilidad social. En lugar de contemplar de brazos cruzados cómo se desata semejante caos, los precios se podrían mantener a raya mediante el control por parte del Estado de la oferta de dinero, dando instrucciones a los bancos de aumentar o reducir el crédito.

Samuelson estaba de acuerdo con Friedman sobre el valor del *Breve tratado* de Keynes. Su «síntesis neoclásica», en la que intentaba combinar lo mejor de la economía clásica y las ideas keynesianas, reconocía la verdad de gran parte de lo que había escrito Keynes sobre el dinero en *Breve tratado*. «Creo que el keynesianismo de los años veinte —el Keynes del *Breve tratado sobre la reforma monetaria*— es lo que se necesita en una economía de mercado bien gestionada. Uno va contra el viento y trata de hacerlo de un modo inteligente»,³⁶⁶ dijo.

En las dos décadas que precedieron a su colaboración con *Newsweek*, Friedman abrió varios frentes diferentes en su campaña para contrarrestar el keynesianismo. En 1956, una introducción de Friedman a una colección de artículos científicos³⁶⁷ que editó para University of Chicago Press supuso el pistoletazo de salida.

La descripción de Keynes de las causas y la solución a la Gran Depresión se convirtió rápidamente en la visión convencional entre los economistas estadounidenses tras la publicación de la *Teoría*

general en 1936. En los treinta años que vinieron después, los economistas keynesianos trataron de moderar el ciclo económico para evitar un alto índice de desempleo en la parte baja del ciclo, cuando la demanda se desplomaba, y para impedir una alta inflación frenando el gasto público en la parte alta del ciclo, cuando había demasiado dinero en un sistema que perseguiría demasiados pocos bienes. Los economistas keynesianos creían que sólo con ayuda de instrumentos fiscales —impuestos y gasto— podían gestionar la economía para minimizar sus efectos antisociales.

En su *Teoría general*, Keynes había intentado codificar el nexo entre la cantidad y la velocidad del dinero y las fluctuaciones de los precios, y llegó a la conclusión de que las variables eran tantas y tan imponderables que, aunque la relación entre la oferta monetaria y la inflación seguía siendo cierta en principio, la «extrema complejidad» de interdependencia hacía que fuera una teoría difícil de aplicar en la práctica.³⁶⁸ Siguiendo el ejemplo de la *Teoría general*, los keynesianos restaron importancia a la teoría cuantitativa del dinero y la ignoraron o ridiculizaron. El dinero, decían, ya no importaba. Sin embargo, el mensaje principal del conjunto de ensayos de Friedman era sencillo: el dinero sí importaba. Su propia contribución a la colección fue una reiteración exhaustivamente detallada y llena de ecuaciones de los principios de la teoría cuantitativa, «The Quantity Theory of Money: A Restatement» [«La teoría cuantitativa del dinero: una revisión»], que, según él, «cayó en descrédito tras el Crac de 1929 y la subsiguiente Gran Depresión, y sólo hace muy poco ha vuelto lentamente a conseguir respetabilidad profesional».³⁶⁹

La decisión de Friedman de volver a publicar los ensayos largamente olvidados, afirmó, era «en parte un síntoma de este resurgimiento y en parte la continuación de una tradición aberrante» que se encontraba en Chicago, donde, aseguró, a pesar del auge del keynesianismo desde 1936, «la teoría cuantitativa seguía siendo una parte central y pujante de la tradición oral». En Chicago, dijo, donde la teoría no sólo se mantuvo con vida gracias al boca a boca,

sino que fue revisada y perfeccionada, «se difiere claramente de la atrofiada y rígida caricatura que con tanta frecuencia describen los partidarios del nuevo enfoque [keynesiano] de ingresos y gastos». ³⁷⁰

Como el enfoque distinto del Departamento de Economía de Chicago no era «un sistema rígido, una ortodoxia inmutable, sino una forma de ver las cosas», Friedman afirmó que nadie había codificado la continuada adhesión a la teoría cuantitativa, que describió como «un enfoque teórico que insistía en que el dinero sí importaba: que es probable que cualquier interpretación de los movimientos a corto plazo en la actividad incurra en un grave error si descuida los cambios y las repercusiones monetarias, y si deja sin explicar por qué la gente está dispuesta a conservar la cantidad nominal concreta de dinero existente».

Según Friedman, las celebridades de la economía de Chicago, Henry Simons y Lloyd Mints —así como Frank Knight y Jacob Viner «de forma indirecta»—, habían desarrollado una versión más sutil de la teoría cuantitativa, que integraron con la teoría general de los precios para convertirla en una forma de interpretar los movimientos en la actividad económica y de elaborar recetas políticas.

Aunque en esta época Friedman no hizo muchas afirmaciones audaces sobre la teoría cuantitativa, el simple hecho de volver a publicar artículos que insistían en la pertinencia de una idea que había sido ampliamente desestimada como falaz por los economistas tradicionales fue un evidente acto de rebeldía. La colección de ensayos de Friedman fue recibida en gran medida con el silencio de los keynesianos, que consideraban que Friedman se había quedado anclado en el pasado de modo irreversible.

Samuelson observó los esfuerzos de Friedman por rehabilitar la teoría cuantitativa no tanto con alarma como con una sonrisa irónica. Fue una novedad para él que la teoría cuantitativa se hubiera enseñado de manera extraoficial a través del boca a boca en Chicago, igual que los primeros cristianos habían aprendido la Biblia de memoria y la habían transmitido a sus compañeros.

Aunque Samuelson se resistió a comentarlo públicamente en ese momento, más tarde se preguntó si había habido alguna vez una «tradición oral» de la teoría cuantitativa en Chicago. «Yo estuve allí, conocí bien a todos los protagonistas y tomaba apuntes en clase»,³⁷¹ recordó. Lo que no pudo recordar, ni encontrar entre sus extensos apuntes de clase, es algo que sugiriera que la teoría cuantitativa se hubiera mantenido vigente en Chicago.

Pero si la representación de la teoría cuantitativa de Friedman se basaba en un falso recuerdo, su intento de revivirla señalaba el camino a seguir. La década siguiente fue testigo de un frenético rendimiento por parte de Friedman, que contribuyó a un único pensamiento contrarrevolucionario: la teoría cuantitativa sigue siendo válida; el dinero aún importa.

Al año siguiente, 1957, el ensayo de Friedman *Una teoría de la función de consumo* se propuso anular un elemento clave de la *Teoría general* de Keynes, la «propensión al consumo», es decir, la parte de los nuevos ingresos que la gente gasta en lugar de ahorrar. Keynes había afirmado que cuanto más altos fueran los ingresos de un individuo, más probable era que ahorrara los nuevos ingresos en lugar de gastarlos. Por el contrario, a medida que los ingresos disminuían, la propensión al ahorro era menor. Su pensamiento fue clave para la idea keynesiana del «multiplicador», que sugería que cada dólar extra añadido a los ingresos de una nación mediante el gasto público o los recortes fiscales se gastaría muchas veces, dando a la economía un impulso desproporcionado con respecto a su coste. Como los keynesianos creían que para impulsar una economía en declive era necesario generar una mayor demanda de bienes —fomentando con ello una mayor actividad empresarial, inversión y puestos de trabajo—, concluyeron que lo mejor era que los Estados dirigieran el nuevo estímulo monetario hacia los más desfavorecidos de la sociedad, quienes, a diferencia de los ricos, gastarían hasta el último céntimo sin demora.

Para poner a prueba el supuesto de Keynes, Friedman consultó cinco décadas de datos³⁷² sobre los presupuestos familiares de Estados Unidos y llegó a la conclusión de que, contrariamente a lo expuesto por Keynes, la gente no tomaba decisiones de gasto en función de sus ingresos actuales, sino del estado de sus «ingresos permanentes», el importe de la renta que una persona esperaba ganar en el largo plazo. Por lo tanto, decía, los ingresos corrientes no eran una guía para saber si una persona ahorraba o gastaba nuevos ingresos. Friedman aseguró que las previsiones de Keynes sobre lo rápido que los individuos gastarían el dinero del estímulo — ya sea de las reducciones fiscales o del gasto gubernamental en obras públicas— eran erróneas, lo que socavaba el efecto multiplicador esperado del mismo.³⁷³

En 1960, pidieron a Friedman que escribiera una entrada sobre el dinero para la *Enciclopedia Británica*,³⁷⁴ que estaba revisando su anticuada decimocuarta edición de 1929 para publicar una decimoquinta edición, cosa que al final se hizo en 1974. Para sorpresa de Friedman, fue él, y no Samuelson, quien recibió el encargo de revisar la entrada sobre Keynes. Friedman envió su entrada a Samuelson para que la comentara. «No quiero cuestionar tus creencias sobre M (dinero en inglés) aquí», escribió Samuelson, pero la entrada «no es digna de ti». «Explicas a grandes rasgos la alternativa keynesiana a la teoría [cuantitativa] de una manera que a un jurado de economistas razonables e instruidos sobre el tema le parecerá bastante inadecuada.» Dijo que los lectores recibirían «una impresión engañosa del modelo macroeconómico de la *Teoría general*», al concentrarse únicamente en lo que John Hicks —que redujo el complejo razonamiento de Keynes a una ecuación simplificada— había denominado la «versión de una profunda depresión» de la teoría.

Lo esencial del error de Friedman, según Samuelson, tenía que ver con una de las formas de medir el dinero en una economía. Exactamente qué dinero medir y cómo obtener mediciones precisas del dinero —prerrequisitos fundamentales para que un banco central

pueda intervenir en el mercado con cierta confianza— resultaría difícil incluso para los monetaristas. Samuelson reprochó a Friedman que tergiversara el valor de una de las muchas formas de medir el dinero en el sistema, el M1:³⁷⁵ «Negar que el M1 es infinito no significa creer que sea cero»,³⁷⁶ escribió.

Sobre la acusación principal de Samuelson de que había malinterpretado la versión de Keynes sobre la teoría monetaria en la *Teoría general*, Friedman respondió: «Por supuesto, habrá fragmentos sobre la teoría keynesiana en la *Enciclopedia*» y que «mis comentarios sobre la teoría keynesiana no pretendían ser en modo alguno exhaustivos, sino sólo exponer el mínimo necesario para hacer inteligible los acontecimientos que se produjeron en la propia teoría cuantitativa. Quería hacer hincapié en lo mucho que el enfoque actual de la teoría cuantitativa debe a la inspiración keynesiana. Al parecer, no alcancé mi objetivo». Aseguró que reescribiría las páginas ofensivas, aunque «no estaba seguro de poder lograrlo».³⁷⁷

Friedman envió una nueva versión a Samuelson, que la consideró «una mejora [sólo] en un pequeño aspecto». En la argumentación había una serie de creencias atribuidas a Keynes, que Samuelson sugirió que debían simplemente eliminarse. «Atribuir a “algunos discípulos de Keynes” opiniones de este tipo —sugirió Samuelson—. Sus discípulos son un grupo heterogéneo, y entre ellos se puede encontrar un subgrupo que cree en cualquier cosa.» Reprendió a Friedman por no estar al día con «la literatura poskeynesiana». Había mostrado la entrada revisada de Friedman a Solow, Modigliani, Tobin y otros, y aceptado que contentarle a él y a sus amigos keynesianos no era «tarea grata». Pero si la entrada debía mantener su «objetividad y relevancia», Friedman debía volver a intentarlo. Del mismo modo que cuando Keynes señaló a Piero Sraffa³⁷⁸ con respecto al libro de Hayek *Precios y producción*, «No puedo evitar sentir que hay algo interesante en él»,³⁷⁹ Samuelson se despidió diciendo: «Como todos los modernos, saco enorme provecho de leer tu obra con atención».³⁸⁰

Friedman defendió sus palabras con firmeza, sugiriendo que «tanto tú como aquellos a quienes consultaste os quejáis demasiado». «He vuelto a leer las partes relevantes de la *Teoría general* de Keynes —escribió—. Partiendo de esta base, creo que las opiniones que le atribuyo son correctas.» La cuestión que había tratado de responder era «por qué [...] la revolución keynesiana tuvo un efecto tan drástico en las creencias acerca del papel del dinero en la economía».³⁸¹

Cuando Samuelson dio una conferencia en la Universidad DePaul en la que se mostró crítico con la adhesión de Friedman a la teoría cuantitativa del dinero, Friedman no tardó en reclamar. «Acepto las críticas, constructivas o destructivas, pero no la tergiversación de mis opiniones»,³⁸² escribió. «El monetarismo que atacué en DePaul es un subterfugio. Pero no uno que haya creado yo —respondió Samuelson—. Naturalmente, me complace leer uno de tus artículos en el que demuestras suscribir un conjunto de ecuaciones en las que ya creían los keynesianos en 1940. Tengo la esperanza de que las desarrolles y amplíes como han hecho Modigliani, [James] Tobin³⁸³ y otros en los treinta años transcurridos desde entonces.»³⁸⁴

La *Biblioteca Británica* publicó el ensayo de Friedman sobre el dinero, aunque no permaneció en ella mucho tiempo. Pidieron a Allan Meltzer,³⁸⁵ autoridad en política monetaria de la Fed, que escribiera una entrada revisada sobre el dinero para la edición de 1986. Meltzer envió a Friedman una copia de su ensayo y recibió una respuesta «perspicaz, útil y cortés».³⁸⁶ Durante un tiempo, la entrada revisada se publicó con ambos nombres.

Friedman sabía que contaba con pocas posibilidades de convencer a los keynesianos acerca de las virtudes de la teoría cuantitativa. Cuando se le pidió años más tarde que nombrara su metedura de pata más interesante, Friedman respondió: «Intentar vender a los keynesianos mi marco monetario alternativo [...]. Fui ingenuo al creer que el hecho de pasar mis ideas a lenguaje keynesiano haría mella en los keynesianos».³⁸⁷

Tras haber asestado un golpe a un aspecto clave de la *Teoría general* de Keynes en su obra *Una teoría de la función de consumo*, en 1963 Friedman organizó su asalto más poderoso al pensamiento keynesiano hasta entonces. A lo largo de dos décadas, él y Anna Schwartz habían recopilado de muchas fuentes cifras que explicaban el papel de la cantidad de dinero en la actividad económica de Estados Unidos en los cien años anteriores. Destacaron la cantidad de dinero en efectivo que la gente tenía en sus cuentas de ahorro, la relación entre las reservas y los depósitos bancarios, y examinaron no sólo el dinero en efectivo, sino también otros instrumentos que se utilizaban como tal. Friedman concluyó que los datos mostraban que la cantidad de dinero en circulación y acciones como el aumento o la disminución del tipo de interés por parte de la Reserva Federal estaban íntimamente vinculadas y, por tanto, la teoría cuantitativa seguía siendo válida.

Friedman y Schwartz iniciaron su épica investigación en los años cuarenta, aunque no publicaron sus resultados hasta 1963 en *A Monetary History of the United States, 1867-1960*.³⁸⁸ Sus conclusiones supusieron una innovación inesperada a la creencia popular. Antes de su informe, se creía en general que las causas de la Gran Depresión habían sido factores como el colapso de la confianza de los inversores y los consumidores y unos tipos de interés excesivamente altos. Friedman y Schwartz intentaron probar lo contrario.

En el último capítulo de su obra magna, la pareja se centró en los acontecimientos ocurridos entre 1920 y 1940. En la década posterior a la Primera Guerra Mundial, la economía de Estados Unidos se disparó y sus habitantes se vieron inmersos en la imprudente extravagancia de los felices años veinte. Pero tras años de crecimiento ininterrumpido, en 1929 el mercado de valores se derrumbó, y sus repercusiones llegaron a todo el mundo. La economía estadounidense paró en seco. Los bancos se quedaron sin dinero y se negaron a prestar, y muchos de ellos cerraron sus puertas para siempre. Se perdieron fortunas. Los inversores en

bancarrota se suicidaron. Durante los años treinta, la Gran Depresión dejó al mundo en un estado de empobrecimiento total, donde millones de personas eran incapaces de encontrar trabajo.

¿Qué pasó? ¿Y quién fue el responsable? Keynes y otros ofrecieron una explicación sencilla que sugería que el desplome fue el resultado inevitable de que hubiera demasiado dinero persiguiendo muy pocos bienes, lo que provocó una burbuja en el precio de las acciones, y en los precios en general, que estalló de forma espectacular entre el 24 y el 29 de octubre de 1929. Friedman y Schwartz llegaron a una conclusión completamente distinta. La Gran Depresión no fue consecuencia de una euforia excesiva en el mercado, sino que se desencadenó por la incapacidad de la Reserva Federal de inyectar suficientes dólares en el sistema a través de préstamos a bajos tipos de interés para evitar la falta crónica de liquidez que acabó provocando la quiebra de tantos bancos y empresas.

Ambos economistas observaron que la Reserva Federal aumentó la tasa de descuento en 1920, y de nuevo en 1931, dos años después de la caída de Wall Street, y luego elevó el requisito de reserva en 1937, lo que, junto con otras medidas del Gobierno federal, provocó la «Recesión de Roosevelt» de 1937. Observaron que estas tres subidas de tipos de interés se correlacionaban exactamente con los tres descensos más bruscos de la oferta monetaria en casi un siglo, y las subidas de tipos coincidían asimismo con un hundimiento espectacular de la producción industrial, que cayó un 30, un 24 y un 34 por ciento, respectivamente. Friedman afirmó que la Gran Depresión debería llamarse de manera más precisa la Gran Contracción, para reflejar su verdadero origen en la oferta monetaria.

A Monetary History of the United States se convirtió de inmediato en un clásico. El enfoque de Friedman y Schwartz era meticulosamente científico: tomaron la teoría cuantitativa del dinero, después observaron los cambios en la oferta monetaria en un cierto plazo de tiempo para ver si los cambios coincidían con los

acontecimientos. El evidente trabajo que Friedman y Schwartz desempeñaron en los archivos tratando de dar sentido a las pruebas empíricas —en lugar de basarse, como había hecho Keynes, en una corazonada— convenció a la mayoría de los economistas e historiadores económicos de que ambos habían logrado descubrir las verdaderas razones de la Gran Depresión. Al resucitar la teoría cuantitativa del dinero, Friedman la rehabilitó como una herramienta válida para predecir los cambios en la economía.

The Monetary History fue un buen ejemplo de cómo Friedman y Samuelson buscaron explicaciones a los fenómenos económicos de maneras muy diferentes. Este último confiaba en la intuición, como Keynes. La miríada de artículos de Samuelson comenzaba con una conjetura bien fundada que luego era puesta a prueba mediante ecuaciones matemáticas para demostrar su veracidad. Friedman abordaba las cuestiones de forma diferente. Comenzaba con una teoría plausible y luego buscaba pruebas estadísticas históricas para probarla.

Las personas sin formación científica pueden imaginar que el enfoque de Friedman es más convincente, ya que contrapone las ideas contra los hechos. Pero la metodología utilizada por Samuelson y Keynes —suposición seguida de pruebas matemáticas— es habitual en todas las ciencias físicas y sociales. Muchos de los principales avances en el pensamiento científico —como la concepción del ADN como una doble hélice, el resultado de la división del átomo, la vuelta de la Tierra al Sol o cómo funciona la gravedad— se basan en la deducción más que en el trabajo de laboratorio. La validación a través de la experimentación suele llegar mucho después de que un problema se haya resuelto de forma lógica. Samuelson estaba convencido de que la intuición, y no largas horas de estudio de datos, era la clave del descubrimiento. Le dijo a Arthur Burns³⁸⁹ —quien había animado a Friedman y Schwartz en su investigación monetaria— que, a la hora de hacer previsiones económicas, las «regresiones de la mente» eran preferibles a las «regresiones del ordenador». Cuando se le

preguntó «¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que un ordenador le sustituya?», Samuelson respondió: «Ni en un millón de años».³⁹⁰

Apenas acababan de calmarse las olas de *A Monetary History of the United States* cuando Friedman lanzó su siguiente incursión contra los keynesianos. En 1967, Friedman fue invitado a pronunciar el discurso presidencial³⁹¹ de la Asociación Estadounidense de Economía (AEA, por sus siglas en inglés), el 29 de diciembre en Washington D. C., la eminente plataforma desde la que los distinguidos economistas estadounidenses³⁹² dan conferencias magistrales. Tomando prestado libremente el *Breve tratado* de Keynes, la charla de Friedman, «El rol de la política monetaria»,³⁹³ se convertiría en la piedra angular teórica de su emergente monetarismo friedmanita. La principal propuesta de Friedman era que si la «velocidad de circulación del dinero», que Keynes había identificado en el *Breve tratado*, se regulaba de manera que los precios sólo pudieran subir a un ritmo bajo y constante, se maximizarían el crecimiento económico y la prosperidad.

La charla de la AEA fue un paso importante para que Friedman pudiera reclamar un destacado lugar en la historia del pensamiento económico. Aunque se basó en el *Breve tratado* de Keynes, Friedman fue a la AEA a enterrar a Keynes, no a alabarlo. En primer lugar, criticó la explicación de Keynes sobre los orígenes de la Gran Depresión, que asumía que el principal culpable era la falta de demanda agregada. «Keynes había descartado la teoría cuantitativa del dinero —aseguró Friedman—, porque la política monetaria es como una cuerda: sirve para estirar, pero no para empujar. Se podía tirar de ella para detener la inflación, pero no se podía empujar para detener la recesión. Se puede llevar un caballo al agua, pero no se le puede obligar a beber.» Keynes pensaba que no quedaban inversores para aprovechar el interminable crédito barato cuando la demanda estaba por los suelos.

Friedman explicó que, en opinión de Keynes, la prolongada contracción de los años treinta se inició «por el colapso de la inversión, por la escasez de oportunidades de inversión o por una obstinada frugalidad [que] no podía, se argumentaba, haber sido detenida con medidas monetarias». Al observar los acontecimientos a través de la lente de la *Teoría general*, sostuvo Friedman, Keynes había ofrecido al mismo tiempo una explicación de la presunta impotencia de la política monetaria para detener la Depresión, una interpretación no monetaria de la Depresión y una alternativa a la política monetaria para hacer frente a la Depresión. Según Friedman, la solución de Keynes a la recesión era la política fiscal. El gasto público podría compensar la inversión privada insuficiente. Las reducciones de impuestos podrían socavar la obstinada frugalidad.

Friedman reconoció que la teoría cuantitativa del dinero no estaba tan pasada de moda, sino que era apenas considerada por los economistas como una alternativa a la manipulación de la economía mediante la política fiscal. Sólo quedaban «unas pocas almas reaccionarias» que se mantenían fieles a la teoría cuantitativa, decía Friedman. «El dinero no importaba —dijo—. Su único papel era aquel, muy pequeño, de mantener los tipos de interés bajos.» Después de la Segunda Guerra Mundial, la previsión era la reanudación de la Depresión de preguerra, lo que condujo al uso de políticas de «dinero barato», en las que los Gobiernos mantuvieron bajos los tipos de interés para maximizar la actividad económica.

Pero, según Friedman, al mantener los tipos anormalmente bajos, los políticos y sus mansos economistas estaban jugando con fuego. «Recibieron un duro golpe cuando estas políticas fracasaron en un país tras otro, cuando un banco central tras otro se vio obligado a abandonar la pretensión de que podía mantener por tiempo indefinido el tipo de interés a un nivel bajo —explicó—. La inflación, estimulada por las políticas de dinero barato, y no la tan anunciada depresión de posguerra, resultó estar a la orden del día.»

Sin embargo, la inflación aparentemente avivada por los recursos fiscales keynesianos sugería que la cantidad de dinero sí importaba después de todo: la mala gestión de la política monetaria por parte de los economistas keynesianos hizo que los precios subieran más rápido de lo necesario, dijo. Esa constatación fue «el inicio de un renacimiento de la creencia en el poder de la política monetaria».

Friedman puso entonces como prueba su investigación junto con Schwartz que, según sugirió, había provocado una «reevaluación del papel que desempeñó el dinero entre 1929 y 1933». Describió cómo Keynes concluyó que la Gran Depresión había tenido lugar a pesar de las agresivas políticas expansivas de las autoridades monetarias, que demostraron ser insuficientes. Pero, dijo Friedman, la creencia de Keynes era errónea porque «estudios recientes [los del propio Friedman] demostraban que los hechos indican precisamente lo contrario: las autoridades monetarias estadounidenses siguieron políticas muy deflacionarias. La cantidad de dinero en Estados Unidos disminuyó un tercio en el transcurso de la Gran Depresión».

Por lo tanto, el desastre humano causado por semejante caída había sido totalmente innecesario, dijo Friedman. «El Sistema de la Reserva Federal forzó o permitió una drástica reducción de la base monetaria, porque no ejerció las responsabilidades que le asigna la Ley de la Reserva Federal de proporcionar liquidez al sistema bancario.» Concluyó que «la Gran Contracción es un trágico testimonio del poder de la política monetaria, y no, como Keynes y muchos de sus contemporáneos creían, prueba de su impotencia».

La convicción de Keynes de que la política fiscal debía utilizarse para estimular una economía en crisis era equivocada, dijo Friedman. El gasto en obras y proyectos públicos tardó mucho más de lo previsto en traducirse en un aumento de la actividad económica, por lo que, para estimular con mayor rapidez la economía, los políticos recurrieron a los recortes fiscales. Los economistas, afirmó, ya aceptaban ampliamente que se había subestimado el efecto del dinero en el sistema y que «casi ningún

economista acepta hoy en día opiniones que eran moneda común hace unas dos décadas». Si bien tradicionalmente se consideró que la función principal del dinero era mantener los precios estables, así como el precio del dólar en relación con el del oro —«el patrón oro»—, el énfasis principal de la política monetaria en el mundo de la posguerra era que todos los habitantes de la nación tuvieran un empleo, mientras que la contención de los precios era «un objetivo permanente, aunque sin duda secundario».

En un raro momento de prudencia, Friedman aún no estaba preparado para afirmar que la política monetaria por sí sola podía lograrlo todo. Como en los años veinte, dijo: «Corremos el peligro de asignar a la política monetaria un papel mayor del que puede desempeñar, de pedirle que realice tareas que no puede llevar a cabo».

Se dispuso a describir lo que la política monetaria podía y lo que no podía conseguir, por temor a que se la considerara una panacea, aunque sólo sea porque «el fracaso de las políticas de dinero barato era una de las principales fuentes de reacción contra el keynesianismo». Dijo que la política monetaria no podía congelar los tipos de interés, excepto durante períodos de tiempo muy limitados. Y no podía mantener una elevada tasa de empleo, salvo durante un breve espacio de tiempo.

Desde los años cuarenta, el Congreso había ordenado a la Reserva Federal que mantuviera el desempleo al mínimo por medio de la manipulación de los tipos de interés (la Reserva Federal no recibió un mandato parecido para mantener la inflación baja o controlada hasta 1977).³⁹⁴ Friedman describió el proceso por el cual la Reserva Federal mantenía bajos los tipos de interés: compraba bonos del Estado en el mercado abierto, lo que hacía que aumentara el precio de esos valores, disminuyendo así su rentabilidad —el retorno de la inversión—, lo que a su vez hacía bajar los tipos de interés. Pero este truco no podía jugarse *ad infinitum*. Aunque el aumento de la cantidad de dinero en circulación mediante la compra de valores reducía los tipos de interés durante

un tiempo, «esto es sólo el principio del proceso, no el final», dijo Friedman. El abaratamiento deliberado del dinero podía aumentar el gasto y, por tanto, la demanda durante un tiempo, pero «los gastos de una persona son los ingresos de otra». En menos de un año, el aumento de los ingresos motivado por las medidas de la Fed incrementaría a su vez la demanda de préstamos y elevaría los precios. En «uno o dos años», los efectos de mantener los tipos de interés anormalmente bajos «devolverían los tipos de interés al nivel que de otra manera tendrían» —«el tipo de interés natural»—³⁹⁵ o incluso más.

«Permitamos que la mayor tasa de crecimiento monetario produzca un aumento de los precios, y que el público llegue a esperar que los precios sigan subiendo —dijo—. Entonces los prestatarios estarán dispuestos a pagar [los precios más altos] y los prestamistas exigirán tipos de interés más elevados.»

En un aparte, Friedman ofreció una idea de los problemas a los que se enfrentaría más tarde a la hora de convencer a los políticos de que el control de la oferta monetaria era la clave para una economía estable y próspera. «La política monetaria no puede fijar tipos de interés», declaró. Eso explica «por qué los tipos de interés son un indicador tan engañoso sobre la posibilidad de que la política monetaria sea “restrictiva” o “relajada”. Para eso, es mucho mejor fijarse en la tasa de cambio de la cantidad de dinero [la “velocidad de circulación del dinero” que Keynes describió en el *Breve tratado*]». Pero, como pronto descubrirían los que se convertirían a la forma de pensar de Friedman, era mucho más fácil hablar de la velocidad del dinero que medirla. Esta cuestión subyacente hizo del monetarismo de Friedman un concepto simple que, tanto si era correcto como si no, era difícil de traducir en política.

Friedman abordó una preocupación práctica clave. Si el crecimiento monetario tendía a estimular el empleo y la contracción monetaria a provocar la pérdida de puestos de trabajo, se preguntó: «Por qué, entonces, no puede adoptar la autoridad monetaria un objetivo de empleo o de desempleo —pongamos, por ejemplo, de

un 3 por ciento de desempleo— y ser restrictiva cuando el desempleo sea menor que el objetivo, ser relajada cuando el desempleo sea mayor que el objetivo y, de este modo, fijar el desempleo en, digamos, el 3 por ciento». La razón, sugirió, era de nuevo el desfase entre acción y resultado.

Invocó el trabajo de Knut Wicksell,³⁹⁶ que sostuvo que había un tipo de interés «natural» diferente del tipo de interés «de mercado», donde el tipo «natural» era el que el mercado establecería si se abandonaba a su suerte, y el tipo «de mercado», el establecido por las autoridades monetarias. Los que regulan la oferta de dinero «pueden hacer que el tipo de mercado sea menor que el natural sólo mediante la inflación», dijo, y «pueden hacer que el tipo de mercado sea más alto que el natural sólo mediante la deflación».

Para Friedman fue un pequeño paso lógico pasar de la «tasa natural» de interés a la tasa «natural» de desempleo, o la tasa que podría existir si las autoridades monetarias y el Gobierno no distorsionaran el libre mercado gracias al uso de políticas fiscales para evitar el desempleo. En la «tasa natural de desempleo —dijo—, los salarios reales tienden por término medio a aumentar a un ritmo secular “normal”». En estas circunstancias, «un nivel de desempleo más bajo es un indicador de que hay un exceso de demanda de trabajo que producirá una presión al alza en los salarios reales», mientras que «un nivel de desempleo más alto es indicador de que hay un exceso de oferta de trabajo que producirá una presión a la baja en los salarios reales».

Para Friedman, incluso la «tasa natural de desempleo» no era del todo «natural» debido a las políticas adoptadas por los Gobiernos para mantener el pleno empleo. En Estados Unidos, el salario mínimo federal combinado con otros factores, como la negociación salarial de los sindicatos que operaban en régimen de monopolio a través de cláusulas de «taller cerrado» con los empresarios que sólo permitían contratar a trabajadores sindicados, «hacen que la tasa natural de desempleo sea más alta de lo que sería de otra manera». Samuelson coincidía con Friedman sobre el

salario mínimo. En la edición de 1970 de su libro de texto se preguntó: «¿De qué le sirve a un joven de color saber que un empleador debe pagarle 2 dólares la hora si el hecho de tener que pagar esa cantidad es lo que le impide conseguir un trabajo?». ³⁹⁷

Pero el problema para legisladores y economistas, admitió Friedman con sinceridad, era que determinar la tasa «natural» resultaba imposible. «Por desgracia, todavía no hemos concebido ningún método para estimar con precisión y facilidad la tasa de interés natural ni la de desempleo —comentó—. La misma tasa “natural” cambiará de vez en cuando.» Cualquier intento por parte de alguna autoridad monetaria de alinear sus políticas con la tasa «natural» estaría condenado al fracaso, ya que «la tasa “de mercado” variará con respecto a la tasa natural por todo tipo de razones ajenas a la política monetaria». ³⁹⁸

En su discurso, Friedman también se propuso refutar una de las «verdades» establecidas más destacadas y apreciadas por los keynesianos: que había una relación inversa, estable y medible entre empleo e inflación. Cuando los precios subían, los empresarios buscaban recortar gastos y despedían gente; cuando los precios se mantenían bajos, la actividad empresarial crecía y se creaban nuevos puestos de trabajo. Mediante el ajuste de los tipos de interés, los Gobiernos podían reducir el nivel de desempleo. La relación empleos/precios fue establecida por William Phillips, ³⁹⁹ que en su artículo «The Relation between Unemployment and the Rate of Change of Money Wage Rates in the United Kingdom, 1861-1957» [«La relación entre el desempleo y la tasa de variación de los salarios monetarios en el Reino Unido, 1861-1957»], publicado en 1960, interpretó las opiniones de Keynes con respecto a la materia tras investigar cien años de datos sobre la inflación salarial y el desempleo en Gran Bretaña.

En su conferencia, Friedman ofreció su refutación de la curva de Phillips. Si bien el análisis de este último fue «merecidamente celebrado como una contribución importante y original», contenía «un defecto básico: la falta de diferenciación entre salarios

nominales y salarios reales, esto es, la cantidad de dinero que se pagaba a un trabajador en comparación con la cantidad de bienes y servicios que esos salarios podían comprar si se tenía en cuenta la inflación». Aunque «siempre hay un elemento de compensación temporal entre la inflación y el desempleo, no hay uno de compensación permanente», dijo Friedman. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la tasa natural de empleo se impusiera de nuevo? Su «criterio personal, basado en cierto análisis de las pruebas históricas [su trabajo sobre la Gran Depresión]», sugería que los efectos iniciales de una mayor tasa de inflación a la prevista duraban entre dos y cinco años. Un pleno ajuste a la nueva tasa de inflación podría llevar hasta un par de décadas.

Como Hayek, Friedman llegó a la conclusión de que todos los intentos de engañar al mercado para crear una falsa prosperidad estaban condenados al fracaso.

[Si bien una autoridad monetaria podía] utilizar este control sobre las cantidades nominales para fijar una cantidad nominal —el tipo de cambio, el nivel de precios, el nivel nominal de la renta nacional, la cantidad de dinero según una u otra definición— o para fijar la tasa de cambio en una cantidad nominal —la tasa de inflación o de deflación, la tasa de crecimiento o el ritmo de disminución de la renta nacional nominal, la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero—, no puede utilizar su control sobre las cantidades nominales para fijar una cantidad real: el tipo de interés real, la tasa de desempleo, el nivel de la renta nacional real, la cantidad real de dinero, la tasa de crecimiento de la renta nacional real o el estado de crecimiento de la cantidad real de dinero.

Friedman no tenía ninguna duda de que el dinero era, en sí mismo, un gran invento responsable del gran aumento del crecimiento económico y de la prosperidad general en los doscientos años anteriores tanto como los numerosos inventos técnicos y las máquinas que habían transformado la economía. Pero el dinero debía ser tratado con cuidado. Advirtió que «cuando [el dinero] se desorganiza, pone palos en las ruedas del funcionamiento de todas las demás máquinas».

En el pasado, dijo, instrumentos como el patrón oro, mediante el cual las monedas fijaban su precio con respecto al precio del oro, habían proporcionado estabilidad monetaria. Pero esos días están desapareciendo rápidamente. «Apenas hay un país en el mundo que esté dispuesto a dejar que el patrón oro reine sin control; y hay razones convincentes para que los países no lo hagan», aseguró.

El control de la oferta monetaria podía evitar la euforia de los mercados, como la que ocurrió justo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la reconstrucción de la Europa devastada por la guerra y la anticipación de una pujante economía mundial, gracias a la llegada de la paz y el fin del gasto en armamento, llevaron a un incremento de la actividad económica. La política monetaria no sólo podía ayudar a mantener bajo control esas fuerzas imprevisibles, sino que podía abordar las consecuencias del gasto público keynesiano. «Si, como ahora, un polémico presupuesto federal amenaza con un déficit sin precedentes, la política monetaria puede contener cualquier peligro inflacionario mediante una tasa de crecimiento monetario más lenta de lo que sería deseable.»

Pero había un problema. Friedman indicó que todos los intentos de resolver los altibajos de la actividad económica a través de la política monetaria habían salido mal, habida cuenta del desfase entre la actuación de la Reserva Federal y el efecto de la acción en la economía meses después. Las autoridades monetarias, dijo, «tienden a determinar sus acciones en función de las condiciones actuales, pero sus acciones sólo afectarán a la economía seis, nueve, doce o quince meses después. De ahí que se sientan obligadas a pisar el freno, o el acelerador, según el caso, con demasiada fuerza».

Entonces, ¿cómo debe emplearse la política monetaria? Friedman confesó que no estaba claro, ya que los efectos de aumentar o disminuir la cantidad de dinero eran muy difíciles de cuantificar. Su recomendación para las autoridades monetarias que desearan garantizar una tasa de inflación constante era

proporcionar un pequeño crecimiento sostenido de la oferta de dinero, entre el 3 y el 5 por ciento anual. Cómo llegó a esas determinadas cifras es algo que no aclaró.

La solución de Friedman a la inflación desbocada era eliminar la discrecionalidad de los bancos centrales e instalar un sistema de reglas fijas sobre la política monetaria que, según él, aportaría seguridad a las empresas mediante el mantenimiento de los precios en una dirección uniforme y ligeramente ascendente. «Un crecimiento monetario sostenido ofrecería un clima monetario favorable al funcionamiento efectivo de esas fuerzas básicas de la empresa, el ingenio, la invención, el trabajo duro y el ahorro, que son los verdaderos resortes del crecimiento económico —dijo—. Eso es lo máximo que cabe pedir a la política monetaria en nuestra etapa actual de conocimientos.»⁴⁰⁰

Como bien era consciente, el intento de Friedman de refutar la solidez de la disyuntiva entre inflación y empleo de Phillips le supuso un enfrentamiento directo con Samuelson, que junto con su colega del MIT, Solow, había refrendado la validez de la investigación de Phillips⁴⁰¹ y había llamado a la teoría «curva de Phillips».⁴⁰² Samuelson y Solow llegaron a la conclusión de que la relación empleo/precios era tan fiable que ofrecía variadas opciones para los líderes políticos. Si lo que deseaban era mantener el desempleo a un determinado nivel bajo, les costaría un cierto grado de inflación. Su apoyo a la curva de Phillips llegó a considerarse «el punto culminante de la idea keynesiana, la contrapartida occidental a la planificación centralizada al estilo soviético: que la economía era una máquina que un Gobierno sabio, omnisciente y omnipotente podía ajustar».⁴⁰³

Según la curva, la compensación funcionaba a escala proporcional. Por ejemplo, para mantener el desempleo en el 3 por ciento, lo que se consideraba pleno empleo en términos prácticos, los precios anuales tendrían que subir un 5 por ciento.⁴⁰⁴ Pero Samuelson y Solow fueron lo bastante astutos para formular una advertencia: la relación entre empleo e inflación podía no sostenerse

a largo plazo, ya que las expectativas sobre las subidas de precios en el futuro empezarían a inflar las demandas salariales, lo que llevaría a una mayor inflación generalizada.

Friedman concentró su ataque en esta condición de Samuelson y Solow. Analizó los datos de empleo e inflación posteriores a la Segunda Guerra Mundial y llegó a una conclusión diferente a la de Phillips. No le gustaba, por instinto, el supuesto keynesiano de que se podía obtener algo (un bajo nivel de desempleo) a cambio de nada (una modesta inflación de los precios). Esa incompatibilidad era lo que Hayek había intentado demostrar a Keynes en 1931, con escasos resultados. Como decía la frase pegadiza más famosa de Friedman: «No existe tal cosa como un almuerzo gratis». ⁴⁰⁵

Friedman no estaba solo en su escepticismo sobre Phillips. En la London School of Economics, Edmund Phelps, de la Universidad de Pensilvania, estaba llevando a cabo una investigación similar al margen de Friedman, y también determinó que las cifras históricas de empleo e inflación no respaldaban la audaz afirmación de Phillips. ⁴⁰⁶ Tanto Friedman como Phelps sugirieron que, del mismo modo en que Wicksell había postulado una «tasa de interés natural», existía una «tasa de empleo natural» que se reafirmaría si los Gobiernos dejaran de intervenir en el mercado para mantener el nivel de desempleo artificialmente bajo.

Phelps y Friedman concluyeron por separado que la compensación entre empleo y aumento de precios sólo ocurría a corto plazo, ya que, con el tiempo, las expectativas sobre las futuras subidas de precios conducirían a una inflación cada vez mayor. «Los participantes en el mercado de productos y en el laboral aprenderán a esperar la inflación», escribió Phelps, y «como consecuencia de su comportamiento racional, anticipatorio, la curva de Phillips se irá desplazando de forma gradual, habrá mayor inflación que antes y el patrón se repetirá a medida que las expectativas se vayan revisando continuamente al alza». Phelps predijo que los Gobiernos que

confiaran en la curva de Phillips para mantener el pleno empleo se exponían al desastre. Sus acciones llevarían a una «espiral salario/precio» seguida de una «hiperinflación» como la de Weimar.

Algunos años después, tras escuchar a Friedman hablar sobre su refutación de la curva de Phillips en una grabación, Samuelson escribió que las observaciones de Friedman críticas con la eficacia de ésta no eran nada nuevo y que él ya se había referido a ellas en su libro de texto *Economía*. «El examen en mi libro sobre el problema de la curva de Phillips ya toca todos los puntos que de forma tan apropiada has analizado, y muchos más —escribió a Friedman—. Analiza el corto plazo, el largo plazo, las diferentes concepciones sobre la tasa natural de desempleo, sobre expectativas, sobre los adelantos y retrasos en los pagos internacionales y las relaciones multidimensionales, etcétera.»⁴⁰⁷

La conferencia de Friedman en la AEA tuvo una buena acogida.⁴⁰⁸ Pero teniendo en cuenta las numerosas advertencias de Friedman en cuanto al control de la oferta monetaria, ¿qué utilidad práctica tenía la política monetaria? En sus declaraciones públicas sobre el pronunciado incremento de la inflación a partir de los años sesenta, Friedman tendía a simplificar su mensaje: el dinero era la clave. En 1962, en *Capitalismo y libertad*, había declarado que «la historia ofrece una amplia evidencia de que lo que determina el nivel promedio de precios y salarios es la cantidad de dinero en la economía, y no la codicia de los empresarios o de los trabajadores».⁴⁰⁹ Pero en 1970 parece ir un poco más allá: «La inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario en el sentido de que es y puede ser producida sólo por un aumento más rápido de la cantidad de dinero que del rendimiento económico».⁴¹⁰

Friedman estaba en racha. Si en el pasado su índice levantado en gesto admonitorio había sido desestimado como la reprimenda de un excéntrico, su conferencia en la AEA lo erigió en líder de una largamente esperada oposición al keynesianismo. Friedman fue muy solicitado para proseguir su asalto a la nueva economía y en 1978 aceptó aparecer en un debate televisado con el keynesiano Walter

W. Heller, presidente del Consejo de Asesores Económicos de Kennedy y Johnson, al que acudió tanta gente que mucha tuvo que quedarse fuera de la sala de conferencias y el evento adquirió la atmósfera de un juicio mediático.⁴¹¹

Lo único que Friedman necesitaba ahora para demostrar que sus teorías monetarias eran acertadas era convencer a un Gobierno —cualquier Gobierno, pero el de Estados Unidos estaba en su punto de mira— de que abandonara el keynesianismo y adoptara sus ideas monetarias. Revertir el orden establecido y sustituir su ideología por la propia era una ambición revolucionaria. Parece que su discurso en la AEA captó la atención del público, aunque todavía no había ganado la batalla de las ideas. Encontrar un líder político que embarcara a los ciudadanos en un arriesgado experimento económico para mostrar la valía del monetarismo sería algo mucho más difícil. Sin embargo, en poco tiempo, Friedman se dirigiría a Washington D. C. con el objetivo de poner a prueba su gran idea.

Hizo caso omiso de las insistentes advertencias de Hayek para que permaneciera alejado de los políticos. El economista se sentía atraído por aquellas personas poderosas que podían traducir sus ideas en acciones. Necesitaba un resultado. En tanto no se pusiera a prueba su monetarismo, los Gobiernos seguirían jugueteando con la economía a través de la política fiscal. Friedman tenía que encontrar un presidente republicano con el que poder trabajar y cuya mentalidad fuera lo bastante abierta para probar algo nuevo.

El siguiente presidente en espera del Partido Republicano, que en aquellos días solía elegir a sus candidatos por rotación o antigüedad, y no por sus méritos, fue Richard M. Nixon,⁴¹² hombre de gran inteligencia unida a una gran astucia. Tras la elección de Nixon en 1968, Friedman aceptó con entusiasmo convertirse en asesor económico del nuevo presidente. Se trataba de una oportunidad de oro para cambiar el rumbo del keynesianismo y aplicar todo el rigor del monetarismo a la economía estadounidense. Se sintió a las puertas del éxito.

Pero no tardaría en descubrir que, mientras que los enfrentamientos sobre economía teórica se libraban siempre con guantes, en el mundo de la política los rivales llegaban a una pelea de navajas con la pistola cargada. Aprendería también que resultaba útil echar mano de la psicología básica cuando se trataba de las imperfecciones de un presidente obsesionado con la imagen y que desechaba con facilidad el sentido de lo correcto en favor de lo conveniente.

No tan rápido

Mientras las ideas monetaristas de Friedman cobran impulso, Samuelson espera detener en seco la contrarrevolución antikeynesiana con una lógica fría y clara.

Samuelson no respondió de forma inmediata a la conferencia de Friedman en la Asociación Estadounidense de Economía, aunque era consciente de que, al centrarse en las causas de la inflación, éste desafiaba el legado de Keynes. La economía estadounidense empezó a sufrir falta de crecimiento e inflación al mismo tiempo, una incómoda coyuntura que los keynesianos ni habían predicho ni podían explicar fácilmente.

Los keynesianos habían asumido durante mucho tiempo que la inflación obedecía al aumento de la demanda que proporcionaba el crecimiento económico. Pero les resultaba difícil justificar por qué la inflación persistía incluso cuando una economía entraba en recesión. La explicación de la «estanflación»⁴¹³ —inflación durante el estancamiento económico— iba a propiciar las condiciones para una crisis de confianza entre los keynesianos. Hacía tiempo que los no keynesianos advertían de que el hecho de que los Gobiernos trastearan en exceso con la economía acabaría por provocar distorsiones incómodas; la estanflación parecía ser la prueba buscada para demostrar que una excesiva gestión keynesiana durante demasiado tiempo socavaba la autorregulación natural de una economía de mercado.

Samuelson no supo dilucidar por qué se había instalado la estanflación. «No hay nada en la economía keynesiana que permita resolver la estanflación»,⁴¹⁴ admitió. Por primera vez, el keynesianismo, que había dominado la economía de posguerra tanto en la teoría como en la práctica, parecía vulnerable. «La incapacidad para resolver el actual problema de la estanflación fue la estocada más importante al keynesianismo»,⁴¹⁵ recordó Samuelson.

No culpó de la estanflación a una oferta monetaria fuera de control, sino a las demandas contradictorias del electorado. «El hecho de que la economía mixta moderna sea una economía humana es la causa básica del problema de la estanflación», escribió. Antes de Keynes, cuando una economía perdía puestos de trabajo durante una recesión económica —lo que Samuelson describió como una de las «crueldades del capitalismo histórico»⁴¹⁶—, el precio de la mano de obra bajaba, lo que significaba que los empresarios podían permitirse empezar a contratar de nuevo, y eso a su vez conducía a la recuperación económica. Desde Keynes, las economías de mercado se habían convertido en «economías mixtas» en las que los Gobiernos influían en los mercados para mantener el paro al mínimo. Sin la amenaza del desempleo, los trabajadores pidieron aumentos salariales, que los empresarios trasladaron al consumidor en forma de subida de precios.

Los amargos recuerdos de infancia de Samuelson de los años treinta, en los que tanta gente estaba desempleada, hacían que se mostrara reacio a proponer un paro masivo como solución a la creciente inflación —que describió como «la malaria de la economía mixta moderna»—,⁴¹⁷ aunque fuera una respuesta económicamente sólida al alza de los precios. «Yo, con mis vívidos recuerdos de la Gran Depresión, me preocupo naturalmente por aquellos trabajadores no cualificados y los pertenecientes a minorías que están llamados a cargar con el peso de la lucha contra la inflación latente por culpa de que el país tenga un mercado laboral

relativamente flojo [es decir, un mercado de trabajo con tantos desempleados que cuando son contratados no hacen que aumenten los salarios].»⁴¹⁸

Las circunstancias totalmente nuevas de bajo crecimiento y alta inflación ofrecían a los economistas una nueva oportunidad para explicar cómo había acontecido la estanflación y cómo solucionarla. Friedman propuso una explicación sencilla que, a simple vista, tenía sentido, como Samuelson reconoció abiertamente. «El keynesianismo, que tan bien funcionó en Camelot [la romántica presidencia de Kennedy] y que suscitó una larga etapa de estabilidad del nivel de precios con buen crecimiento trimestral y casi pleno empleo, dio paso a una nueva y muy diferente visión macroeconómica después de 1966 —explicó Samuelson—. Cuenta la leyenda que un nuevo paradigma, el monetarismo monista, encajaba mejor. Por tanto, el rey Keynes perdió la autoestima y la estima pública. El rey ha muerto. ¡Larga vida al rey Milton!»⁴¹⁹

A principios de los años sesenta, Samuelson predijo que la pujante inflación podía suponer un nuevo peligro para la en apariencia interminable racha de prosperidad que Estados Unidos había disfrutado desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En su consejo a John F. Kennedy de principios de 1961, había advertido que la tradicional compensación entre el desempleo y la subida de precios podía haber llegado a su fin. Puso sobre aviso a Kennedy de que, aunque en el período de posguerra Estados Unidos había disfrutado de pleno empleo y precios bajos simultáneamente, era prematuro creer que una elevada tasa de ocupación no pudiera llevar al final a un aumento de los precios. En ese caso, le dijo al presidente, «se deben concebir nuevos programas institucionales, además de las políticas fiscales y monetarias convencionales, para enfrentar este nuevo desafío».⁴²⁰

A finales de los años sesenta, la grave advertencia de Samuelson se hizo realidad. La inflación y el desempleo aumentaban a la vez, mientras los sindicatos luchaban por ponerse al día con el aumento de los precios. «Si se pudiera mantener el

aumento de los precios, digamos, por debajo del 5 por ciento anual, semejante inflación constante tan leve no tendría por qué causar demasiada preocupación», declaró Samuelson en *Economía*. «[Pero] si cada aumento de los precios se convierte en la señal para un aumento de los salarios y de los costes, que a su vez vuelve a hacer subir los precios aún más, podemos estar en medio de una hiperinflación maligna y galopante.»⁴²¹

En la década de 1958 a 1968, el índice de precios al consumo de la Oficina de Estadísticas Laborales de Estados Unidos registró un salto, de una inflación cero a principios de 1958 a una casi del 5 por ciento a finales de 1968. Ese aumento fue sólo el principio de un período sin precedentes de subidas de precios que no daría tregua durante más de una década. La inflación alcanzó un nuevo máximo del 6,6 por ciento en diciembre de 1970, para pasar después de un 4,9 por ciento en enero de 1971 a un 11,7 por ciento el mes siguiente.

Este aumento de precios récord de posguerra fue superado hacia finales de los años setenta, cuando, desde un mínimo del 6,2 por ciento en febrero de 1978, los precios subieron de forma constante hasta alcanzar un máximo del 13,6 por ciento⁴²² en junio de 1980. Semejante inflación galopante en el país norteamericano, que alarmó tanto a votantes como a Gobiernos del mundo entero, exigía una explicación y una solución.

La larga batalla por el monetarismo se libró precisamente contra este feo panorama de precios. En el centro del debate se encontraban teorías contrapuestas sobre las causas de la inflación.

Samuelson describió la causa de la hiperinflación⁴²³ en una columna de *Newsweek*:

La escalada de la guerra de Vietnam en 1965 produjo la clásica inflación debido a la demanda, esto es, un gasto excesivo en dólares que perseguía una oferta limitada de bienes, con un rígido mercado laboral y una elevada cartera de pedidos, ya que ni siquiera la producción de horas extras podía producir tanto como se quería. En 1970, justo cuando la inflación debido a la demanda se estaba debilitando como consecuencia de las políticas

monetarias y fiscales restrictivas, el deseo militante de los miembros de los sindicatos de poner los salarios al día y adelantarse a la inflación provocó una presión al alza de los precios.⁴²⁴

Como la mayoría de los economistas de aquel momento, Samuelson creía que la inflación se debía o bien a los costes — cuando el coste de la mano de obra o de la materia prima aumentaba, las empresas trasladaban esos costes a los consumidores—, o bien a la demanda —demasiada demanda perseguía muy pocos productos, lo que hacía subir los precios—. En 1960, Samuelson insinuó que había problemas con la compensación empleo/precios de la curva de Phillips cuando describió la inflación de costes como «una fuerza que opera año tras año, siempre que tenemos una elevada tasa de empleo, para hacer subir los precios [...]. En lugar de establecerse sólo después de haber alcanzado prácticamente el pleno empleo, se empieza a sospechar que puede ser un problema que nos aqueja incluso cuando aún no hemos llegado a un nivel de empleo satisfactorio».⁴²⁵

Samuelson pensaba que la inflación de demanda era un problema sobre todo para economías pujantes. A medida que el crecimiento económico constante conducía al pleno empleo, la mano de obra se volvía escasa y permitía a los trabajadores, en particular a los afiliados a un sindicato, obtener un aumento salarial que restauraba el valor de sus salarios cuando los precios subían. A su vez, los incrementos de los salarios hacían que los precios subieran aún más porque aumentaban el coste de producción de los bienes. Del mismo modo, al estar la gente mejor pagada, con sueldos y salarios más altos, los vendedores subían el precio de los bienes porque los clientes podían abonar esos precios más altos; algunos bienes subían de precio porque eran tan demandados que se volvían escasos. Según Samuelson, no importaba que la inflación fuera una de las desventajas de que los Gobiernos mantuvieran el

pleno empleo. Era un precio que valía la pena pagar para garantizar que todos los estadounidenses tuvieran una ocupación y pudieran vivir con cierta comodidad.

No había para Samuelson una solución fácil a la inflación. «Cualquiera con un buen historial en el análisis de la evolución posterior a 1950 en Norteamérica y Europa comprende que la única cura conocida hasta la fecha para la inflación progresiva es decididamente peor que la propia enfermedad»,⁴²⁶ escribió. Los estadounidenses —o mejor dicho, sus líderes políticos— se enfrentaban a una toma de decisiones difíciles. Se podía contener la inflación «mediante dos tipos de restricciones fiscales: o bien impuestos más elevados, o bien tasas más bajas de gasto público; o, claro está, con una combinación de ambas».⁴²⁷ Y había una tercera forma, dijo: la Reserva Federal podía ralentizar la economía subiendo los tipos de interés en el punto álgido del ciclo económico. Esto reduciría la actividad empresarial cuando la inflación y el empleo estuvieran en pleno apogeo.

Samuelson no tenía ninguna duda de que la inflación galopante no era deseable y que debía ser controlada, pero, aunque tenía varias teorías sobre cómo lograrlo, no estaba en absoluto seguro de qué enfoque funcionaría mejor. Si bien la hiperinflación se hizo patente en la Alemania de Weimar y en la Austria posterior a la Primera Guerra Mundial, como había experimentado Hayek de primera mano, nunca se había abordado en ninguna economía occidental moderna y avanzada. Samuelson temía las consecuencias de que la inflación resistiera todas las posibles soluciones, y así lo advirtió:

Si trabajadores, agricultores y empresarios no aprenden [que su bienestar depende de la contención salarial y de los precios], nuestro sistema económico puede pasar por un mal momento. En ese caso, siempre que haya suficiente poder adquisitivo [es decir, demanda agregada total] para que el sistema se acerque al pleno empleo, tenderá a producirse una viciosa espiral alcista de precios y salarios. Y lo que resulta aún más inquietante, la posibilidad de que los precios empiecen a dispararse mucho antes de que se alcance el pleno empleo.⁴²⁸

Creía que vivir con una inflación persistente y fuera de control significaba exponerse a «consecuencias peligrosas» y alertó de que los Gobiernos se verían presionados a actuar, quizá fijando por ley el precio de los salarios y de los bienes. Aparte de la injusta carga que suponía para los que vivían con ingresos invariables, como los ancianos con pensiones fijas y los pobres que no tenían medios de soportar la subida de precios, sostenía que la inflación también elevaba el precio relativo de los bienes estadounidenses para su exportación, lo que aumentaba el déficit de la balanza de pagos de Estados Unidos.⁴²⁹

De las posibles soluciones para la inflación, Samuelson estaba a favor de subir los impuestos en lugar de que la Reserva Federal incrementara los tipos de interés para controlar el crecimiento. El aumento de los costes de endeudamiento afectaría a sectores como el de la vivienda y la construcción, y los compradores de viviendas se beneficiaban de los bajos tipos de interés de las hipotecas. «Si se deja que la Reserva Federal haga su trabajo sin más —escribió—, la experiencia muestra que la resultante “falta de dinero” supondrá una carga desproporcionada para el mercado inmobiliario», que en 1966 había puesto en peligro a asociaciones de ahorro y préstamo.

Creía que, mediante el aumento de los impuestos y el mantenimiento de un gasto público elevado, los pobres y los desfavorecidos estarían protegidos de los estragos provocados por la subida de los precios. Además, afirmó, los Gobiernos tienen mucho en qué emplear el dinero de forma provechosa. «Si el pueblo otorga gran prioridad a la utilización de los recursos económicos para limpiar nuestros ríos y nuestra atmósfera contaminados, el hecho de que nos [...] enfrentemos a un problema de inflación no debería ser un obstáculo para que consigan el programa que desean —escribió—. Si la gente desea predominantemente que se mantengan unos niveles mínimos de bienestar y que se prosiga con la lucha contra la pobreza, ni la guerra ni la inflación constituyen obstáculos económicos legítimos para la consecución de estos objetivos.»⁴³⁰

Muchos políticos temían que los votantes los castigaran por utilizar los impuestos como solución a la inflación. Pero Samuelson insistió en 1968, el año después del discurso de Friedman en la AEA, en que «Estados Unidos no está hoy ni remotamente cerca de su límite de capacidad fiscal» (es decir, los contribuyentes no estaban tan sobrecargados de impuestos para no poder pagar más). «Si el pueblo desea más programas gubernamentales que considera vitales, hay un amplio margen en la economía de 1968 para la expansión del sector público.»⁴³¹ De hecho, fue más allá. Recortar los programas gubernamentales era innecesario y una política equivocada. Y ofendía su «credo de la buena sociedad».

No existe tal necesidad y es un disparate económico postular que la hay. En comparación con otras sociedades occidentales, y con nuestra riqueza y necesidades públicas, me resulta más fácil defender que en la actualidad Estados Unidos gasta en la Administración demasiado poco, no demasiado.⁴³²

Terminó diciendo que sería trágico que las campañas del Gobierno federal contra la pobreza y la desigualdad en el país y en el extranjero se vieran limitadas por el «mito» de la necesidad económica.⁴³³ De hecho, consideraba que la inflación que los estadounidenses estaban sufriendo a finales de los años sesenta se debía al hecho de que el Congreso no hubiera subido antes los impuestos. «Ahora estamos pagando —en el aumento de los precios, acuerdos salariales que rebasan la productividad, presión sobre la balanza de pagos [esto es, la necesidad de exportar tanto como se importa], tipos de interés altísimos— por la incapacidad del Congreso de subir los impuestos»,⁴³⁴ escribió.

Y si la única forma de acordar una reducción de impuestos en el Congreso era recortando programas sociales, Samuelson aseguró que prefería vivir con inflación. Pero no creía que si se adoptaban las medidas adecuadas, la alta inflación pasara a ser una característica permanente de la vida moderna. «La experiencia muestra que la tasa de inflación de los próximos años [...]

dependerá básicamente del grado de exceso de demanda agregada [esto es, tanto de la inflación de costes como de la inflación de demanda] que se permita desarrollar»,⁴³⁵ escribió.

En mayo de 1970, *Newsweek* pidió a Samuelson y a Friedman que hablaran sobre la inflación, que entonces era del 4 por ciento anual. ¿Podríamos vivir con una inflación permanente a ese nivel?, preguntaron los editores. «Puedo vivir con un brazo, pero prefiero tener los dos —fue la respuesta de Friedman—. Estados Unidos puede vivir con cualquier tasa de inflación, siempre que se permita que sea abierta y legítima, y no se reprima con controles salariales y de precios generalizados. Pero la economía —y también la estructura social y política— será mucho más robusta si se evita la inflación.» También Samuelson se mostró optimista respecto a la posibilidad de vivir con inflación. «Podemos hacerlo sin distorsiones irreparables ni aceleraciones precipitadas, siempre que a) las demás economías mixtas experimenten más o menos el mismo ritmo de subida de precios, y b) sigamos políticas fiscales y monetarias que convenzan a la gente de que la inflación descontrolada no es una posibilidad a la vista.»⁴³⁶

Pero un mero 4 por ciento de inflación parecería moderado a medida que avanzase la década. Casi triplicaría esa cifra antes de que la hiperinflación fuese superada, alcanzando un récord del 11,8 por ciento en 1975 y de un máximo del 11,81 por ciento en 1981.

Ocupado en otras cosas, Samuelson podría haber esperado y responder en su libro de texto al desafío monetarista que Friedman planteó por primera vez en su conferencia de la AEA. Pero Friedman era entonces el no va más y había que enfrentarse a su nueva visión de la vieja teoría del dinero antes de que ganara demasiado terreno.

Friedman sabía que Samuelson tenía poco tiempo para la teoría cuantitativa, como le había dicho muchas veces, incluso en 1962, antes de la publicación de *A Monetary History of the United*

States y su intento de demostrar el papel fundamental que desempeñaba el dinero en el fomento y el freno del crecimiento. «Como sabes —escribió Samuelson a Friedman—, mis investigaciones empíricas y teóricas no me han convencido de que haya que hacer un mayor hincapié en la oferta monetaria como factor determinante causal de la actividad económica.»⁴³⁷

Samuelson decidió, sin embargo, en 1969, que había llegado el momento de actuar. Dedicó gran parte de un compendio⁴³⁸ de escritos sobre economía que estaba editando a refutaciones detalladas del monetarismo de Friedman. En su propio ensayo sobre el monetarismo incluido en el volumen, Samuelson atribuyó a Friedman el mérito de haber reavivado el interés por la teoría cuantitativa del dinero y de haber vuelto a introducirla en el debate económico dominante tras un largo período, que coincidió con el auge del keynesianismo, cuando la idea no sólo había sido ignorada, sino que había sido tachada de anticuada e irrelevante. La teoría cuantitativa del dinero había caído en un descrédito tal, escribió Samuelson, que muchos keynesianos, en particular en Gran Bretaña, habían llegado a la conclusión de que «el dinero no importa».

«Durante siglos, filósofos y economistas han observado que no es una coincidencia que los grandes incrementos de la oferta monetaria hayan ido acompañados de enormes aumentos del nivel de precios —escribió Samuelson—. Como muchas ideas básicas, la teoría cuantitativa llegó a ser tan conocida y empezó a parecer tan simple que una generación posterior de economistas se inclinó a menospreciar su importancia.» Reconoció el destacado papel de Friedman en el restablecimiento de una teoría que había caído en desuso. «Antes de la edición de 1970 de [mi] libro de texto, el espacio dedicado al monetarismo era bastante limitado —escribió—. El tema que nos ocupa muestra por qué merece ahora una amplia investigación.»⁴³⁹ Elogiando a Friedman por «la brillantez de sus

investigaciones analíticas y empíricas»,⁴⁴⁰ Samuelson publicó entonces en su compendio de 1970 dos relatos de Friedman sobre sus teorías monetaristas.⁴⁴¹

La conclusión del primer ensayo de Friedman, publicado originalmente en 1963 y escrito para los lectores indios,⁴⁴² era menos dogmática que su posterior afirmación de que existía un vínculo directo y único entre la cantidad de dinero y la subida de los precios. En el artículo, Friedman admitía sin reparos que «el énfasis que he estado [...] poniendo en la cantidad de dinero en calidad de culpable [de la causa de la inflación] ha sido considerado anticuado y pasado de moda», algo de lo que responsabilizó a los keynesianos. Pero en esta temprana anticipación de su monetarismo, Friedman estaba dispuesto a reconocer que podía haber más de una explicación a la inflación.

Friedman escribió que cada vez que había inflación, se ofrecían dos explicaciones. Una era que la cantidad de dinero en la economía había aumentado. La otra, que factores especiales habían contribuido a la inflación: los trabajadores habían hecho subir los salarios; los especuladores habían inflado precios; se había interrumpido el suministro de bienes del extranjero, lo que había hecho subir los precios, etcétera. Y reconoció que «estas dos explicaciones diferentes no son necesariamente contradictorias. Los factores no monetarios pueden, en determinadas situaciones, ser la causa de la expansión monetaria».⁴⁴³

Pero, concluyó, «siempre que estos u otros factores han llevado a una expansión notablemente mayor de la masa monetaria que la tasa actual de aumento de la producción, han conducido a la inflación [...]. No conozco ninguna excepción a la proposición de que ha habido una relación de uno a uno entre las subidas sustanciales de los precios y las subidas sustanciales de la masa monetaria».⁴⁴⁴ En otras palabras, el dinero y la inflación estaban directamente relacionados, y cuando el aumento de la oferta monetaria superaba el crecimiento económico, se producía la inflación.

Junto con el ensayo de Friedman de 1963, Samuelson citaba con detalle un artículo de Friedman de 1958 que también relacionaba la inflación con la cantidad de dinero.⁴⁴⁵ Sin embargo, el trabajo cuestiona qué fue primero, el crecimiento monetario o el aumento de los precios, el clásico problema del huevo y la gallina en el que admitió que bien se podía haber invertido el orden. Pero hizo una firme declaración que apuntalaría sus argumentos posteriores acerca de la inflación y sobre cómo podría controlarse:

Podría ser que una subida o caída de los precios, producida por los motivos que sean, suscite una correspondiente subida o descenso de la masa monetaria, de modo que los cambios monetarios sean una consecuencia pasiva. Otra posibilidad es que los cambios en la masa monetaria provoquen cambios en los precios en la misma dirección, por lo que el control de la masa monetaria implicaría el control de los precios.⁴⁴⁶

Era toda una declaración de fe: si se podía controlar la masa monetaria, se podría mantener a raya la inflación. A pesar de las posteriores simplificaciones de su fe monetarista, en su ensayo de 1958, Friedman estuvo dispuesto a reconocer que «la relación entre las variaciones en los precios, aunque estrecha, no es por supuesto precisa ni mecánicamente rígida»⁴⁴⁷ (ese cauteloso «por supuesto» se convertiría más tarde en una burla a la aplicación simplista de su monetarismo).

Friedman describió cómo se podía frenar la inflación mediante una subida del tipo de interés. Sostenía que se trataba de la relación entre lo que los individuos se contentaban con guardar en efectivo respecto de sus ingresos. Una mayor tasa de interés animaba a la gente a invertir, por ejemplo, en bonos del Estado, y a preservar menos en efectivo, retirándolo así de la masa monetaria en circulación. La inflación y la deflación producían efectos análogos.

La tasa de variación del precio no tiene ningún efecto apreciable en épocas ordinarias, cuando la variación del precio es poca, del orden de un escaso porcentaje al año. En cambio, tiene un efecto claramente perceptible y notable cuando la variación del precio es rápida y prolongada, como ocurre en las inflaciones o deflaciones extremas. Una rápida inflación produce una

disminución considerable de la ratio deseada entre los saldos de caja y los ingresos; una rápida deflación [con caída de los precios], un aumento considerable.⁴⁴⁸

Como Friedman había observado en su amplio estudio de datos:

A lo largo del ciclo [económico], los precios y la producción tienden a moverse juntos: ambos tienden a subir durante las expansiones y a bajar durante las contracciones. Ambos forman parte del proceso cíclico y es muy probable que cualquier cosa, incluido un cambio monetario, que estimule una fuerte expansión promueva un fuerte aumento de ambos, y a la inversa.⁴⁴⁹

Ya que había un aumento en la oferta monetaria en ambos extremos del ciclo económico —las naturales fluctuaciones de la actividad empresarial, con una demanda que supera a la oferta en la parte alta del ciclo y una oferta que supera a la demanda en la parte baja— tanto en las expansiones como en las contracciones, era importante concentrarse no en las cifras brutas de la oferta monetaria —el total en circulación en cualquier momento—, sino, como Keynes había argumentado en su libro *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, en la tasa de variación de la cantidad de dinero a lo largo del tiempo. Concluyó: «Por término medio, la tasa de variación de la oferta monetaria muestra ciclos bien marcados que coinciden muy de cerca con los de la actividad económica en general y que preceden a estos últimos por un prolongado intervalo». A continuación, aventuró algunas reglas absolutas por las que la oferta monetaria y la inflación (o la deflación) se relacionaban a lo largo del tiempo.

Por término medio, la tasa de variación de la oferta monetaria ha alcanzado su máximo casi dieciséis meses antes que el máximo de la actividad general y ha llegado a su mínimo más de doce meses antes que el mínimo de la actividad general.⁴⁵⁰

Por lo tanto, determinó que, si bien «esto es una prueba definitiva de la influencia independiente del cambio monetario [...], significa que debe pasar mucho tiempo para que se sienta la repercusión de los cambios monetarios», ya que la «tasa de cambio de la oferta monetaria puede no reflejarse en los precios o en la actividad económica durante doce a dieciséis meses, por término medio». Esto tuvo importantes implicaciones para los responsables políticos que, convencidos de la necesidad de una restricción o relajación monetaria, trataron de alterar la oferta monetaria para influir en la inflación. «Las medidas monetarias adoptadas hoy pueden, con base en la experiencia pasada, afectar a la actividad económica en un plazo de seis meses o, de nuevo, quizá no lo hagan hasta al cabo de un año y seis meses.»

Este desfase tan variable, que podría ser incluso más largo o más corto, ya que el acontecimiento en cuestión podría ser un valor estadístico atípico —menos de seis meses o más de dieciocho—, significaba que los intentos de impactar en la inflación mediante medios monetarios eran como mucho aleatorios. Esto no sólo conducía «a una mala interpretación y a una idea equivocada de los efectos de la política monetaria, así como a los consiguientes errores en la política monetaria», sino que, peor aún —para aquellos que, como Friedman, creían que la oferta monetaria era la clave para entender las causas de la inflación—, «como los efectos del cambio monetario no se producen de forma instantánea, la política monetaria era considerada ineficaz [por algunos economistas]». ⁴⁵¹

Friedman especuló entonces en su ensayo de 1958⁴⁵² sobre si una inflación constante y moderada fomentaba que el crecimiento económico fuera más rápido. Explicó que había dos opiniones opuestas. Una de ellas sugería que un aumento moderado de precios era útil para permitir a las empresas recuperar los salarios «estáticos» que, de otro modo, obstaculizaban el crecimiento. Como a los empresarios les resultaba difícil recortar los sueldos, las empresas habían llegado a depender de la inflación para reducir con sigilo el valor real de los salarios con el paso del tiempo. «Se

argumenta que una suave subida de los precios tenderá a compensar la presión al alza [de los costes empresariales] al posibilitar que los salarios en dinero [nominales] aumenten sin que lo hagan los salarios reales», escribió. Y como la subida de los tipos de interés para frenar la inflación va a la zaga de los aumentos de los costes, en particular de los costes laborales, y la verdadera tasa de interés es la tasa de interés real menos la tasa de inflación, «las empresas productivas descubren que el coste de los préstamos es relativamente bajo, y vuelven a tener mayor incentivo para invertir». ⁴⁵³

De lo contrario, la inflación resultaba un factor disuasivo para las empresas, ya que «generalmente el aumento de los precios reduce la presión sobre las compañías para que sean eficientes, estimula la actividad especulativa en relación con la industrial, reduce los incentivos para que las personas ahorren», ⁴⁵⁴ y la inflación alteraba la estructura del precio relativo entre bienes, ya que las empresas se veían obligadas a modificar constantemente los precios para mantenerse alineadas en relación con otros bienes. Además, argumentó, si la inflación se consolida, los sindicatos tienden a exigir aumentos de sueldo en las rondas de negociación salarial para compensar la subida de precios. La inflación se convierte entonces en algo «integrado» en la economía, por lo que resulta más difícil de solucionar. El crecimiento económico se vería limitado en caso de tener que recurrir a tipos de interés más altos para frenar la inflación.

¿Qué opinión era la correcta? ¿Era útil la inflación o una maldición? Friedman esquivó la pregunta, escribiendo que «los datos históricos sobre la relación entre la variación del precio son desiguales y no apoyan de forma inequívoca ninguna de estas posiciones». ¿Su propia conclusión? «Tanto el aumento como la caída del precio es coherente con un rápido crecimiento económico, siempre que la variación de los precios sea lo bastante constante, moderada en tamaño y razonablemente predecible. Es de suponer que hay que buscar en otra parte los principales resortes del

crecimiento.» Lo que se debe evitar, declaró, eran los «cambios de dirección de los precios imprevisibles y erráticos», que resultan «tan desconcertantes tanto para el crecimiento como para la estabilidad económica». Y que la «experiencia pasada», que no explicó con más detalle, «sugiere que se necesita un aumento de entre el 3 y el 5 por ciento anual en la masa monetaria para alcanzar la estabilidad de los precios a largo plazo»,⁴⁵⁵ aunque también omitió explicar cómo llegó a concluir esas cifras tan precisas.

¿Cómo se podía conseguir un aumento constante de los precios del 3 al 5 por ciento? Como ya había alegado antes, el espacio de tiempo entre el intento de alterar la cantidad de dinero en una economía y el efecto que produce en los precios es, en el mejor de los casos, una suposición. «Las pruebas disponibles arrojan serias dudas sobre la posibilidad de efectuar cualquier ajuste preciso en la actividad económica mediante ajustes precisos en la política monetaria», manifestó.

Friedman advirtió de las «serias limitaciones a la posibilidad de una política monetaria discrecional [por parte de la Reserva Federal] y del gran peligro de que tal política pueda empeorar las cosas en lugar de mejorarlas». Aunque desde 1951 la Reserva Federal se había comportado «de forma muy superior a la seguida durante cualquier período anterior desde el establecimiento del Sistema [de la Reserva Federal], principalmente porque había evitado grandes fluctuaciones en la tasa o el crecimiento de la oferta monetaria», Friedman pensaba que ofrecía demasiadas oportunidades a la interferencia política.

Prefería «la política mucho más sencilla de que la oferta monetaria siguiera creciendo a una tasa preestablecida mes tras mes, teniendo en cuenta únicamente las influencias estacionales y sin intentar ajustar la tasa de crecimiento a las condiciones monetarias».⁴⁵⁶ Friedman expresó preocupación por la intensa presión política sobre los bancos centrales y los Gobiernos para que intervinieran cuando una economía sufría hiperinflación o una deflación grave. Los votantes siempre preguntaban, ¿qué está

haciendo el Gobierno al respecto? Advirtió que «con frecuencia, ceder a estas presiones puede ser más perjudicial que beneficioso». Concluyó:

El objetivo de alcanzar un grado extremadamente alto de estabilidad económica es sin duda magnífico; sin embargo, nuestra capacidad para lograrlo es limitada; sin duda, podemos evitar las fluctuaciones extremas; no sabemos lo suficiente para evitar las fluctuaciones menores; el intento de hacer más de lo que podemos será en sí mismo una perturbación que puede aumentar la inestabilidad en vez de reducirla.⁴⁵⁷

Habida cuenta de la audacia de su posterior conferencia magistral en la Asociación Estadounidense de Economía, Friedman mostró en estos primeros trabajos cierta cautela poco común. Las ventajas de administrar la economía según la teoría cuantitativa del dinero expresadas en sus primeros ensayos estaban llenas de reservas y cláusulas. Se permitió tener dudas y margen de maniobra a la hora de sugerir cómo los responsables políticos podían aplicar sus ideas monetaristas. Si Samuelson hubiera querido ridiculizar a su rival, le habría resultado fácil ignorar las anteriores reflexiones de Friedman y evaluar únicamente su conferencia en la Asociación Estadounidense de Economía, ya que la certeza allí mostrada hacía que los argumentos de Friedman fueran más vulnerables a la refutación.⁴⁵⁸ Al revelar a Friedman en toda su complejidad, Samuelson estaba dispuesto a conceder a su némesis el beneficio de la duda. O a cavar su propia tumba.

Confundiendo en la palabra de Friedman, en su colección de ensayos de 1970⁴⁵⁹ Samuelson se propuso refutar la característica teoría de Friedman: que la cantidad de dinero era la única causa de la inflación. Su explicación era un ejemplo típico de la prosa de Samuelson: ingeniosa, incluso desenfadada en su mordaz rechazo de la lógica de Friedman. Describió en todo momento el desacuerdo entre monetaristas y poskeynesianos, entre los que se contaba,⁴⁶⁰ como una disputa casi religiosa. Como Hayek antes que él, Friedman se había erigido en un advenedizo que golpeaba con

fuerza las puertas firmemente cerradas del keynesianismo evolucionado, que Samuelson describía como «la ortodoxia dominante de la economía del *establishment* estadounidense». ⁴⁶¹ Y como en el debate Keynes-Hayek, la polémica se extendía más allá de la economía para comparar un conjunto más amplio de creencias sobre política y el papel del Estado que la diferencia de opiniones dejaba traslucir.

Samuelson mostró sus reticencias en el primer punto, señalando que Friedman no hacía más que un refrito de la vieja teoría cuantitativa del dinero que había reinado hasta que Keynes puso patas arriba el mundo de la economía clásica con su *Teoría general* en 1936. Keynes había alterado de forma tan fundamental nuestra comprensión de la macroeconomía que la importancia dada por los economistas de la vieja escuela al papel del dinero había quedado obsoleta. «A finales de los años treinta —escribió Samuelson—, tras la llamada revolución keynesiana, las clases y los libros de texto seguían consagrándose al dinero. Pero, de hecho, el dinero prácticamente había desaparecido de ellos y se había pasado a poner el énfasis en el análisis de la determinación de ingresos [nacional] en términos de conceptos keynesianos como el *multiplicador* y la *propensión al consumo*.» ⁴⁶²

En la posguerra, se había producido una recuperación del interés por el papel que desempeñaba el dinero en la economía, admitía Samuelson, pero Friedman era uno de los muchos que habían facilitado su resucitación. Otros, como Howard S. Ellis, ⁴⁶³ de la Universidad de California, fueron los primeros en informar del «redescubrimiento del dinero» en el período de posguerra. Pero Samuelson atribuyó a Friedman «montañas de datos, una contundencia en su razonamiento y un formidable y paciente poder de persuasión [que] le ha granjeado gran cantidad de seguidores», ⁴⁶⁴ convirtiendo el monetarismo en «un movimiento a tener en cuenta». Creía que la recuperación había sido «fructífera» en vista de que había provocado un alejamiento del keynesianismo «simplista» y «había hecho que los economistas estuvieran más

dispuestos a reconocer que la política monetaria es una importante arma de estabilización, en plena coordinación con la política fiscal como instrumento de control macroeconómico». ⁴⁶⁵

Pero, según Samuelson, la importancia de la recuperación de la teoría monetaria había sido sobrestimada. «A menudo, si una acción baja demasiado de precio, como reacción, puede subir posteriormente demasiado —escribió—. Hay peligro de que esto sea lo que ocurra en el caso de la teoría monetaria. Nos acecha un burdo monetarismo.» Prometió «una evaluación científicamente objetiva» ⁴⁶⁶ de cómo habían cambiado con los años las doctrinas monetarias.

Aunque Samuelson dijo que su valoración del estado actual de la teoría monetaria iba a ser «científica», dejó claro desde el principio que su exposición se centraría en la vuelta de la teoría monetaria liderada por Friedman. «Sin duda, la popularidad del monetarismo se puede atribuir en gran parte a un hombre, el profesor Milton Friedman, de la Universidad de Chicago», escribió. Elogió la obra de Friedman y Schwartz *Monetary History of the United States, 1867-1960*, a la que calificó de «biblia del movimiento» y describió como «una clásica fuente de datos y análisis a la que recurrirán todos los académicos en los próximos años». ⁴⁶⁷

Samuelson resumió como sigue el argumento de Friedman:

La tasa de crecimiento de la oferta monetaria es el principal determinante del estado de la demanda agregada de dólares [que Keynes había identificado como el motor fundamental de la actividad económica]. Si la Reserva Federal mantiene el crecimiento de la oferta monetaria a un ritmo constante —digamos entre el 4 y el 5 por ciento según una u otra definición de oferta monetaria, pero el hecho de la constancia es más importante que la tasa acordada—, entonces estará haciendo todo lo que un banco central puede hacer útilmente para confrontar los problemas de la inflación, el desempleo y la inestabilidad empresarial. La política fiscal como tal no tiene un efecto independiente y sistemático sobre la demanda agregada de dólares. ⁴⁶⁸

Mientras que los economistas poskeynesianos daban por sentado que la imposición fiscal y el gasto público de los organismos gubernamentales impactaban en la tasa de desempleo, escribió, el «burdo monetarismo» sugería que, siempre y cuando la tasa de crecimiento de la oferta monetaria se mantuviera constante, los intentos del Gobierno por gestionar la demanda para fomentar el crecimiento eran inútiles. Del mismo modo, Samuelson señaló que, según Friedman, «mucha gente ha inferido erróneamente que los déficits y superávits fiscales tienen previsibles efectos de expansión y contracción sobre el total del gasto agregado. Pero esto es un completo equívoco. Son los cambios en el índice de masa monetaria los únicos que tienen efectos sustantivos. Una vez que hemos controlado o permitido los cambios monetarios, la política fiscal tiene una potencia independiente insignificante».⁴⁶⁹

Samuelson señaló que Friedman creía que un estricto control de la oferta monetaria, combinado con un aumento de los impuestos que diera lugar a unos tipos de interés más bajos, podría frenar la inflación:

Aumentar la fiscalidad en relación con el gasto público, aunque no tenga ningún efecto independiente sobre la demanda agregada, tenderá a reducir el consumo y a bajar los tipos de interés. Este aumento artificial de la austeridad hará que la combinación de producción y pleno empleo se mueva en la dirección de una formación de capital más rápida, acelerará la tasa de crecimiento de la productividad y de la producción real, y aumentará la tasa de crecimiento de los salarios reales. Si la tendencia de la oferta monetaria permanece sin cambios, esto tenderá a un nivel de precios más bajo en el futuro o a uno que aumente con menor rapidez.⁴⁷⁰

Samuelson desarmó a quienes creían que el monetarismo era de alguna manera un antídoto contra el keynesianismo al señalar que Friedman no hacía más que coincidir con Keynes, que en la *Teoría general* también sugirió que había una relación directa entre un aumento de la oferta de dinero, el pleno empleo y la subida de los precios. Aunque Samuelson reconocía que «cuando un autor escribe tanto como lo hizo Keynes, es inevitable que algunos de sus

pasajes puedan parecer contradictorios con otros»;⁴⁷¹ observó que Keynes creía que, si se podía reducir lo suficiente el tipo de interés a largo plazo, la política monetaria podía desempeñar un papel eficaz a la hora de solucionar la depresión y el estancamiento.⁴⁷²

Las investigaciones acometidas en los años cincuenta y sesenta habían explorado cómo la expansión de la oferta monetaria a través de la compra de letras del Tesoro en el mercado abierto por parte de la Fed⁴⁷³ tenía sus limitaciones. La intervención de la Fed tendía a reducir los tipos de interés, lo que conducía a un estímulo de la inversión que de otro modo no se habría producido, así como a «una capitalización al alza del valor de los activos existentes»,⁴⁷⁴ lo que a su vez promovía «una cierta influencia expansionista en el gasto de los consumidores, y en cierto grado en el gasto empresarial para la inversión».⁴⁷⁵ Pero el dinero de reciente creación no podía compararse con el nuevo dinero «creado por la explotación aurífera o el creado por la imprenta de los Gobiernos nacionales o la Fed, y utilizado para financiar el gasto público superior a los ingresos fiscales».⁴⁷⁶ En muchos aspectos, la acción de la Fed era un juego de suma cero, «sacando del sistema una cantidad prácticamente igual de sustitutos monetarios en forma de bonos del Estado».⁴⁷⁷

Al comprar sus propios activos, la Reserva Federal era «un mero comerciante de activos de segunda mano, que tramitaba intercambios de transferencia de un tipo de activo por otro, afectando en el proceso a la estructura de tipos de interés que constituye los términos de intercambio entre ellos», mientras que la creación de oro recién extraído y la impresión de dinero por parte del Estado dejaban a la comunidad «permanentemente más rica en su propiedad de riqueza monetaria». «En términos monetarios, la comunidad *se siente* más rica; en términos monetarios, la comunidad *es* más rica. Y se puede esperar que esta [sensación de mayor riqueza] se refleje en un mayor nivel de precios, una menor tasa de desempleo o en ambos»,⁴⁷⁸ afirmó Samuelson.

A continuación, Samuelson dio una vuelta de tuerca poskeynesiana a una de las frases más citadas de Keynes, según la cual era racional trocar beneficios a corto plazo por déficits a largo plazo, porque «en el largo plazo todos estaremos muertos».⁴⁷⁹ Dado que la recolocación de deuda pública mediante la compra de bonos del Estado significaba que el pago se demoraba en el futuro lejano, algo que pocos podían imaginar, sólo los que vivieran para siempre notarían el coste de tal acción. Escribió:

Rechazando ese modelo de vida perpetua por extremo y poco realista, debemos cargar contra un aumento del dinero por medio de operaciones de mercado abierto, una compensación parcial en forma de retirada de parte de la deuda pública pendiente.⁴⁸⁰

Samuelson dirigió la atención sobre actos de comportamiento económico que contradecían el argumento principal de Friedman: que la variación de la oferta monetaria era el único factor que afectaba a la inflación. En primer lugar, las alteraciones en la capacidad de ahorro de la gente o la propensión a gastar impactarían en los precios o en la producción de bienes y servicios, o en ambos. Del mismo modo, cualquier arrebató espontáneo de lo que Keynes llamaba «espíritu animal» entre los empresarios o la aparición de nuevas e interesantes oportunidades de inversión afectaría a la producción medida en términos de producto interior bruto y, por tanto, alteraría los precios. Asimismo, el aumento del gasto público, la reducción de la carga fiscal, incluso el aumento del gasto público acompañado de un aumento de los impuestos afectarían a la producción y, por tanto, a los precios.

Una de las principales hipótesis de Friedman era que un aumento de la cantidad de dinero llevaba a un aumento de los precios tras un intervalo de tiempo. No obstante, Samuelson afirmaba que los datos mostraban que las variaciones en la oferta monetaria no precedían al decrecimiento del ciclo económico, sino que lo seguían, como Friedman había dado a entender en su ensayo de 1958. Sólo en los últimos años, escribió Samuelson, los

datos sugerían que era un indicador temprano de una ralentización económica, aunque tal vez eso fuera debido a que «la Reserva Federal ha hecho caso omiso del consejo de los monetaristas y ha intentado aventurar alguna previsión anticipada para poder ir en contra de lo que pudieran indicar los fundamentos antes de que la recesión comenzara a cobrar fuerza». ⁴⁸¹

A pesar de todos los intentos de Samuelson por complicar las cosas, Friedman estaba demasiado avanzado en su campaña práctica para poner a prueba su idea como para preocuparse demasiado por las reservas de Samuelson. La prueba de si su monetarismo tenía sentido sería en la vida real, aplicando la entrada fija de dinero nuevo de Friedman a una economía nacional real, con ciudadanos y una inflación real. Con ambas partes de la argumentación en punto muerto, la observación de las diversas intervenciones en la vida real era lo único que quedaba para resolver la cuestión. Así, pues, los keynesianos y los friedmanitas observaron con divertida fascinación cómo Friedman se dispuso a encontrar un presidente, un primer ministro o un dictador que aceptara poner a prueba su teoría monetarista hasta la destrucción.

Tricky Dicky⁴⁸²

Friedman creyó haber encontrado en Richard Nixon un presidente lo bastante inteligente como para aplicar su solución monetaria a la inflación. Pero a Nixon sólo le interesaba su reelección.

Cuando invitaron a Paul Samuelson a unirse a la Administración de John F. Kennedy, el economista declinó educadamente la oferta, ya que prefería mantener cierta distancia con el Gobierno y concentrarse en preservar el lugar que se había labrado como el más ilustre economista de Estados Unidos. Pero las ambiciones de Milton Friedman eran otras. Estaba ansioso por ver sus radicales ideas llevadas a la práctica, por lo que empezó a cultivar la amistad de ambiciosos republicanos con la esperanza de poder subirse al carro de alguno de ellos e influir en el enfoque económico del Gobierno federal.

En calidad de advenedizo social e intelectual, Friedman había llegado a aceptar ser ignorado por la corriente principal, los líderes republicanos moderados basados en figuras empresariales de la Costa Este como Nelson Rockefeller, descendiente de la familia de la construcción de Nueva York. Los líderes del partido consideraban a Friedman demasiado dogmático, extremo y peligroso, y les preocupaba que sus opiniones libertarias ahuyentaran a los fundamentales votantes de centro, donde tradicionalmente se deciden las elecciones.

Pero Friedman encontró un candidato presidencial al que no le importaba mucho lo que pensara el *establishment* republicano de la Costa Este. En la carrera hacia la presidencia de 1964, Barry Goldwater, el heterodoxo senador de Arizona, llevó a cabo una insurgente campaña que condenaba el liderazgo republicano de la corriente principal por no defender ni aplicar políticas genuinamente conservadoras.

Friedman esperaba que Goldwater modificara en profundidad la forma de gobernar si alcanzaba la presidencia. «Me impresionó la firme adhesión de Goldwater a los principios básicos, su valentía a la hora de adoptar posturas impopulares, su disposición a sacrificar lo que parecía oportunismo político para defender lo que consideraba correcto»,⁴⁸³ recordaba Friedman.

Al principio, el papel de Friedman en la campaña de Goldwater consistió en «redactar memorandos y hablar por teléfono sobre diversas cuestiones de política a medida que iban surgiendo».⁴⁸⁴ Goldwater, ignorado por los pensadores republicanos tradicionales, necesitaba urgentemente un respaldo intelectual que apuntalara sus ideas poco convencionales, y Friedman se mostró encantado de proporcionárselo. Friedman y Goldwater mantuvieron una cálida y extensa correspondencia en la que intercambiaron puntos de vista sobre economía, pero Goldwater no era economista, ni siquiera un filósofo político. Simplemente creía que el Gobierno central era demasiado grande y entrometido. Su prejuicio contra el Gobierno se convirtió en una filosofía política en su manifiesto personal, *The Conscience of a Conservative*, de L. Brent Bozell Jr.,⁴⁸⁵ que en gran medida moldeó el punto de vista declarado de Goldwater a su imagen y semejanza. Lo mismo sucedió con la política económica de Goldwater. En sus escasos encuentros con Goldwater, pero tras una animada correspondencia con él, Friedman descubrió que el senador de Arizona no sabía mucho de economía, lo que le permitió moldear la política económica del candidato para sus propios fines.

Cuando la revista de *The New York Times* le pidió que detallara cuáles eran las ideas de Goldwater sobre economía, Friedman introdujo las suyas propias sobre cómo creía que debía administrarse la economía. El extenso artículo,⁴⁸⁶ elocuente, accesible e intelectualmente estimulante, trató de unificar los dispares pensamientos de Goldwater en un todo coherente. Intentó convencer a los estadounidenses de a pie de que Goldwater no era el reaccionario, irascible e insensato renegado de la región interior del Oeste de Estados Unidos que retrataban tanto la prensa liberal como su implacable rival demócrata, el presidente Lyndon Johnson. Friedman subrayó que, aunque Goldwater no creía en un Gobierno de amplias prerrogativas, no quería eliminar toda intervención del Gobierno federal en la economía; el candidato ni siquiera recomendaba equilibrar el presupuesto federal anual. Pero bajo el presidente Goldwater, escribió Friedman, se produciría un cambio notable en el uso de los estímulos fiscales. Uno de los elementos claves del pensamiento político de influencia keynesiana —los factores desencadenantes automáticos del gasto público destinados a limar la parte inferior de un ciclo económico— sería sustituido por una estricta disciplina monetaria.

Basándose en su extensa investigación sobre las causas de la Gran Depresión, Friedman escribió: «Con frecuencia, una errática política monetaria ha introducido cierta inestabilidad a la que ha tenido que hacer frente la economía privada. A pesar de toda la palabrería sobre el uso de la política fiscal para estabilizar la economía, los propios gastos e ingresos del Estado han sido algunos de los elementos más variables de la economía nacional, y de un modo tal que hace aumentar, no compensar, la inestabilidad económica».

Mediante la revisión de las prioridades gubernamentales, «Goldwater invocará en primer lugar la política monetaria, que puede reaccionar de forma rápida pero gradual. En el pasado, y con demasiada regularidad, se ha limitado la política monetaria durante gran parte de una recesión haciéndola, por tanto, más profunda. La

cantidad de dinero y de crédito debería haber aumentado en cambio a un ritmo alentador». Esta aplicación práctica de las ideas de Friedman sobre la cantidad de dinero proporcionaría una regla de «dinero estable» destinada a garantizar un aumento predecible y lento de la oferta monetaria, con independencia de las condiciones económicas cotidianas. El resultado sería un aumento sostenido y predecible de la inflación.

En las elecciones presidenciales de noviembre de 1964, Goldwater fue derrotado por Johnson en el más estrepitoso fracaso electoral de la historia de Estados Unidos, ya que este último obtuvo el 60 por ciento del voto popular. Pero los esfuerzos de Friedman por cambiar el rumbo de la política económica republicana no terminaron con la candidatura de Goldwater. Fuera quien fuera el siguiente candidato republicano a la presidencia, Friedman estaba decidido a convencerle de los méritos de su política monetarista. Mientras tanto, la prominencia que la campaña de Goldwater confirió a las ideas políticas monetaristas de Friedman marcó un antes y un después.

Cada vez más conservadores intelectuales y políticos republicanos partidarios del «dinero sólido» adoptaron el monetarismo como política preferida. También ganaron adeptos algunos de los otros conceptos recomendados por Friedman durante la campaña electoral de Goldwater: la reforma de la asistencia social, el fin del reclutamiento militar obligatorio y la devolución del poder político a los Estados.

No pasó mucho tiempo antes de que Friedman tuviera una segunda oportunidad de influir en la política económica del Gobierno federal, cuando en 1968 aceptó unirse a la campaña presidencial de Richard Nixon como presidente de un grupo de asesores económicos.

Hayek siempre había advertido a Friedman que permaneciera alejado de los políticos, pero Friedman necesitaba resultados. Mientras sus ideas no fueran probadas, los Gobiernos seguirían jugueteando con la economía a través de la política fiscal. Tenía que encontrar un presidente republicano con el que pudiera trabajar.

Tras la elección de Nixon a la presidencia en 1968, Friedman se convirtió en uno de sus asesores económicos. Pensó que tenía la oportunidad de cambiar el rumbo del keynesianismo e introducir el rigor en la política monetaria. Pero Friedman no tardó en descubrir los defectos de un político cuya astucia compulsiva no respetaba los principios políticos.

Friedman juzgaba a todo el mundo por su inteligencia y le impresionaba el cerebro de Nixon. «Clasificaría al senador Robert A. Taft de Ohio, junto con Richard Nixon, como una de las figuras políticas intelectualmente más capaces con las que he mantenido un estrecho contacto»,⁴⁸⁷ escribiría más tarde. Pero era notorio que Nixon era una persona escurridiza. La primera experiencia de Friedman sobre cuán retorcido era se produjo cuando el candidato abandonó de forma sumaria su preferencia, por cuestión de principios, por el libre comercio —elemento fijo entre todos los conservadores económicos— en favor de la imposición de aranceles a los productos textiles importados, porque creía que su defensa del proteccionismo selectivo podría hacerle ganar un par de estados sureños productores de algodón en las elecciones generales. Friedman sólo pudo mirar con consternación.

El economista tuvo que mantenerse junto a Nixon, pues se trataba del candidato; sólo él podía llegar a ser presidente y cambiar la política económica. En medio del caos y la recriminación entre los demócratas y la intervención de un inconformista racista sureño, George Wallace, que dividió el voto demócrata, Nixon venció cómodamente a su rival Hubert Humphrey en las elecciones de noviembre de 1968, aunque sólo lo hizo por medio millón de votos populares. Friedman se encontró en un equipo ganador con todo un mandato de cuatro años por delante.

En una reunión celebrada en enero de 1969, poco antes de la toma de posesión de Nixon, Friedman tuvo la oportunidad de presentar algunas de sus ideas al presidente electo. Dejó a un lado su teoría monetaria e instó a Nixon a seguir otra de sus ideas preferidas que desafiaba directamente el legado de John Maynard Keynes: el desmantelamiento del acuerdo de fijación de divisas de Bretton Woods, que abandonó el patrón oro en favor de las monedas fiduciarias, establecido bajo los auspicios de Keynes en 1944 para moderar las salvajes oscilaciones en la cotización de las principales divisas del mundo, que tantas turbulencias económicas habían provocado en los años treinta. Al acordar limitar la variedad de precios dentro de la cual cotizaban las monedas, Bretton Woods garantizó que las economías nacionales estuvieran en sintonía y que ninguna nación se viera tentada a devaluar su moneda para obtener ventaja a corto plazo en la fijación de precios más baratos de sus productos en el mercado mundial.

Friedman le dijo al presidente que «las primeras semanas de la Administración [...] ofrecerán una oportunidad única para liberar el dólar y eliminar así durante años las restricciones de la balanza de pagos en la política económica estadounidense».⁴⁸⁸ Advirtió que si Nixon no hacía flotar el dólar inmediatamente después de asumir el cargo, las sensibilidades en torno a la gestión de las divisas serían tales que «nunca más dispondría de la libertad de llevar a cabo un movimiento tan importante».⁴⁸⁹ Samuelson adoptó una línea más pragmática respecto a la flotación del dólar. «Mi postura no es la de que los Gobiernos no deban intervenir nunca en los mercados de divisas —explicó a los lectores de *Newsweek* en 1978—. En la práctica, la mayoría de las intervenciones son desesperados intentos de defender lo indefendible [esto es, por lo general, que los bancos centrales intervienen demasiado tarde para hacer otra cosa que proteger unos precios de las divisas insosteniblemente altos].»⁴⁹⁰

Al encontrarse con la firme oposición a que el dólar cotizara libremente en el mercado por parte de Arthur Burns, amigo de Friedman y principal asesor del presidente electo, Nixon decidió ignorar el consejo de Friedman y dejar las cosas como estaban, al menos de momento. En poco tiempo, sin embargo, los socios estadounidenses de Bretton Woods empezaron a resistirse a tener que depender de Estados Unidos a la hora de aplicar sus políticas monetarias.

Nixon pareció ignorar la sugerencia de Friedman de abandonar Bretton Woods y dejar que el dólar flotara libremente. Tampoco pareció interesarse mucho por la segunda sugerencia de Friedman: la introducción de un impuesto negativo al ingreso, que combinara las prestaciones sociales y la estimación de la base impositiva, y que proporcionara «devoluciones» a aquéllos con pocos ingresos o con ninguno.

A pesar de estos desplantes iniciales, Friedman apoyó a ultranza la presidencia de Nixon y siguió abrigando fervientes esperanzas frente a lo que podría conseguirse con un entusiasta conservador en la Casa Blanca. Pero no tardó en descubrir que, según sus palabras, «la disposición de Nixon a dar prioridad a sus propios intereses políticos por encima del interés público»⁴⁹¹ se interpondría en el camino de la adopción de soluciones conservadoras coherentes.

Nixon no encontró un puesto de trabajo para Friedman en su Administración, pero los puntos del economista estaban bien representados por otras personas del entorno del nuevo presidente. Algunas figuras influyentes de la nueva Administración no sólo estaban familiarizadas con las teorías monetaristas de Friedman y simpatizaban con ellas, sino que la mayoría conocía a Friedman personalmente. La adhesión a los puntos de vista de Friedman se convirtió en una especie de punto de referencia para los periodistas en la evaluación de la posición ideológica de los nombramientos de Nixon.

Cuando se le preguntó al nuevo presidente del Consejo de Asesores Económicos de Nixon, Paul W. McCracken,⁴⁹² si era friedmanita, éste respondió con cautela que era «friedmanesco». Puede que McCracken estuviera sugiriendo una sutil diferencia al destacar que reconocía la lógica detrás de la explicación monetarista de Friedman para la inflación, pero, sobre todo, que creía que la oferta monetaria era sólo una entre una serie de medidas inflacionarias.

Es posible que Friedman esperara tener mayor influencia en la política económica tras el nombramiento de Arthur Burns como presidente de la Reserva Federal en febrero de 1970. Había conocido a Burns en Rutgers, y fue Burns el que en 1937 invitó a Friedman a unirse a la Oficina Nacional de Investigación Económica para investigar el papel del dinero en el ciclo económico. Burns resultó ser mucho más que un jefe, se convirtió en el principal mentor de Friedman. Le animó a creer que iba por el buen camino al concentrarse en la teoría cuantitativa del dinero. Fue el análisis macroeconómico de Burns el que influyó en el razonamiento que subyace en la obra de Friedman y Schwartz *A Monetary History of the United States, 1867-1960*. Y fue Burns, entre otros,⁴⁹³ a quien consultó Friedman para preparar su conferencia de 1967 ante la Asociación Estadounidense de Economía.

Pero cuando ambos se convirtieron en colegas en el asesoramiento a la Administración de Nixon, Burns se había vuelto escéptico respecto a las ideas monetaristas más simples de Friedman. Como explicó Herbert Stein,⁴⁹⁴ a quien Friedman propuso como miembro del Consejo de Asesores Económicos, cuya presidencia ostentó entre 1972 y 1974, «Burns no aceptaba para la política monetaria la responsabilidad primordial de lograr una expansión no inflacionaria».⁴⁹⁵ Aunque el monetarismo de Friedman le resultaba atractivo a George Shultz, el nuevo director de la Oficina de Gestión y Presupuesto, que se consideraba «buen amigo, admirador y discípulo de Milton Friedman»,⁴⁹⁶ así como lo era para la mayoría del Consejo de Asesores Económicos,⁴⁹⁷ Burns seguía

considerando la oferta monetaria sólo un componente de la inflación. Para luchar contra la misma, seguía prefiriendo las medidas fiscales, como los recortes del gasto público.

Aunque le intrigaban las teorías de Friedman, Burns no veía cómo aplicar el monetarismo en la práctica. Incluso preguntas aparentemente sencillas sobre la cantidad de dinero y la velocidad de circulación del dinero en el sistema eran difíciles de responder. Por ejemplo, ¿qué entendía exactamente Friedman por dinero? ¿Cómo se podía medir? ¿Y cómo podría el Gobierno aumentar o reducir la masa monetaria con precisión? En un testimonio ante el Congreso, Burns explicó su dilema: los datos eran muy diferentes, dependiendo de la forma exacta en que se intentara medir el dinero. «Permítanme ir al mes de febrero —dijo—. Publicamos una cifra del 6,5 por ciento (para el crecimiento de la oferta monetaria). Podría haber sido, utilizando una corrección estacional diferente, cero o podría haber sido del 10,6 por ciento. Y éste no es el final de la historia. Estas cifras están revisadas.»⁴⁹⁸

Nixon no estaba especialmente interesado en la economía, ni en la teoría económica, pero sabía una cosa: las malas noticias económicas representaban una amenaza para su reelección. Lo sabía por experiencia propia. Nixon culpó a su predecesor Dwight Eisenhower de su derrota en la reñida campaña presidencial contra John F. Kennedy en 1960. En los últimos días de su presidencia, Ike decidió que, en lugar de conjurar un auge económico previo a las elecciones mediante exenciones fiscales, lo que habría beneficiado las posibilidades de su vicepresidente Nixon de llegar a la Casa Blanca, haría lo más responsable y equilibró el presupuesto del Gobierno federal. El margen entre Nixon y Kennedy era muy estrecho llegado el día de las elecciones: Nixon ganó por la mayoría de los votos, pero fue derrotado en el colegio electoral. Se quejaba a menudo de que si Ike no hubiera reducido el déficit y permitido un *boom* económico preelectoral, habría ganado la Casa Blanca en 1960.

Como presidente, Nixon tuvo que hacer frente a una serie de problemas económicos agravados debido al enorme gasto público en la guerra de Vietnam y a las medidas de la «Gran Sociedad» para reducir la pobreza que dejó Johnson. La inflación iba en aumento y el déficit de la balanza de pagos empeoraba por el debilitamiento del dólar y la obligación en los acuerdos de Bretton Woods de que Estados Unidos vendiera oro a otras naciones a bajo precio.

Nixon estaba mucho más preocupado por el desempleo que por la inflación. Había heredado de Johnson el pleno empleo (3,3 por ciento de parados), una inflación del 5,3 por ciento y unos tipos de interés del 4,25 por ciento, pero él consideraba que el bajo desempleo era lo más importante. Como le dijo a Pete Peterson,⁴⁹⁹ asesor del presidente para asuntos económicos internacionales, «nunca he visto en Estados Unidos que alguien haya salido derrotado por la inflación. He visto a mucha gente hacerlo por el desempleo».⁵⁰⁰

Pero en el tercer y cuarto año del primer mandato de Nixon, la inflación se aceleró y pasó a ser una cuestión política tóxica. Los sindicatos empezaron a exigir acuerdos salariales a prueba de inflación. Se convocó una huelga en la que participaron 1,5 millones de afiliados de United Auto Workers⁵⁰¹ en General Motors, que empezó en septiembre de 1971, duró sesenta y siete días y consiguió un aumento salarial del 30 por ciento en tres años, junto con el aumento del «coste de la vida», para compensar la inflación. Nixon se puso nervioso cuando, en las elecciones de mitad de período de noviembre de 1970, los demócratas aumentaron su mayoría en la Cámara de Representantes y conservaron la mayoría en el Senado. Como sus opciones a ser reelegido se situaron por debajo del 50 por ciento, Nixon planeó un gran gesto para mostrar a los votantes que estaba haciendo algo para controlar el incremento de los precios. Era una oportunidad de oro para poner en práctica las teorías de Friedman sobre el monetarismo. Sin embargo, aunque según una persona de la Casa Blanca, «la gestión keynesiana de la

economía se estaba atenuando e iba en aumento la aceptación del papel fundamental que desempeñaba el dinero»,⁵⁰² el monetarismo de Friedman no figuraba en el pensamiento de Nixon.

Esto se hizo evidente a principios de enero de 1971, cuando, en su discurso sobre el estado de la Unión, el presidente anunció «un presupuesto de pleno empleo»,⁵⁰³ es decir, diseñado para alcanzar el equilibrio en caso de que la economía funcionara a su máximo potencial. «Gastando como si estuviéramos en pleno empleo, lograremos llegar al pleno empleo.»⁵⁰⁴ Continuó:

Con el estímulo y la disciplina de un presupuesto de pleno empleo, con el compromiso del independiente Sistema de la Reserva Federal de atender plenamente las necesidades monetarias de una economía en crecimiento y con un esfuerzo mucho mayor por parte de los trabajadores y los empresarios para decidir sobre los salarios y precios a la luz del interés nacional y de su propio interés, entonces conseguiremos el objetivo de una nueva prosperidad para el trabajador, para el agricultor, para el consumidor, para los estadounidenses por doquier: más puestos de trabajo, más ingresos, más beneficios, sin inflación y sin guerra.⁵⁰⁵

Friedman, afligido por verse excluido de la toma de decisiones, fue tomado por sorpresa cuando, en una entrevista concedida inmediatamente después del discurso sobre el estado de la Unión, Nixon declaró: «Ahora soy keynesiano» (Friedman escribió a J. K. Galbraith: «Debes de estar tan disgustado como yo por tener a Nixon como discípulo»⁵⁰⁶). Nixon aseguró que, si bien seguía en teoría comprometido con las soluciones de mercado, tenía la sensación de que la libre empresa ya no cumplía su función. «Ya no vivimos en un mundo en el que el mercado funcione»,⁵⁰⁷ dijo a dos de sus principales asesores económicos. En un intento de apaciguar a los republicanos conservadores que creían que la referencia a Keynes era prueba de que el presidente había cambiado de bando ideológico, los ayudantes del presidente dijeron que Nixon sólo estaba reconociendo que una recesión provocaría un déficit presupuestario que no tenía por qué agravarse por una subida de impuestos; no estaba abogando por una intervención a gran escala

en la economía para «corregir» un desplome. Pero estaba claro, a pesar de los desmentidos, que Nixon estaba decidido a gastar lo necesario para seguir en la Casa Blanca.

En junio de 1971, en respuesta a su petición del estado de la Unión de que la Reserva Federal «atendiera plenamente las necesidades monetarias de una economía en crecimiento», Nixon pidió a Friedman, que todavía no era más que un asesor informal del presidente, que presionara a Burns para que aumentara drásticamente la oferta monetaria a través de tipos de interés más bajos para impulsar la actividad económica. Friedman se opuso rotundamente a esta medida y le aseguró al presidente que el aumento de la masa monetaria iba a hacer crecer la inflación. «Nixon se mostró de acuerdo —recordó Friedman—, pero dijo que primero fomentaría el crecimiento económico y se aseguraría de que la economía estuviera en expansión antes de las elecciones de 1972.» Friedman preguntó a Nixon si creía que valía la pena ganar las elecciones si el coste era una «gran inflación». «Nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento»,⁵⁰⁸ respondió Nixon.

El presidente no había terminado. En agosto de 1971, convocó una cumbre de los principales asesores económicos —Burns, John Connally,⁵⁰⁹ su nuevo secretario del Tesoro, y Paul Volcker,⁵¹⁰ su subsecretario del Tesoro para Asuntos Monetarios, que pronto sucedería a Burns como presidente de la Reserva Federal— en Camp David para hablar sobre un amplio paquete de nuevas medidas económicas, denominadas por la prensa «El Shock de Nixon», al parecer para reducir la inflación. Una vez más, Friedman volvió a quedarse fuera.

Para Nixon, el problema acuciante era que la guerra de Vietnam, un creciente déficit comercial, problemas laborales cada vez mayores y un aumento del 10 por ciento en la oferta monetaria habían dejado el dólar profundamente debilitado, socavando las bases de Bretton Woods, que dependía de un dólar fuerte. Bretton Woods obligaba a Estados Unidos a vender oro a otras naciones a

35 dólares la onza y, a medida que el dólar seguía debilitándose, comenzó una preocupante sangría de las reservas de oro del país que sugería que la inmensa reserva de lingotes almacenados en Fort Knox⁵¹¹ no tardaría en agotarse⁵¹² a medida que las naciones fueran deshaciéndose de sus existencias de dólares, que cada vez tenían menos valor, y protegieran sus activos en oro comprado a Estados Unidos a precio de ganga. En mayo de 1971, Alemania Occidental se retiró de Bretton Woods en lugar de devaluar el marco. En julio, Suiza cambió cincuenta millones de dólares por oro. Y a principios de agosto, Francia envió un buque de guerra al puerto de Nueva York para recoger su compra de 191 millones de dólares en oro guardados en la cámara acorazada del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Nixon finalmente estuvo de acuerdo con Friedman en que los acuerdos de Bretton Woods de Keynes debían terminar cuanto antes.

Friedman y otros economistas de mercado siempre habían sido partidarios de un dólar de libre flotación, uno que permitiera al mercado, y no a la Administración, fijar el precio de la moneda nacional. La declaración de Nixon de agosto de 1971 acabó de manera eficaz con Bretton Woods al permitir que las autoridades monetarias estadounidenses pusieran fin a la promesa de cambiar dólares por oro. En marzo de 1973, Nixon dio formalmente por finalizado Bretton Woods, dejando que el dólar flotara libremente en el mercado abierto. Como medio de abordar el déficit de la balanza de pagos, causado por el hecho de que los estadounidenses compraban más en el extranjero de lo que vendían en exportaciones, Nixon también anunció en agosto de 1971 la imposición inmediata de un arancel del 10 por ciento sobre todas las importaciones.

Se había advertido a Nixon que poner fin a los acuerdos de Bretton Woods y permitir la flotación del dólar podría provocar la caída del precio, o devaluación, de la moneda, lo que muy probablemente los estadounidenses patriotas percibirían como debilidad. Así que, a modo de deliberada maniobra de distracción,

Nixon añadió una política destinada a garantizar a los votantes que se estaba ocupando de una de sus principales preocupaciones: el rápido aumento de los precios. Con la inflación en el orden del día, Friedman era optimista respecto a la posibilidad de que se probaran sus ideas monetaristas para frenar la inflación. Pero en 1971, las propuestas de Friedman no se discutieron en Camp David ni se mencionó la masa monetaria. Siempre con la mirada puesta en su reelección, el presidente estaba más interesado en una ostentosa actuación directa sobre la subida de los precios.

La política elegida por Nixon fue una congelación de noventa días de todos los salarios y precios con efecto inmediato, a seguir por el control permanente de todos los salarios y precios por parte del Gobierno federal. Otros países⁵¹³ que sufrían un incremento igual de perjudicial de los precios de bienes y mano de obra también estaban recurriendo a la congelación de precios y salarios por ley, no tanto como solución a la inflación como para ganar tiempo y mostrar a los votantes que estaban haciendo algo audaz y práctico para detener la espiral de precios y salarios. El Congreso demócrata había aprobado una ley para introducir el control de precios en 1970 con la esperanza de que Nixon adoptara la medida, pero éste se mostró reacio a utilizar los poderes que le habían otorgado. No tenía mucha confianza en que el control de precios funcionase; su experiencia personal cuando en 1942 trabajó en la Oficina de Administración de Precios en tiempos de guerra —y que había frenado legalmente los precios— le decía que eso no iba a pasar. «Como usted bien sabe, la dificultad con el control de precios y salarios, y con tener una junta salarial, es que las malditas cosas no funcionan —le dijo a Shultz—. No funcionaron ni siquiera al final de la Segunda Guerra Mundial. Jamás funcionarán en tiempos de paz.»⁵¹⁴

Nixon también temía que los controles pudieran «conducir a una terrible asfixia [de] toda nuestra economía libre»⁵¹⁵ y que el proceso fuera poco más que «un plan socialista, un plan para socializar Estados Unidos».⁵¹⁶ Pero Nixon aseguró que Burns,

Connally y Volcker⁵¹⁷ le habían presionado para que introdujera un control de precios y salarios, y que veía esta política como una gran estratagema para ganar votos. Así que Nixon introdujo el control de precios, aun a sabiendas de que iba a fracasar. «En principio, [Nixon] se oponía firmemente al control salarial y de precios —recordó Friedman—. Pero, como todos sabemos, Nixon tenía la capacidad de pasar por encima de cualquier principio si la política así lo exigía.»⁵¹⁸

Friedman estaba consternado por lo que estaba presenciando. En tanto que partidario del librecambismo, no le gustaban los aranceles que restringían el comercio. Su lectura de los datos de inflación de Estados Unidos sugería además que ésta era más baja que en cualquier otro momento desde 1967 y que, por lo tanto, no había ninguna necesidad de contrarrestar las presiones inflacionistas.⁵¹⁹ Creía que Nixon estaba haciendo este tipo de política e introduciendo controles salariales y de precios, a pesar de saber que no iban a funcionar, para disfrazar su decisión de hacer flotar el dólar. «Me opongo firmemente tanto a las directrices como a los controles —escribió Friedman—. Se han intentado aplicar muchas veces y nunca han funcionado. Al fracasar, sólo han distorsionado la economía y difundido falsa información sobre las causas de la inflación. La inflación se hace en Washington y en ningún otro lugar.»⁵²⁰ ¿Su evaluación *a posteriori*? Que el control de precios y salarios de Nixon «hizo mucho más daño al país que cualquiera de las acciones posteriores que llevaron a la dimisión [de Nixon]». ⁵²¹ Tampoco Samuelson tenía mucha fe en la eficacia del control de los precios, aunque creía que a veces podía resultar útil.

Pero inmediatamente después de que Nixon adoptara esta nueva política económica, fue Friedman, y no Samuelson, quien soltó una diatriba contra Nixon en *Newsweek*⁵²² por manipular las fuerzas del libre mercado. En «Why the Freeze is a Mistake» [«Por qué la congelación es un error»], Friedman describió el control de precios y salarios de Nixon como «uno de esos “planes muy plausibles”, por citar lo que dijo Edmund Burke en un contexto

diferente, “que empiezan bien y que acaban a menudo por tener consecuencias vergonzosas y lamentables”». Congelar precios y salarios para reducir la inflación era como fijar el timón de un barco, algo que hace imposible dirigirlo, sugirió. «¿Cómo acabará? Antes o después, y cuanto antes mejor, acabará como han terminado todos los intentos anteriores de congelar precios y salarios, desde la época del emperador romano Diocleciano hasta la fecha —escribió Friedman—, en un fracaso absoluto y en la aparición de la inflación reprimida.»⁵²³ Y culpó a Burns de avivar la inflación al aumentar la oferta de dinero en un 10 por ciento en seis meses a instancias de Nixon.

Friedman, siempre tan seguro de sí mismo, no tuvo miedo de decirle al hombre más poderoso del mundo que se había equivocado. En septiembre de 1971, un mes después de la cumbre celebrada en Camp David y de la imposición del control de precios, Nixon le dijo a Friedman en el despacho oval que sabía que su congelación de salarios y precios era una política equivocada y que la revertería lo antes posible. Luego, señalando al hombre encargado de administrar los controles, George Shultz, Nixon dijo: «No culpe a George de esta monstruosidad». A lo que Friedman respondió con dureza: «No culpo a George. Le culpo a usted, señor presidente».⁵²⁴

En la edición del 18 de octubre de *Newsweek*, Friedman continuó con su catastrófica temática. «Al amparo del control de precios, se acumularán las presiones inflacionistas, se vendrán abajo los controles, la inflación volverá, quizá en algún momento de 1973, y la reacción a la inflación provocará una grave recesión», escribió. Era probable que si se producía una estampida por el aumento de los salarios y los precios para compensar la pérdida de incrementos durante la congelación, la hiperinflación echara raíces, argumentó el economista.

A Friedman le ofendía que Nixon interfiriera en el libre funcionamiento del mecanismo de fijación de precios, en el que se llegaba al precio «natural» y la oferta y la demanda se ajustaban a

medida que el mercado se «aclaraba». Quince años antes había advertido que «incluso una flagrante hiperinflación [período de alta inflación] es menos perjudicial para la producción que una inflación contenida en la que una amplia gama de precios se mantiene muy por debajo de los niveles que compensarían el mercado».

En la columna de *Newsweek* del 18 de octubre, Friedman sostuvo que sólo había dos soluciones a la hiperinflación, ninguna de las cuales le parecía aceptable: «La reimposición de controles, esta vez mucho más amplios, detallados y rigurosos, o medidas monetarias y fiscales marcadamente deflacionarias. La primera sería, en el mejor de los casos, un recurso temporal que tensaría gravemente la estructura económica y social; la segunda provocaría una recesión».⁵²⁵ Friedman estaba prediciendo con precisión el acuciante dilema político al que se enfrentaría el sucesor de Nixon, Jimmy Carter, al tener que enfrentar una inflación desbocada unos años después.

Por su parte, Samuelson, que se enorgullecía de estar en la lista negra de enemigos políticos de Nixon,⁵²⁶ simpatizaba con las intenciones de quienes esperaban que el control de precios y salarios funcionara, aunque no creía que lo hiciera. Cuando en diciembre de 1970 se le preguntó si debían introducirse controles, contestó: «Reservaría el control directo de precios y salarios para una emergencia mayor», estimando que «con las pruebas actuales, no puedo estar a favor del control de precios».⁵²⁷ Al año siguiente, cuando Nixon introdujo su contención de precios, Samuelson seguía sin creer que las circunstancias hubieran cambiado lo suficiente para justificar dichos controles y se burló de aquellos de la izquierda, como J. K. Galbraith, que exigían el control de los precios ante la evidencia de más de una decena de países que mostraban que tales medidas no funcionaban, o sólo lo hacían durante un breve período de tiempo antes de colapsar.

Pero, como vimos en el último capítulo, Samuelson no estaba de acuerdo con Friedman en cuanto a las razones de la estanflación —esto es, el incremento de los precios, el estancamiento del

crecimiento y el aumento del desempleo— que empezaba a emerger poco a poco no sólo en Estados Unidos, sino en gran parte del resto del mundo desarrollado. Achacó la hiperinflación «ocasionada por los costes de producción» a «factores exógenos», como una serie de malas cosechas en todo el mundo, y a las economías «sobrecalentadas» por una elevada inflación. Se desmarcó de dogmáticos como Friedman, que ofrecían una explicación demasiado simplificada y una solución aparentemente fácil para controlar la inflación. «Los hayekianos aseguran que la única forma de hacer frente a la estanflación es el libre mercado, además del control de la oferta de dinero —escribió—. Pero la mayoría de sus colegas leerá en las pruebas del mundo moderno mayores costes y menos beneficios de tales políticas que los soñados en estas filosofías.»⁵²⁸

Por ser los economistas más conocidos de Estados Unidos, Friedman y Samuelson fueron invitados a comparecer en septiembre de 1971 ante el Comité Económico Conjunto del Congreso en la grandiosa sala del Comité del Senado en el Capitolio para exponer su respectiva opinión sobre la nueva política económica de Nixon. Fue una de las raras ocasiones en las que los dos viejos amigos y rivales se sentaron uno junto a otro y discutieron abiertamente frente a las cámaras de televisión. Y a pesar de que el resultado fue tan poco concluyente como el debate original entre Keynes y Hayek, puso de manifiesto la clara división entre Friedman y Samuelson, no sólo en materia de política económica, sino también en sus filosofías contrapuestas y sus personalidades tan diferentes.

Los políticos conservadores suelen culpar a los sindicatos del aumento de los precios por ejercer un poder de monopolio sobre el mercado laboral que primero hace subir los salarios y luego los precios en general. Pero si los opositores a los sindicatos esperaban algún tipo de apoyo por parte de Friedman en su comparecencia

ante el Comité, se llevaron una buena decepción. Sea cual sea el problema de los sindicatos, dijo Friedman ante los congresistas, no es que causen inflación. «No estoy acostumbrado a defender a los sindicatos —anunció a la comisión—. A mi modo de ver, hacen mucho daño al negar oportunidades a las personas de bajos ingresos; esto es, a través de sus medidas restrictivas. Pero no creo que sean culpables de causar la inflación.» Citó un reciente acuerdo salarial de General Motors en el que se atendió una elevada demanda salarial de sus sindicatos porque «los contratos anteriores se habían llevado a cabo bajo la expectativa de una inflación mucho menor». Era inevitable la equiparación de los salarios con el aumento de los precios, y el trabajo de los sindicatos era garantizar que los salarios de sus miembros se mantuvieran a la par con éstos. Samuelson se mostró de acuerdo con él, pero advirtió al comité de las consecuencias de semejante tipo de acuerdos. «Si todo el mundo quiere ponerse al día con la situación anterior, se producirá una situación clásica del huevo y la gallina que perpetuará la tasa de inflación», explicó.

Si bien elogió los recortes propuestos por Nixon en el gasto público en sanidad, educación y renovación urbanística, aunque no creía que el presidente pudiera garantizarse que el Congreso, que estaba en manos de demócratas, llegara a aprobar dichos recortes, Friedman fue inequívoco en su oposición a que el Gobierno federal interviniera en el mercado laboral y en los precios al consumo. «Soy un firme adversario de la congelación de precios y salarios, así como del control más limitado de salarios y precios que sin duda sucederá a la congelación —declaró—. Son medidas puramente cosméticas que no afectan a las principales fuentes de la inflación. Estas fuentes básicas son la política monetaria y fiscal del Gobierno.» Y continuó diciendo:

En la medida en que el control de precios y salarios tengan algún efecto, distorsionan la estructura económica y causan perjuicio. En tanto que se eluden, hacen poco daño económico, pero añaden un ápice más al

debilitamiento del respeto a la ley en la base de algunos de nuestros problemas sociales.

Samuelson dijo al comité que no convenía con el pesimismo de Friedman sobre el control de precios de Nixon, que, según él, «en general [...] algo haría a la hora de moderar la tasa de inflación de precios y salarios este año y el siguiente».⁵²⁹ Y aunque las pruebas procedentes de otros países sugerían que los controles solían ser una solución a corto plazo, opinaba que «la sociedad y la economía estadounidenses no tolerarán una política salarial permanente [un objetivo de crecimiento salarial anual deliberadamente planificado y acordado por el Gobierno federal y los trabajadores, como existía en muchos países de Europa occidental]» y «no creo que se puedan revertir precios y salarios sólo con decirlo».⁵³⁰ Reconoció que era probable que las medidas de emergencia de agosto de 1971 contribuirían a un cierto crecimiento económico y que a lo mejor lograrían frenar a su vez la inflación de salarios y precios al ralentizar el ciclo de subidas de precios seguidas de demandas de salarios más altos. «Los objetivos y directrices fundamentales no pueden esperar revertir precios y salarios o estabilizar los precios, pero sí moderar la progresión de precios y salarios»,⁵³¹ escribió en una declaración al comité.

Aunque coincidía con Friedman en que los controles no garantizaban la reducción de salarios o precios, Samuelson no pudo resistirse a tocarle las narices a Friedman por descartar tales medidas en cualquier circunstancia. «En vez de contar ovejas, me gusta hacer experimentos mentales preguntándome: ¿qué pensaría si yo fuera el profesor Friedman? —explicó—. ¿Una tasa de inflación del 7 por ciento [es decir, una tasa de inflación a la que se llega sin intervención del Gobierno] me haría estar a favor de una política salarial? Y siempre que pienso en ello, mi respuesta es que no. Luego pruebo con el 8 por ciento y sigo pensando que no. En ese momento es cuando suelo dormirme.»⁵³²

Friedman creía que el programa de control de precios sería contraproducente y avivaría las llamas de la inflación en lugar de apagarlas, ya que las empresas y los sindicatos querrían «ponerse al día» cuando se levantarán los controles, y el Congreso y los políticos creerían que ya no tendrían que preocuparse por la subida de los precios. Predijo que, si los controles se imponían durante demasiado tiempo, se desmoronarían, como ocurrió con medidas similares en otros lugares. «Puede que los controles logren contener la presión durante un tiempo por lo que respecta a mantener bajos los precios indicados —dijo—. Pero si esta presión se acumula, es casi seguro que se producirá un colapso de éstos.» De ocurrir así, advirtió, «habría que volver a contemplar la posibilidad de pisar a fondo el freno de la expansión monetaria y fiscal para contrarrestar esa inflación».

Samuelson atacó el enfoque dogmático de Friedman sobre el gasto público y los impuestos. Las medidas de agosto de Nixon habían insinuado un recorte tanto del gasto público como de los impuestos, pero el motivo de Friedman para recortar el gasto público era político, no económico, sostuvo Samuelson. «El profesor Friedman asegura que siempre es momento de recortar gastos e impuestos. Convenga o no —dijo—. Esto no se debe a razones macroeconómicas, sino a profundas razones filosóficas y de otro tipo. No comparto ese juicio. Creo que tenemos grandes necesidades públicas y la exigencia de tributar para financiarlas.»⁵³³

La respuesta de Friedman a la acusación de Samuelson fue convenientemente humorística, evitando un argumento generalista y concentrándose en cambio en la sugerencia de Samuelson de que las predicciones de Friedman eran siempre demasiado pesimistas. «No puedo justificar ni excusar los instintos masoquistas de Paul Samuelson —dijo Friedman a la comisión—, pero me gustaría corregir su afirmación sobre mis predicciones. Resulta que su afirmación es falsa.»

Friedman explicó sus razones para defender los recortes del gasto público y la reducción de impuestos:

Creo que hablar de que los recortes de impuestos favorecen o no a las empresas es pura demagogia. Las empresas no pagan impuestos, no pueden hacerlo. Sólo las personas pagan impuestos. La cuestión es que si se impone un impuesto por el que la empresa sea la que extienda el cheque, ¿quién lo paga, entonces? Los empleados de esa empresa, los clientes de esa empresa o los accionistas de esa empresa. Las personas pagan. La empresa como tal no tiene capacidad de pagar impuestos.⁵³⁴

En los últimos minutos de la comparecencia, Samuelson y Friedman tuvieron un enfrentamiento cara a cara. O, mejor dicho, Samuelson interrumpió a Friedman cuando éste respondía a una pregunta sobre el nivel adecuado del impuesto de sociedades. Samuelson había planteado la idea de que, «como precio de consenso» y como contrapartida a que los sindicatos aceptaran frenar los salarios, había que controlar por ley los beneficios de las empresas. Como eso era algo muy difícil de realizar en la práctica, si no imposible, creía que había que subir el impuesto de sociedades, lo que a su vez reduciría los beneficios.

Friedman no pudo estar menos de acuerdo. «Creo que el impuesto de sociedades es ya demasiado alto. Debería ser más bajo. De nuevo, creo que se trata de [...]». Y no llegó a terminar la frase, ya que intervino Samuelson: «Comprenderás que yo no crea algo así, que la organización obrera no crea algo así y que las clases de bajos ingresos no acostumbran a actuar como si creyeran algo así [que los impuestos a las empresas son demasiado altos]». ⁵³⁵

¿Hasta qué punto Nixon promovió la causa de Friedman? Puede que ignorase su tesis sobre la oferta monetaria y la inflación, y que no hiciera caso de la oposición del economista al control de precios y salarios. Pero la influencia de Friedman en la Administración Nixon fue considerable. Podía presumir de dos logros concretos: de haber convencido al presidente de que liberara el dólar para que éste

encontrara su propio precio y, en enero de 1973, de que pusiera fin al reclutamiento militar, uno de los constantes objetivos de Friedman.

Sin embargo, aunque simpatizaban con las ideas monetaristas de Friedman, Nixon y los miembros de su Administración abandonaron rápidamente el libre mercado al establecer el control obligatorio de salarios y precios e imponer aranceles aduaneros. «Siendo “friedmanescos”, los economistas [de Nixon] concedieron mayor importancia a la oferta monetaria como causa de la inflación —recordaría Stein más tarde—. Sin embargo, no estaban lo bastante seguros de esta postura para ir en contra de la combinación de las ideas convencionales, tanto republicanas como keynesianas.»⁵³⁶

Stein continuó su análisis de la influencia de Friedman en las acciones de Nixon señalando el principal fallo en la aplicación práctica de las teorías de Friedman: cómo pasar en concreto de una economía con una oferta monetaria variable a otra con una oferta monetaria constante, fija y predecible en torno al 2 por ciento anual. Stein escribió:

La idea de una política «friedmanesca» de crecimiento monetario estable tropieza con varias dificultades. Puede que esta política sea la más adecuada para mantener la estabilidad de una economía cuando se encuentra en una situación en la que se deba mantener estable. Pero el problema de 1969 no era estabilizar la economía, sino reducir la inflación en curso. Eso instaba a una reducción de la tasa de crecimiento monetario, pero la regla de la «estabilidad monetaria» no brindaba ninguna directriz sobre la velocidad a la que debía desacelerarse el crecimiento monetario.⁵³⁷

Al final, Nixon supuso una decepción para Friedman. «Fui un firme partidario de Nixon en 1968 —recordaba—. En retrospectiva, debo admitir que me pregunto si mi apoyo estaba justificado.» A continuación, enumeró en qué sentido le había defraudado el presidente:

Pocos presidentes se han aproximado más a expresar una filosofía compatible con la mía; y pocos, si es que alguno, han tenido un coeficiente intelectual más alto; sin embargo, el desempeño desmiente la retórica y la capacidad. El ejemplo más extremo, aunque no el único, es el del control salarial y de precios.

Aunque supuestamente Nixon estaba a favor de un Estado más pequeño y menos intrusivo, el gasto del Gobierno federal llegó al mismo porcentaje de renta nacional al final de su mandato que al principio.

Al reexaminar las pruebas, me sorprendió descubrir que la explosión de actividad reguladora federal tuvo su inicio en la Administración Nixon [...]. El número de páginas del Registro Federal, un registro de todas las normativas gubernamentales, pasó de 20.000 en 1968 a 46.000 en 1974, el año en que Nixon dimitió.⁵³⁸

Friedman enumeró algunas de las nuevas agencias gubernamentales que Nixon había introducido: la Agencia de Protección Ambiental (EPA), la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional (OSHA), la Comisión de Seguridad de los Productos del Consumidor (CPSC), la Comisión de Servicios Legales (LSC), el Departamento de Energía (DOE) y la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo (EEOC).

La aversión de Friedman a la regulación en sí misma obedecía a su creencia de que la única manera de potenciar el crecimiento económico era que las empresas no se vieran obstaculizadas por normas y obligaciones legales. Al igual que muchas otras causas de Friedman, la desregulación se convirtió en un argumento conservador común contra entrometidos y buenos samaritanos a los que acusaba de poner trabas al mercado con normas excesivas y costosas. Incluso Samuelson reconocería que «las normas de seguridad y los controles de contaminación reducen la productividad tal como la conocemos convencionalmente, pero una vida más larga y un aire más puro forman parte de lo que una sociedad acomodada querrá racionalmente».⁵³⁹ Pero Samuelson pensaba en esas regulaciones como una forma de contrarrestar las deficiencias del mercado en el que los costes de la contaminación o de los hábitos inseguros de trabajo nunca eran asumidos en su totalidad por los responsables.

En 2002, Friedman recordó su primer contacto con el Gobierno con cierta dosis de cinismo, y describió a Nixon como «el más socialista de los presidentes de Estados Unidos en el siglo xx», porque «durante el Gobierno de Nixon se produjo el mayor aumento de la regulación gubernamental y del control de la industria de todo el período de posguerra». [540](#)

Los «Chicago Boys»

El viaje de Friedman a Suecia para aceptar el Premio Nobel se ve ensombrecido por los consejos que dio al general que derrocó al presidente socialista electo de Chile.

Quizá la Administración Nixon fuera una oportunidad perdida para poner en práctica las ideas monetaristas, pero Friedman no tardó mucho tiempo en encontrar otro presidente que necesitaba con urgencia ayuda para frenar la inflación galopante. Entre 1955 y 1964, la Universidad de Chicago acogió a estudiantes de posgrado en economía de la Universidad Católica de Chile, patrocinados por la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, que a su regreso a Chile se autodenominaron los «Chicago Boys». Algunos asistieron al curso «Seminario en dinero y banca» de Friedman.

En 1970, Chile eligió presidente a un marxista, Salvador Allende,⁵⁴¹ a pesar de los esfuerzos de Nixon y de las acciones encubiertas de la CIA⁵⁴² para garantizar su derrota. En 1972, la combinación de una mala gestión económica y de un embargo comercial sancionador impuesto por Nixon para «hacer gritar la economía»⁵⁴³ hizo que la tasa anual de inflación alcanzara el 200 por ciento, que el déficit fiscal fuera de un 13 por ciento del PIB y que los salarios reales cayeran un 25 por ciento. Hubo escasez de productos de primera necesidad, alimentos incluidos. En septiembre de 1973, con la ayuda de la CIA,⁵⁴⁴ Allende fue derrocado en un golpe militar dirigido por el general Augusto Pinochet.⁵⁴⁵ Allende y

cuatro mil de sus seguidores fueron asesinados, mil quinientos de ellos por tortura y ejecución sumaria. La economía chilena entró en caída libre; en abril de 1974, la inflación se situaba entre el 10 y el 20 por ciento mensual. Basándose en lo que habían aprendido de Friedman y otros, los Chicago Boys trazaron un plan de recuperación y se lo presentaron a Pinochet.

Friedman no tenía duda de que ayudar a los chilenos era lo correcto. Explicó al periodista Sidney Blumenthal:

Allende provocó el golpe de Estado, pero no necesariamente por sus políticas inflacionistas, sino porque intentó convertir el país en un Estado totalitario comunista estándar. Era consciente del peligro de un golpe, pero pensaba que iba a poder llevar a cabo su plan [...]. ¿Por qué iba a tener reparos en ir allí? No voy a ayudar al Gobierno. Voy a ir a decir lo que pienso. Si están dispuestos a recibirme, perfecto. Los militares no han tumbado ninguna democracia. Han derrocado un régimen que se dirigía hacia una dictadura comunista. No me cabe duda de que, entre los dos males, la Junta Militar es el mal menor.⁵⁴⁶

En marzo de 1974, Friedman y Arnold C. Harberger,⁵⁴⁷ la persona clave entre la Universidad de Chicago y la Universidad Católica de Chile, visitaron Santiago para motivar a sus antiguos alumnos con una serie de seminarios y charlas públicas a las que también asistieron funcionarios de la Junta y miembros del Ejército. Friedman se complació en informar de que «gracias a su formación, nuestros alumnos habían sido prácticamente los únicos economistas en Chile que no habían estado involucrados o eran favorables al Gobierno de Allende».⁵⁴⁸ Friedman se reunió con Pinochet en privado en el palacio presidencial y recomendó que Chile se sometiera a un «tratamiento de choque»⁵⁴⁹ para restringir el crecimiento de la masa monetaria. Pinochet le aseguró que le gustaba la idea, «pero que le preocupaba el posible desempleo temporal que podría provocar».⁵⁵⁰

Pinochet pidió a Friedman que le enviara un resumen de sus recomendaciones para solucionar la economía chilena, algo que el economista hizo a su regreso a Chicago. Friedman agradeció a

Pinochet «la cálida hospitalidad que nos dispensó» antes de exponer un plan de ocho puntos para obrar «un milagro económico» que implicaba la restricción severa e inmediata de la oferta monetaria. El plan incluía el recorte del gasto público en un 25 por ciento en seis meses, lo que, según Friedman, generaría «graves dificultades transitorias», ya que miles de funcionarios públicos acabarían en la calle.⁵⁵¹ Como Friedman recordaría más tarde, «esa visita de seis días y mi papel anterior como profesor resultaron tener consecuencias [tanto para Friedman como para Chile] que nunca anticipamos y con las que tuvimos que lidiar durante la década siguiente».⁵⁵² Una mañana del año 1970, una llamada telefónica despertó a Samuelson antes del amanecer para preguntarle: «¿Qué se siente al ganar el Premio Nobel?». «Es agradable que recompensen tu trabajo duro —respondió—. Mi hija me recriminó que había sido muy vanidoso al decir algo así —recordaba Samuelson—. Yo le contesté que no, que en realidad ése era el caso.»⁵⁵³

Ni Samuelson ni Friedman fueron excesivamente modestos con sus logros alcanzados. Pero ganar un Premio Nobel era algo especial, incluso para aquellos que ostentan su genio de forma manifiesta. Se mire por donde se mire, Samuelson había sido un firme candidato para hacerse con el galardón. Dado que era el mayor economista de Estados Unidos, con una lista repleta de importantes publicaciones técnicas y un libro de texto que se había convertido en el principal manual de macroeconomía para estudiantes universitarios del mundo entero, habría sido extraño que no lo ganara. El Nobel de Economía tenía un año de vida, con sólo dos ganadores anteriores, un noruego y un neerlandés, que compartieron el premio en 1969. El comité del Nobel podría haber elegido entre varios motivos para que Samuelson recibiera el segundo Premio Nobel de Economía, pero decidió centrarse en la forma en que «formalizó la investigación económica utilizando las matemáticas», y destacó que ahora «su trabajo influye en prácticamente todas las ramas de la economía moderna».⁵⁵⁴

Rose Friedman recordaba que cuando se planteó el primer Nobel de Economía, «dos nombres aparecieron en todo artículo periodístico o conversación sobre el siguiente galardón: Paul Samuelson y Milton Friedman». Cuando se especuló sobre quién ganaría el segundo Nobel de Economía, recordaba Rose Friedman, «los dos nombres mencionados con mayor frecuencia seguían siendo los mismos».⁵⁵⁵ Sin embargo, cuando Samuelson lo ganó, le tomó por sorpresa. «Desde luego, no esperaba recibir el Premio Nobel en el segundo año», dijo. A la luz de la decisión de Harvard de no ofrecer a Samuelson un puesto acorde con su capacidad, debido al antisemitismo institucional en la Facultad de Economía en aquella época, fue motivo de especial satisfacción para Samuelson que el Comité del Nobel le concediera el premio por sus *Fundamentos del análisis económico*, la publicación de la tesis doctoral que había escrito en Harvard.

En noviembre de 1970, Friedman abrió su columna en *Newsweek* con un elogio a su viejo amigo y oponente. «Los lectores de este espacio conocen a Paul Samuelson como un comentarista ingenioso, bien informado y a menudo ácido sobre asuntos de actualidad, como un partidario “liberal” de las políticas económicas de la Administración de Kennedy y Johnson, y como un crítico de la actual política económica de Nixon», escribió. Samuelson era «un economista matemático brillante y original», que había «ayudado a reconfigurar y mejorar los fundamentos teóricos de nuestra materia». Asimismo, «Samuelson ha sido el líder en la creación de un gran centro de estudios e investigación económica en el MIT, convirtiendo un departamento del montón en uno de los principales del mundo».

Samuelson escribió a Friedman en privado: «Gracias por la bonita nota y la amable columna. Cuando te llegue el momento, verás que las palabras de los viejos amigos son las más importantes», antes de comentar las implicaciones fiscales personales que conllevaba la remuneración del Premio Nobel. «Cualquiera que se encuentre en el tramo del 70 por ciento y que

esté seguro de recibir el premio, es mejor que lo reciba tarde.»⁵⁵⁶
[En dólares de 2020, cada ganador único de un Premio Nobel recibía 1,1 millones de dólares y una medalla de oro valorada en 10.000 dólares.]

Apenas el mes anterior, el departamento de antiguos alumnos de la Universidad de Chicago había sondeado a Friedman su opinión sobre Samuelson, a quien estaban considerando la idea de otorgarle un «premio a los logros profesionales». La efusiva respuesta de Friedman decía que «Samuelson es claramente uno de los principales economistas del mundo» y que había colaborado con «importantes contribuciones científicas sin duda integradas en nuestra doctrina económica actual».⁵⁵⁷

Samuelson y su esposa Marion volaron a Estocolmo en 1970 para asistir a un fastuoso banquete oficial y, como era costumbre, pronunciar un agradecido discurso de aceptación. «El sueño de cualquier académico se ha hecho realidad gracias a este premio», dijo dirigiéndose a un público de dignatarios suecos. Enumeró a los muchos profesores, colegas y alumnos que habían influido en él,⁵⁵⁸ sugiriendo que él no era más que uno más de una larga línea de nombres que le había llevado a ganar el premio. «Una de las cosas agradables de la ciencia es que todos ascendemos al cielo sobre los hombros de nuestros predecesores —dijo—. ⁵⁵⁹ Al honrarme a mí, el Comité de la Real Academia de Ciencias está de hecho haciendo honor a todos los de mi generación que han estado trabajando en el mismo viñedo.»

Samuelson se deshizo en elogios hacia el escritor y disidente soviético Alexander Solzhenitsyn, ganador ese año del Nobel de Literatura, que había temido desplazarse hasta Estocolmo para aceptar el premio por si las autoridades comunistas le declaraban indeseable y le negaban la entrada de vuelta a su querida Rusia. «Si Alexander Solzhenitsyn hubiera estado aquí para hablar desde el corazón, desde su corazón, todos nosotros seríamos mejores por

ello, ustedes y yo, toda la humanidad y me atrevo a pensar que todos los países del mundo sin excepción —dijo Samuelson—. Su espíritu revolotea sobre nuestra celebración aquí, esta noche.»

Al día siguiente, Samuelson pronunció una conferencia titulada «Principios máximos en economía analítica»,⁵⁶⁰ un texto lleno de complejas ecuaciones matemáticas que no daba tregua a los que no sabían economía ni matemáticas. Al explicar su teoría de la «preferencia revelada», habló de cómo los consumidores llegan a elegir la compra de un producto, y no pudo resistirse a atacar de pasada a la Escuela Austríaca, cuyos principales miembros eran Hayek y Von Mises; este último estaba a punto de entrar en su décima década y aún impartía un seminario en la Universidad de Nueva York:

Los economistas austríacos insistían en que la gente actuaba para maximizar su utilidad, pero cuando se les preguntaba a qué se referían, respondían en círculo que, con independencia de cómo se comportara la gente, presumiblemente no habría actuado de tal modo a menos que maximizara su satisfacción. De la misma manera que podemos cancelar dos de la proporción de los números pares, se podría utilizar la navaja de Ockham para eliminar por completo la utilidad del argumento, terminando con la fatuidad: la gente hace lo que hace.

En su comentario final, que reflejaba su permanente disputa con Friedman sobre el futuro de la economía, se dirigió sobre todo al pueblo estadounidense. Citó a Thorstein Veblen,⁵⁶¹ economista también estadounidense y archicrítico con el capitalismo: «No hay razón para que la economía teórica sea un monopolio de los reaccionarios». «Llevo toda la vida tomándome esta advertencia muy en serio —explicó Samuelson—, y me atrevo a atraer vuestra atención sobre ella de manera favorable.»

Cuatro años después del Nobel de Samuelson, en 1970, Friedrich Hayek fue galardonado con el séptimo Premio Nobel de Economía, pero su nombramiento fue considerado tan controvertido que se vio obligado a compartir el premio con Gunnar Myrdal, un economista y sociólogo sueco de izquierdas conocido por su trabajo

de denuncia de los problemas raciales en Estados Unidos. Samuelson se alegró por Hayek. «En mi opinión, la suya fue una elección respetable», dijo Samuelson. «Y, sin embargo, en 1974, la mayoría de los asistentes a las salas comunes de estudiantes de Harvard y del MIT no parecía conocer siquiera el nombre de este nuevo laureado.»⁵⁶²

Seis años pasaron entre la concesión del Nobel de Economía a Samuelson y a Friedman. Rose Friedman sospechó que había juego sucio. «Cuando los cinco años siguientes pasaron por encima de mi marido, me pareció evidente, igual que a muchos colegas, que se estaba sopesando en la balanza algo más que la contribución a la ciencia económica»,⁵⁶³ recordó. *Newsweek* se posicionó a favor de Friedman: «Si sus colegas votaran, hace tiempo que Friedman habría recibido el premio, y según todos los indicios, la Real Academia Sueca ha retrasado su concesión por la inclinación de Friedman a la controversia y por su activismo político de derechas».⁵⁶⁴

Del mismo modo en que Samuelson había dicho que creía merecer el Nobel, Friedman carecía de gracia al hablar de su inminente honor. En la mañana del 14 de octubre de 1976, un periodista le preguntó en un aparcamiento de Detroit: «¿Considera que se encuentra en el punto más alto de su carrera?». A lo que Friedman respondió: «Me importa más lo que mis sucesores piensen dentro de cincuenta años sobre mi trabajo profesional que el juicio de siete personas de Suecia que, por casualidad, forman parte del Comité del Nobel». La prensa estadounidense disfrutó a la hora de poner de manifiesto la metedura de pata de Friedman. Había respondido con su «descaro característico», y la reacción «brutalmente cándida» había sido «Friedman en estado puro, arrogante hasta el final donde muchos otros hombres habrían intentado mostrarse humildes».⁵⁶⁵

Rose Friedman salió en defensa del buen nombre de su marido. «Nadie calificaría jamás de humilde a mi marido —dijo—, pero sólo alguien que no le conozca o que quiera tergiversar a propósito su imagen lo describiría como “arrogante” o con su “descaro característico”.»⁵⁶⁶ Rose Friedman podía ser tan quisquillosa como su marido. Cuando le preguntaron si estaba orgullosa de que hubiera ganado el Nobel, respondió: «Siempre he estado orgullosa de mi marido, no hizo falta el Premio Nobel para convencerme de ello».

En palabras de la distinción, Friedman ganó el Nobel «por sus logros en los campos del análisis del consumo, la historia y la teoría monetaria, y por su demostración de la complejidad de la política de estabilización». El anuncio oficial continuaba:

El nombre de Milton Friedman se asocia principalmente con el renacimiento del papel del dinero en la inflación y con la consiguiente nueva comprensión del instrumento de la política monetaria. Nos ha proporcionado las expresiones «el dinero importa», o incluso «sólo el dinero importa», con la aparición del monetarismo como Escuela de Chicago. Este fuerte énfasis en el papel del dinero debe verse a la luz de cómo los economistas —por norma general, defensores de una restringida interpretación de la teoría keynesiana— han ignorado durante mucho tiempo y casi por completo la importancia del dinero y la política monetaria al analizar los ciclos económicos y la inflación. Ya a principios de los años cincuenta, Friedman fue pionero en su reacción, debidamente fundamentada, contra la anterior unilateralidad poskeynesiana. Y consiguió —sobre todo gracias a su independencia y genialidad— iniciar un debate científico muy vivo y fructífero que se ha prolongado durante más de una década [...].

El amplio debate sobre las teorías de Friedman también llevó a una revisión de las políticas monetarias adoptadas por los bancos centrales; en Estados Unidos, en primer lugar. Es muy raro que un economista ejerza tal influencia, directa e indirectamente, no sólo en la dirección de la investigación científica, sino también en la política concreta.

Sin embargo, el empalagoso tributo a los logros de Friedman ocultaba una controversia que había tenido lugar a puerta cerrada, ya que el Comité del Nobel debatió acaloradamente si el trabajo de Friedman como columnista de *Newsweek* y como principal asesor

económico de Barry Goldwater afectaba a su estatus académico, acusaciones que también podrían haberse hecho contra Samuelson por su trabajo para Kennedy.

Cuando se filtró la noticia de la división dentro del comité, Rose Friedman culpó de la disputa a las opiniones liberales y a la ignorancia en economía del Comité Noruego del Nobel, que tenía que refrendar el premio de Friedman. «La aprobación de todo el comité es una mera formalidad, pero esta vez parece que no lo fue», escribió. La teoría económica de Friedman estaba bien considerada por ambas partes del espectro político, «desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda», escribió, pero «los no economistas del comité sólo conocían su papel más publicitado de provocador político por simpatía con la filosofía socialista dominante de nuestros tiempos». Era difícil no llegar a la conclusión de que, al igual que con el Nobel de Hayek, la Academia Sueca tendía a inclinarse hacia la izquierda y era más dura con los candidatos conservadores que con los liberales.

Samuelson se apresuró a felicitar a Friedman y escribió un efusivo homenaje a su inteligencia en *Newsweek*, describiendo el premio como un «adecuado reconocimiento a sus contribuciones científicas y a su liderazgo académico». Tras comentar su genio como «arquitecto de buena parte de lo mejor de nuestra tradición conservadora y no un mero divulgador de ese punto de vista», Samuelson celebró a Friedman como ser humano. «Lo que no he logrado transmitir es la energía y alegría de Milton Friedman, su aguda inteligencia, su infalible cortesía en el debate. El mundo le admira por sus logros. Sus allegados le quieren por su persona.»⁵⁶⁷ Friedman no tardó en escribir a Samuelson: «Tu telegrama y tu columna han sido uno de los frutos más valiosos del premio».⁵⁶⁸

El Nobel de Friedman fue acogido con satisfacción por el *Financial Times*, cuyos editorialistas lo declararon «indiscutiblemente el economista más influyente de nuestra época». Y apareció un testimonio de la rectitud moral de Friedman por parte de una fuente improbable: Steve Rattner,⁵⁶⁹ corresponsal de

economía de *The New York Times*. «Durante los largos años en que defendió los principios del *laissez faire* y la economía monetaria, incluso sus críticos coincidieron en que nunca sacrificó su integridad intelectual —escribió—. Rechazó varios puestos en el Gobierno, en parte porque no creía que le permitieran atenerse a sus principios.»⁵⁷⁰

En retrospectiva, Friedman creía que su reacción inicial al premio fue demasiado brusca y que debería habérselo pensado mejor antes de abrir la boca. «No pretendo desacreditar al Comité del Nobel —aseguró—. Han llevado a cabo un trabajo muy concienzudo y bueno en general. Pero al mismo tiempo, lo que realmente importa a un científico es el efecto a largo plazo de su trabajo en su campo.»⁵⁷¹ En su comparecencia en el programa de noticias y entrevistas *Meet the Press* de la cadena NBC, Friedman trató de explicar por qué había parecido que menospreciaba a los miembros del jurado del Nobel que le eligieron. «El jurado que me gustaría que juzgara mi trabajo no es el de la profesión económica de hoy, principalmente, sino el de dentro de veinticinco o cincuenta años —dijo—, y la auténtica cúspide de mi labor sería la incorporación a todo el cuerpo de análisis económico de algunos de los trabajos que he realizado.»⁵⁷²

En una charla impartida en la Hoover Institution el mes de enero siguiente, Friedman volvió a criticar los Premios Nobel —de hecho, a todos los premios— en sí mismos. «Todo el sistema de Premios Nobel puede hacer más daño que bien —comentó—. Hace que el público en general atribuya a la opinión de las personas que reciben el premio en particular una importancia totalmente injustificada.» En lo referente a los miembros del comité que lo juzgaron, que, según reconoció, eran «eminentes e inteligentísimos académicos que se esforzaron al máximo», continuó:

¿Es conveniente en cualquier disciplina que unos pocos eruditos que han marcado un hito en esa disciplina tengan el poder de decidir el tipo de trabajo que es prestigioso, en el que deben concentrarse otros estudiosos si quieren que su trabajo sea reconocido como importante? ¿Es conveniente que tanta

centralización del poder dirija de manera efectiva el curso o la investigación en disciplinas fundamentales? El efecto no se limita a la economía; sucede lo mismo en la física, la química o cualquier otra área.⁵⁷³

En diciembre de 1976, los Friedman volaron a Estocolmo para recibir el premio y les inquietó descubrir que su presencia en Suecia desencadenó manifestaciones callejeras por la ayuda que Friedman había prestado a la Junta Militar de Pinochet en Chile. Las amenazas de los manifestantes fueron consideradas tan graves que los Friedman tuvieron que ir acompañados de guardaespaldas armados a todas partes.

Las protestas hicieron que se sometieran a riguroso examen las circunstancias de la visita de Friedman a Chile en 1975 y lo que había acontecido durante su conversación con Pinochet. El colega de Friedman que lo acompañó a Santiago, Arnold Harberger, escribió al presidente de la Fundación Nobel para tratar de poner las cosas en orden. «No estábamos allí como consultores del Gobierno y ninguno de nosotros tenía ninguna conexión oficial con el actual Gobierno de Chile —escribió—. Nuestra visita a Chile no connotaba ni connota en absoluto la aprobación del actual Gobierno chileno, y mucho menos de su represión de la libertad individual y su imposición de restricciones a la discusión y el debate libre y abierto.» Friedman había rechazado dos doctorados *honoris causa* en Chile, «precisamente porque consideraba que la aceptación de tales honores por parte de universidades que recibían fondos del Estado podría interpretarse como una aprobación política». Harberger dijo que Friedman había dado una conferencia en la que condenó el asalto a la libertad política por parte del golpe «y expresó su esperanza de que en un futuro próximo los chilenos volvieran a disfrutar de plena libertad política e intelectual».⁵⁷⁴

Poco después del anuncio del Nobel de Friedman, se publicó un ingenioso intercambio de cartas en *The New York Times*. Cuatro premios Nobel —Linus Pauling (Nobel de Química en 1954) y George Wald, David Baltimore y S. E. Luria (Nobel de Fisiología o Medicina, 1967, 1975 y 1969)— escribieron para protestar por el

premio de Friedman, alegando su trabajo de asesoramiento en Chile. La respuesta escrita de Friedman fue contundente. A pesar de haber escrito una carta a Pinochet con algunas recomendaciones económicas, Friedman declaró que «no fue entonces, ni nunca, asesor económico de la Junta chilena», y cuestionó a sus críticos, ganadores de un Premio Nobel: ¿por qué no habían puesto ninguna objeción a sus conferencias en la Unión Soviética y la Yugoslavia comunista? Al utilizar un doble criterio, «cometieron una injusticia conmigo personalmente», escribió. Dos de los Premios Nobel le escribieron para reafirmarse en su acusación: «Su identificación con las políticas de “tratamiento de choque”, reforzadas por su viaje a Chile, le vinculaban a las políticas económicas y la acción represiva, aspectos inseparables del régimen chileno».

Friedman volvió a escribir, quejándose de que los ganadores del Nobel se habían atrevido a criticar la naturaleza del asesoramiento económico que él había ofrecido cuando ellos no eran competentes en economía para emitir semejante juicio. Insistió, con razón, en que la política que Chile había aplicado siguiendo sus consejos había sido eficaz: habían solucionado la inflación y la recuperación estaba en marcha.⁵⁷⁵ Se estaban creando puestos de trabajo y había signos de crecimiento. «La política económica, que alabo, puede separarse de la situación política, que deploro —escribió—. Vuestro apoyo a un test político para el reconocimiento de los logros científicos va en sentido contrario a la libertad de expresión, la libertad de pensamiento y la libertad académica que durante tantos siglos ha defendido la comunidad intelectual»,⁵⁷⁶ aseveró.

Si bien los manifestantes coreaban insultos fuera de la sala del banquete en tanto él hablaba, Friedman intentó calmar los ánimos con su discurso de aceptación pronunciado el 10 de diciembre de 1976, al poner de relieve lo que denominó un potencial «conflicto de intereses» en su reconocimiento. Dijo:

Mis estudios monetarios me han llevado a la conclusión de que los bancos centrales podrían ser sustituidos con rentabilidad por ordenadores destinados a proporcionar una tasa de crecimiento constante de la cantidad de dinero. Por suerte para mí, y para un selecto grupo de colegas economistas, esa conclusión no ha tenido consecuencias prácticas [...], de lo contrario no existiría un Banco Central de Suecia que estableció el premio que me honra recibir hoy aquí. ¿Debo concluir la moraleja de que a veces fracasar significa triunfar?

Describió de qué manera le había afectado ya el premio. «No sólo no existe tal cosa como un almuerzo gratis, sino que tampoco existe un premio gratis —dijo—. El anuncio de un premio convierte de inmediato a su destinatario en un experto para todos, y desencadena hordas de famélicos periodistas y fotógrafos de periódicos y cadenas de televisión de todo el mundo. Me han preguntado mi opinión sobre cualquier cosa, desde una cura para el resfriado común hasta el valor de mercado de una carta firmada por John F. Kennedy.»⁵⁷⁷ De hecho, aunque se sentía halagado por la atención, Friedman creía que el premio se lo habían concedido demasiado tarde para serle de gran utilidad en su carrera. «Cuando lo recibí, ya era demasiado mayor para que tuviera alguna repercusión»,⁵⁷⁸ comentaría más tarde.

Como para desafiar a los que criticaron las soluciones a la inflación que había recomendado a Pinochet, Friedman eligió como tema de su discurso de aceptación del Premio Nobel «La inflación y el desempleo»,⁵⁷⁹ en el que, vestido de manera incongruente con corbata blanca y frac, volvió a enterrar la curva de Phillips y a explicar la «tasa natural de desempleo». Observó que, en las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, «parecía necesitarse asumir dosis cada vez mayores de inflación para que el nivel de desempleo fuera bajo. La estanflación mostró su cara más fea». Pero señaló que «la hipótesis de la tasa natural, en su forma actual, no ha demostrado ser lo bastante fértil para explicar un acontecimiento más reciente: el paso de la estanflación a la *slumpflación* [una rara combinación de recesión acompañada de alta inflación]».

Hubiera parecido natural que en una conferencia tan evidente en la que se hablaba del aumento de la hiperinflación, Friedman hubiera pronunciado con claridad su teoría estrella, que «la inflación es siempre y en todas partes un fenómeno monetario en el sentido de que es, y puede generarse, sólo por un aumento más rápido de la cantidad de dinero que de la producción».⁵⁸⁰ Pero eligió un mensaje más sencillo para tan vasto público. «Escribí mi conferencia sobre todo para dejar claro que la economía era, o puede ser, una ciencia positiva como la física o la química, [una “ciencia positiva” basada en pruebas y datos más que en fundamentos filosóficos]»,⁵⁸¹ dijo.

Sin duda, en el momento de recibir el Nobel, Friedman ya había dejado su clara marca personal en la historia de la teoría económica. Según su colega de Chicago, George J. Stigler, «Friedman se erigió imponente sobre la macroeconomía entre los años 1960 y 1975, aunque estuviera fuera y se mostrara hostil al planteamiento keynesiano dominante [...]. Yo acostumbraba a decir que controlaba las universidades de Cambridge y Yale. Dedicaban gran parte de sus esfuerzos a tratar de refutar aquello que él hubiera escrito en los últimos tiempos».⁵⁸² Con los friedmanitas dominando el diálogo económico, le preguntaron a Samuelson a bocajarro si Keynes había muerto. «Sí —fue su respuesta—. También Newton y Einstein.»⁵⁸³

No hay mejor manera de entender el creciente peso de la influencia de Friedman sobre el pensamiento económico que ver cómo Samuelson se vio obligado a modificar su libro de texto *Economía* para reconocer su influencia en el renacimiento del interés por la economía clásica. En la edición de 1955, Samuelson dejó constancia de que «en la actualidad, pocos economistas consideran la política monetaria de la Reserva Federal una panacea para controlar el ciclo económico».⁵⁸⁴

Tras haber ignorado a Friedman en su libro de texto durante más de una década, Samuelson encontró un hueco en la quinta edición de 1961 para mencionar un par de veces a su viejo amigo. En la sección sobre «La teoría cuantitativa del dinero y de precios»,⁵⁸⁵ Samuelson describió como «burda» la idea de que en una economía los precios se reflejaban directamente en la velocidad de circulación del dinero, aunque era «útil para describir períodos de hiperinflación». Escribió que, pese a que «son pocas las personas aún con vida que se adhieran a la burda teoría cuantitativa del dinero», le parecía que merecía la pena explorarla «ya que en los últimos años se ha producido una especie de renovado interés por ella por parte de varios competentes economistas estadounidenses». Entre los economistas «competentes» citados estaba Friedman.

En 1973, aunque seguía desestimando el monetarismo como «un punto de vista extremo», Samuelson aceptaba que «tanto la política fiscal como la monetaria tienen mucha importancia».⁵⁸⁶ En 1985, fue aún más lejos al reconocer por primera vez el mérito del estilo único de economía de Friedman, que en su libro de texto de *Economía* apodó «libertarianismo de Chicago»,⁵⁸⁷ al que adscribió la Escuela Austríaca de Von Mises y Hayek. Y en 1995 reconocía que «la política fiscal ya no es una herramienta importante de la política de estabilización en Estados Unidos. En el futuro previsible, la política monetaria de la Reserva Federal será la encargada de llevar a cabo la política de estabilización».⁵⁸⁸

Reconoció también que la teoría cuantitativa del dinero tenía alguna virtud. «Puesto que la inflación galopante puede ejercer una tensión intolerable sobre una sociedad democrática, es bueno predicar la cruda teoría cuantitativa del dinero cuando corresponda, y cuando no —escribió Samuelson—, porque se necesita con urgencia en esos tiempos desorganizados en los que su mensaje es oportuno.» Escribió:

Lo que sí se admite hoy en día es que la acción por parte del Estado para afectar a la oferta de dinero, su disponibilidad para los inversores-prestatarios y el coste de los intereses de dichos préstamos pueden tener importantes efectos sobre el total del consumo + la inversión + el gasto público y, por tanto, sobre los precios y el nivel salarial.⁵⁸⁹

En 2005, Friedman y Hayek recibieron una sección propia: «Guardianes de la libertad económica». A Friedman se le atribuyó el desencadenamiento de «la revolución monetarista». En un empalagoso y desinteresado tributo a su viejo amigo, Samuelson escribió que se había producido en todo el mundo un vuelco hacia las ideas del libre mercado:

Nadie entre los economistas ha sido más importante, como artífice y expositor de este cambio, que Milton Friedman. En su obra clásica, *Capitalismo y libertad* (1962), explica por qué un pensador racional podría defender el libre comercio internacional y fomentar la desregulación, rechazar el salario mínimo, la concesión de licencias para practicar la cirugía y la prohibición de drogas como la heroína y la cocaína. Todos los economistas serios deberían analizar sus argumentos con atención.⁵⁹⁰

Friedman también fue reconocido en la obra *Economía* de Samuelson por otros logros. Uno de los temas favoritos de Friedman era la insuficiencia del sistema de bienestar: lo consideraba un triunfo de las buenas intenciones sobre un fracaso evidente y probado. Samuelson había insistido en la edición de 1970 de su libro de texto en que «el estado de bienestar moderno ha sido tanto humano como solvente».⁵⁹¹ No obstante, una década más tarde, después de que Friedman desestimara muchos programas de lucha contra la pobreza por considerarlos mal concebidos y contraproducentes, Samuelson admitió que algunos programas asistenciales eran «sin duda costosos» y «a menudo ineficaces»⁵⁹² y concedió un espacio en el libro para explicar la forma propuesta por Friedman para sustituir las prestaciones sociales: un impuesto negativo al ingreso.⁵⁹³ En 1995, Samuelson planteaba la pregunta que Friedman había hecho décadas antes: «¿Han ayudado los programas de lucha contra la pobreza [...] [o] han producido

respuestas contraproducentes?». ⁵⁹⁴ Y ya en 2004, Samuelson incluyó una sección que anticipaba el «ocaso del estado de bienestar», ⁵⁹⁵ en la que resumía con precisión las opiniones de Friedman.

Los críticos del Gobierno afirman que el Estado es demasiado entrometido; el Estado crea monopolios, sus fracasos son tan dañinos como los del mercado; los impuestos elevados distorsionan la asignación de recursos; la Seguridad Social amenaza con sobrecargar a los trabajadores en las décadas que siguen; la regulación ambiental entorpece el espíritu empresarial; los intentos del Estado por estabilizar la economía fracasarán en el mejor de los casos y aumentarán la inflación en el peor de ellos. En pocas palabras, para algunos, el Estado es el problema y no la solución. ⁵⁹⁶

Aunque a Samuelson le gustaba retratar a Friedman como un lobo solitario y un advenedizo, no podía negar que muchas de las preocupaciones preferidas de su viejo amigo habían cambiado la economía y conseguido que los políticos se lo pensaran dos veces antes de gastar dinero para impulsar una alicaída economía. «En este momento hay gente por todas partes (podría poner puntos en el mapa) que intenta demostrar que Milton se equivoca —dijo—. En algún lugar, hay alguien que intenta demostrar que tiene razón. Eso es lo que yo llamo influencia.» ⁵⁹⁷ Y con el tiempo, pese al fracaso en la práctica de su monetarismo, tal fue la potencia de los argumentos antigubernamentales de Friedman que los líderes políticos se vieron obligados a abandonar el gasto en programas y proyectos públicos como forma de estimular la economía. En su lugar, los recortes fiscales se convirtieron en el instrumento político preferido.

Hartazgo

El monetarismo de Friedman tiene una segunda oportunidad cuando un nuevo presidente, Jimmy Carter, asigna a la Reserva Federal el control de la inflación.

Cuando Jimmy Carter, exsubmarinista de la Armada estadounidense, luego agricultor de cacahuètes en Georgia y persona extremadamente inteligente, se enfrentó al sucesor accidental de Nixon, Gerald Ford, en las elecciones de noviembre de 1976, los problemas principales que más preocupaban a los votantes no eran tanto la ignominia del Watergate y la dimisión de Nixon⁵⁹⁸ como el elevado desempleo y la alta inflación. En 1975, los precios subían a un ritmo del 6,9 por ciento anual y el desempleo había alcanzado, en su punto máximo, el 8,2 por ciento, la mayor tasa de paro registrada desde la Segunda Guerra Mundial. El año electoral de 1976 registró una leve mejora —con un desempleo del 7,8 por ciento y una inflación del 4,9 por ciento—, pero no fue suficiente para evitar la derrota de Ford.

Una vez ganada la Casa Blanca, a Carter se le encomendó la tarea de recomponer la maltrecha economía que lo había ayudado a llegar a ella. Tras una serie de errores, en 1978 Carter se vio inmerso en una crisis económica, con una inflación del 9 por ciento y una tasa de desempleo del 6 por ciento. Con un dólar débil en los mercados extranjeros, sólo la intervención de la Reserva Federal mantenía la divisa estable. La inflación parecía estar integrada en el

sistema, con la expectativa generalizada de que iba a continuar a una tasa elevada, lo que acabaría por provocar la demanda de una subida de los salarios y el aumento de los precios.

El índice de aprobación de Carter en las encuestas seguía a la baja.⁵⁹⁹ Samuelson pensaba que Carter se había buscado las malas noticias económicas. Si quería tener alguna posibilidad de ser reelegido, el presidente debía hacer algo drástico para romper el ciclo de la inflación. Samuelson sospechaba que Carter tenía pensado orquestar una recesión para eliminar la inflación de la economía. «Mi principal preocupación es el miedo a la inflación —dijo Samuelson a los lectores de *Newsweek*—, la preocupación de que ese miedo nos lleve a planear una “recesión preventiva”.»⁶⁰⁰ Y eso es exactamente lo que sucedió. El 1 de noviembre de 1978, en un intento de frenar la caída del precio del dólar estadounidense, Carter dio una rueda de prensa en la que anunció un aumento de los tipos de interés hasta el 9,5 por ciento, una medida que muchos, incluido Samuelson, pensaron que provocaría una recesión.⁶⁰¹ «El 1 de noviembre de 1978, Carter prometió al mundo una recesión en Estados Unidos»,⁶⁰² escribió.

En los tres meses anteriores a junio de 1979, la inflación era de un escalofriante 13 por ciento. El 15 de julio de 1979, Carter transmitió a la nación una evaluación sincera de la situación de Estados Unidos, algo que resultó ser un desastre político. En lugar de inspirar esperanza a sus compatriotas, Carter hizo que les invadiera la desesperación, describiendo «una crisis de confianza» en el país que equivalía a «una amenaza fundamental para la democracia estadounidense» que «amenazaba con destruir el tejido social y político de Estados Unidos». ⁶⁰³ Culpó de la inestabilidad económica a la deliberada subida del 18 por ciento de los precios del petróleo impuesta por los países productores en diciembre de 1978, con un nuevo aumento del 14,5 por ciento previsto para 1979. Su solución era un plan para conseguir que Estados Unidos fuera energéticamente independiente lo antes posible.

Pero por muy racionales y acertadas que fueran las palabras de Carter, su efecto resultó devastador. Los estadounidenses no están acostumbrados a que sus presidentes les digan la verdad sin tapujos; prefieren los emotivos gritos de guerra y las invocaciones a la grandeza del carácter nacional. En su discurso, Carter instó a los estadounidenses: «Dondequiera que tengan una oportunidad, digan algo bueno de nuestro país». Sin embargo, el efecto de sus propias palabras fue el contrario. En las elecciones presidenciales de noviembre de 1976, Carter había vencido a Gerry Ford por un 50,1 por ciento frente al 48 por ciento. A finales de julio de 1979, el índice de aprobación del presidente caía por debajo del 30 por ciento, hasta el 28 por ciento,⁶⁰⁴ sólo cuatro puntos por encima de la falta de popularidad de Nixon (24 por ciento de aprobación) en pleno Watergate.

Al día siguiente de su discurso televisado, Carter invitó a todo su gabinete y a los altos cargos de la Casa Blanca a presentar su dimisión. Carter también quería sustituir al actual presidente de la Reserva Federal, G. William Miller.⁶⁰⁵ El 24 de julio, entrevistó en el despacho oval a un hombre en apariencia capaz de aportar nuevas ideas a la Reserva Federal, Paul Volcker.⁶⁰⁶ Éste, que ya era miembro de la Junta Directiva de la Reserva Federal, era un empleado del Estado poco común. Con sus dos metros de alto, este banquero de 57 años, calvo, de voz suave y fumador de cigarros baratos, había estado entrando y saliendo del sector público y privado, incluido un período como presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, donde, al igual que Friedman, había defendido poner fin a uno de los legados duraderos de Keynes: la vinculación del dólar con el precio del oro.

Al parecer, la entrevista de trabajo en el despacho oval no fue muy bien. Miller, el presidente saliente de la Reserva Federal, estaba presente, lo que impidió a Volcker responder con franqueza a las incisivas preguntas de Carter. «Estaba sentado junto al presidente, que a su vez estaba sentado en un sillón orejero —explicó esa noche Volcker a sus amigos—. Dije que atribuía gran

importancia a la independencia de la Reserva Federal y que estaba a favor de una política monetaria más restrictiva. Y sólo para enfatizar señalé a Miller, que estaba sentado en una silla a mi lado, y añadí que quería trazar una política más restrictiva que él.»⁶⁰⁷ Carter guardó silencio. La audición había durado menos de una hora. Volcker estaba convencido de que el presidente escogería a otro para el puesto.

A la mañana siguiente, a las 7.30, Carter llamó a Volcker y le ofreció ocupar el puesto. Quizá fue el historial de Volcker como incondicional votante demócrata lo que inclinó la decisión del presidente. Parece que Carter, que no mostraba ningún interés en la teoría económica, no tenía la menor intención, al elegir a Volcker, de conceder la menor importancia a las causas monetarias de la inflación. Pero su nombramiento significó un cambio de dirección en la Fed y un nuevo aporte de seriedad en el intento de controlar la inflación. Como señaló *The New York Times*, «Volcker, un hábil técnico de mercado [...] y diplomático monetario [...] será más riguroso en la aplicación de políticas monetarias ortodoxas que [...] el señor Miller».⁶⁰⁸

Ahora le tocaba a Volcker cuadrar el círculo de las exigencias del Congreso para que la Reserva Federal alcanzara dos importantes objetivos al mismo tiempo: proporcionar las mejores condiciones para que la economía estadounidense lograra el pleno empleo y que la Fed mantuviera la inflación bajo control. Desde la refutación de la curva de Phillips, que había sugerido la existencia de una compensación predecible entre desempleo e inflación, la Reserva Federal había visto cómo el empleo se mantenía estable mientras que la inflación se disparaba. ¿Cómo podría Volcker solucionar el tema de la inflación sin tomar medidas, como subir los tipos de interés, que ralentizaran la economía y provocaran un aumento del desempleo? Para los que seguían de cerca las decisiones de la Fed, había pruebas de que Volcker estaba preparado para tomar decisiones difíciles basadas en medidas monetarias: se había quedado en minoría en el consejo de la Fed en

dos ocasiones, en marzo y abril de 1979, cuando votó a favor de subir los tipos de interés para moderar la tendencia hiperinflacionaria.

Para Friedman, el nombramiento de Volcker representaba una oportunidad inmejorable de trasladar a la práctica sus ideas sobre la relación entre oferta monetaria e inflación. Pero había un problema. Aunque Volcker simpatizaba con la teoría cuantitativa del dinero — había estudiado economía en Princeton, Harvard y en la London School of Economics—, no atribuía al dinero la importancia central que le otorgaba Friedman.

Volcker había prestado mucha atención a Friedman cuando, en una gira que éste hizo en 1957 por los bancos de la reserva estatales para promocionar sus teorías monetaristas, hizo una visita al Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Allí, el economista le explicó las implicaciones de su investigación acerca de cómo la mala gestión de la oferta monetaria había conducido a la Gran Depresión. En los veinte años transcurridos, Volcker no había cambiado en nada su postura con respecto a la audaz afirmación de Friedman de que la cantidad de dinero era la única causa de la inflación. «Milton estaba convencido de haber encontrado el santo grial —recordaba Volcker—. Desconfié de alguien que se mostraba tan seguro, ya fuera de Chicago o de Cambridge.»⁶⁰⁹

A pesar del evidente escepticismo de Volcker, Friedman consideró positivo su nombramiento: un espíritu afín conocedor de sus ideas monetaristas había ascendido al puesto económico más importante del país. Friedman fue uno de los primeros en escribir una carta de felicitación a Volcker, instándole a la moderación monetaria. Escribió:

Mis condolencias por su «ascenso» [...]. Dejando a un lado los años 1930-1933, y puede que también 1920 y 1921, nunca ha habido mayor necesidad, ni mayor oportunidad, para que la Reserva Federal rinda servicio a la nación mediante una política valiente y firme de contención monetaria, experimentada de forma gradual y moderada. Como bien sabe, no creo que

el Sistema pueda estar a la altura de este desafío sin emprender cambios importantes en su método de funcionamiento. Le deseo todo el éxito del mundo a la hora de impulsar esos cambios y esos resultados.⁶¹⁰

Volcker respondió:

No sé si he sido elegido simplemente como chivo expiatorio en las circunstancias más difíciles, pero algunas de las líneas generales del cambio necesario parecen bastante claras [...]. Estoy seguro de que encontrará mucho que criticar, pero también sospecho que sabe bien que no me disgustará escuchar su prédica de las doctrinas de la rectitud monetaria a medida que avancemos [...]. En cualquier caso, la prueba llegará muy pronto y, como siempre, seguiremos sus comentarios con interés.⁶¹¹

Volcker no podía convenir con Friedman en que «la inflación es siempre y en todas partes un fenómeno monetario», porque, al igual que Samuelson y otros, creía que intervenían también otros factores. La manera en que Volcker entendía cuál era el mejor modo de solucionar la inflación se basaba en parte en la teoría cuantitativa del dinero que había aprendido en Princeton entre 1945 y 1949, donde recibió clases de, entre otros, los destacados economistas alemanes Oskar Morgenstern⁶¹² y Friedrich A. Lutz.⁶¹³ En su tesis de grado, Volcker escribió: «Una abultada oferta monetaria suponía una grave amenaza inflacionista para la economía. Era necesario controlar esta oferta monetaria si se querían evitar las desastrosas consecuencias de una fuerte subida de los precios».⁶¹⁴ También reconoció que no era sólo la inflación, sino la anticipación de una futura tendencia inflacionista por parte de consumidores y empresas lo que contribuía al incremento de los precios.

El monetarismo fue sólo una de las diversas modas económicas con las que tuvo que lidiar Volcker. Un movimiento, procedente de Chicago, sostenía que las fuerzas del mercado reflejaban con exactitud las «expectativas racionales» de quienes participaban en las transacciones financieras. Sin seguir la lógica de las «expectativas racionales», Volcker estaba convencido de que había que tener en cuenta la psicología general del mercado a la hora de

que la Reserva Federal tomara decisiones. «Yo mismo estoy impresionado por [...] el grado en que la psicología inflacionista ha cambiado realmente», dijo a la Junta Directiva de la Fed en su primera reunión como presidente. «No es que no la tuviéramos antes, pero creo que la gente está actuando en función de esa expectativa [...] con mucha más firmeza de lo que solía hacerlo [...]. El dólar en el exterior complica aún más el dilema, obviamente [...]. Nadie sabe lo que va a pasar con el dólar, pero creo que es justo decir que la psicología de los ciudadanos es muy sensible.»⁶¹⁵

Como explicó el ministro de Hacienda británico en aquel momento, Denis Healey,⁶¹⁶ el mundo del comercio y las finanzas estaba en gran parte gestionado por jóvenes rebeldes y reformistas, a menudo sin formación en economía y vulnerables a las modas pasajeras. «Los mercados financieros estaban asesorados por inteligentes jovencitos especialmente susceptibles a los cambios de la moda académica —recordaba Healey—. Estos asesores eran en su mayoría conversos a las teorías monetaristas popularizadas por Milton Friedman; empezaron a preocuparse por las estadísticas monetarias, convencidos de que la inflación dependía por completo de la oferta monetaria.»⁶¹⁷ Según Healey, lo que siguió fue una falsa e innecesaria batalla intelectual en el sector financiero y en los ministerios de finanzas entre acérrimos keynesianos y los no creyentes monetaristas. «Nunca he conocido a un banquero, ya sea del sector privado o de un banco central, que se creyera las palabrerías monetaristas —escribió Healey—. Pero ningún banquero podía permitirse ignorar el monetarismo en tanto que los mercados se lo tomaran en serio. Así que se desató un conflicto en [el Tesoro británico] entre keynesianos recalcitrantes y escépticos monetaristas.»⁶¹⁸

Como muchos de los jóvenes economistas y operadores de Wall Street estaban entusiasmados con la teoría de la inflación de Friedman, y como sus decisiones de compra y venta eran en parte

el resultado de las «expectativas racionales» de si Volcker pensaba adherirse o no a las prescripciones de Friedman, Volcker se vio obligado a tomarse a Friedman en serio.

Volcker se había enfrentado a la lógica de la moda friedmanita de atribuir toda la inflación a la cantidad de dinero tres años antes, en septiembre de 1976, en su discurso presidencial⁶¹⁹ ante la Asociación Estadounidense de Economía. Recurriendo a su experiencia como miembro del Comité Federal de Mercado Abierto (FOMC), el comité de la Reserva Federal que fija los tipos de interés, Volcker explicó cómo funcionaba entonces el sistema.

En respuesta al auge de los monetaristas friedmanitas, que habían reactivado «una de las proposiciones más antiguas de la historia del pensamiento económico [...], que a la larga [...], un exceso de oferta de dinero no contribuye a la renta real o a la riqueza, sino simplemente a la inflación»,⁶²⁰ el comité había adoptado, por orden del Congreso, lo que denominó un «monetarismo práctico» y la publicación periódica de los objetivos monetarios de la Fed. Consideraba que la publicación de los objetivos era «útil. Ha ayudado a comunicar nuestras intenciones tanto a las autoridades políticas como al mercado». En la reunión mensual del comité se consideraban «márgenes de “tolerancia” numérica para los agregados monetarios clave para el período inmediatamente posterior», junto con un margen similar para el tipo de los fondos federales, «tomando en consideración las pruebas que tenemos sobre la relación entre los tipos de interés y la oferta monetaria».

Al afirmar que «nunca resulta fácil separar lo verdadero y válido de lo que está de moda», Volcker confesó «un cierto conservadurismo intelectual». Reconoció que el monetarismo había «contribuido a dar un sabor claramente diferente a gran parte de la formulación y análisis de la política macroeconómica en los últimos años». El regreso de este tipo de pensamiento iba acompañado de la comprensión generalizada de que había «limitaciones reales en las posibilidades de manipular la combinación de políticas fiscales y

monetarias para lograr nuestros objetivos», lo que socavaba la «fe en nuestra capacidad de realizar ajustes a corto plazo, de “afinar” la economía».

La decisión, provocada por el Congreso, de que la Reserva Federal publicara los objetivos monetarios fue bien recibida, añadió Volcker, siempre y cuando la Reserva Federal conservara «el derecho a cambiar los objetivos a la luz del desarrollo de los acontecimientos», aunque insistió en que «no había un acuerdo general sobre qué agregado monetario era el más relevante», incluso entre los monetaristas. Pero, observó, el «reconocimiento de la amplia relevancia, así como la conveniencia, de los objetivos monetarios a largo plazo también ha dejado sin resolver importantes cuestiones tácticas sobre cómo alcanzar estos objetivos». Es más, los «errores de previsión [en las estimaciones del dinero que circula en la economía] son grandes, sin importar qué procedimiento se utilice, especialmente en períodos de uno a tres meses».

En pocas palabras, Volcker adujo que incluso si todo el mundo se pusiera de acuerdo acerca de la importancia del dinero y sobre qué objetivo de agregado monetario adoptar, la elección seguía siendo discutible en cuanto a la forma de proceder, ya que no había modo de saber cómo influir en el futuro crecimiento de la oferta monetaria. ¿Su conclusión? «Es probable que estas incertidumbres hagan que el control monetario preciso sea difícil de conseguir con cualquier serie de procedimientos.» Los intentos de cambiar la oferta monetaria eran tan engañosos, dijo, que «los esfuerzos por responder de inmediato mediante la modificación de la disponibilidad de reservas y permitiendo que el mercado monetario se ajuste o relaje de forma brusca podían [...] provocar fácilmente fluctuaciones en el mercado».

Observó que incluso entre los monetaristas, sin contar a Friedman, había poco interés en tratar de encontrar un modo de controlar la oferta monetaria a corto plazo. «Pocos, si es que hay alguno, siguen insistiendo seriamente en la necesidad o practicidad de no desviarse de los objetivos de las tasas de crecimiento

monetario mes a mes», dijo. En cualquier caso, los aspectos prácticos de guiar el crecimiento monetario no deberían distraer la atención de los intentos de evaluar si tales acciones eran necesarias o importantes. «Concentrarse en el problema de perseguir objetivos agregados no debe hacernos descuidar sus limitaciones», manifestó. Su reciente experiencia en la evaluación de una serie de crisis financieras urgentes —que enumeró como «las entidades de ahorro y el mercado hipotecario, Penn Central y el papel comercial, Herstatt y el mercado del eurodólar, la ciudad de Nueva York y el mercado de bonos municipales, y el creciente nivel de pérdidas de préstamos de los bancos comerciales»— le sugería que la explicación a los problemas económicos que los bancos de la Reserva Federal debían abordar no tenía ninguna base monetaria. «Puede que las respuestas a cuestiones como éstas se remonten en cierto sentido al comportamiento del dinero. Pero lo dudo mucho», confesó, indicando a las claras que no se hacía ilusiones de que el monetarismo fuera ninguna fórmula mágica.

A continuación, cuestionó la simple afirmación de Friedman de que «la inflación es siempre y en todas partes un fenómeno puramente monetario». Volcker coincidía en que a simple vista el dinero estaba vinculado con la inflación. Estaba de acuerdo en que «las presiones para aumentar la oferta monetaria y encarar algún supuesto objetivo a corto plazo son una fuente básica de presión inflacionaria», y que «la expansión monetaria excesiva es condición suficiente para la inflación», y que «no se puede sostener ningún tipo de inflación importante sin que el dinero aumente sustancialmente más rápido que la renta real [es decir, la renta ajustada a la inflación]». Convenía en que «siempre hay una determinada tasa de crecimiento monetario (quizá cero) que, en principio, logrará la estabilidad de los precios. Pero, aun así, no creo que podamos hallar mucho consuelo en esos principios como explicación completa de dónde estamos y guía de cómo proceder».

Tomó como ejemplo la aceleración de la inflación desde los años sesenta. Por ejemplo, el incremento de los precios en los setenta se debió a «la situación del petróleo, una serie de malas cosechas, la expansión de los sindicatos a nuevos ámbitos y la escasez en determinadas industrias que se enfrentaron a presiones de capacidad antes de que la economía en su conjunto alcanzara el pleno empleo». Más que invocar cambios monetarios para explicar la persistente alta inflación, «debemos preguntarnos sobre la naturaleza de las fuerzas y actitudes económicas, sociales y políticas que parecen haber agravado las dificultades de conciliar el pleno empleo con la estabilidad de los precios».

Luego llegó una advertencia. Que los banqueros centrales limitaran la oferta monetaria de forma estricta según alguna fórmula automática, como defendía Friedman, podría acabar siendo una afrenta a la democracia. Los bancos centrales siempre podrían resistir las presiones inflacionistas rehusando simplemente suministrar fondos suficientes para financiarlas, pero ese enfoque entraría en conflicto con los objetivos de crecimiento económico y pleno empleo que eran importantes metas nacionales. «En una democracia —escribió Volcker—, el riesgo sería no sólo la vida política de un Gobierno concreto, sino la misma forma democrática de gobierno.»

Una teoría que sugería que la inflación crónica únicamente estaba causada por los cambios en la oferta monetaria —tal como preconizaba Friedman— según Volcker no sólo era inadecuada, sino que interfería en la búsqueda de auténticas soluciones a la inflación desenfrenada, que en su opinión estaba propiciada por una serie de factores más allá de la cantidad de dinero. Las afirmaciones demasiado simplistas de Friedman sobre la oferta monetaria eran precisamente eso, demasiado simples para ser útiles, observó. Entendía el hecho de que una explicación tan elemental se hubiera vuelto popular. Una visión sencilla y unificada de la política económica era «algo reconfortante: una especie de recurso de seguridad en un mundo incierto», dijo. Pero el mundo es en realidad

un lugar complejo y confuso, y las explicaciones simplistas rara vez tenían sentido. Al final, dijo Volcker, la doctrina simple tendrá que vérselas con la compleja y dura realidad.

Volcker volvería a explicar con todo lujo de detalles sus reservas con respecto al simple monetarismo de Friedman en el *Journal of Monetary Economics* dos años después, en 1980. En un artículo titulado «The Role of Monetary Targets in an Age of Inflation» [«El papel de los objetivos monetarios en una época de inflación»],⁶²¹ que se basaba en su experiencia en la Reserva Federal utilizando los objetivos monetarios que ésta había delineado, Volcker expuso sus diferencias con Friedman. Estaba de acuerdo en que «la inflación no puede continuar durante mucho tiempo sin un crecimiento monetario lo bastante rápido para acomodarla» y que «por la misma razón, no se puede eliminar la inflación durante un período significativo sin la correspondiente eliminación de los excesos monetarios»,⁶²² pero la oferta de dinero no era el único factor que contribuía a la inflación. «Creo que hay una serie de factores no monetarios que pueden afectar a la tasa de inflación a corto —y a no tan corto— plazo [...]. Mi propio apoyo al uso de “objetivos” monetarios no parte de una perspectiva “monetarista”.»

Negó rotundamente la aseveración universal de Friedman sobre la relación causal entre dinero e inflación. Aquellas personas que, como Friedman, creían que la oferta monetaria era la respuesta a todo se equivocaban. De nuevo, si bien reconocía que «a largo plazo, un paralelismo general entre el rendimiento monetario y el rendimiento de los precios es inequívoco», basándose en la experiencia reciente del dinero en la economía estadounidense,⁶²³ Volcker señaló las dificultades prácticas para medir el dinero o la velocidad de circulación del dinero en un sistema, y para identificar qué medida, si es que había alguna, predecía la tasa de inflación con cierto grado de certidumbre. «La propia definición de dinero no

está exenta de ambigüedad y confusión», escribió, y los cambios en la velocidad de circulación del dinero eran a menudo «aparentemente inexplicables».

Aunque la Reserva Federal, con la ventaja de los objetivos monetarios, había «adoptado un camino intermedio» entre los monetaristas duros y los economistas tradicionales —como Samuelson, que juzgaba el monetarismo una cortina de humo—, mantener el término medio en un argumento «no garantiza en sí mismo la sabiduría de la acción». Pero Volcker estaba seguro de que el dinero por sí solo no podía ser la clave para frenar la inflación.

Escribió que es difícil eliminar la inflación debido a fuerzas profundamente insertadas en la estructura de la economía nacional, las políticas sociales de la nación y la vida política estadounidense. Aunque en 1971 Volcker había sido un firme partidario de que Nixon desvinculara el dólar de los acuerdos de Bretton Woods de 1944, esperaba que la publicación por parte de la Reserva Federal de los objetivos monetarios restableciera en cierta medida la clase de certidumbre que Keynes había procurado y establecido en Bretton Woods para el mercado de divisas. El papel de estabilizar las expectativas con respecto a los precios futuros fue en su día la función del patrón oro, la doctrina de equilibrar el presupuesto anualmente y los tipos de cambio fijos. Esperaba que el anuncio de los objetivos monetarios pudiera demostrar que la Reserva Federal se tomaba en serio su responsabilidad de contener la inflación.

Como escribiría Volcker en sus memorias: «Algo me resultaba evidente entonces. Si había que lidiar con todas las dificultades derivadas de la inflación, tendría que ser a través de la política monetaria. No era sólo que otras políticas [como las medidas fiscales] parecieran estar atrapadas en una especie de parálisis política, sino que ningún otro enfoque podría tener éxito sin una demostración convincente de que se mantendría la restricción monetaria». ⁶²⁴

La Reserva Federal es, sobre todo, un artífice de circunstancias para la economía estadounidense. El más pequeño cambio de política, o la más velada insinuación de un presidente de la Reserva Federal, puede hacer temblar los mercados. El 6 de agosto de 1979, cuando Volcker tomó las riendas del organismo en medio de la preocupación general de los votantes por el estancamiento y la inflación del 11,09 por ciento, reflexionó sobre cuál debía ser su primer movimiento. Volcker había hecho saber que creía que el dinero importaba, aunque no pensara que sólo eso importaba. Pero ¿conseguiría suscitar el cambio radical en la política monetaria que consideraba necesario? Se había afianzado la expectativa de que se movería con prontitud en una dirección monetarista, lo que implicaría una gran subida de los tipos de interés para moderar el flujo de nuevo dinero en el sistema.

Respaldado por los monetaristas del consejo, encabezados por Lawrence Roos, presidente del Banco de la Reserva Federal de San Luis, un bastión monetarista, y con una inflación situada en el 11,3 por ciento, Volcker hizo que la Fed adoptara un nuevo enfoque a la hora de abordar la inflación poniendo mayor énfasis en la restricción monetaria, política ratificada por el consejo de la Reserva Federal en su segunda reunión, el 19 de septiembre. Pero ¿qué haría Volcker? Mercados, economistas y analistas esperaban con avidez su primera medida.

Ordenó un aumento del «tipo de los fondos federales», la tasa a la que los bancos piden dinero prestado de un día para otro, y duplicó el tipo de descuento de los préstamos de reservas a los bancos comerciales del 5,75 al 11 por ciento. Con el tipo de los fondos federales de la Reserva Federal como guía, los bancos comerciales fijaron sus tipos de interés preferenciales mucho más altos, provocando un daño generalizado a empresas y consumidores. Y había una trampa más. La mejor forma de lograr cualquier cambio en los tipos de interés, con su profundo efecto sobre el valor del dólar y el alcance de la actividad empresarial, es a través de una decisión unánime. Pero la subida de tipos de Volcker

dividió al consejo de la Fed, con ocho miembros a favor y cuatro en contra. Tal era la expectativa de que Volcker iba a controlar de manera drástica la oferta monetaria que, cuando finalmente anunció la subida de tipos de interés, la noticia fue bien recibida por la prensa económica no como un primer paso hacia la restricción monetaria, sino como un giro de 180 grados respecto a ese objetivo. Los periodistas se apresuraron a cuestionar la resolución de Volcker. Con un tercio del consejo reacio al enfoque del presidente de la Reserva Federal, algunos analistas consideraron que el ajuste al 11 por ciento no era tanto el comienzo de una nueva política monetaria como el primer y último suspiro del breve experimento monetarista de Volcker.

«La votación dejó en entredicho si Paul A. Volcker [...] podría seguir contando con una mayoría para sus políticas de tipos altos —informó *The New York Times*—. Se cree que la división indica una divergencia fundamental dentro del consejo acerca de si la inflación sigue siendo un problema más acuciante que la recesión.»⁶²⁵ La evidencia de que Volcker podría no tener el control de los acontecimientos hizo que se disparara el precio del oro. Como reconoció Volcker: «La votación dividida se tradujo en vacilación y dio la impresión de que ése sería el último movimiento del consejo para controlar la masa monetaria. Toda la maniobra fue, por tanto, contraproducente al parecer enviar un mensaje de que no se podía lidiar, o no se lidiaría, contra la inflación con gran firmeza».⁶²⁶ El primer paso incierto de Volcker resultó ser un desastre. Como él mismo explicó: «Me di cuenta de que teníamos un problema de credibilidad peor de lo que había creído».⁶²⁷

Asustado por lo que se consideró una muestra de debilidad, Volcker decidió que tenía que hacer algo aún más audaz y hacerlo sin demora. Al día siguiente, encargó a dos miembros del personal de la Reserva Federal, Stephen Axilrod y Peter Sternlight, que estudiaran la mejor manera de cambiar el foco de atención de la institución para que pasara del desempleo a la inflación. Su informe confidencial, entregado una semana después, declaraba: «El

Comité Federal de Mercado Abierto [...] tratará de contener los aumentos de la base monetaria y de otros agregados de reserva en las cantidades justas para cumplir los objetivos monetarios y ayudar a frenar el crecimiento del crédito bancario, reconociendo que tal procedimiento podría dar lugar a mayores fluctuaciones en los tipos de interés del mercado monetario a más corto plazo».

De conformidad con la nueva política, en vez de fijar los tipos de interés con el propósito de impulsar o calmar el mercado, la Fed trataría principalmente de influir en objetivos monetarios concretos. Ya estaba obligada por ley a informar de sus estimaciones monetarias, por muy inexactas que fueran, y ahora éstas se convertirían en «objetivos», aunque no fueran nada de eso.⁶²⁸

En una conferencia de prensa organizada a toda prisa el 6 de octubre en el edificio Eccles, con la cifra de inflación de octubre en el 12,83 por ciento, Volcker anunció un cambio completo: se pasaría de los objetivos de los tipos de interés a los objetivos monetarios. «Al poner énfasis en el suministro de reservas y limitar el crecimiento de la oferta monetaria a través del mecanismo de reserva, creemos que podremos conseguir un control más firme del crecimiento de la oferta monetaria en un plazo más breve de tiempo —dijo Volcker a los periodistas—. Pero la otra cara de la moneda es que, al suministrar la reserva de esa manera el tipo de interés diario [a corto plazo] en el mercado [...] será proclive a fluctuar en un rango más amplio de lo que ha sido la práctica en los últimos años.»⁶²⁹ El paso de poner el énfasis en el control del tipo de los fondos federales al de las reservas bancarias supuso limitar la cantidad que los bancos podían prestar mediante el aumento de la tasa de descuento —el tipo de interés al que la Reserva Federal presta fondos a los bancos— en un 1 por ciento y la exigencia de que los bancos mantuvieran permanentemente mayores reservas, dinero que, por tanto, no podía dejarse a los prestatarios. A su vez, se dio a los bancos margen para fijar los tipos de interés como consideraran oportuno.

Volcker era consciente de estar haciendo una gran apuesta:

Era tan escéptico respecto a las reivindicaciones extremas de la escuela monetarista de Friedman sobre las virtudes del crecimiento monetario constante como lo había sido sobre la eficacia de los tipos de cambio flotante para escapar de nuestras limitaciones externas. Pero despojados de algunas de esas afirmaciones extremas, valía la pena examinar de nuevo los planteamientos con respecto a la cantidad de dinero.⁶³⁰

Esperaba que el nuevo énfasis en los objetivos monetarios socavara la suposición generalizada de que los precios subirían con toda seguridad, lo que alimentaba las expectativas de inflación futura que marcaban la pauta de las demandas salariales y de las decisiones de compra. Como él mismo explicó:

El hecho de centrarse más en la oferta monetaria [...] era una forma de decirle al público que íbamos en serio. La gente no necesita un curso avanzado de economía para entender que la inflación tiene que ver con el exceso de dinero. Si pudiéramos transmitir el mensaje de que cuando decimos que vamos a controlar el dinero, queremos decir que vamos a combatir la inflación, tendríamos una oportunidad de influir en el comportamiento de la gente.⁶³¹

Volcker siempre había pensado que el público sostenía la opinión lógica de que la inflación estaba causada por un exceso de dinero persiguiendo muy pocos bienes. Por lo tanto, una buena manera de explicar lo que había que hacer para detener la inflación era decir que el dinero debía ser más escaso por el aumento de los tipos de interés.⁶³² Sin embargo, no pudo resistirse a soltar una indirecta sobre la «simplificación excesiva» de las ideas monetarias por parte de Friedman y sus discípulos.

Así que en poco tiempo la Fed pasó de preocuparse por el desempleo, la inflación y el estado general de la economía a perseguir objetivos monetarios imprecisos. Este enfoque planteaba dos problemas de fondo. El primero era el dilema de qué medida monetaria debía utilizar y si dicha medida podía controlarse de forma conveniente para reducir la cantidad de dinero. ¿Era M1, que registraba el efectivo en circulación y las cuentas corrientes? ¿M2? ¿O M3, que incluía las cuentas de ahorro y otras fuentes líquidas de

dinero? ¿O una combinación de las tres? Incluso Friedman era un poco impreciso sobre qué medida era la correcta. «Las consideraciones a largo plazo exigen una reducción gradual de la tasa de crecimiento monetario hasta un nivel compatible con la inflación cero (entre el 0 y el 2 por ciento anual para M1 y entre el 3 y el 5 por ciento para M2)»,⁶³³ escribió.

El segundo inconveniente era el coste para empresas y titulares de hipotecas de un tipo de interés caprichoso. Como muchos de los críticos de Friedman habían señalado, era más fácil reducir la inflación por medios monetaristas en la teoría que en la práctica. El intento de mantener estable la cantidad de dinero implicaba cambios erráticos y a menudo exagerados en los tipos de interés a corto plazo establecidos por la Reserva Federal, que a veces se desplomaban y otras se disparaban. Los erráticos movimientos de los tipos de interés daban la impresión de que la Fed no sabía lo que hacía. Como recordaba Healey: «Volcker solía quejarse amargamente como presidente de la Reserva Federal de que se esperaba que condujera el automóvil económico sin más instrumento que el acelerador; el volante y los frenos estaban en otras manos menos responsables».⁶³⁴ En poco tiempo, el nuevo enfoque casi monetarista de Volcker arrojó incertidumbre sobre la dirección que los tipos de interés iban a tomar a continuación, lo que hizo tambalear los mercados. Escribió:

En teoría, y tal como resultó con creces en la práctica, concentrarse en el control directo de las reservas bancarias y de la oferta monetaria llevaría a tipos de interés mucho más volátiles, y a corto plazo, antes de lograr controlar la inflación y restablecer la confianza, el nivel de los tipos de interés subiría.⁶³⁵

¿En qué momento debía preocuparse Volcker de que los elevados tipos de interés, necesarios para frenar la oferta monetaria, estuvieran arruinando la economía al ahogar la libre circulación del crédito? Explicó su difícil situación:

Con el mejor personal del mundo y toda la potencia de cálculo que pudiéramos ofrecer, nunca podríamos tener la certeza de cuál debía ser el nivel justo del tipo de los fondos federales para mantener la oferta monetaria en la senda correcta y regular la actividad económica. El arte de la banca central reside en gran medida en acercarse a la respuesta correcta desde la experiencia y la aproximación sucesiva. Pero es también un hecho psicológico de la vida que los riesgos casi siempre parecen mayores al subir los tipos de interés que al bajarlos. Al fin y al cabo, a nadie le gusta arriesgarse a una recesión, y es entonces cuando suelen aparecer las críticas políticas.⁶³⁶

Para garantizarse la supervivencia a la inevitable presión política, Volcker necesitaba que Carter respaldara su nueva orientación política. Pero el presidente seguía sin estar convencido de que el plan monetarista de Volcker fuera a funcionar. Su Consejo de Asesores Económicos también se mostraba escéptico y prefería ceñirse a las viejas costumbres, acordando, si era necesario, una enorme subida de un 2 por ciento en los tipos de interés para mostrar la intención de la Reserva Federal. Samuelson creía que el presidente era en cierto modo responsable de la dura política de la Reserva Federal. «El 1 de noviembre de 1978, Carter prometió al mundo una recesión en Estados Unidos —escribió en *Newsweek*—. El 6 de octubre [de 1979], con motivo de la “masacre de medianoche” de Paul Volcker, se presentó el pagaré del presidente.»⁶³⁷ Pero, aunque seguro que la perspectiva de que los tipos de interés siguieran siendo altos y erráticos iba a ser algo difícil de soportar para los estadounidenses, Carter no instó a Volcker a cambiar de rumbo.

«Para mí, fue significativo que el presidente no pidiera verme directamente —recordó Volcker—. Mi lectura de la situación era que, si bien el presidente hubiera preferido que no avanzáramos en la forma que nosotros proponíamos, con todas sus incertidumbres, no iba a insistir al respecto en un campo desconocido por encima de la opinión de su recién nombrado presidente de la Reserva Federal.»⁶³⁸ En cambio, «el presidente, cuando se le preguntó, se mostró notablemente partidario de lo que habíamos hecho».⁶³⁹

En marzo de 1980, era evidente la magnitud del daño que se estaba causando a la economía debido al cambio de enfoque de Volcker, de los tipos de interés a las reservas. El tipo de interés estaba ahora en un exorbitante 15,28 por ciento y la economía caía en picado. Se estaba cumpliendo la predicción de Samuelson de una recesión provocada por el hombre. Volcker no podía entender por qué las cosas habían ido tan mal y tan rápidamente. «La economía había seguido creciendo a pesar de todas las subidas de los tipos de interés de los seis meses anteriores —recordó en su libro *Changing Fortunes*—. El fondo, la base, desapareció, eso es todo; literalmente en cuestión de días.»⁶⁴⁰

En una gran ceremonia celebrada en la Casa Blanca el 14 de marzo de 1980, Carter y Volcker anunciaron controles del crédito al consumo que limitarían la cantidad de préstamos que podían obtener los particulares (se pensó que las restricciones a los préstamos de las empresas, que representaban el grueso del crecimiento total del crédito, resultarían demasiado difíciles de controlar, ya que las empresas utilizarían operaciones con títulos valores y en papel para eludir los controles). La solución pareció funcionar. La inflación alcanzó un máximo del 16,32 por ciento al mes siguiente, abril, para luego comenzar a bajar, a un 14,26 por ciento en mayo, un 12,71 por ciento en junio y un 12,19 por ciento en julio. Para sorpresa de Volcker, también la oferta monetaria cayó de manera precipitada. En el transcurso de tres meses, bajo la política de seguimiento de los objetivos monetarios, la tasa de los fondos federales pasó del 20 al 8 por ciento antes de que la oferta monetaria volviera a aumentar de nuevo con rapidez.

Ante la inminencia de las elecciones presidenciales de noviembre de 1980, que decidirían el destino de Carter, Volcker se vio presionado para no empeorar la tambaleante y errática economía. Los elevados y crecientes tipos de interés dificultaban la actividad empresarial y hacían que los estadounidenses redujeran el consumo o asumieran agobiantes deudas. Sin embargo, pronto se vio obligado a volver a subirlos, a pesar de que las cifras de la oferta

monetaria estaban muy por debajo de los objetivos de la Reserva Federal y, por lo tanto, sugerían que lo conveniente era reducir los tipos de interés. A medida que se acercaban las elecciones generales, la inflación seguía estancada en los dos dígitos, con un 14,21 por ciento.

Samuelson llevaba tiempo condenando la lógica de la nueva política de la Fed. «Sí, la inflación es un mal —había escrito una década antes—, pero solucionarla mediante el diseño de una ralentización del crecimiento real y un aumento forzado del desempleo es un mal aún mayor [...]. Habrá un incremento tan grande del desempleo entre los jóvenes de los suburbios como resultado de una ralentización general que provocará disturbios y violencia.»⁶⁴¹ Sólo vio algo a favor de que la Reserva Federal invitara a una recesión innecesaria. «Prefiero para el país una recesión ideada por el presidente de la Fed, Paul Volcker, y el presidente Carter que una creada por la ciega Madre Naturaleza —escribió Samuelson en *Newsweek* en diciembre de 1979, cuando las medidas de Volcker empezaban a hacer mella—. Lo que el hombre hace, puede deshacerlo. Los hechos de Dios y los enemigos del rey son más difíciles de diagnosticar y revertir.»⁶⁴² Pero dudaba de que la política de Volcker funcionara. «Lo que resulta tan frustrante de la actual fase de minirrecesión es el hecho patente de que la economía estadounidense aún no muestra ningún signo de que la tasa de inflación esté disminuyendo»,⁶⁴³ comentó Samuelson a sus lectores de *Newsweek*.

Friedman observó toda esta confusión desde la barrera. Por fin estaban a punto de implementarse sus teorías monetarias; si bien en nombre de los objetivos monetarios, Volcker presidió los tipos de interés elevados y el desastre económico. Friedman estaba furioso porque su visión del monetarismo había sido rechazada por Volcker en favor de un monetarismo descafeinado, y aún más por el hecho de que Volcker hubiera provocado que la economía se encaminara a una recesión en nombre del monetarismo. Hacía tiempo que Friedman creía que, para que el monetarismo funcionara, había que

privar a la Reserva Federal de toda discrecionalidad sobre la oferta monetaria, dejando la creación de nuevo dinero en manos de un algoritmo informático que no se dejara influir por los caprichos personales del presidente de la Reserva Federal, por acontecimientos inesperados o por la opinión pública.

Al reflexionar sobre los motivos de Volcker años después, Friedman reiteró su creencia en que la aparente conversión de Volcker al pensamiento monetarista había sido la tapadera de un enfoque más convencional, aunque impopular, para frenar la inflación: la fuerte subida de los tipos de interés. «Lo que [Volcker] realmente quería era que los tipos de interés subieran mucho, para reflejar la cantidad de inflación —recordaba Friedman—. Pero podía hacerlo mejor al afirmar que no la controlaba, y que lo que sí controlaba era la cantidad de dinero y que la política correcta en ese momento era limitar lo que ocurría con la cantidad de dinero, lo cual significaba que se dispararan los tipos de interés.»⁶⁴⁴ Friedman creía que la devoción que Volcker profesaba a la teoría cuantitativa del dinero no era más que una fachada. Como él mismo dijo: «La Fed ha hablado de boquilla sobre el cambio de sus procedimientos, y ha fallado reiteradamente en implementar lo que aseguraba que iba a hacer».⁶⁴⁵

Samuelson observó que los «economistas conservadores» habían aplaudido el desplome deliberado de la economía por parte de Volcker para purgar la inflación, ya que lo que éstos querían era frenar el fuerte aumento de los precios dejando a los estadounidenses sin trabajo; lo que él había descrito como «una pequeña sangría a costa de los desempleados».⁶⁴⁶ Escribió:

He citado a amigos economistas conservadores que han dicho en las reuniones de Washington: «Si están inventando una pequeña recesión para nosotros, por favor, no se molesten. No servirá de nada. Lo que se necesita es una declaración creíble de que Washington tolerará el grado de desempleo que sea necesario para volver a la senda de la estabilidad de precios, y una voluntad demostrada de atenerse a esa resolución sin importar lo políticamente impopular que pueda ser la tasa de paro a corto plazo, los recortes de producción y las caídas de los beneficios».⁶⁴⁷

Samuelson no creía que el enfoque de Volcker fuera a hacer milagros. «Aunque una recesión no solucionará la inflación — escribió Samuelson—, una cierta desaceleración ayudará a evitar que empeore y mejorará un poco la tasa de inflación.»

Si Volcker no creía en el monetarismo, ¿por qué utilizó el lenguaje del monetarismo cuando hundió deliberadamente la economía? El profesor de economía de Princeton Alan S. Blinder⁶⁴⁸ lo explica del siguiente modo:

Volcker estaba decidido a doblar la inflación y sabía que la deflación requeriría unos tipos de interés extremadamente altos. No podía imaginarse acudiendo al Congreso, fumando su puro y argumentando que el país necesitaba una tasa de interés preferencial del 21 por ciento. Los monetaristas proporcionaron el escudo político que necesitaba la Fed. Cuando la gente se quejaba de los altos tipos de interés, los funcionarios de la Reserva Federal podían (y así lo hacían) ocultarse detrás del dogma monetarista [...]. El matrimonio entre la Reserva Federal y el monetarismo fue de conveniencia, no por devoción.⁶⁴⁹

Friedman estaba tan enfadado con el juego de manos de Volcker que decidió distanciarse públicamente de las acciones de la Fed. En junio de 1980, Volcker y Friedman fueron invitados a intervenir en una conferencia monetaria en Nueva Orleans organizada por la Asociación de Banqueros Estadounidenses. Con la notable estatura de Volcker encorvado entre el público, Friedman atacó con energía desde el podio a la Reserva Federal y a su presidente.

Los objetivos monetarios de la Reserva Federal eran, según Friedman, un «ejemplo especialmente grave del contraste entre palabras y hechos». Aunque Volcker había «hablado de boquilla» de un crecimiento de la oferta monetaria controlado y constante, muchos en la Reserva Federal habían «manipulado los tipos de interés» de un modo que no tenía sentido para el verdadero monetarismo. La Fed estaba cometiendo el mismo error que en 1931, cuando una política monetaria demasiado estricta agravó la Gran Depresión. En 1979, en lugar de flexibilizar la oferta monetaria,

como Friedman creía que era necesario, permitiendo así la recuperación del estancamiento económico, la Reserva Federal de Volcker había impuesto una política monetaria «increíblemente restrictiva» que había privado de fondos a la economía y provocado que la recesión fuera aún más pronunciada.⁶⁵⁰

La emboscada, cuidadosamente calibrada, fue al más puro estilo Friedman, una brutal agresión verbal a un amigo y colega, mientras el amable Volcker lo escuchaba frente a una audiencia de banqueros y economistas de alto nivel. Sin embargo, a Friedman parecía importarle poco el coste humano de sus duras palabras. Como siempre, se mantuvo fiel a su gran idea, que no creía tanto que estuviera siendo difamada como, lo que era peor, ignorada.

¿Cómo debería responder Volcker a la reprimenda pública de Friedman? Los periodistas, deseosos de prolongar el bochornoso enfrentamiento entre dos grandes bestias de la jungla financiera —el presidente de la Reserva Federal y el autoproclamado sumo sacerdote del monetarismo—, invitaron a Volcker a contraatacar. Pero en lugar de enfrentarse a Friedman en una discusión pública, la enorme constitución corporal de Volcker absorbió los golpes. Asintiendo con la cabeza, Volcker se limitó a susurrar: «¡Oh, Milton!»,⁶⁵¹ y ahí dejó la cosa. A Samuelson le hicieron gracia los duros reproches de Friedman a Volcker. «No soy reacio a criticar a la Reserva Federal —escribió—. No hay ninguna otra actividad que añada tanto a la profesionalidad y autoestima de un economista.»⁶⁵² Friedman volvió a atacar a Volcker en julio de 1980, señalando el fuerte aumento del desempleo que, según él, era resultado directo de la rápida disminución del crecimiento monetario. Creía que «los objetivos de crecimiento monetario de la Fed habían sido razonables». Pero «el problema es que no se habían alcanzado. Si la producción real de una empresa privada se desviara del plan con tanta frecuencia y en la misma medida, rodarían cabezas. La Reserva Federal debería pedir al menos un

nivel de exigencia igual de alto». ¿Su conclusión? «El fracaso de la Fed nos ha condenado a una recesión más severa de la que necesitábamos sufrir.»⁶⁵³

En septiembre de 1980, a la luz de la iniciativa de Carter de impulsar la productividad industrial mediante incentivos gubernamentales, los editores de *Newsweek* publicaron una «edición especial sobre productividad» e invitaron a Samuelson y Friedman a responder a preguntas idénticas. Mientras que Samuelson pensaba que las medidas de Carter eran «en parte un placebo en año electoral y en parte una nueva iniciativa conveniente para promover el capital», Friedman creía que eran un «batiburrillo de todas las cosas que están mal con las anteriores medidas gubernamentales dirigidas, en teoría, a mejorar la productividad y el empleo».

En cuanto a la política fiscal, las diferencias entre ellos ya estaban bien establecidas. Friedman creía que «el ajuste fiscal había tenido durante mucho tiempo el efecto perverso de incrementar la inestabilidad y la incertidumbre y, por tanto, de inhibir el crecimiento», y que «los déficits gubernamentales habían absorbido fondos de capital que, de otro modo, habrían ido a parar a la inversión privada productiva. Las elevadas tasas impositivas marginales han logrado que la empresa y el ingenio de la promoción de la eficiencia productiva pasara a la creación de refugios fiscales».

Sin embargo, Samuelson culpó a las «luchas políticas internas» para la obtención de «una sociedad consumista y poco inversora». Escribió:

1. Tenemos déficits presupuestarios para solucionar el desempleo y el estancamiento.
2. Utilicemos luego políticas de ajustados tipos de interés para lidiar con las consecuencias de la inflación.
3. Resultado: se fomenta el consumo y se desincentiva la formación de capital.⁶⁵⁴

Friedman aguantó una visible humillación al ser ignorado por Volcker, pero en otros frentes él y sus ideas habían estado haciendo progresos constantes. En 1980, Friedman protagonizó su propia serie de televisión. El director de la cadena de televisión pública de Filadelfia, WQLN, mostró gran interés en contrarrestar *The Age of Uncertainty*, un ciclo de programas sobre economía presentado por el archikeynesiano J. K. Galbraith, con una serie que ensalzara la economía conservadora. Aunque muchos en la red de televisión pública de Estados Unidos (PBS) pensaban que Friedman era «un fascista, alguien de extrema derecha»,⁶⁵⁵ los liberales de ésta no pudieron enfrentarse al argumento de que la cadena debía ofrecer a sus espectadores un equilibrio de opiniones. En 1977, Friedman aceptó de buen grado lo que se convirtió en un proyecto gigantesco, que incluía conferencias, debates con el público, una gira por todo el mundo para proporcionar el trasfondo adecuado a sus razonamientos y un libro, *Libertad de elegir*, que vendería más de un millón de ejemplares.

Con un tono más popular que *Capitalismo y libertad*, *Libertad de elegir* —anunciado en la portada como «el polémico bestseller»— reunía los argumentos libertarios de Friedman contra el Gobierno, su «solución a la inflación» y su petición de que los padres recibieran vales para las escuelas. Para entonces, Friedman ya había abandonado todas las salvedades sobre las causas y las soluciones a la inflación que había mencionado en su conferencia de 1967 en la Asociación Estadounidense de Economía en favor de un lenguaje sencillo. «La inflación sustancial es siempre y en todas partes un fenómeno monetario»,⁶⁵⁶ declaró. «Así como un aumento excesivo de la cantidad de dinero es la única causa importante de la inflación, una reducción de la tasa de crecimiento monetario es la única solución a la inflación.»⁶⁵⁷

La serie se emitió, y el libro se publicó, en 1980, lo que resultaría ser el momento cumbre de influencia de Friedman. Aunque pudo escribir, en un capítulo final titulado «La marea está cambiando», que «el fracaso de los Estados occidentales en la

consecución de sus proclamados objetivos ha producido una reacción generalizada en contra de los Estados excesivamente grandes»⁶⁵⁸ y que «la marea hacia el socialismo fabiano y el liberalismo del New Deal ha llegado a su cúspide»,⁶⁵⁹ se mostró reacio a afirmar que su contrarrevolución hubiera triunfado en su totalidad. Incluso en el punto culminante de su popularidad, seguía siendo pesimista sobre la permanencia del cambio de la opinión pública hacia las soluciones conservadoras. «La reacción puede ser de corta duración e ir seguida, tras un breve intervalo, de una reactivación de la tendencia hacia un Estado cada vez mayor»,⁶⁶⁰ dijo.

No hay final de Hollywood

El monetarismo de Friedman dispone de otra oportunidad de la mano de Ronald Reagan, el presidente más conservador de la posguerra. Pero Volcker sigue al frente de la Reserva Federal.

En noviembre de 1980, Jimmy Carter sufrió una rotunda derrota en las elecciones presidenciales. Aunque los observadores contemporáneos tendieron a culpar de su caída al chapucero rescate de los rehenes estadounidenses retenidos en Teherán por los revolucionarios islamistas, igual de importante para dicha derrota fueron los altos tipos de interés impuestos por Paul Volcker en la Reserva Federal. Como había predicho Hayek: «Al político que actúa según una máxima keynesiana modificada de que a la larga todos acaban dejando el cargo, no le importa si su exitosa solución al desempleo acabará por generar más desempleo en el futuro. Los políticos a los que se les echará la culpa no serán los que crearon la inflación, sino los que la detuvieron». ⁶⁶¹

La maltrecha economía estadounidense fue sólo una de las muchas razones por las que los votantes abogaron por un nuevo comienzo. Eligieron presidente a Ronald Reagan, una antigua estrella de cine y gobernador de California. Sabía algo de economía, si bien una versión prekeynesiana. De joven, en Illinois, cuando la Gran Depresión estuvo a punto de hundir Estados Unidos, Reagan estudió economía clásica y sociología en el Eureka College, graduándose con un aprobado justito. Al igual que Friedman,

Reagan había obtenido sus credenciales conservadoras prestando su apoyo a la inconformista campaña de Goldwater de 1964 en un magistral discurso televisado, «A Time for Choosing»,⁶⁶² que exponía su programa ultraconservador. La emisión lo erigió como obvio sucesor de Goldwater. Ganadas las elecciones de 1980, se convocó rápidamente una reunión del comité de coordinación de política económica de Reagan en Los Ángeles para discutir un vago programa de acción que se conocería como «reaganomía». Entre los asistentes estuvieron Friedman, George Shultz, Arthur Burns y Alan Greenspan.

A su regreso a Washington D. C. después de la reunión, un Burns evidentemente inquieto llamó a Volcker y pidió verle lo antes posible en su oficina de la Reserva Federal. Volcker recordaba que Burns «estaba tan colorado al final de la conversación que pensó que le iba a dar un ataque».

—Milton quiere abolir la Fed —le dijo Burns a Volcker—. Quiere sustituirte por un ordenador.

—Es una metáfora, Arthur —dijo Volcker—. Esta batalla sobre la independencia de la Fed no es ninguna novedad.⁶⁶³

Irritado por el hecho de que Volcker no hubiera seguido a pies juntillas sus criterios monetarios, Friedman había repetido en la reunión política de Reagan que era importante eliminar el elemento humano del control de la oferta monetaria, porque los seres humanos se desviaban con demasiada facilidad del curso de los acontecimientos. La solución de Friedman a este error humano, sugerida sólo medio en broma, era que había que sustituir la Reserva Federal —y, por ende, a su presidente— por un algoritmo informático que pudiera canalizar sin discreción nuevo dinero en la economía. Samuelson lo veía así: «Quería una máquina que escupiera “dinero legal” o la base monetaria M0 [una de las muchas medidas del dinero en una economía]⁶⁶⁴ a un ritmo exactamente igual a la tasa real de crecimiento del sistema. Creía que eso estabilizaría las cosas».⁶⁶⁵

La voz de alarma que Burns dio a Volcker sobre la sugerencia de Friedman sirvió de aviso al presidente de la Reserva Federal de que la vida estaba a punto de volverse más incómoda con un republicano conservador en la Casa Blanca. Su amigo y a veces némesis Friedman, que le había dado la lata desde la barrera, esperaba convertirse en una figura importante en la Administración Reagan, que pronto enfrentaría las ideas de Friedman directamente con las acciones de Volcker.

Friedman había colaborado estrechamente con Reagan cuando éste era gobernador de California, de 1967 a 1975. A instancias de Friedman, Reagan había defendido una enmienda constitucional estatal para limitar el gasto anual del Gobierno de Sacramento. Con Reagan en la Casa Blanca, Friedman creía estar en una buena posición para influir profundamente en la política económica de la nueva Administración, e incluso dirigirla. Friedman había criticado a Reagan durante su campaña por respaldar los rescates federales de Chrysler Motors⁶⁶⁶ y de la ciudad de Nueva York, así como por aprobar las cuotas de importación de automóviles y acero.⁶⁶⁷ No obstante, Shultz —presidente del consejo preelectoral en materia de coordinación de las políticas económicas de Reagan, compuesto por trece personas— lo invitó a unirse al equipo económico de Reagan y a elaborar una lista de recomendaciones para la nueva estrategia económica de la Administración entrante. También lo invitaron a formar parte del Consejo Asesor de Política Económica del presidente.⁶⁶⁸

Sin embargo, Friedman no tardó en descubrir que este consejo asesor era poco más que un foro de debate genial en el que a Reagan le gustaba charlar con sus amiguetes sobre qué políticas económicas conservadoras debían aplicarse. Sin embargo, lo que se decía en las reuniones rara vez se traducía en acciones concretas. Como recordaba Martin Anderson, ayudante de Reagan:

Lo que [los viejos amigos que formaban el Consejo Asesor de Política Económica del presidente] hicieron por Reagan más que nada fue asegurarle que el rumbo que estaba siguiendo era el correcto. Fueron ellos los que le

presionaron para que se resistiera a cualquier subida de impuestos; fueron ellos los que le animaron a llevar a cabo cada vez más recortes en el gasto federal; fueron ellos los que presionaron con fuerza para que hubiera mayor desregulación.⁶⁶⁹

Friedman convenció a Reagan de las virtudes del monetarismo, y aunque la política debía ser ejecutada por la Reserva Federal independiente de Volcker, se convirtió en la ortodoxia económica oficial de la nueva Administración. Como recordaba Friedman:

Reagan era un gran conocedor de la política monetaria, reconocía el papel clave del crecimiento monetario y era plenamente consciente de que el impacto inicial de una política desinflacionista sería una recesión, y quizá bastante grave, como así fue. Estaba dispuesto a asumir las consecuencias a cambio de la ventaja a largo plazo de reducir la inflación.⁶⁷⁰

Durante los dos años siguientes, Reagan apoyó plenamente a Volcker en sus esfuerzos por derrotar la estanflación mediante una fuerte subida de los tipos de interés, lo que provocó deliberadamente la recesión de 1981 y 1982. La estrategia antiinflacionista de Volcker acabó dando sus frutos. La inflación cayó precipitadamente y se controló la hiperinflación. Pero Friedman tuvo poco que ver en la derrota de la inflación. Apartado de las decisiones de la Reserva Federal, seguía resentido por el hecho de que Volcker no hubiera abrazado de todo corazón la verdadera fe monetarista. Friedman confesó ser «muy crítico con la forma errática en que operaba la Fed, permitiendo que el crecimiento monetario variara mucho en breves períodos».⁶⁷¹ Y para Friedman, la traición de Volcker no fue meramente intelectual. Apenas podía resistirse a lanzar ataques *ad hominem* contra el presidente de la Fed.

Una de las quejas principales de Friedman era que Volcker no controlaba lo bastante la oferta monetaria y que, al concentrarse en los tipos de interés, permitía que oscilara entre extremos. Friedman reconocía que las herramientas que utilizaba la Reserva Federal para influir en la oferta monetaria eran inadecuadas, y se apresuró a sugerir formas de mantener un control más estrecho sobre ella.

Menospreció los erráticos intentos de Volcker por controlar la oferta monetaria como si estuviera «conduciendo un coche con un mecanismo de dirección defectuoso. [Volcker] conduce por una carretera que tiene muros a ambos lados. Sólo puede ir por el medio de la carretera rebotando primero en una pared y luego en la opuesta. No es muy bueno ni para el coche, ni para los pasajeros, ni para los transeúntes, aunque es una forma de recorrer la carretera». ⁶⁷² «[Los años 1979-1982] han sido testigos de los más erráticos altibajos del crecimiento monetario en nuestra historia —se quejó—. También lo han sido de los más erráticos altibajos en los tipos de interés. También de los más erráticos altibajos en la economía. Y todo ello está relacionado.» ⁶⁷³

Friedman advirtió que la hiperinflación podría volver. En respuesta a un comentario de Volcker en abril de 1983, según el cual «si las previsiones de inflación son tan buenas como creo, los tipos de interés a largo plazo son demasiado elevados», Friedman acusó en *Newsweek* al presidente de la Reserva Federal de «desfachatez», la cual, citando a Leo Rosten, ⁶⁷⁴ describió como «esa cualidad consagrada en un hombre que, tras matar a su madre y a su padre, pide clemencia ante el tribunal por ser huérfano». ⁶⁷⁵ Friedman insistió en que la Reserva Federal permitió que se produjera el aumento de la oferta monetaria y que podría haberlo evitado si hubiera querido. Y advirtió que si se seguía produciendo el crecimiento monetario a ritmos similares, llevaría a un repunte de la inflación en 1984 o 1985, como muy tarde, y a unos tipos de interés a largo plazo más altos mucho antes. Como siempre, Friedman se apresuró a echarle la culpa a Volcker. «La experiencia pasada brinda pocos motivos para confiar en los juicios [del presidente de la Fed]», dijo.

Al articular frases monetaristas sin tener en cuenta el monetarismo puro y estricto que Friedman ensalzaba, Friedman temía que el falso monetarismo de Volcker diera mala fama al verdadero monetarismo friedmanita. Al evaluar el «experimento monetarista» de Volcker entre 1979 y 1982, cuando la Reserva

Federal pasó de los objetivos inflacionistas a los monetarios, Friedman declaró: «Aunque la retórica del Sistema de la Reserva Federal era “monetarista”, la política real que siguió fue antimonetarista». Volcker no hizo lo suficiente. «Una política monetarista implica no sólo la fijación de objetivos de agregados monetarios, sino también —como elemento principal y central— la consecución de una tasa de crecimiento constante y predecible sea cual sea el agregado monetario al que se apunte —escribió Friedman—. Los grandes vaivenes de las tasas de crecimiento monetario [...] no tardaron en desilusionar a los agentes ingenuos que en un primer momento aceptaron la retórica de la Fed como garantía de un crecimiento monetario estable y predecible.»⁶⁷⁶

Friedman resumió muchos años después lo que él consideraba que fue la traición de Volcker:

El llamado experimento monetarista se produjo en 1979, cuando Volcker anunció que iba a tomar como guía la cantidad de dinero y no el tipo de interés. Pero no lo hizo. Si se observan los agregados monetarios, fueron más variables durante el período de Volcker que en cualquier otro momento histórico anterior. Así que no siguió un rumbo monetarista.⁶⁷⁷

Sin embargo, el tipo de monetarismo de Volcker —real o imaginario— cosechó un éxito considerable en su objetivo declarado de eliminar la inflación de la economía estadounidense. Y fue Volcker, y no Friedman, quien se llevó todo el mérito del logro.

Por su parte, otra novedad económica, en la que Friedman poco tuvo que ver, fagocitó a la Administración Reagan: la teoría de la oferta.⁶⁷⁸ A partir de 1975, los argumentos de la oferta estaban de moda entre los economistas y analistas conservadores, impulsados por la publicación en 1978 del manual básico sobre la oferta de *The Way the World Works*, de Jude Wanniski, a la vez que el monetarismo se consideraba anticuado. Como observó Samuelson con ironía, los economistas siempre estaban sujetos a la última moda: «Se dice que los economistas disienten mucho, pero

de forma muy parecida: si ocho duermen en la misma cama, puedes estar seguro de que, como los esquimales, cuando se den la vuelta, lo harán todos al mismo tiempo». ⁶⁷⁹

Como el nombre *economía de la oferta* sugiere, sus partidarios se oponían a la solución de Keynes para reactivar una economía deprimida mediante el aumento deliberado de la demanda agregada; pero Keynes ya había anticipado la idea en su *Teoría general* de 1936: «La oferta crea su propia demanda en el sentido de que el precio de la demanda global es igual al precio de la oferta global para cualquier nivel de producción y de ocupación». Los partidarios de la oferta afirmaban que un aumento de la oferta de bienes y servicios sería un modo de impulsar la economía a prueba de inflación. Una de las formas de impulsar la demanda defendida por Keynes era reducir los impuestos, lo que permitiría a los individuos gastar más y, por tanto, incrementar la demanda. La lógica de la economía de la oferta era, en muchos sentidos, parecida a la solución de Keynes de reducir los impuestos y, a su vez, no era más que una variación de la ley de Say, ⁶⁸⁰ que dice: «Un producto no se crea antes de que, a partir de ese instante, ofrezca un mercado para otros productos en la medida de su propio valor». Dicho de otro modo, la producción agregada crea una cantidad igual de demanda agregada y el acto de fabricar productos en sí mismo provoca la demanda de esos productos. ⁶⁸¹ Los partidarios de la oferta se proponían hacer crecer la economía creando las condiciones adecuadas para un aumento de la oferta de bienes y servicios mediante la eliminación de regulaciones y la reducción de impuestos, consiguiendo así una economía más productiva sin riesgo de inflación. O al menos eso es lo que creían los partidarios de esta teoría. Y nunca estuvieron más emocionados que cuando imaginaron las cualidades mágicas de reducir de forma drástica la tributación personal. Samuelson desdeñó a los economistas de la oferta. «Los obstinados republicanos no dirigirían sus negocios privados a partir de tales milagros esperados [que al fabricar los bienes le seguiría, sin duda, la demanda]», ⁶⁸² dijo a los

lectores de *Newsweek*. «Uno nunca debe creer en un milagro de antemano. Ya es bastante difícil hacerlo después de que haya ocurrido.»⁶⁸³

El héroe conservador del momento era Arthur Laffer,⁶⁸⁴ quien, durante un almuerzo en 1974 con Wanniski, Donald Rumsfeld (entonces jefe de gabinete de Gerald Ford) y Dick Cheney, adjunto de Rumsfeld, dibujó una curva de campana en una servilleta⁶⁸⁵ para demostrar que el aumento de la tasa impositiva no incrementaba de manera automática la recaudación tributaria, ya que los contribuyentes modificaban su comportamiento ante tipos impositivos más elevados. En lugar de aumentar los impuestos para generar mayor recaudación, había en la curva un «punto óptimo» del índice impositivo en el que los impuestos eran más bajos, pero los ingresos totales provenientes de la recaudación de impuestos eran mayores.

Como explicó Herbert Stein, que acuñó el término *economía de la oferta*:

Según la economía de la oferta, un gran recorte generalizado y equitativo de las tasas impositivas del impuesto sobre la renta no reduciría, sino que incrementaría, los ingresos y, por tanto, no aumentaría el déficit, sino que lo reduciría. Esta maravillosa consecuencia se produciría por un gran crecimiento de la base imponible de ingresos, lo bastante grande para que los ingresos fueran mayores, aunque los tipos impositivos fueran más bajos. El gran incremento de la base imponible de ingresos se produciría principalmente por un gran aumento del total de la producción e ingresos nacionales, resultante a su vez de un aumento de la cantidad de trabajo y capital suministrado cuando se reduzcan las tasas impositivas y aumente el rendimiento después de impuestos por trabajar y ahorrar.⁶⁸⁶

Stein creía que había algo raro en el hecho de pasar a centrar la atención en la reducción de impuestos y dejar atrás lo que él llamaba «la antigua religión de recortar los gastos del Estado».

[Los republicanos] necesitaban demostrar que podía haber una gran reducción de impuestos sin un gran recorte del gasto y un aumento del déficit. La propuesta básica de la oferta les proporcionó la forma de hacerlo.⁶⁸⁷

En la séptima edición de su libro *Economía*, Samuelson admitió que la afirmación de Laffer de que la reducción de impuestos podía aumentar los ingresos tenía cierto fundamento. «En la medida en que el recorte de impuestos tenga éxito en la estimulación de las empresas, nuestro sistema fiscal progresivo recaudará ingresos adicionales de los niveles de renta más elevados —escribió—. Por lo tanto, un recorte de impuestos puede implicar a largo plazo poca (o incluso ninguna) pérdida de ingresos federales y, por consiguiente, ningún aumento sustancial a largo plazo de la deuda pública.»⁶⁸⁸ En 1992, en la decimocuarta edición de su manual, Samuelson corrigió el supuesto, escribiendo que la «predicción de la curva de Laffer de que los ingresos aumentarían tras hacer recortes fiscales ha demostrado ser falsa».⁶⁸⁹

Samuelson hizo un cameo letal en el debate sobre las virtudes de la curva de Laffer cuando, en 1971, pronunció una conferencia en Chicago titulada «Por qué se ríen de Laffer». «En uno de mis escritos me referí a él como doctor Arthur Laffer, pensando naturalmente que era un doctorado de Stanford —escribió Samuelson—. Alguien en Washington, quizá fue Joseph Pechman,⁶⁹⁰ se burló después de mí por atribuirle la indignidad de ser un doctor cuando no lo era. Me corregí de forma explícita y dije: “Me refiero al señor Laffer”. Posteriormente me pasaron varias notas a la mesa principal en las que me aseguraban que era doctor Laffer y entonces volví a rectificar de nuevo.» Dos horas más tarde, Emile Despres,⁶⁹¹ profesor de economía de Stanford, se puso en contacto con Samuelson y le dijo: «Deja de meterte con Art Laffer. Es un buen chaval y no es más que una pura formalidad lo que se interpone entre él y su título de doctorado».⁶⁹²

En su prisa por contratar a una emergente estrella conservadora y concederle la titularidad en 1970, para que no se fuera a otra parte, el Departamento de Economía de Chicago no comprobó si Laffer contaba o no con un doctorado en Economía por Stanford como afirmaba. Pero Laffer no había terminado su tesis doctoral,⁶⁹³ hecho condenatorio que iba a ensombrear tanto su

prestigio entre los economistas que intentaban evaluar la economía de la oferta como la integridad académica de la Escuela de Chicago. Laffer fue expulsado de la Facultad de Chicago avergonzado. «Fue horrible —recordaría Laffer años después—. Sabía que no había forma de poder triunfar en la profesión. Así que seguí otros caminos: la prensa, el proceso político, la consultoría.»⁶⁹⁴

A Samuelson le caía bien Laffer, y lo conocía porque era profesor de su hija Jane en Stanford, por lo que dudó acerca de si criticar o no la teoría del joven. «Sólo me enfrenté a un problema moral, la duda de si provocaría un daño irreparable a su reputación el hecho de que alguien de mi posición en la profesión criticara duramente el trabajo de un muchacho de treinta años —escribió Samuelson—. Decidí que estaba en juego la política nacional; y, además, que en el caso de que sus previsiones resultaran acertadas (cosa que dudaba, pero no podía descartar), las risas recaerían sobre mí, riesgo que cualquier analista responsable debería estar dispuesto a asumir.»⁶⁹⁵

El cambio hacia el pensamiento de la oferta entre los economistas conservadores acabó por apartar el centro de atención de Friedman y su búsqueda del monetarismo. Durante los años de Reagan, la contribución de Friedman a la teoría monetaria y su papel en el fin de la estanflación quedó eclipsada en la mente de legisladores, analistas y economistas por las discusiones sobre si los profundos recortes del impuesto sobre la renta de Reagan —el tipo más alto del impuesto sobre la renta se redujo del 70 al 50 por ciento en 1981 y del 50 al 38,5 por ciento en 1986—⁶⁹⁶ lograrían fomentar el crecimiento económico.

Aunque no suscribiera los supuestos más amplios de la economía de la oferta, Friedman aprobaba la reducción del impuesto sobre la renta *per se*. Y al igual que Laffer, creía que la reducción del mismo aumentaría, en lugar de disminuir, los ingresos fiscales federales. «El impuesto sobre la renta de las personas físicas cuesta a los contribuyentes mucho más de lo que rinde al Estado —escribió—. Sin embargo, [...] con un tipo máximo del 25

por ciento, los ingresos netos imponible declarados aumentarían más que suficiente para compensar la pérdida aritmética del 13 por ciento.»⁶⁹⁷

Para Friedman, el recorte de impuestos auspiciado por la oferta otorgaba otra ventaja. Incluso si no acababan generando mayores ingresos, los recortes fiscales no resultarían inflacionarios si iban acompañados de recortes adecuados del gasto público, argumentó. Reducir el tamaño del Estado mediante una reducción de impuestos significaba dar un paso más hacia la desaparición del legado del «gran Estado» de Keynes. Escribió:

Una reducción equitativa de los impuestos y del gasto será neutral a corto plazo, ya que implica simplemente un cambio del gasto público al gasto privado. A largo plazo, es un estímulo, pero a la producción, no a la inflación. Como esa parte del gasto privado que se invierte aumenta la capacidad productiva, la oferta futura de bienes tenderá a reducir la inflación.

Samuelson pensaba que Friedman llevaba años tergiversando los hechos sobre el gasto público y la inflación. «Los bienes y servicios reales consumidos por el Estado —en todos los niveles del gobierno— son más bajos que hace cinco años, cuando comenzó la inflación», escribió en 1973. En vez de aumentar sin parar, como alegaban los conservadores, en los últimos años el gasto público ni siquiera había seguido el ritmo de la inflación, lo que quería decir que en términos reales había disminuido. «No sólo ha disminuido la parte pública del PIB en términos porcentuales —escribió—, su magnitud monetaria ni siquiera ha seguido el ritmo de los precios crecientes de los bienes y servicios públicos.»⁶⁹⁸ También se mostró muy crítico con el recorte de impuestos como forma de avergonzar a los legisladores por recortar el gasto público. «Para los conservadores esto es un trato ventajoso. Si la productividad y la formación de capital repuntan, bien. Incluso si no lo hacen, se ha reducido el alcance del Estado. Si algunos pobres salen perjudicados, ¿quién dijo que la vida es justa?»⁶⁹⁹

Para los que se dejaron llevar por la lógica de la curva de Laffer, los recortes de impuestos parecían una fórmula mágica que resolvería la discrepancia entre impuestos y gastos sin infligir demasiado daño. Friedman advirtió que sería el recorte de gasto y no el de los impuestos lo que de verdad impulsaría el crecimiento económico. Aunque algunos de los que defendían la reducción de las tasas impositivas afirmaban que los tipos más bajos arrojarían mayores ingresos, el objetivo final no debía ser aumentar los ingresos, sino reducirlos y disminuir el gasto público. Si un recorte de impuestos llevaba a obtener una mayor recaudación, era prueba de que los tipos no se habían reducido lo suficiente.⁷⁰⁰

Friedman, siempre dispuesto a promover su idea de que la inflación está en todas partes y que siempre es únicamente factor del crecimiento monetario, predijo cuál sería el principal problema de los recortes fiscales de Reagan: contrariamente a las creencias de los partidarios de la oferta, lo más probable era que el gasto federal no se redujera para compensar la pérdida de ingresos fiscales. El hecho de que los recortes fueran inflacionarios dependía de si el déficit resultante acababa cubriéndose con mayor deuda pública o con un recorte del gasto público. Escribió:

El déficit es definitivamente inflacionario sólo si se financia mediante la creación de nuevo dinero, en cuyo caso el exceso de gasto público sobre los ingresos fiscales no se equilibra con un déficit privado. Pero no es necesario financiar el déficit así. Si se hace, es un fallo de la política monetaria, no de la política fiscal.⁷⁰¹

Al final, los recortes fiscales de Reagan —que dejó el impuesto sobre la renta más bajo de lo había estado desde los años veinte— no fueron acompañados de recortes en el gasto, sino todo lo contrario. Sobre todo, su ambición de poner fin a la Guerra Fría superando el gasto de la Unión Soviética en defensa hizo imposible alcanzar el equilibrio presupuestario. Por tanto, a pesar de la promesa de la curva de Laffer y de la «economía de goteo», en la que se afirmaba que los impuestos ahorrados por los ricos

acabarían beneficiando a los estratos sociales más desfavorecidos, los recortes fiscales de Reagan no aumentaron los ingresos, sino que provocaron un incremento inesperado del déficit federal, financiado mediante préstamos o la emisión de dinero. En poco tiempo, con una caída de los ingresos fiscales federales del 6 por ciento en valor real —una reducción de al menos 200.000 millones de dólares en 2012 durante los primeros cuatro años—, Reagan accedió a aumentar disimuladamente los impuestos. Tras los tan anunciados recortes fiscales de 1981, los impuestos se elevaron en 1982, 1983 y 1984. Los nuevos recortes de impuestos de Reagan en 1986 fueron acompañados de otro aumento en 1987.⁷⁰²

El argumento monetario de Friedman sobre el déficit encajaba a la perfección con su antipatía general hacia la acción gubernamental, en particular hacia aquellos actos del Gobierno que cuestan dinero a los contribuyentes. Como él mismo explicó:

El déficit es malo sobre todo porque fomenta un gasto público excesivo, el principal culpable, en mi opinión, de generar tanto la inflación como un lento crecimiento económico. Si el gasto se financia mediante la creación de dinero para cubrir el déficit, el vínculo entre gasto e inflación es directo. Si el gasto se financia con préstamos o impuestos, el vínculo es indirecto pero real. Tanto el endeudamiento como los impuestos desplazan el gasto privado, absorbiendo recursos que de otro modo se podrían utilizar para el consumo privado o la inversión de capital productivo.⁷⁰³

Las restricciones de Friedman sobre el déficit federal anticiparon los numerosos intentos de los sucesivos presidentes conservadores de impulsar el crecimiento recortando los impuestos sin que el Congreso recortara a su vez el gasto público. El pronunciado déficit resultante de esta desconexión se convirtió en el objetivo de la narrativa económica conservadora, sobre todo después de la congelación de activos financieros de 2008, cuando los republicanos culparon a los demócratas de no ajustar el gasto en costosos programas públicos a la disminución de los ingresos tributarios.⁷⁰⁴ Las exigencias de que el Congreso aprobara un «presupuesto equilibrado», en el que la recaudación fiscal se

correspondiera dólar por dólar con el gasto público,⁷⁰⁵ se convirtieron en poco tiempo en artículo de fe para los conservadores, aunque esto sólo se consiguió una vez, bajo la Administración de un presidente demócrata, Bill Clinton.⁷⁰⁶

Como siempre, Friedman tenía su propia opinión sobre las maldades del déficit y la solución del «presupuesto equilibrado».

El llamamiento político a un «presupuesto equilibrado» ha sido a menudo contraproducente. Los grandes derrochadores han impulsado programas gubernamentales que han conducido a mayores déficits. Los conservadores fiscales, habiendo perdido esa batalla, han respondido mediante su apoyo a un aumento de los impuestos para reducir el déficit. Los conservadores fiscales perdieron las elecciones, en parte por tener el valor de subir los impuestos. Han sido reelegidos los grandes derrochadores, en parte por su irresponsabilidad a la hora de aumentar el gasto público. Han puesto en marcha una nueva ola de gasto y han iniciado otro ciclo de mayor gasto, mayor déficit y mayores impuestos.

Fue ese escenario, escribió, el que le había convencido muchos años antes de preferir los recortes de impuestos bajo prácticamente cualquier circunstancia. Si las reducciones fiscales amenazaban con incrementar el déficit, los políticos se verían animados a equilibrar el presupuesto mediante el recorte del gasto público en lugar de una subida de impuestos.⁷⁰⁷

El hecho de que el monetarismo pasara a centrarse en el recorte de impuestos y en el equilibrio presupuestario federal fue, para Friedman, una especie de distracción bienvenida. Los esfuerzos de Volcker en la Reserva Federal para controlar la oferta monetaria —y, por tanto, según Friedman, para anticipar el crecimiento económico— estaban resultando inútiles. Incluso seguía siendo objeto de acalorados debates qué medida de dinero había que controlar. Friedman se aferraba a su medida preferida, M1, una amalgama de moneda física, depósitos a la vista, cheques de viaje, otros depósitos verificables y órdenes de retirada negociables (NOW). Pero el agregado monetario M1 estaba demostrando ser un mal indicador del crecimiento futuro.⁷⁰⁸

Después de tres años del monetarismo de Volcker, la economía estadounidense estaba sumida en una profunda recesión, el desempleo superaba el 10 por ciento e iba en aumento, pero la solución monetarista no era ampliar la oferta monetaria, sino restringirla aún más. Tras un vertiginoso periplo en el que los tipos de interés subieron precipitadamente para luego desplomarse, en otoño de 1982 Volcker tomó una decisión trascendental: la Reserva Federal abandonaría su experimento cuasimonetarista y retomaría la gestión de los tipos de interés, no como medio para controlar la inflación al limitar la velocidad de circulación de la oferta monetaria, sino de acuerdo con el probable efecto que tendría para estimular o deprimir el crecimiento económico.

En una reunión de crisis con el Comité Federal de Mercado Abierto, el 5 de octubre de 1982, Volcker suspendió oficialmente el monetarismo y, frente a tres monetaristas acérrimos del Comité, recortó la tasa de descuento que reducía el precio del dinero: exactamente lo contrario de lo que recomendaba el monetarismo de Friedman. Como recordaba Volcker: «No parecía haber relación entre el crecimiento monetario y las cifras económicas que cabría esperar». ⁷⁰⁹

Para evitar que el mercado pensara que la Reserva Federal había abandonado su intento de mantener la inflación bajo control, el anuncio de Volcker llegó disfrazado de un cambio técnico en la forma de medir M1, pero el resultado estaba claro: el monetarismo ya no guiaba las acciones de la Fed. La Casa Blanca de Reagan, contraria asimismo a la política económica, no hizo ningún esfuerzo por cuestionar la decisión de Volcker. Ellos también habían abandonado el monetarismo como un noble experimento, aunque fallido.

La decisión de abandonar el monetarismo molestó muchísimo a Friedman, aunque pronto su juicio fue puesto en entredicho, incluso por los monetaristas. Aunque el mercado de valores se disparó tras el anuncio de la Fed, Friedman advirtió que habría que pagar un alto precio por abandonar la lógica monetarista. Vaticinó que el efecto

del aumento de la oferta monetaria que la Reserva Federal había llevado a cabo al reducir los tipos de interés sería una inflación de dos dígitos. Y en 1983 predijo que la ralentización ese año del crecimiento de M3 —la medida de dinero en circulación más amplia, que incluye el efectivo, las cuentas corrientes, los cheques de viaje y los productos financieros «líquidos» como los certificados de depósito—⁷¹⁰ conduciría a una recesión al año siguiente.

Sin embargo, para vergüenza de Friedman, no se cumplió ninguna de las dos profecías. La inflación siguió disminuyendo y no hubo recesión alguna en 1984. Por una vez en su vida, Friedman se quedó sin palabras. «Me equivoqué, me equivoqué por completo —admitió—. Y no tengo una buena explicación de por qué me equivoqué.»⁷¹¹ Como dijo William Poole,⁷¹² antiguo director general del reducto monetarista del Banco de la Reserva Federal de San Luis: «Los que hemos desarrollado firmes teorías intentamos encajar el mundo en la teoría y no al revés».⁷¹³

A pesar del fracaso público del monetarismo de Volcker, Friedman insistió en que su versión del monetarismo seguía siendo válida. Se reafirmó en su creencia de que la clave para gestionar la inflación era el control de la oferta monetaria. «No creo que se haya producido ningún repudio a la teoría —dijo—. Si nos hemos equivocado en algunas cosas, hay que corregirlas.»⁷¹⁴ Pero la credibilidad de Friedman entre los economistas y políticos conservadores había quedado muy dañada. El gobernador de la Reserva Federal, J. Charles Partee,⁷¹⁵ vio en el fin del monetarismo en la práctica no tanto un fracaso de una teoría económica como una tragedia humana para Friedman, que entonces tenía ya más de setenta años. «Lo siento por él —se lamentó Partee—. Ya es un anciano. Ha dedicado su vida a esta teoría. Ha quedado desmentida.»⁷¹⁶

El fracaso en la práctica de las teorías monetarias de Friedman no sorprendió a Hayek. Siempre declaró sentirse incómodo al encontrar fallos en Friedman: «No me gusta criticar a Milton Friedman, no sólo porque sea un viejo amigo, sino porque, aparte

de la teoría monetaria, estamos de acuerdo en todo». ⁷¹⁷ Sin embargo, en 1983, mientras la Reserva Federal denunciaba no contar con medios para medir o gestionar con precisión la cantidad de dinero en la economía estadounidense, Hayek se preguntó: «¿Ha servido alguna vez de algo la política monetaria? Creo que no. Creo que sólo ha hecho daño». Y siguió con su relato:

Es cierto que el nivel de precios se determina a partir de la cantidad de dinero. Pero nunca sabemos cuál es esa cantidad de dinero en este sentido. Creo que la regla debería ser que quien emite el dinero debe adaptar la cantidad para que el nivel de precios se mantenga estable. Pero la idea de que hay una magnitud medible que pueda mantenerse constante con consecuencias beneficiosas es del todo incorrecta. ⁷¹⁸

Hayek había identificado el error fatal del monetarismo. Incluso si era cierto lo que alegaba Friedman, resultaba difícil determinar qué medida de dinero controlar y cómo ajustarla. Como Hayek había explicado en 1980:

El problema es que en su forma rudimentaria [el monetarismo] no proporciona una medida adecuada de qué es la oferta de dinero; y que no sólo la oferta de todo tipo de dinero, sino también la demanda de éste, determina su valor. Sin embargo, esto no altera el hecho de que se pueda controlar su valor y se pueda restringir de manera adecuada sólo limitando el efectivo básico suministrado bajo el sistema existente por el banco central.

Como se trata de una institución gubernamental, toda inflación la provoca el Gobierno y nadie más puede hacer nada al respecto. Sin embargo, hace impracticable el plan friedmanita de fijar por ley la tasa a la que puede y debe aumentar la cantidad de dinero. Algo que probablemente produciría el mayor pánico financiero de la historia. ⁷¹⁹

Se había probado el monetarismo de Friedman, pero se había considerado deficiente. El economista se quejaría durante el resto de su vida de que su teoría sobre la causa única de la inflación era correcta, pero que Volcker no le había dado la oportunidad de ponerla en práctica.

A pesar de su derrota en la arcana disputa sobre qué forma de monetarismo debía seguir la Reserva Federal, Friedman no sintió la misma decepción con Reagan que con Nixon. Aunque se vieran frustradas sus «grandes esperanzas de que 1980 representara un giro decisivo hacia un Estado más pequeño», por lo menos Reagan había apoyado a Volcker en la tarea de doblegar a la inflación en la economía, a pesar de permitir que se ignorara el monetarismo friedmanita. A Friedman le animó el hecho de que, al enfrentarse a la Unión Soviética y desafiarla a una carrera armamentística que no podía permitirse, Reagan había contribuido al colapso del marxismo-leninismo.⁷²⁰

La caída del comunismo en Rusia, y en sus satélites de Europa del Este, entre 1989 y 1991, supondría una clara victoria para el libre mercado. Friedman, que había visitado la Unión Soviética con Rose en 1962, se mostró encantado ante el fin de la tiranía soviética, ya que señalaba el triunfo del capitalismo y del libre mercado sobre un omnipresente y poderoso Estado. Hacía tiempo que los contrarrevolucionarios del bloque soviético se habían inspirado en las ideas de pensadores libertarios como Hayek y Friedman y consumían sus libros con avidez. Un observador informó de que «el nombre que más se oye en Europa Central y Oriental es el de Friedrich Hayek. Las ediciones clandestinas, o *samizdat*, y los raros ejemplares en inglés de *Camino de servidumbre* son muy leídos».⁷²¹

Los escritos de Friedman sobre el poder desmesurado del Estado fueron un factor clave en el colapso del comunismo encabezado por la revuelta de los trabajadores pertenecientes al sindicato polaco Solidaridad, cuyo líder era Lech Wałęsa.⁷²² Los libros más vendidos de Friedman habían sido declarados subversivos bajo el feroz ataque comunista contra la libertad de pensamiento, pero su prohibición sólo hizo que su mensaje a favor de la libre empresa resultara aún más atractivo. Se disparó el número de lectores detrás del Telón de Acero. Friedman estaba logrando que Lenin se diera a la fuga.

Cuando la caída del Muro de Berlín en 1989 señaló el último suspiro del opresivo experimento marxista-leninista de depuración de los mercados, Friedman descubrió que era un héroe para los contrarrevolucionarios amantes del capitalismo que asumieron el control. Cuando a mediados de los ochenta recorrió Checoslovaquia, Hungría y Polonia, mientras estudiaba la posibilidad de actualizar el libro *Libertad de elegir*, recibió una calurosa acogida en calidad de profeta. Le hizo gracia ver una viñeta del semanario *Christian Science Monitor* titulada «Acontecimiento histórico: Erigen una estatua de Milton Friedman en Polonia en lugar de Comosellame [Lenin]». La agradecida adopción de las ideas de Friedman por parte de aquellos atrapados tras las líneas comunistas fue uno de los puntos culminantes de la carrera del economista.

El «tema principal» del libro de referencia de Friedman *Capitalismo y libertad* era que el «capitalismo competitivo» no sólo era «un sistema de libertad económica, [sino una] condición necesaria para la libertad política».⁷²³ Argumentó en el libro: «No conozco ningún ejemplo de una sociedad que haya sido marcada por una gran medida de libertad política y que no haya utilizado algo comparable a un mercado libre para organizar la mayor parte de su actividad económica».⁷²⁴ Más tarde, no pudo resistirse a señalar que la firme oposición de Reagan a la tiranía comunista radicaba «en el fuerte contraste con los comentarios favorables sobre la Unión Soviética, más o menos en la misma época, de intelectuales tan destacados como John Kenneth Galbraith y Paul Samuelson».⁷²⁵ Como había argumentado en *Capitalismo y libertad*: «La gran tragedia del impulso a la centralización, como del impulso a ampliar el alcance del Estado en general, es que está dirigido por hombres de buena voluntad que serán los primeros en lamentar sus consecuencias».⁷²⁶

En 1982, el monetarismo estaba muerto en Estados Unidos, una incómoda nota a pie de página en la historia del pensamiento económico, olvidada, salvo por algunos verdaderos creyentes. Al otro lado del Atlántico, sin embargo, Margaret Thatcher, líder del

Partido Conservador desde 1975, tenía a Friedman en alta estima. Al igual que Reagan, había abandonado la política de consenso que los conservadores británicos habían seguido desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Thatcher creía que la inflación era un problema mucho más acuciante que el desempleo y estaba decidida, como primera ministra, a depurar la economía británica de las desbocadas subidas de precios. Pero a diferencia de Reagan, era dueña y señora de cuanto supervisaba. Podía insistir en que su ministro de Hacienda y el gobernador del Banco de Inglaterra, el banco central del Reino Unido dirigido por el Gobierno, adoptaran el monetarismo como faro. Se hizo amiga de Friedman y le ofreció una segunda oportunidad para demostrar que su estilo de monetarismo podía solucionar la inflación.

Final del camino

Samuelson se esfuerza por describir la economía soviética en su libro de texto *Economía*. Y Samuelson y Friedman dejan de escribir para *Newsweek* después de dieciocho años.

Para un libertario como Friedman, que creía que sólo el capitalismo de libre mercado podía garantizar la libertad política total, la idea de «socialismo» era algo execrable. Entraba en la categoría descrita por Samuelson como alguien que con frecuencia utilizaba «el término *socialista* como estereotipo despectivo para desacreditar a cualquiera que crea en la Seguridad Social, la tributación progresiva, el seguro de depósitos bancarios, alguna otra mejora social o el amor libre».⁷²⁷, ⁷²⁸ Friedman creía que el floreciente sector gubernamental que había surgido desde la Segunda Guerra Mundial a medida que los sucesivos Gobiernos aplicaban medidas keynesianas estaba anquilosando la economía estadounidense y que el capitalismo sólo prosperaría en Estados Unidos si se permitía que las fuerzas del libre mercado desempeñaran su labor. «La experiencia de los últimos años [...] plantea la duda de si la creatividad privada puede seguir superando los efectos amortiguadores del control estatal si continuamos otorgando cada vez más poder al Estado»,⁷²⁹ escribió.

En cualquier caso, Samuelson se había impuesto la tarea, a través de su libro de texto, de describir no sólo el modo en que se suponía que funcionaba el capitalismo, sino cómo funcionaba en la

práctica. También pensó que debía explicar en éste las alternativas «socialistas» o «socialdemócratas» al capitalismo desenfrenado adoptadas en muchos países, incluida Gran Bretaña. Para los libertarios, incluso el hecho de describir sin emoción alguna cómo el socialismo puede o no funcionar en la práctica significaba justificarlo.⁷³⁰ Pero Samuelson se cuidó de insistir en que «como ciencia, la economía sólo puede ocuparse de los mejores medios para alcanzar unos fines determinados; no puede prescribir los fines en sí mismos».⁷³¹ El problema de Friedman, aseguró Samuelson, era que «se consideraba a sí mismo un hombre de ciencia, pero en realidad se dejaba llevar por la pasión mucho más de lo que él creía».⁷³²

Samuelson consideraba que el sistema capitalista que funcionaba en Estados Unidos era imperfecto y susceptible de mejora, pero, como había dicho Winston Churchill sobre la democracia, seguía siendo «la peor forma de gobierno, excepto por todas las otras formas que se han probado de vez en cuando».⁷³³ Las declaraciones de Samuelson, como: «No hay nada sagrado en los resultados obtenidos por un sistema de libre mercado; no, ni siquiera si funcionara por completo sin fricciones y en las condiciones de competencia más perfectas que uno pueda imaginar», hicieron que muchos conservadores dudaran de la sinceridad de la entrega de Samuelson a la forma de vida estadounidense.

Desde la primera edición de su libro *Economía* en 1948, Samuelson se esforzó por dar sentido a la economía soviética planificada. Uno de los problemas más importantes era que el funcionamiento del sistema soviético permanecía bien oculto a la vista del público y los datos publicados por el Gobierno soviético eran poco fiables, cuando no manifiestas mentiras.⁷³⁴ Aun así, Samuelson trató de comprender qué ocurría en una sociedad que en teoría había abolido el mercado libre de todos los aspectos de la vida cotidiana y lo había sustituido por una economía fuertemente planificada de arriba abajo que ignoraba los deseos materiales del

pueblo ruso. Para Friedman, las estanterías visiblemente vacías de bienes de consumo inexistentes en GUM, los grandes almacenes más importantes de Moscú, eran prueba de una economía incapaz de atender a su población, a la que se mantenía encarcelada en su propio país para que no emigrara con sus habilidades a un país capitalista.

Para Samuelson, la incapacidad de los soviéticos de hacer que su economía funcionase para sus ciudadanos era debido tanto a una fallida gestión como al fracaso del propio sistema socialista soviético. No excluyó el hecho de que una economía planificada pudiera funcionar si se daban las circunstancias adecuadas, aunque se cuidó mucho de sugerir que eso pudiera conducir a una sociedad democrática. Sin embargo, cualquier intento de evaluar la importancia crítica en el sistema soviético del «mercado negro» —el comercio ilícito de bienes y servicios—, que permitía a los rusos más acaudalados eludir la escasez de materiales, brilló por su ausencia. Los intentos de explicar el comunismo en la práctica de Samuelson se vieron matizados por la histeria anticomunista, que subsumió gran parte del debate político estadounidense en los años cincuenta, ya que muchos conservadores consideraban que demasiados académicos e idealistas simpatizaban de forma inapropiada con la némesis ideológica de Estados Unidos. De ahí que Friedman señalara y criticara el apoyo tácito al socialismo por parte de «destacados intelectuales», como Samuelson y Galbraith.⁷³⁵

Friedman pensaba que los intelectuales liberales eran demasiado tontos para entender las complejidades del mercado. «Creo que una de las principales razones por las que los intelectuales tienden a acercarse al colectivismo es que la respuesta colectivista es sencilla», dijo a la revista *Reason* en 1974:

Si hay algún problema, o pasa algo malo, es por culpa de algún inútil, de algún demonio malvado y perverso; se trata de una historia muy fácil de contar. No hay que ser muy inteligente para escribirla, ni tampoco para aceptarla. Por el contrario, el argumento individualista o libertario es

sofisticado y sutil. Si hay algo que no funciona en la sociedad, si se da un verdadero mal social, quizá se avanzará mejor al permitir que la gente intente eliminar el mal por voluntad propia. Por lo tanto, creo que existe de antemano una tendencia a que los intelectuales se sientan atraídos a vender la idea colectivista.⁷³⁶

Samuelson intentó contrarrestar las críticas de que era, de algún modo, un compañero de viaje que concedía al comunismo el beneficio de la duda. En la quinta edición de su *Economía*, publicada en 1961, se aseguró de señalar el coste que suponía para los ciudadanos soviéticos verse privados del acceso al mercado libre. Presentó ejemplos de la ineficacia industrial que se derivaba de una autoridad centralmente planificada, incapaz de basarse en los precios para determinar qué querían los ciudadanos. La falta de libertad de elección en las tiendas era algo que haría estremecer a cualquier estadounidense. «Si la tienda local o el economato tenía zapatos que no eran exactamente de tu número, era mejor llevárselos un poco grandes antes que prescindir de ellos», escribió Samuelson.

Dado que una economía comunista era incapaz de suministrar las interminables innovaciones que exigían los consumidores de Occidente, y que no había empresarios soviéticos que ofrecieran nuevos y atractivos productos para el hogar, los planificadores soviéticos recurrieron a Estados Unidos para ver qué quería la gente corriente. Por ello, «el raro camarada que consiga un coche —y ciertamente es muy raro—, lo encontrará parecido a nuestros coches del pasado», escribió. Los objetivos estadísticos impuestos por Moscú —con «zanahorias de recompensa y patadas o penas de prisión como sanciones» para los que no los alcanzaban— llevaron a una manipulación tortuosa de los datos por parte de los directores de las fábricas. «Se han contado historias en las que, por ejemplo, una empresa de transporte movía cargamentos de agua de un lado a otro para poder decir que había cumplido el objetivo de tantas toneladas-kilómetro.»

Sin embargo, Samuelson afirmó que, aunque «es un error pensar que todo el mundo es desdichado [en la Unión Soviética], [y que] sin duda es cierto que pocos ciudadanos de Occidente cambiarían su grado de comodidad económica y libertad política por la vida en la Unión Soviética, también lo es que un ciudadano soviético piensa que está viviendo en un paraíso en comparación con la vida en la China comunista». Pero Samuelson no fue lo bastante cuidadoso. Un destacado gráfico de *Economía* que comparaba el probable tamaño futuro de las economías estadounidense y soviética sugería que, en determinadas circunstancias, el comunismo soviético podría superar a Estados Unidos a mediados de los años noventa. La sugerencia era ridícula. Pero Samuelson se recuperó declarando qué lado creía que tenía razón. «Es demasiado fácil tratar por encima la tremenda vitalidad dinámica de nuestro sistema de mercado mixto que, con todos sus defectos, ha proporcionado al mundo tal siglo de progreso que, a una economía socializada como la de la Unión Soviética podría resultarle imposible igualar.»⁷³⁷

En la undécima edición de *Economía*, publicada en 1980, Samuelson revisó su libro de texto para que reflejara los numerosos intentos, por parte de líderes comunistas progresistas de Yugoslavia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y otros países, de moderar la severidad del sistema comunista con las fuerzas del libre mercado. Adaptó su controvertido gráfico de crecimiento económico para mostrar que, incluso en el mejor de los casos, la Unión Soviética no superaría a la economía estadounidense hasta el año 2010 como muy pronto.

En las últimas palabras del último capítulo de la undécima edición, Samuelson abordó el argumento de Friedman de que sólo se pueden garantizar las libertades políticas a través de la libertad económica absoluta. En primer lugar, cuestionó si los ciudadanos estadounidenses disfrutaban realmente de las libertades políticas que se suponía debían acompañar a la libertad económica. Invocó

la preocupación de «la nueva generación», que dudaba de que quienes no prosperaban bajo la economía de mercado de Estados Unidos disfrutaran de auténtica libertad:

¿Qué les importa que el monopolio tenga menor prevalencia en 1980 que en 1900 si sigue siendo demasiado prevalente y si no se ha producido una gran disminución desde 1945?

¿Qué les parece que los pobres sean menos numerosos y pobres que antes si aún persiste la obstinada desigualdad de oportunidad económica y no se ha producido una fuerte reducción de la desigualdad de ingresos desde 1945?

A sus ojos, ¿cómo se puede considerar satisfactorio un sistema que aún tolera la discriminación por raza, sexo, religión y origen étnico?

Para ponderar estas preocupaciones frente a las de aquellos que, como Friedman, creían que las libertades políticas y económicas eran inextricables, Samuelson parafraseó los argumentos contra las medidas gubernamentales para que los estadounidenses lograran una mayor igualdad material esgrimidos por Hayek, Friedman y sus afines, quienes, según él, anhelaban «el mundo de ensueño del *laissez faire*»:

En la búsqueda de un mejor reparto del pastel, se reducirá el tamaño de éste mediante la creación de deficiencias distorsionadoras. Pero lo más importante es que las libertades personales y a la propiedad son una sola e inseparable. Sólo en la sociedad del *laissez faire* de Herbert Spencer,⁷³⁸ que tan repelente le parecerá, la gente será libre de decir lo que piensa y de elegir a sus gobernantes.

Samuelson ofreció un gráfico para refutar la afirmación de Hayek en *Camino de servidumbre* según la cual la progresiva intervención del Estado conducía inevitablemente a la disminución de la libertad. Mostró en el gráfico las libertades políticas y económicas de las que gozaba Gran Bretaña en 1850 —el imperio de la ley, el derecho a voto de todos los hombres con propiedades, la libertad de expresión y la libertad de publicación— y en el presente, frente al historial político y económico de otros países.

Mientras que los regímenes totalitarios de la Alemania de Hitler (1931-1945) y la dictadura militar de Chile (1973-1990) disfrutaron claramente de la libertad económica a expensas de la libertad política, Samuelson demostró que los países socialdemócratas de posguerra como Noruega disfrutaron simultáneamente de libertades políticas y económicas. Concluyó: «Se puede intentar tener lo mejor de ambos mundos: una mejora programada del funcionamiento de la economía de mercado y aun así esas cosas de la vida, que son las mejores y que no se miden en el producto nacional bruto, la libertad de crítica, la libertad de cambiar y la libertad para ir a nuestro aire».

Aunque Friedman quería devolver al individuo todo el poder posible, ni siquiera él pudo ignorar el hecho de que en muchos aspectos la economía estadounidense, con su vasto sector público, no era tanto una economía de libre mercado como una economía mixta, y que es probable que lo sea de forma permanente. El Gobierno federal y los Gobiernos estatales disponían de enormes presupuestos discrecionales que, sobre todo cuando el keynesianismo estaba en ascenso, se habían utilizado para gestionar la economía. No se podían recortar los programas sociales, incluidas las pensiones, Medicare y las redes de seguridad para los pobres sin provocar una gran angustia política. Había un elaborado sistema de regulaciones gubernamentales, gravámenes, subsidios y aranceles impuestos, a menudo a petición de empresas privadas, frente al pensamiento de libre mercado.

El sector privado estadounidense era un mal ejemplo de capitalismo desenfrenado, con corporaciones monopolistas legales que imponían precios más altos de los que ofrecería un mercado libre, y un sistema de gobierno que permitía a las empresas, a través de costosos grupos de presión en el Congreso, alterar las leyes para mejorar su rentabilidad.⁷³⁹ Incluso la típica política de Friedman —que insistía en que la Reserva Federal proporcione un aumento constante y lento de la oferta de dinero para que la

inflación sea baja y predecible— reconocía como apropiado el papel de un organismo gubernamental no elegido en la instauración de estabilidad económica.

En 1981, escribir para *Newsweek* se había convertido en algo rutinario para Samuelson. La razón original por la que aceptó aventurarse en el periodismo fue que millones de personas en todo el mundo leían la revista. Le pagaban generosamente por su trabajo. Había empezado cobrando 750 dólares por columna en 1968 (o 5.756 en dólares de 2020). En diciembre de 1974, Elliott le escribió que «los molinos de la junta del salario de *Newsweek* muelen lentamente», pero que a partir del primer día del nuevo año recibiría un aumento del 15 por ciento, con lo que su tarifa anual ascendería a 23.000 dólares (o 170.383 en dólares de 2020). Además, a partir de 1976, Samuelson y Friedman se llevaban 1.000 dólares por cada evento de marketing de *Newsweek*. No obstante, catorce años después, Samuelson no necesitaba publicidad ni dinero —hacía años que su libro de texto le había convertido en multimillonario— ni tampoco un medio para expresar sus opiniones. Su fama y reputación significaban que cualquier publicación que se preciara de ser seria le ofrecería con gusto una plataforma en la que exponer su opinión.

Entonces sucedió un incidente que le hizo plantearse hasta qué punto necesitaba a *Newsweek*. En 1974, Samuelson había escrito al redactor jefe de *Newsweek*, Oz Elliott, pidiéndole que le aclarara las normas básicas de su columna y su contenido. «Pensaba que aparecía bajo mi firma y que yo era el único responsable de su contenido (blasfemias y traiciones aparte).» Contó un incidente en el que dos editores se habían opuesto a publicar una de sus columnas en la que hablaba sobre el libro *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en Estados Unidos*, de los economistas Robert Fogel y Stanley L. Engerman, porque ya se había reseñado en la revista tres semanas antes. Le pidieron otra columna para sustituir a ésta. «Por

mi parte, no pude reaccionar con mayor amabilidad —explicó Samuelson a Elliott—. Me puse a trabajar el sábado por la mañana y escribí una columna completamente nueva.» Pero no estaba contento con la decisión.

Su columna había «plasmado lo que no habían hecho las anteriores reseñas, es decir, aprovechar la lectura de cientos de páginas de la selección y análisis de datos de Fogel-Engerman —escribió—. Sin mostrar una preocupación puntillosa por las sutilezas, me gustaría poder hacer alguna declaración sobre las directrices. Si el hecho de armar un poco de escándalo me impide recibir sugerencias en el futuro acerca de posibles temas y comentarios sobre columnas anteriores, entonces no he conseguido plantear el asunto en la manera discreta que yo pretendía».⁷⁴⁰ El director de *Newsweek*, que había participado en la decisión de no publicar la columna original, interceptó la carta dirigida a Elliott, que estaba «de viaje por Asia», y le ofreció una explicación. «La idea de que usted es esencialmente responsable del contenido de la columna es correcta —escribió—. Desde luego, no tengo el mínimo deseo de modificar lo que a todas luces ha sido hasta la fecha un modo de funcionar muy fructífero, tanto para usted como para la revista»,⁷⁴¹ antes de reiterar su creencia de que la columna original era inadecuada.

El periodismo, sin embargo, es un maestro caprichoso y tan preocupado con frecuencia por contar un relato del pasado inmediato que tiene poco tiempo para la memoria heredada. Siete años más tarde, en 1981, Samuelson reseñó las memorias de su viejo amigo y rival en cierto modo, J. K. Galbraith, *Memorias: Una vida de nuestro tiempo*. Que Samuelson escribiera sobre Galbraith parecería una «pieza» perfecta para una revista informativa, y que los lectores considerarían una magnífica combinación de tema y autor. Pero el nuevo editor jefe de *Newsweek*, Lester Bernstein, opinaba algo bien distinto. Repitió la impostura que tanto había molestado a Samuelson en 1974. «No he podido ponerme en contacto con usted para informarle de que he desestimado la

publicación del artículo sobre las memorias de Galbraith esta semana porque reseñamos el libro con bastante detenimiento hace tres semanas [...] y no veo cómo justificar tratarlo de nuevo.» Samuelson se mostró indignado. «Tenía entendido que las columnas que aparecían bajo mi nombre lo hacían bajo mi responsabilidad —escribió a Bernstein—. Hay que poner fin a mi vinculación con *Newsweek*.» No revocó su decisión.

La salida de Samuelson dio origen a una carta angustiada de la propietaria de *Newsweek* y amiga personal, Katharine Graham. «Siento mucho perder tu columna en *Newsweek*, y que se deba a un malentendido tan triste —escribió—. Ha conferido a la revista una inconmensurable estatura y contenido intelectual. La echaremos de menos y también los lectores de *Newsweek*.» Bernstein dejó la revista al año siguiente.

En 1983, también Friedman se indignó ante el trato que estaba recibiendo en *Newsweek* y escribió al editor jefe, William Broyles Jr.,⁷⁴² para quejarse. En el pasado, debido a la escasez de espacio, sus columnas habían sido aplazadas en raras ocasiones y publicadas la semana siguiente. Esos retrasos habían pasado a convertirse en algo habitual. «Mi columna ha aparecido a tiempo con menos frecuencia de la que ha sido pospuesta —escribió—. Siempre he intentado que mis columnas sean lo más actuales posible. No puedo hacerlo si no sé si la columna aparecerá la semana que viene, dos semanas después o tres semanas más tarde. No escribo columnas para dejarlas en suspenso.» Luego vino una amenaza. «Mis actividades con *Newsweek* han sido fuente de gran satisfacción para mí. Siempre he estado muy satisfecho con la relación que hemos mantenido —escribió—. No me gustaría tener que terminarla, pero, francamente, no vale la pena continuar a menos que pueda hacerse en condiciones que sean satisfactorias tanto para la revista como para mí.»⁷⁴³

Escribir la columna en *Newsweek* le convenía a Friedman. Siendo como era un tocapelotas por naturaleza, el formato de una breve y afilada intervención sobre un tema era perfecto para él. Disfrutaba con la labor y agradeció a los editores «que le hubieran ofrecido un foro tan eficaz para comunicarse con el público».

Ha sido una tarea desafiante y muy gratificante [...]. Ha provocado un flujo de reacciones de los lectores, a veces halagadoras, a veces abusivas, pero siempre instructivas. He aprendido lo fácil que es ser malinterpretado o, lo que es lo mismo, lo difícil que es ser muy claro y sincero. También he aprendido lo numerosas que son las perspectivas desde las que se puede ver cualquier asunto. No existe una cuestión puramente económica.⁷⁴⁴

Friedman admitió tener «sentimientos encontrados» cuando, a principios de 1984, el nuevo redactor jefe de *Newsweek*, Richard M. Smith, puso fin a su columna junto con la del sustituto de Samuelson, Lester Thurow,⁷⁴⁵ que se convertiría en decano de la Sloan School of Management del MIT casi al mismo tiempo. «Debo admitir con franqueza que lamento que se acabe»,⁷⁴⁶ escribió Friedman a Smith. El conservador *The Wall Street Journal* le ofreció de inmediato publicar una columna, así como los periódicos conservadores de Rupert Murdoch en Estados Unidos y Gran Bretaña, pero el famoso economista decidió tomarse un descanso del periodismo con fecha de entrega. A partir de entonces, al igual que Samuelson, escribiría columnas ocasionales⁷⁴⁷ cuando le apeteciera.

La hija del tendero

El experimento monetarista de Friedman en Estados Unidos terminó en lágrimas. Pero en Londres, Thatcher le dio otra oportunidad a sus ideas. Y, a diferencia de Volcker, era una verdadera creyente.

El monetarismo británico no empezó con Margaret Thatcher. El Gobierno laborista de James Callaghan, que precedió a la victoria electoral de Thatcher en 1979, se vio afectado por la deuda y la inflación. En 1975, la inflación en el Reino Unido había alcanzado el 26 por ciento y el salario mínimo por hora había aumentado un 32 por ciento de año en año. El ministro de Hacienda de Callaghan, Denis Healey, descubrió que las antiguas herramientas keynesianas no funcionaban tan bien como en el pasado. Como explicó:

El concepto fundamental de la gestión de la demanda se había convertido en algo poco fiable. Keynes creía que un Gobierno podía mantener el pleno empleo de la capacidad productiva de un país sin crear inflación mediante la reducción de la demanda de producción, a través del ajuste de los impuestos o del gasto público. Pero resultaba imposible descubrir con exactitud cuánta demanda adicional debía inyectar el Gobierno en la economía para llegar al pleno empleo.

También era imposible saber cuántas personas utilizarían el dinero que se inyectaba al reducir los impuestos o al aumentar el gasto público. O podía ir a parar a salarios o beneficios más altos, lo que crearía más inflación en lugar de más puestos de trabajo. Podría utilizarse para comprar productos extranjeros en lugar de británicos, lo que empeoraría la balanza de pagos y crearía puestos de trabajo en el exterior en lugar de en Gran Bretaña. O ese dinero podría ahorrarse en lugar de gastarse.⁷⁴⁸

Al igual que Richard Nixon y otros dirigentes a nivel global, para contrarrestar la inflación, Callaghan y Healey impusieron una política de ingresos para limitar los aumentos salariales y confiaron en su influencia dentro del movimiento sindical que financiaba el laborismo para frenar las altas demandas salariales. Para Healey, era una obviedad. «Independientemente de lo que digan los Gobiernos, ninguno puede evitar contar con algún tipo de política salarial, aunque sólo sea porque ellos mismos emplean a millones de hombres y mujeres.» Para un país como Gran Bretaña, con un gran sector público, promulgar una política salarial era una opción obvia. Al cabo de un año, la medida parecía funcionar. Se pasó de un máximo del 26,9 por ciento en agosto de 1975 al 12,9 por ciento en julio de 1976. Sin embargo, Healey era consciente de los problemas que le esperaban. «Adoptar una política salarial es como saltar desde la ventana de un segundo piso —escribió—. Nadie en su sano juicio lo haría a menos que las escaleras estuvieran en llamas. Pero en la Gran Bretaña de posguerra las escaleras siempre han estado en llamas.»⁷⁴⁹

El yerno de Callaghan, Peter Jay,⁷⁵⁰ era editor de economía del londinense *The Times* y, tal como muchas otras jóvenes voces de su profesión y del sector financiero, fue uno de los primeros en adoptar el monetarismo. Incluso había dado una conferencia a economistas alabando sus virtudes.⁷⁵¹ Jay encontró un discípulo para su razonamiento monetarista en su editor de *The Times*, William Rees-Mogg, siempre dispuesto a difundir lo último del pensamiento conservador estadounidense. Tomando a Friedman en su versión más literal y reduciendo el monetarismo a una simple perogrullada, Rees-Mogg se propuso demostrar que había relación directa uno a uno entre el aumento de la oferta monetaria y el aumento de los precios. El titular de su artículo lo decía todo: «How a 9,4 % Excess Money Supply Gave Britain 9,4 % inflation» [«Cómo un exceso de oferta monetaria del 9,4 % proporcionó a Gran Bretaña una inflación del 9,4 %»].⁷⁵²

El apoyo de *The Times* fue una baza significativa para Friedman. Pero mucho más importante para el choque entre un keynesianismo defensivo y un monetarismo tambaleante, casi místico, fue que, durante largos paseos por el campo en la granja de Callaghan, Jay convenció al primer ministro de que la época en que Gran Bretaña vivía con dinero prestado del extranjero era inflacionaria y que se podía recuperar la continencia financiera.

Callaghan hizo caso a las lecciones de Jay. En septiembre de 1976, en la conferencia del Partido Laborista en Blackpool, pronunció un discurso que marcaría el fin del keynesianismo como principal herramienta de orientación política económica en Gran Bretaña. El propio Jay escribió el pasaje clave del discurso de Callaghan, que decía:

Durante muchos años Gran Bretaña ha vivido de tiempo prestado, de dinero prestado, de ideas prestadas [...]. Durante demasiado tiempo, este país ha estado dispuesto a conformarse con pedir dinero prestado en el extranjero para mantener nuestro nivel de vida, en lugar de enfrentarse a los problemas fundamentales de la industria británica [...]. El mundo acogedor que se nos dijo sería eterno, en el que el pleno empleo estaría garantizado por el ministro de Hacienda, los recortes de impuestos y el gasto deficitario [...]. Ese mundo ha desaparecido.

Solíamos pensar que se podía salir de una recesión gastando, y aumentar el empleo mediante la reducción de impuestos y el incremento del gasto público. Les digo con toda franqueza que esa opción ya no existe y que si alguna vez existió, sólo funcionó en las distintas ocasiones desde la guerra mediante la inyección de una dosis aún mayor de inflación en la economía, seguida de una tasa más alta de desempleo.⁷⁵³

El duro mensaje de Callaghan no fue escuchado. Los líderes sindicales no pudieron contener la presión popular para que se aumentaran los salarios. Y cuando la política de ingresos de los laboristas empezó a ir a la deriva, cuando los líderes sindicales ignoraron las peticiones de su Gobierno de moderar las demandas salariales y la inflación volvió de nuevo, Healey se vio bombardeado por consejos de comentaristas y analistas financieros para que adoptara la sencilla solución ofrecida por Friedman.

Friedman se había hecho un hueco en Gran Bretaña como extravagante profesor estadounidense con puntos de vista muy alejados de la realidad económica. Se había convertido en una celebridad de la televisión británica, como un Archie Bunker con cerebro, cuya aparición iba acompañada de controversia garantizada. En 1983, en una cena organizada por la reina Isabel para Ronald Reagan en el yate real *Britannia*, anclado frente a Santa Bárbara, la monarca saludó amablemente a Friedman diciendo: «Le conozco. Felipe [su marido, el duque de Edimburgo] siempre le ve en televisión». ⁷⁵⁴

En una entrevista televisada de la BBC, Friedman habló a favor del libre mercado: «Si se quitan esta camisa de fuerza que se han impuesto a sí mismos y dan a la gente un incentivo, se sorprenderán de los resultados que se pueden conseguir», y advirtió de que Gran Bretaña se enfrentaba al «colapso de la democracia y la libertad, a la sustitución de la economía libre por una economía dirigida, a una sociedad totalitaria» a menos que abandonara el estado de bienestar. Se dio cuenta de la inclinación de Callaghan hacia el monetarismo en Blackpool y aseguró que se había sentido alentado por la aparente conversión del primer ministro. «Si son más que palabras, si significa un cambio fundamental en la dirección de la política, entonces tendré que revisar mis probabilidades», dijo.

En poco tiempo, el monetarismo de Friedman se convirtió en la política oficial del Reino Unido. A muchos profesores de economía keynesianos no les quedó claro que acababan de sufrir una enorme derrota. El exceso de confianza que emanaba del mundo académico era difícil de comprender para algunos. Ian Gilmour, que en 1979 se convirtió en destacado miembro del Gobierno de Thatcher y en un crítico implacable desde dentro de sus políticas monetarias, creía que los economistas keynesianos de la corriente principal no habían logrado orquestar una respuesta lo bastante sólida a la teoría de Friedman. «La mayoría de los economistas académicos siguieron sus estudios recónditos sin que se les molestase —escribiría Gilmour más tarde—. En el consiguiente vacío resultante, los

monetaristas prosperaron como los Testigos de Jehová cuando las Iglesias hibernan. Importantes conversiones se produjeron en Fleet Street, en la City y en el Partido Conservador.»⁷⁵⁵

Healey, que se enfrentó a un aluvión de consejos monetaristas, comprendió de inmediato el problema clave en relación con la puesta en práctica del monetarismo. «Nadie ha encontrado todavía una definición adecuada de *dinero*, nadie sabe cómo controlarlo y nadie, excepto Friedman, está seguro de cómo el control de la oferta monetaria influirá en la inflación, que se supone es su único propósito —escribió—. Además, las estadísticas monetarias son tan poco fiables como todas las demás.»⁷⁵⁶ Healey advirtió que, para calmar la fuerza impulsora del monetarismo en la City de Londres, que marcaba el tempo de la economía británica, no había más remedio que, al igual que Volcker al otro lado del Atlántico, hablar de boquilla de la oferta monetaria.

Al igual que Volcker, Healey empezó a publicar previsiones monetarias que, por carecer de sentido, se habían mantenido hasta entonces en secreto. «Como logré mantener el crecimiento de la £M3 (entonces la medida preferida de dinero en el Reino Unido) en un promedio del 10 por ciento durante mis cinco años, mantuve a los mercados en silencio», escribió. Friedman, sin embargo, no se dejó impresionar por los esfuerzos de Healey, y en octubre de 1976 dijo en el programa *Meet the Press* de la NBC: «Gran Bretaña está al borde del colapso».⁷⁵⁷ Y una semana más tarde declaró en un periódico: «Me temo que hay un 50 por ciento de probabilidades de que en los próximos cinco años la libertad y la democracia británicas, tal y como las conocemos, desaparezcan».⁷⁵⁸

Mientras gobernaban los laboristas, la atención se centraba en sus políticas económicas. Pero Gilmour advirtió que también se estaba produciendo un cambio en el Partido Conservador. El monetarismo estaba progresando. El partido democrático más exitoso del mundo occidental había triunfado de siglo en siglo porque, como muchos británicos, ignoraba y desconfiaba de conceptos e ideologías. «Los rasgos dominantes de la tradición

intelectual conservadora, que se encuentran en Halifax, Hume, Burke, Coleridge, Disraeli y Salisbury, son el escepticismo, el sentido de las limitaciones de la razón humana, el rechazo de la abstracción o de las doctrinas abstractas, la desconfianza en los sistemas y la creencia en la importancia de la experiencia y de las “circunstancias” —escribió Gilmour—. Para los conservadores, abrazar el monetarismo era contrario a todo ello.»⁷⁵⁹

El escepticismo institucional tradicional de los conservadores, que tanto servicio había prestado al partido durante mucho tiempo, estaba a punto de dejar paso a una devoción por las ideas que ofendía a muchos conservadores de la vieja escuela. La derrota del conservador moderado Edward Heath a manos del también moderado líder laborista y ex primer ministro Harold Wilson en las elecciones generales de febrero de 1974, seguida posteriormente de una derrota más abrumadora en octubre de 1974, desencadenó un examen de conciencia dentro del Partido Conservador. Algunos cuestionaron el acuerdo no escrito seguido por todos los primeros ministros conservadores de posguerra —Winston Churchill, Anthony Eden, Harold Macmillan, Alec Douglas-Home y Heath— en el sentido de que había que respetar el claro mensaje de la aplastante victoria del Partido Laborista de Clement Attlee en 1945 y no contradecir la demanda de los votantes de un estado de bienestar, incluido un sistema sanitario gestionado por el Estado.

El consenso de posguerra entre los partidos había resultado ser enormemente beneficioso para los conservadores. Aunque parecía que el electorado quería una intervención benigna de Westminster para facilitar su vida, parecía confiar más en los conservadores que en los laboristas para dirigir el sistema. Después de que Attlee perdiera las elecciones de 1951, los laboristas lucharon por recuperar la confianza del pueblo británico, pero sufrieron grandes derrotas en las elecciones de 1955 y 1959. Mientras tanto, el conservadurismo de «una nación», que abarcaba a todo el pueblo y no sólo a los más acomodados, inspirado por el primer ministro conservador victoriano Benjamin Disraeli, había resultado muy

popular. Macmillan, primer ministro en las elecciones generales de 1959, llegó a presumir de los logros de la economía mixta en un eslogan que caló entre los votantes: «Nunca se ha vivido mejor».

Perseguidos por escándalos sexuales y un liderazgo débil, los *tories* acabaron en la oposición entre 1964 y 1970. Pero al ganar las elecciones de 1970, el Gobierno de Heath no tardó en encallar. Intentó salir de los altibajos del ciclo económico con una apuesta atrevida, incluso temeraria, por un crecimiento más rápido. Se impulsó el gasto público y se relajaron las restricciones a las empresas. La consecuencia fue una inflación vertiginosa, a la que se sumaron las demandas sindicales de aumento de salarios.

Al igual que Nixon, Carter y Callaghan, Heath impuso una política salarial obligatoria, pero los sindicatos no estaban dispuestos a moderar sus reivindicaciones. En otoño de 1973, en busca de un aumento salarial del 35 por ciento, la prohibición de hacer horas extra por parte del sindicato nacional de mineros cortó el suministro a las centrales eléctricas y paralizó bruscamente el país. Al no poder trasladar los suministros de carbón de las minas a las fábricas y centrales eléctricas, Heath impuso una semana laboral de tres días para todos, excepto en las industrias esenciales. Las emisoras de televisión se apagaban a las 10.30 de la noche para ahorrar electricidad. Los días de Heath como primer ministro estaban contados.

Igual que sus días como líder conservador. Un grupo de parlamentarios que culpaba del caos a las políticas económicas de Heath se reunió en torno al Centro de Estudios Políticos (CPS, por sus siglas en inglés), un grupo de expertos sobre el libre mercado creado por un antiguo ministro de Servicios Sociales, Keith Joseph,⁷⁶⁰ y Margaret Thatcher, antigua ministra de Educación. El Centro estaba dirigido por Alfred Sherman,⁷⁶¹ un dogmático inconformista que había luchado con los republicanos antifascistas en la Guerra Civil española.

En los seis meses transcurridos entre las dos derrotas de Heath en 1974, Joseph había atado sus colores al mástil monetarista en un discurso de *mea culpa* en Preston —redactado por Sherman, el comentarista económico del *Financial Times*, Sam Brittan, y otro destacado miembro del CPS, Alan Walters—⁷⁶² cuyo título, haciéndose eco de Friedman, cuestionaba la ortodoxia conservadora de posguerra que culpaba de la inflación a los sindicatos. El título del discurso era «Los Gobiernos son los causantes de la inflación».⁷⁶³

«Empiezo por aceptar toda mi parte de responsabilidad colectiva», dijo Joseph, que desestimó las políticas de ingresos, como la que condujo a la derrota de Heath, alegando que era «como intentar detener el agua que sale de una manguera agujereada sin cerrar el grifo. Si se tapa un agujero, aparecerán otros dos».

Entonces, con mucho entusiasmo, Joseph se declaró verdadero creyente del monetarismo friedmanita. Parecía una conversión religiosa. «Antes creía que gran parte de la inflación, sobre todo en los últimos tiempos, era producto del aumento de los precios mundiales», explicó Joseph. Pero declaró que siempre estuvo equivocado, engañado por los keynesianos. «En términos económicos más específicos, nuestra inflación ha sido el resultado de la creación de dinero nuevo —y la consiguiente financiación del déficit— en proporción a los bienes y servicios adicionales disponibles.» Heath no se impresionó y desestimó la deserción de Joseph como «un buen hombre que ha caído en el monetarismo. Le han robado el juicio. Aunque no es que tuviera mucho, en realidad».⁷⁶⁴

La nueva lógica de Joseph era puro Friedman. Dijo en broma que «cuando la oferta monetaria crece demasiado rápido, se produce la inflación». Puede que al principio uno no sienta todos los beneficios de la medicina monetarista; de hecho, tal vez ocurra todo lo contrario. Pero con el tiempo la economía volverá a ir bien,

aseguró. Tampoco él, al igual que Friedman, podía prometer resultados de la noche a la mañana, pero en «uno o dos años» todo estaría bien.

Joseph rompió con un antiguo dogma y elemento central del consenso de posguerra: que la economía keynesiana era necesaria para evitar el retorno del desempleo crónico que había maldecido a los británicos desempleados de los años veinte y treinta. A diferencia de la economía estadounidense, que se disparó durante los años veinte, Gran Bretaña sufrió un desempleo masivo desde el final de la Primera Guerra Mundial en 1918, debido a la política de «dinero sólido» del Gobierno conservador, que fijó demasiado alto el precio de la libra esterlina. Los productos británicos dejaron de ser competitivos en el mercado mundial, lo que provocó que millones de personas se quedaran sin trabajo. El fracaso de los *tories* para remediar una tragedia humana tan grande arrojaría una larga sombra sobre la política británica durante los siguientes cincuenta años. Provocó la derrota del líder de la guerra, Winston Churchill, al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, y una victoria electoral aplastante del Partido Laborista de Clement Attlee. El estado de bienestar «de la cuna a la tumba» de Attlee resultó ser tan popular que los *tories* se vieron obligados a adoptarlo como propio. La noción de «dinero sólido» cayó en desgracia. «Para nosotros, como para todos los Gobiernos de posguerra, el dinero sólido puede parecer anticuado —explicó Joseph—. Nos dominaba el miedo al desempleo. Nos obsesionaba el miedo al desempleo masivo a largo plazo, las desalentadoras y desesperadas colas de paro y las ciudades que morían.»

Sin ironía evidente, Joseph invocó el fantasma de Keynes para justificar su adopción del monetarismo de Friedman:

Por lo que escribió Keynes, parece probable que hubiera renegado de la mayoría de las soluciones supuestamente keynesianas que nos quieren imponer en su nombre y que tanto daño han causado. Su teoría era que aun cuando hubiera un desempleo involuntario a gran escala a medio y largo plazo, la forma adecuada de tratarlo no era necesariamente aumentar la

oferta o la demanda de dinero. [De hecho, sucedió lo contrario; el fomento deliberado de la demanda agregada por parte del Estado es el núcleo de la revolucionaria *Teoría general* de Keynes].

La solución al desempleo consistía en modificar la tasa de aumento de la oferta de dinero y confiar en que el libre mercado proporcionara un equilibrio óptimo para la prosperidad. «Si podemos empezar a moderar gradualmente la tasa de crecimiento de la oferta monetaria —lo que implica moderar también el déficit presupuestario—, entonces el déficit de la balanza de pagos y, después de un desfase, la tasa de inflación empezarán a disminuir. A su debido tiempo, y sin ningún estímulo o reflación artificial, los correctivos espontáneos incorporados comenzarán a hacerse sentir.»⁷⁶⁵ Y así, sin mencionar a Friedman por su nombre, Joseph estableció al Partido Conservador en un rumbo monetarista friedmanita.

En tanto Volcker mantenía a Friedman y sus ideas monetaristas a distancia en Washington, en Londres las acciones de Friedman empezaron a subir. El Gobierno británico disfrutaba de la obediencia absoluta de su banco central, el Banco de Inglaterra, un acuerdo envidiado por los presidentes estadounidenses. Cuando la fallida política de ingresos de Heath condujo a su destitución de Downing Street, Friedman recibió un impulso con la elección en 1975 de Margaret Thatcher para dirigir a los conservadores. La mujer que se convirtió en líder de la oposición sería, casi con toda seguridad, la siguiente primera ministra de Gran Bretaña.

La elección para reemplazar a Heath como líder *tory* fue, como gran parte de la política conservadora británica de aquellos días, un caos que tuvo más que ver con el arcano funcionamiento de un club de caballeros de St. James que con un partido político moderno. Bastión del machismo, los *tories* tenían poca intención de elegir a una mujer como líder. Había una pequeña dinastía de hombres canosos eminentemente adecuados dispuestos a permitir que se presentaran sus nombres para sustituir a Heath. Pero éste no cedió e insistió en la candidatura. Uno por uno, los contendientes empezaron a abandonar.

En primer lugar, el líder del golpe, el crispado y visiblemente hiperansioso Joseph, en un discurso también escrito por Alfred Sherman, perdió toda posibilidad de liderar el partido al sugerir que los pobres merecían la situación en la que se encontraban.⁷⁶⁶ El líder de los parlamentarios de los bancos traseros, sir Edward du Cann,⁷⁶⁷ encabezó la lista durante un tiempo, hasta que se consideró que sus negocios financieros eran un escándalo a la espera de salir a la luz. Un poco más tarde, Heath abandonó la carrera y animó a su torpe compañero Willie Whitelaw⁷⁶⁸ a enfrentarse a Thatcher, quien para entonces había conseguido una sólida ventaja. La portada de la revista satírica *Private Eye* mostró a Whitelaw vestido con un delantal y las manos sumergidas en una montaña de platos enjabonados, diciendo: «Si lo que quieres es una mujer, soy tu hombre».

Era demasiado tarde para detener el impulso de Thatcher. Cuando se hizo el recuento final, era la única que quedaba. En la emoción de elegir a una mujer líder, pocos conservadores, ya sea en el Parlamento o en todo el país, se dieron cuenta de que también habían votado para abandonar el consenso de posguerra por un conjunto de creencias que habían permanecido en estado latente desde antes de la Segunda Guerra Mundial. «A varios conservadores nunca les había gustado la economía mixta, que consideraban un avance hacia un Estado socialista —recuerda Gilmour—. La afirmación de Friedman de que la intervención del Estado era invariablemente contraproducente estaba, por tanto, en sintonía con sus prejuicios.»⁷⁶⁹

Heath adoptó una visión menos caritativa. Habló en nombre de todos los keynesianos cuando escribió:

El Partido Conservador había criticado con razón a los socialistas por su apego a ideas doctrinales y poco prácticas. El objetivo de la política es beneficiar al país, no experimentar con teorías académicas.

El monetarismo, la idea de que la inflación es un fenómeno puramente monetario, el producto de nada más que un aumento en la oferta de dinero, es quizá la más falsa y simplista de todas las teorías económicas. Como tal,

siempre ha sido especialmente atractiva para aquéllos cuya comprensión de la economía es limitada.⁷⁷⁰

La devoción de Thatcher por el monetarismo friedmanita no era intelectual, era visceral. «No hay mejor curso para comprender la economía de libre mercado que la vida en una tienda de barrio», reflexionaría más tarde la hija del tendero de Grantham, Lincolnshire. «Así me inmunicé contra la sabiduría económica convencional de la Gran Bretaña de posguerra.» Thatcher escribió:

Principalmente bajo la influencia de Keynes, pero también del socialismo, durante estos años se hizo hincapié en la capacidad del Estado para mejorar las condiciones económicas mediante una intervención directa y constante [...]. Si bien un hogar que gastara por encima de sus posibilidades iba camino de la ruina, éste era (según la nueva economía) para los Estados el camino hacia la prosperidad y el pleno empleo [...]. Antes de leer una página de Milton Friedman sabía que estas afirmaciones no podían ser ciertas. El ahorro era una virtud y el despilfarro un vicio.⁷⁷¹

Aunque Joseph había animado a Thatcher a leer *Camino de servidumbre*, de Hayek, y *Libertad de elegir*, de Friedman, su conversión al monetarismo de Friedman fue un pequeño avance a partir de una devoción existente a las ideas del libre mercado de su héroe Enoch Powell.⁷⁷² La carrera de este parlamentario conservador, intelectualmente brillante y exitoso, se vio truncada en 1968 por su escabrosa sugerencia, durante un discurso en Birmingham, de que la inmigración de color provocaría un río de sangre en las calles de Gran Bretaña. Citando la *Eneida*⁷⁷³ de Virgilio (Power era profesor de lenguas clásicas): «Me llena un presentimiento. Como el romano, me parece ver “el río Tíber espumoso con mucha sangre”». ⁷⁷⁴ Powell se convirtió para muchos en un paria dentro de la corriente principal del Partido Conservador, pero en una inspiración para algunos de la extrema derecha.

La reputación de Powell como defensor inquebrantable del libre mercado se había cimentado en noviembre de 1956, cuando, como secretario de Finanzas del Tesoro, había dimitido por la cuestión del

dinero sólido. Junto con el ministro de Hacienda, Peter Thorneycroft,⁷⁷⁵ y el ministro del Tesoro, Nigel Birch,⁷⁷⁶ Powell renunció al Gobierno en lugar de aumentar el gasto público sin imponer nuevos impuestos, que él y los demás consideraban inflacionarios. Su argumento era simple, el monetarismo de la vieja escuela.

Thatcher, cuya ambición de convertirse en primera ministra significaba que debía ocultar su admiración por el renegado Powell, tuvo en cuenta la colección de discursos reaccionarios de Powell de 1969, *Freedom and Reality*.⁷⁷⁷ «Mi biblia». Cuando fue elegida líder del Partido Conservador, su moderación previa sobre la promoción de los puntos de vista de dinero sólido de Powell dio paso a la defensa de la doctrina que él defendía.

En 1976, escribió una brillante introducción a una publicación del Centro de Estudios Políticos sobre la conferencia de Joseph en Stockton de ese año, titulada «Monetarism is Not Enough» [«El monetarismo no es suficiente»],⁷⁷⁸ en la que su gurú político elogiaba generosamente el monetarismo. «Si deseamos un marco monetario en el que se pueda lograr un crecimiento estable y altos niveles de empleo —dijo—, no tenemos otra alternativa que mantener una oferta monetaria estable que evite el uso de la creación de demanda como un atajo para el crecimiento y el pleno empleo.»

En su invocación a una política monetaria «sólida» para eliminar la inflación y restablecer la economía, Joseph evocó la noción de un Edén de libre mercado en el que todo acabaría en perfecto equilibrio y que proporcionaría una prosperidad infinita. Citándose a sí mismo, en una conferencia de 1974, Joseph afirmó que acertar con la oferta monetaria proporcionaba una base sólida sobre la que construir el resto de la economía. El monetarismo desataría las fuerzas del mercado libre reprimidas, liberaría la economía y la haría más eficiente.

«El control monetario es un requisito previo para todo lo que necesitamos y queremos hacer —explicó—. Una oportunidad para abordar los problemas reales: la escasez de mano de obra por un lado y el desempleo por otro; las expectativas exageradas; las ineficiencias, fricciones y distorsiones; el desempleo duro; los cientos de miles de personas que necesitan formación o reciclaje o que necesitan que se les convenza de que se trasladen si quieren tener un trabajo estable y satisfactorio; los precios mundiales inestables.»

Thatcher, investigadora química de profesión, estaba totalmente de acuerdo con el pensamiento de Joseph. Al igual que Ronald Reagan, ella era algo inusual, una conservadora que leía libros interesada en las ideas por sí mismas. Disfrutaba de la teoría política y la encontraba inspiradora. Nada le gustaba más que un buen debate y era agresiva y persistente en la búsqueda de sus objetivos. Cuando comprendió el argumento de Friedman de que, en lo que respecta a la inflación, sólo importaba la oferta monetaria, le encantó su sencillez. Enseguida adoptó la derrota de la inflación por medios monetarios como su principal política económica.

A diferencia de sus predecesores, Thatcher dejó claro que el Partido Conservador se aferraría sin vacilaciones a un conjunto específico de creencias: había tanto en juego que no toleraría la disidencia. Para ello, proporcionó a los miembros de su gabinete en la sombra una lista de lecturas, elaborada por Sherman y Joseph, que incluía a Hayek, Friedman y otros héroes conservadores o libertarios.

En 1977, ante la inminencia de unas elecciones generales, Thatcher pidió a Joseph que elaborara una nueva política económica que no debiera nada a Heath. Publicada en el folleto «El enfoque correcto de la economía», abogaba por un «control estricto por parte del Gobierno de la tasa de crecimiento de la oferta monetaria».

Cuando los conservadores se hicieron con la mayoría de la Cámara de los Comunes en mayo de 1979, lo que convirtió a Thatcher en primera ministra, ésta encargó a Geoffrey Howe,⁷⁷⁹ un abogado disciplinado y competente, que hiciera los cambios necesarios en el enfoque del Tesoro para reducir la inflación. Un presupuesto elaborado a toda prisa introdujo una serie de reformas —la reducción de los impuestos directos sobre las personas físicas; un cambio de los impuestos sobre la renta a los impuestos indirectos sobre los bienes y servicios, conocidos como impuesto sobre el valor añadido— que sentaron las bases para la introducción del monetarismo en Gran Bretaña.

Friedman estaba muy contento con la victoria de Thatcher. Permitiría que su monetarismo tuviera una segunda oportunidad, esta vez con una persona tenaz y decidida que, con una mayoría considerable, ejercía el control total sobre todos los aspectos del Gobierno. Si la reducción del tamaño del Estado y la aplicación del monetarismo alcanzaban el éxito en Gran Bretaña, la Reserva Federal podría reconsiderar su política. Heath observó desde fuera «una Administración que hablaba del mercado como una especie de deidad a la que nunca hay que enfrentar».⁷⁸⁰ Samuelson visitó Gran Bretaña a principios de 1980, cuando el experimento monetarista de Thatcher apenas había comenzado. Informó a los lectores de *Newsweek*: «La inflación de precios en Gran Bretaña todavía ruge, a pesar de la minuciosa lealtad a un monetarismo ingenuo».⁷⁸¹

En junio de 1980, para alarma de sus compañeros más veteranos, Thatcher invitó a Friedman a dirigirse a los ministros de economía de su gabinete,⁷⁸² dejándolos a solas con el famoso economista para que éste les explicara su política monetaria. «La reunión generó una interesante y agitada discusión —recordó Friedman—, especialmente después de que la señora Thatcher se marchara y me pidiera que enseñara a algunos de los *wets*⁷⁸³ de su gabinete.» Durante su estancia en Londres, Friedman también se dirigió a un importante comité de economía de los Comunes, diciendo que agradecía la oportunidad de explicar el monetarismo a

los legisladores británicos, porque la aplicación en Gran Bretaña tendría «un efecto importante» en la política económica de Estados Unidos. Friedman confesó:

Apruebo firmemente las líneas generales de la estrategia monetaria expuesta por el Gobierno: tomar el crecimiento monetario como el principal objetivo intermedio; establecer por adelantado objetivos para varios años; fijar objetivos que requieran una reducción constante y gradual del crecimiento monetario, y subrayar la intención del Gobierno de cumplir a rajatabla esos objetivos.⁷⁸⁴

En su opinión, los objetivos fijados para el crecimiento de £M3 en marzo eran «de la magnitud adecuada, y estaban destinados a disminuir al ritmo correcto». Dijo que el enfoque de Gran Bretaña contrastaba con el de Estados Unidos, que ofrecía un «ejemplo atroz» particular de banqueros centrales que se dedicaban a hablar de boquilla sobre objetivos monetarios sin seguir las restricciones apropiadas. Pocos habían tomado decisiones que coincidieran con su profesión de fe en el dinero sólido. En cambio, la mayoría había intentado controlar los agregados monetarios, los tipos de interés y los tipos de cambio, «introduciendo en el proceso una variabilidad excesiva en los tres». Friedman achacó el incumplimiento de las restricciones del monetarismo a la «inercia burocrática».

Pero advirtió que la política del Gobierno británico desde el presupuesto de 1981, de reducir de forma drástica el déficit público [reducir el PSBR, o el requisito de endeudamiento del sector público para pagar los servicios] como medio de apoyo al crecimiento monetario, era inapropiada ya que no había «ninguna relación necesaria entre el tamaño del PSBR y el crecimiento monetario». El gasto público, y no el endeudamiento, es el indicador clave, y el gasto público debía reducirse.

El mejor medio para controlar la oferta monetaria, argumentaba Friedman, era el control de la «base monetaria», la compra y venta de bonos del Estado por parte del Banco de Inglaterra a los bancos de compensación. «El control de la base monetaria debería

ejercerse a través de operaciones de mercado abierto, principalmente en deuda a corto plazo, que, con un único activo de reserva, dejaría de ser un sustituto perfecto para la base monetaria —escribió—. El banco debe decidir por adelantado cada semana cuánto comprar o vender, no el precio al que lo hará. Debería permitir que fuera el mercado el que determinara los tipos de interés.» Tampoco el precio de la libra esterlina debía mantenerse mediante la intervención del Gobierno, sino dejarse en manos del libre mercado.

En cuanto a la inevitable recesión económica a medida que el dinero escasease, «el desempleo y el exceso de capacidad son un efecto secundario desafortunado de la reducción de la inflación, no una solución, al igual que quedarse en cama es un efecto secundario de una operación de apendicitis, no una cura para la apendicitis». ¿Cuál era la causa de la contracción? «La ralentización del gasto [público] en respuesta a la ralentización del crecimiento monetario y los inevitables retrasos en la absorción de la ralentización del gasto por parte de los salarios y los precios.»⁷⁸⁵

Hasta aquí la teoría. En la práctica, la experiencia del monetarismo británico fue un auténtico horror. El desempleo masivo, que Joseph había descartado en su día como un falso problema inspirado en la culpa liberal —«nos resultaba difícil evitar la sensación de que, de alguna manera, los hombres delgados y callados de la cola del paro de los años treinta eran, al menos en parte, culpa nuestra»—,⁷⁸⁶ volvió con fuerza.

En los dos primeros años del Gobierno de Thatcher, el desempleo aumentó del 5,5 al 11 por ciento, es decir, pasó de 1 millón de parados a 2,3 millones. Alrededor de 3 millones seguirían desempleados durante el resto de los años ochenta. En verano de 1981, hubo disturbios civiles generalizados en las calles de Gran Bretaña, con violentos tumultos en las ciudades de Londres, Manchester y Liverpool.

El efecto nocivo del monetarismo en la economía británica era evidente. Como dijo un funcionario del Banco de Inglaterra: «En el verano de 1980 sólo había que mirar por la ventana para ver que la política monetaria era demasiado restrictiva». ⁷⁸⁷

La producción industrial cayó un 6 por ciento, la mayor caída de la producción en un año desde 1921. Los tipos de interés pasaron del 12 por ciento con Healey a un máximo del 17 por ciento en noviembre de 1979 con Howe, donde permanecieron durante ocho meses. La crisis de la balanza de pagos la provocó el elevado precio de la libra esterlina, causado por los altos tipos de interés, que encarecían las exportaciones británicas frente a las de sus competidores y abarataban las importaciones.

Friedman advirtió que imponer el monetarismo sería doloroso. «Si se reduce la tasa en la oferta monetaria, habrá un período de desempleo, crecimiento lento, dolor, a cambio de lo cual se saldrá, después de un intervalo de tiempo, a una etapa de rápido crecimiento sin inflación», escribió. ⁷⁸⁸

Heath, mientras tanto, había advertido que el monetarismo resultaría demasiado doloroso. «Estaba convencido de que una nueva y más severa dosis de monetarismo por parte de un Gobierno conservador traería la miseria a muchos británicos, así como una profunda impopularidad del partido —escribió—. El sentido común sugería que debía utilizarse una combinación más juiciosa de política económica.» ⁷⁸⁹

Pero pocos en el Gobierno de Thatcher esperaban que las cosas se torcieran tan rápido. Whitelaw, el ministro del Interior de Thatcher, cuyo trabajo consistía en controlar las protestas callejeras con policías antidisturbios, se mostró claramente alarmado por que un Gobierno conservador hubiese llevado al país al borde del caos y la anarquía. Y, para más inri, la nueva política económica incumplía todos los objetivos monetarios que se había fijado.

Heath, relegado a los bancos traseros, fue mordaz. Escribió:

La razón principal del fracaso del Gobierno fue que el monetarismo resulta contraproducente. El desempleo creado por la brusca aplicación de la política monetaria restrictiva después de 1979 significó que no se pudo reducir el gasto público. Hubo que pagar prestaciones, y muchas personas que podrían haber pagado impuestos tuvieron que pedir ayuda al Estado. Del mismo modo, las empresas que habrían pagado el impuesto de sociedades acabaron en bancarrota [...].⁷⁹⁰

La destrucción de la industria manufacturera, que perdió más de una sexta parte de su capacidad entre el segundo trimestre de 1979 y el primero de 1981, supuso que, cuando finalmente llegó la recuperación, se produjera una crisis en la balanza de pagos [...]. El presupuesto de 1981 [...] redujo aún más la demanda durante lo más profundo de la peor recesión desde los años treinta.⁷⁹¹

¿Qué se podía hacer?

Todo el tema del monetarismo se había vuelto tan tóxico que Thatcher encargó a toda prisa un informe secreto para descubrir qué estaba fallando en el Tesoro al economista monetarista Jürg Niehans,⁷⁹² de la Universidad de Berna, a quien se invitó a examinar los libros y ofrecer una solución. Fue el CPS, financiado con fondos privados, el encargado de pagar a Niehans, y no el Tesoro, para no tener que publicar la conclusión condenatoria de que se estaba aplicando el monetarismo de un modo demasiado estricto, como todos los informes financiados por los contribuyentes. La política monetaria en Gran Bretaña, concluyó Niehans, «parece haber sido más abrupta de lo que incluso los monetaristas más fervientes defendían»,⁷⁹³ y dado que la oferta monetaria era demasiado ajustada, debía permitirse su aumento sin demora.

En el presupuesto de marzo de 1981, con una inflación del 13 por ciento, Howe se olvidó discretamente de los objetivos monetarios, recortó el endeudamiento del Estado en 3.000 millones de libras y congeló las desgravaciones del impuesto sobre la renta, lo que, a la luz de la inflación récord, supuso un aumento de más de 4.000 millones de libras en impuestos personales. Con el aumento de impuestos en medio de una recesión, el presupuesto de Howe iba en contra de toda la sabiduría económica convencional.

Thatcher recordó más tarde la elección a la que se enfrentó su Gobierno:

Si se creía, como lo hacían [nuestros críticos], que un mayor endeudamiento público era la forma de salir de la recesión, entonces nuestro enfoque era inexplicable. Si, por el contrario, se pensaba, como nosotros, que la forma de reactivar la industria era sobre todo mediante una bajada de los tipos de interés, entonces había que reducir el endeudamiento público [...]. Dudo que haya habido una prueba más clara de dos enfoques fundamentalmente diferentes de la gestión económica.⁷⁹⁴

Mientras Howe anunciaba los detalles de su presupuesto en la Comisión, los diputados conservadores, hasta entonces leales, abandonaron indignados la Cámara. Un grupo de 364 destacados economistas, entre los que se encontraban un futuro gobernador del Banco de Inglaterra y dos premios Nobel de Economía, escribieron una carta a *The Times* (Londres) en la que afirmaban que el presupuesto «carecía de fundamento tanto en la teoría económica como en las pruebas» y que amenazaba la «estabilidad social y política» de Gran Bretaña.⁷⁹⁵ Thatcher se encogió de hombros.

Friedman intentó persuadir a Thatcher de que abandonara el objetivo monetario de £M3 en favor del «control de la base monetaria», que limitaría la ampliación mensual de la nueva deuda pública, pero este enfoque fue desestimado tanto por el Banco de Inglaterra como por el Tesoro por considerar que lo más seguro era que acabase provocando una gran volatilidad de los tipos de interés que perturbaría la economía, tal como había sucedido en Estados Unidos. En verano de 1981, el monetarismo en el Reino Unido estaba muerto a todos los efectos.

Sin embargo, en septiembre de ese año, Thatcher despidió a todos los que se oponían a su política monetaria, entre ellos Gilmour, quien dijo: «No es malo tirar a un hombre por la borda, pero no sirve de mucho si se dirigen a toda velocidad hacia las rocas».⁷⁹⁶

La purga de los *wets* fue meramente reivindicativa. Gilmour y los demás opositores al monetarismo en el gabinete habían argumentado que la aplicación del dogma económico no probado de

Friedman estaba causando un caos en la economía británica y debía detenerse. Y eso es exactamente lo que ocurrió. Como no se pudo cumplir con ninguno de los objetivos monetarios fijados por Howe, Gran Bretaña abandonó el monetarismo a partir del presupuesto de 1981. Desde ese momento, serían los tipos de interés y el precio de la libra esterlina, y no la masa monetaria, los objetivos clave en los que basar la política.

Un grupúsculo monetarista en el Gobierno, que creía que nunca se había dado una oportunidad al monetarismo, se aseguró de que se siguiera hablando de los objetivos monetaristas, y de 1981 a 1985, aunque se mantuvieron los objetivos monetarios, se reajustaron repetidamente al alza para que coincidieran con las estimaciones del Tesoro sobre las medidas monetarias, que carecían en gran medida de sentido. John Fforde, director ejecutivo del Banco de Inglaterra y gran escéptico sobre el uso de las cifras de la oferta monetaria, fue capaz de informar oficialmente de que «excepto en alguna emergencia grave, o en la fase inicial de una estrategia novedosa, el abandono del juicio en favor de alguna regla cuantitativa simple y rígida sobre la oferta monetaria no ofrece resultados aceptables de forma fiable». ⁷⁹⁷

En junio de 1983, Howe fue sustituido por Nigel Lawson, ⁷⁹⁸ que continuó con la retirada del monetarismo y abandonó el objetivo de eliminar la inflación a favor de mantenerla baja —por debajo del 5 por ciento— y de sostener un tipo de cambio estable y un producto interior bruto en aumento.

En octubre de 1983, Lawson pronunció el discurso anual del ministro de Hacienda ante importantes miembros de la comunidad financiera en la Mansion House de la City de Londres, y reconoció que «los objetivos monetarios no han sido, ni han pretendido ser nunca, una forma de piloto automático. Con los años hemos ajustado los objetivos y siempre hemos tratado de tener en cuenta los cambios en la demanda de dinero». ⁷⁹⁹

En octubre de 1985, Lawson anunció formalmente que se suspendía el objetivo de £M3 durante el resto del año. Y en el presupuesto de marzo de 1986, éste se fijó sólo para un año, y no para los tres o cuatro años siguientes que había introducido Howe. La Comisión Especial del Tesoro y la Función Pública de la Cámara de los Comunes, en su informe sobre el presupuesto de 1986, señaló que «el escepticismo sobre el uso continuado de £M3 como agregado objetivo proviene en parte del hecho de que las autoridades ahora parecen no tener prácticamente ningún control sobre el mismo». ⁸⁰⁰

En octubre de 1986, el gobernador del Banco de Inglaterra, Robin Leigh-Pemberton, declaró, en una conferencia en la Universidad de Loughborough, que «no puede decirse que nuestra experiencia con el marco elegido para el funcionamiento de la política monetaria haya sido satisfactoria», y cuestionó la conveniencia de seguir fijando objetivos para el £M3 y otros agregados monetarios amplios. ⁸⁰¹ En el ejercicio siguiente, el de 1987-1988, se abandonó definitivamente el objetivo del £M3.

Tras haber sido dejado de lado por Volcker en Washington D. C., ahora el monetarismo de Friedman fue clausurado también en Londres. Fue el golpe mortal. Nunca más habría una oportunidad de convertir dos economías tan grandes como la de Estados Unidos y la del Reino Unido. La oportunidad de dejar una huella indeleble en el mundo, a través de economías con un nivel bajo y constante de inflación provocado por un aumento constante de la oferta monetaria, se esfumó.

Friedman no podía quejarse de que los británicos no hubieran tenido el poder y la personalidad necesarias para hacer funcionar el monetarismo. A diferencia del sistema estadounidense, Thatcher había gozado de un poder absoluto. Mantuvo a los teóricos monetaristas Alan Walters y Brian Griffiths ⁸⁰² como asesores privados, principalmente para intimidar a sus ministros de Hacienda y que se ciñeran a sus prioridades económicas. Quería que la teoría

funcionara, pero cuando no lo hizo, no escatimó un momento en derramar una lágrima. Abandonó a Friedman a su suerte y siguió adelante.⁸⁰³

Sin embargo, en la oficina central de los conservadores persistía el deseo de sugerir que el encuentro de Gran Bretaña con el monetarismo había sido un triunfo, y no un desastre. A Thatcher le resultaba difícil admitir que la culpa fuera suya, por lo que los directivos de su partido se vieron obligados a explicar, mediante una ficción fantasiosa, por qué, a pesar del abandono del monetarismo en 1981, la primera ministra siempre había estado en lo cierto.

The Campaign Guide for 1987, que pretendía que todos los candidatos remaran en la misma dirección, informaba de que el documento consultivo preparatorio sobre el monetarismo, publicado por el Gobierno en 1980, «declaraba explícitamente que para evaluar de manera adecuada las condiciones monetarias subyacentes era necesario tener en cuenta la evidencia de todos los distintos indicadores monetarios. Nunca se previó que un indicador u objetivo transmitiera tanta información sobre la futura inflación que pudiera seguirse mecánicamente con exclusión de todas las demás pruebas».

La guía afirmaba que ya «en verano de 1980» se vio que la restringida medida elegida de la libra esterlina M3 había «dejado de ser un buen indicador del crecimiento del PIB nominal o de la inflación»⁸⁰⁴ y que era necesario cambiarla. Se probó con M1, pero resultó ser insuficiente. Desde 1984, «se ha puesto más énfasis en una medida de dinero aún más restringida: M0». Pero incluso eso tenía sus limitaciones. «El ministro de Hacienda [Lawson] decidió, por tanto, que no debería haber un objetivo formal para la masa monetaria en sentido amplio en 1987-1988, aunque se tendría en cuenta.»

Incluso en 1989, el año antes de que Thatcher fuera destituida por sus compañeros más veteranos, *The Campaign Guide*⁸⁰⁵ describiría el monetarismo como la base del «milagro económico» de Thatcher.

El M3 de la libra esterlina fue la elección original del Gobierno como indicador clave de la oferta monetaria. Durante los años setenta, M3 había mostrado una relación bastante estrecha con el papel de la inflación, ya que los aumentos de M3 iban seguidos unos dos años más tarde de un aumento de la inflación. [Pero M3] se ha convertido en un indicador menos fiable de las tendencias inflacionistas. Por estas razones, desde 1987 el Gobierno ha dado mayor importancia a M4 [M3 más los préstamos hipotecarios] como una medida más amplia y menos errática.⁸⁰⁶

La guía admitía que el Gobierno «no había fijado ningún rango objetivo para M4, aunque se seguirán teniendo en cuenta sus movimientos», y que también se vigilaba el tipo de cambio de la libra por su efecto en la oferta monetaria.

Así, el simple dogma de Friedman, que parecía tener sentido para una serie de periodistas financieros, analistas de mercado y un grupo de líderes conservadores a mediados de los años setenta, terminó su vida en Gran Bretaña como un epílogo apologético de una década de innecesario desempleo masivo y dolorosas oportunidades perdidas.

Vencer a Bin Laden con dinero barato

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 pretendían hundir la economía occidental. Pero el presidente de la Reserva Federal, Greenspan, encontró la manera de mantener el capitalismo a flote.

Friedman tenía poco respeto por George H. W. Bush, un aristócrata blanco, anglosajón y protestante de Nueva Inglaterra que se hacía pasar por tejano. El comportamiento del exdirector de la CIA —su estatura, imperturbabilidad, familia numerosa, su acento aristocrático, su reducto junto al mar en Kennebunkport, Maine— no encajaba en absoluto con la personalidad meritocrática y de mente rápida de Friedman. Sin embargo, lo más ofensivo para Friedman fue que Bush no se adhiriera a la reaganomía, la mezcla de economía monetarista, de filtración de la riqueza de arriba hacia abajo y de la oferta que defendían Reagan y sus allegados.

Friedman fue implacable. «Creo que Reagan cometió un error al elegir a Bush como candidato a la vicepresidencia —escribió—. De hecho, la considero la peor decisión no sólo de su campaña, sino de su presidencia.».⁸⁰⁷ Recordó que «aunque el vicepresidente George Bush era casi siempre uno de los miembros del séquito que acompañaba a Reagan a las reuniones [del PEPAB], no recordaba que hubiera hecho nunca un comentario sustancial».⁸⁰⁸

Bush no disimuló su escepticismo sobre el enfoque de la economía de Friedman. En la Universidad Carnegie Mellon, el 10 de abril de 1980, durante las primarias presidenciales en las que perdió

frente a Reagan, Bush dirigió su furia contra todo el edificio de la reaganomía. «Lo que digo es que simplemente no va a funcionar — declaró Bush—. Y es muy interesante que la persona que inventara este tipo de lo que yo denomino “política económica vudú” sea Art Laffer, un economista de California [...].»⁸⁰⁹ La expresión «economía vudú» se puso rápidamente de moda y encapsuló la locura de las ideas no probadas y ajenas a la Administración Reagan de economistas inconformistas como Friedman.

El discurso de Bush lo redactó su secretario de prensa, Pete Teelay, a quien se le ocurrió lo de «economía vudú» después de leer un editorial de un periódico en el que se sugería que el equipo económico de Reagan era poco más que un grupo de curanderos, que conjuraban soluciones disparatadas desde el éter. La declaración fue suficiente para asegurar el permanente desprecio de Friedman por el hombre que se convertiría en el vicepresidente de Reagan, y luego en el cuadragésimo primer presidente, y, como tal, llegaría a decidir si reanudar el abandonado experimento monetarista de la Reserva Federal.

Friedman arremetió con desprecio contra la escasez de conocimientos económicos de Bush y su aparente falta de ética. Aunque «Bush puede tener férreos principios en algunas áreas como la política exterior —escribió Friedman—, estaba claro que no tiene ninguno en política económica». Puede que Bush haya tachado la política económica de Reagan de «economía vudú» cuando se presentaba contra Reagan, dijo Friedman, pero «cuando el señor Reagan lo eligió como candidato a la vicepresidencia, el señor Bush cambió su tono y alabó la reaganomía como el camino hacia la prosperidad». Continuó:

Su conversión continuó durante la campaña de 1988, con su promesa de: «Lee mis labios: no más impuestos». Una vez elegido, el señor Bush, con la cooperación y el aliento del Congreso demócrata y de algunos de sus nombramientos en la Casa Blanca, cambió de rumbo y siguió una política que sólo puede describirse como reaganomía a la inversa.⁸¹⁰

Friedman se deleitó enumerando los fracasos de la política económica del presidente Bush. Bajo su mandato, obligado a trabajar con un Congreso demócrata, se incrementó el gasto público considerablemente, al igual que el déficit federal. Crecieron las prestaciones sociales, así como las regulaciones que obstaculizaban el funcionamiento de las empresas (Friedman citó la Ley de Aire Limpio y la Ley de Estadounidenses con Discapacidades como abusos del poder gubernamental). A su favor, Bush también presidió una extensión del libre comercio, incluida la negociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

Para Friedman, Bush padre presidía una negación. «Si la reaganomía trajo una expansión exuberante, ¿por qué debería sorprendernos que la reaganomía a la inversa traiga estancamiento?», preguntó Friedman. Su veredicto: «Gracias al control continuado de la Cámara por parte de los demócratas, el gasto gubernamental y los impuestos se redujeron mucho menos de lo que esperaba Reagan, pero hubo un comienzo, que se habría acelerado con el fin de la Guerra Fría si Bush no hubiera revertido la reaganomía». ⁸¹¹

Bush padre resultó ser un presidente de un solo mandato, ya que perdió ante Bill Clinton en las elecciones de 1992. Clinton prometió una triangulación de la política estadounidense, para encontrar una «tercera vía» que se viera libre de las tradicionales líneas de batalla entre la izquierda y la derecha. Sorprendentemente, el regreso de un demócrata a la Casa Blanca representó una improbable ampliación de la influencia de Friedman. Con la declaración de Clinton de que el «“gran Estado” no tiene todas las respuestas. La era del “gran Estado” ha terminado», ⁸¹² las ideas de Friedman, al parecer, incluso habían hecho que los demócratas cambiaran su forma de gastar sin control. Pero para que se produjera un verdadero cambio, Clinton tuvo que sufrir una derrota, no una victoria. Tras pasar los dos primeros años ocupado en gran medida con el intento fallido de su mujer Hillary Rodham

Clinton de introducir la sanidad universal, Clinton sufrió una derrota en las elecciones de mitad de mandato de 1994, en las que los demócratas perdieron la Cámara en favor de los republicanos por primera vez desde 1952. En una autodenominada «revolución republicana», el nuevo presidente de la Cámara, Newt Gingrich, estaba decidido a avanzar con su programa conservador radical, incluso si eso significaba amenazar con un cierre del Gobierno.

El resultado fue una política económica más cercana en muchos sentidos a las ideas de Friedman que a las de Samuelson. Gingrich había ofrecido a los votantes un «Contrato con Estados Unidos», en el que prometía reducir el tamaño del Estado, impuestos más bajos, medidas del lado de la oferta para mejorar el espíritu empresarial y una reforma del sistema de bienestar social. Aunque Friedman no aprobaba todas las propuestas de Gingrich, y el monetarismo brillaba por su ausencia en su lista de tareas, muchos de sus objetivos se derivaban del cambio general de actitud ante lo público que Friedman había defendido.

Bajo la extraña y en gran medida infeliz asociación de Clinton y Gingrich, se redujo el déficit presupuestario federal, pasando del 47,8 por ciento del PIB en 1993 al 31,4 por ciento en 2001, se redujo el gasto federal del 20,7 por ciento del PIB en 1993 al 17,6 por ciento en el 2000, el déficit presupuestario de 290.000 millones de dólares se convirtió en un superávit presupuestario de 128.000 millones de dólares, en gran parte gracias a los recortes del «dividendo de la paz» en el gasto de defensa, ya que la desaparición de la Unión Soviética puso fin repentinamente a la costosa Guerra Fría. Otras medidas de Clinton y Gingrich fueron: la reforma del estado de bienestar, los acuerdos de libre comercio, incluida la firma del Tratado de Libre comercio de América del Norte, el aumento de los impuestos sobre el combustible, las rentas más altas y los pagos de la Seguridad Social, y la desregulación de los servicios financieros, todo ello manteniendo un fuerte gasto público en educación y derechos.

Friedman siempre había pensado que la reducción de impuestos y el tamaño del Estado iban de la mano. Por ello, recortar los impuestos era siempre una buena idea porque presionaba a los legisladores para que frenaran sus hábitos de gasto excesivo. Decía:

Estoy a favor de reducir los impuestos en cualquier circunstancia y con cualquier excusa, por cualquier motivo, siempre que sea posible. El gran problema no son los impuestos, sino el gasto. La pregunta es: «¿Cómo se puede contener el gasto público?» [...]. Creo que la única forma efectiva de mantenerlo a raya es reduciendo la cantidad de ingresos que tiene el Estado. La forma de hacerlo es recortar los impuestos.⁸¹³

Las peticiones de la mayoría republicana de la Cámara de Representantes al Gobierno de Clinton eran que había que dar más importancia a las soluciones de libre mercado. Pocos conservadores pueden afirmar haber fomentado y articulado la opinión antigubernamental que condujo a la victoria republicana de mitad de mandato más que Friedman. La decisión de ser despiadado con el Ejecutivo fue de Gingrich, pero el crecimiento del movimiento a favor de una menor intervención gubernamental con el paso de las décadas se debió sin duda al proselitismo de Friedman. Según éste, «durante los años noventa, se dio la combinación más adecuada para contener el gasto. Un demócrata en la Casa Blanca y los republicanos controlando el Congreso. Eso es lo que produjo superávits [del presupuesto federal] al final de la era Clinton, y durante toda esa era hubo una tendencia a reducir el gasto».⁸¹⁴

Pero la «revolución republicana» terminó en una farsa. Tom DeLay, el nuevo presidente de la Cámara de Representantes, se quejó de que «el “gran Estado” se había alimentado del abrevadero público durante demasiado tiempo»⁸¹⁵ y Gingrich se propuso reducirlo, e incluso diseñó el cierre del Gobierno federal al no acordar un presupuesto para mostrar su seriedad. Pero la victoria de Gingrich duró poco. Se impuso su amor propio, ostentación y arrogancia. Su queja, en medio del cierre del Gobierno, de que el

asiento que se le había asignado en el Air Force One —que le llevaba a él y a otros líderes políticos al funeral del líder israelí Yitzhak Rabin— estaba demasiado lejos de la parte trasera del avión para alguien de su estatus, reveló una vanidad personal que no encajaba con sus pretensiones de ser un simple reformista. «Fue lamentable —recordaría DeLay—. Newt fue descuidado al decir algo así, y ahora todo el calibre moral del cierre se había perdido. Lo que había sido una noble batalla por la cordura fiscal empezó a parecer la diatriba de un niño malcriado.»⁸¹⁶ Friedman sólo pudo contemplar con incredulidad cómo la mejor oportunidad de hacer retroceder la escala del creciente Estado se perdía por el egoísmo de Gingrich.

Si bien el papel de Friedman al margen de la «revolución republicana», que se tambaleaba, fue escasamente reconocido, era optimista en cuanto a que sus argumentos a favor de un sector gubernamental más pequeño estaban ganando poco a poco la partida. Había observado la tendencia de los legisladores a reducir el tamaño de los Estados en todo el mundo, especialmente en los antiguos Estados comunistas. «El socialismo progresivo [...] es mucho mejor que el socialismo galopante. Es un cambio de tendencia»,⁸¹⁷ dijo. Y se mostró optimista en cuanto a la continuidad de la misma. «Lo que preveo es que la Administración se haga más pequeña como fracción de la renta nacional porque ésta aumenta, mientras que la Administración más o menos se estanca»,⁸¹⁸ dijo.

El 8 de diciembre de 1995, Samuelson escribió a Friedman de improviso, recordándole que «hace justo 62 años [...] que nos conocimos. Yo era un humilde estudiante de segundo año y tú ya eras un erudito del destino». Era una muestra entrañable de sentimentalismo, que subrayaba que las muchas cosas que los dos compartían eran más importantes que sus diferencias. «Espero que se diga de nosotros que, aunque estábamos en desacuerdo en muchas cosas, entendíamos en qué se basaban nuestras

diferencias lógicas y empíricas, y que fuimos bastante buenos en preservar la amabilidad, la amistad y el respeto en todo momento»,⁸¹⁹ escribió Samuelson.

En su respuesta, Friedman dijo que él y Rose «estaban muy conmovidos» por la nota de Samuelson y que estaba de acuerdo sobre los primeros años juntos en Chicago. «Fueron días verdaderamente maravillosos —convino—. Sin embargo —continuó diciendo Friedman—, tengo que hacer una corrección. Debe de hacer 61 o 63 años que nos conocimos; yo diría que 63.»⁸²⁰

Si los antiguos Estados satélite de la Unión Soviética de Europa del Este trataban a Friedman como un vidente, en Estados Unidos las cosas estaban más difíciles. Las elecciones presidenciales del año 2000, muy controvertidas, llevaron a un segundo Bush a la Casa Blanca. Si bien su padre, George H. W. Bush, era un elitista de la vieja escuela, con ideas aristocráticas sobre la responsabilidad del Estado en el bienestar de sus ciudadanos, George W. era un conquistador tejano con ambiciones políticas. Había conseguido que la familia Bush pasara de ser la confluencia de dos prominentes dinastías republicanas de Connecticut —los Walker y los Bush— a la de una familia de barones del petróleo tejanos más adecuada al republicanismo de la época. A diferencia de su padre, George W. había prometido reducir los impuestos durante la campaña electoral, algo que hizo: 1,35 billones de dólares en el resto de la década, con una rebaja inicial en su primer presupuesto de 400.000 millones de dólares. Pero una acción tan drástica tuvo consecuencias. En julio de 2001, la recaudación de impuestos había descendido mucho mientras el mercado de valores se hundía, lo que llevó al jefe de la Reserva Federal, Alan Greenspan,⁸²¹ a reducir de forma drástica los tipos de interés para evitar que la economía entrara en recesión.

Pero los problemas de Bush con la economía se vieron pronto eclipsados por un acontecimiento que iba a sacudir al mundo: los atentados del 11 de septiembre de 2001 perpetrados por los

terroristas de Al Qaeda en el World Trade Center de Nueva York y en el Pentágono de Washington D. C. La conmoción que supuso para la economía mundial el hecho de que el terror pudiera golpear tan fácilmente el corazón del sector financiero y político de Estados Unidos planteó un nuevo problema a los economistas: cómo calmar los nervios de un sistema financiero que dependía de la confianza para generar prosperidad. Tal como lo describió Greenspan: «Durante un año y medio después del 11 de septiembre de 2001, estuvimos en el limbo. La economía consiguió expandirse, pero el crecimiento era incierto y débil. Las empresas y los inversores se sentían asediados». ⁸²²

Por su parte, Friedman confiaba plenamente en que el sistema de valores occidental sobreviviría a estos violentos ataques de sus oponentes islamistas. «Las fuerzas a favor de la liberalización son infinitamente más poderosas que las que actúan en sentido contrario —dijo—. Ya conocemos las amenazas, pero ninguna ha obstaculizado el desarrollo, ya que las sociedades libres han logrado alcanzar un nivel razonable de eficiencia económica que las protege de ese “mal tiempo”.» ⁸²³

La solución de Greenspan a la conmoción de los atentados —mantener los tipos de interés bajos durante el tiempo necesario— suscitó nuevos argumentos sobre el papel del dinero en la economía y resucitó viejas disputas sobre cómo debía tratarse el dinero. La respuesta de Greenspan a la incertidumbre provocada por los atentados terroristas fue «mantener nuestro programa de bajada agresiva de los tipos de interés a corto plazo», que se sumó a siete recortes de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal «para mitigar el impacto de la quiebra de las empresas puntocom y el declive general del mercado bursátil». ⁸²⁴

Greenspan siguió recortando el tipo de interés cinco veces más, de modo que, en octubre de 2002, había alcanzado un escaso 1,25 por ciento, más bajo que en cualquier otro momento desde que Eisenhower estaba en la Casa Blanca y, para Greenspan, «una cifra que la mayoría de nosotros habría considerado

inconmensurablemente baja hace una década». La economía parecía haberse puesto patas arriba y las antiguas certezas ya no eran ciertas. Greenspan lo explicó:

Como funcionarios cuyas carreras profesionales se habían dedicado a luchar contra la inflación, la experiencia de hacer tales recortes nos pareció decididamente extraña. Sin embargo, la economía estaba a todas luces en medio de la desinflación, en la que las fuerzas del mercado se combinan para contener los salarios y los precios, y hacer que las expectativas de inflación, y por tanto los tipos de interés a largo plazo, retrocedan.

Y eso era sólo el principio. El mundo entero parecía estar sumido en la desinflación, una desaceleración generalizada del ritmo de aumento de los precios, que presagiaba una condición que los economistas de todas las creencias coincidían en que sería aún más desastrosa: la deflación o la reducción persistente de los precios en general. El medio tradicional para frenar la deflación era inundar el sistema con nuevos préstamos. «Siempre había asumido que, si la deflación parecía inminente, podíamos poner en marcha las imprentas y crear tantos dólares como fueran necesarios para detener una espiral deflacionista —recordaba Greenspan—. Ahora ya no estaba tan seguro.»⁸²⁵

Inundar el sistema con dinero barato era uno de los pocos recursos que le quedaban a Greenspan, aunque el presidente de la Reserva Federal conocía la verdad del proverbio económico de Keynes: «No se puede empujar una cuerda»,⁸²⁶ en otras palabras, se puede ofrecer dinero barato a los bancos y a los empresarios, pero, si los inversores no ven oportunidades y, por tanto, no quieren pedir préstamos, o los bancos son reacios a prestar, no hay nada que un Estado pueda hacer para obligarlos.

Muy consciente de que al recortar aún más los tipos de interés se arriesgaba a «una burbuja, un *boom* inflacionista de algún tipo», al que habría que hacer frente en algún momento, en junio de 2003 Greenspan volvió a recortar los tipos de interés, hasta el 1 por ciento. Friedman creyó entender por qué Greenspan estaba tan impaciente por mantener los tipos de interés bajos. «Greenspan

está echando la vista atrás, a los años treinta en Estados Unidos y a los noventa en Japón. Estará diciendo: “Si me equivoco, prefiero pecar de demasiado expansivo que de demasiado contractivo”.»⁸²⁷ Setenta años después de los acontecimientos que Friedman había estudiado tan de cerca, en los que el Estado sólo había dejado dinero prestado a un tipo de interés demasiado elevado, lo que provocó la quiebra de los bancos y causó la Gran Depresión, surgió una eterna pregunta sobre el papel que puede desempeñar la oferta monetaria para salvar una economía de la recesión.

El dilema no era nuevo. Como escribió Samuelson en la primera edición de *Economía* en 1948:

Al aumentar el volumen de sus valores y préstamos gubernamentales, y al reducir los requisitos de reserva legal de los bancos miembros, los bancos de la Reserva pueden fomentar un aumento en la oferta de dinero y depósitos bancarios. Pueden alentar, pero, sin tomar medidas drásticas, no pueden obligar. Porque en medio de una profunda depresión, justo cuando queremos que la política de la Reserva sea más efectiva, es probable que los bancos miembros se muestren tímidos a la hora de comprar nuevas inversiones o conceder préstamos.⁸²⁸

Junto con persistentes tasas de interés en mínimos históricos, George W. Bush presidió un creciente déficit federal, cuestión que se convertiría en el principal tema de debate en el Congreso en los primeros años del nuevo siglo. Bush había heredado de Clinton un creciente superávit presupuestario —237.000 millones de dólares en el año 2000, 127.000 millones de dólares en el 2001—, pero el gasto público pronto superó los ingresos fiscales, ya que Bush cumplió sus promesas de campaña de introducir profundos recortes de impuestos, aumentar el gasto en defensa y presentar una costosa ley de Medicare, para dar cobertura a medicamentos recetados a los ancianos. En un año, a finales de 2002, el déficit presupuestario se había disparado hasta los 158.000 millones de dólares. Entonces, en respuesta a los ataques terroristas del 11-S,

Bush entró en guerra en dos frentes, en Afganistán, en busca de Al Qaeda, y en Irak, aparentemente para destruir las «armas de destrucción masiva» de Sadam Huseín.

La continencia fiscal que antes representaba la visión republicana del déficit público fue sustituida por una actitud más despreocupada hacia la deuda pública. Para algunos republicanos, el propio endeudamiento debía evitarse a toda costa. El déficit representaba una simple incapacidad de Estados Unidos para vivir dentro de sus posibilidades, lo cual era una aberración. Al igual que los hogares no pueden vivir eternamente de préstamos, las naciones, en tiempos normales, deben equilibrar las cuentas como una cuestión de virtud pública. Pero todos los presidentes republicanos pensaban que el déficit era admisible con tal de reducir los impuestos. Como reconoció en 2002 Dick Cheney, el vicepresidente de George W. Bush, el enfoque despreocupado de Reagan respecto a las finanzas de la nación había demostrado que «el déficit no importaba».⁸²⁹ Bush aumentaba ahora de manera radical la deuda de la nación y los republicanos se esforzaban por justificar su comportamiento.

Como siempre, Friedman pensaba que los legisladores debían utilizar el creciente déficit como excusa para recortar el gasto público. «Durante todos los años noventa hubo una tendencia a bajar el gasto —explicó—. Luego llegaron los republicanos, que habían estado en el desierto, y así se produjo un estallido del gasto en el primer mandato de Bush.»⁸³⁰ En su opinión, para reducir el endeudamiento del Gobierno federal, los legisladores debían introducir límites legales a la cantidad que un Gobierno podía gastar. «Lo que deberíamos considerar [...] es una enmienda de limitación de impuestos y gastos, una enmienda para contener el gasto total —sugirió—. No creo que deba adoptar la forma de una enmienda de equilibrio presupuestario, aunque podría ser una de las formas que podría adoptar.»⁸³¹

Friedman tenía pocas esperanzas de que Bush hijo adoptara sus ideas. Su veredicto sobre la presidencia de George W. era desigual. «Tengo que dar a la Administración Bush una nota muy alta por haber llevado a cabo una importante reducción de impuestos. Tengo que darle también una nota muy alta al discurso que emana de la Administración Bush. Pero en términos de práctica en el frente económico, hay que decir que son una decepción.»⁸³²

Samuelson, por su parte, estaba más preocupado por el hecho de que la controversia que rodeaba a los recortes de impuestos de Bush, que beneficiaban de forma abrumadora a los estadounidenses ricos, significaba que, en caso de una recesión económica, los impuestos no se utilizarían como había recomendado Keynes, como estímulo para una economía debilitada. «El legado que nos deja Bush es terrible porque la gente confunde hoy en día sus regalos a los ricos con reducciones de impuestos que puedan tener un efecto significativo en el crecimiento económico»,⁸³³ dijo. La lógica de la oferta detrás de los recortes fiscales, para inspirar a los empresarios a trabajar más, era un mito. «Dar recortes fiscales a las empresas de la lista Fortune 500 y a sus ejecutivos con sueldos descaradamente excesivos no va a hacer que se vuelvan dinámicas de repente»,⁸³⁴ dijo. Y añadió:

El sistema de gobierno corporativo que ha permitido que los directores generales ganen cuatrocientas veces el salario medio de sus empleados — hace dos décadas solía ser cuarenta— ha socavado cualquier argumento a favor de los recortes fiscales para los tramos superiores. La remuneración de las empresas basada en los beneficios trimestrales en lugar de en el crecimiento a largo plazo, combinada con paracaídas de oro incluso si los ejecutivos fracasan, debilita la productividad. La reducción de impuestos para este grupo, por tanto, es literalmente contraproducente.⁸³⁵

Aunque Friedman dudaba en respaldar las medidas de emergencia de Greenspan, éste seguía siendo un descarado admirador de Friedman. «Sus opiniones han influido tanto, si no más, en la forma en que pensamos sobre la política monetaria y muchas otras cuestiones económicas importantes como las de

ninguna otra persona de la última mitad del siglo xx», dijo. Pero no había abrazado el monetarismo como política de la Reserva Federal, porque él también estaba desconcertado por encontrar una medida de dinero que fuera apropiada para frenar los precios. Le dijo a Friedman:

Reconocemos que la inflación es fundamentalmente un fenómeno monetario y que, en última instancia, está determinada por el crecimiento de la masa monetaria, no por los tipos de interés nominales o reales. Sin embargo, en las circunstancias actuales, determinar qué datos financieros deben agregarse para proporcionar una aproximación empírica adecuada a la masa monetaria que haga un seguimiento de la renta y el gasto representa un gran reto para los analistas monetarios.⁸³⁶

No obstante, cuando Greenspan se retiró de la Reserva Federal en 2006, Friedman elogió su trayectoria en general. «La tasa de crecimiento de la oferta monetaria ha sido más estable bajo la Administración de Greenspan que en casi cualquier Administración anterior —dijo—. Creo que, en comparación con los anteriores presidentes de la Fed, Alan destaca por haber hecho un trabajo excelente.»⁸³⁷ Afirmó que «el gran logro de Greenspan es haber demostrado que es posible mantener los precios estables».⁸³⁸

Friedman había defendido durante mucho tiempo un enfoque reglamentario del crecimiento monetario, pero Greenspan había utilizado su propio criterio, con un efecto impresionante. «Hace tiempo que estoy a favor del uso de reglas estrictas para controlar la cantidad de dinero creado —escribió Friedman—. Alan dice que me equivoco y que la discreción es preferible, incluso esencial. Ahora que ha terminado su etapa de dieciocho años al frente de la Reserva Federal, debo confesar que su actuación me ha convencido de que tiene razón.»⁸³⁹ Pero Friedman seguía creyendo que el elemento humano de la Fed era un peligro en el futuro si un presidente débil de la Reserva Federal cedía a la presión política para aumentar la oferta monetaria. «Puede que Alan Greenspan

haya sido un espléndido presidente, pero ¿quién sabe cómo será el próximo? El dinero es demasiado importante para dejarlo en manos de los banqueros centrales.»⁸⁴⁰

Samuelson adoptó una visión más crítica de Greenspan y lamentó la ausencia de moralidad en sus acciones. «El problema es que era seguidor de Ayn Rand», dijo Samuelson, refiriéndose a la temprana devoción de Greenspan por la absolutista del libre mercado de Rand, la patrona del capitalismo desenfrenado y egoísta. «Puedes sacar al chico de la secta, pero no puedes sacar la secta del chico. De hecho, tenía instrucciones, probablemente fijadas en la pared: “Nada que desacredite el sistema capitalista puede salir de esta oficina. La codicia es buena”.»⁸⁴¹ Y aunque «si bien en el fondo Greenspan era buena persona, Rand y Arthur Burns no, ambos eran seres despreciables», Greenspan se mostró imprudente cuando «después de 1996 [y] de los claros indicios de una burbuja bursátil se negó (¿imprudentemente?) a emprender cualquier política preventiva [...]. No tenía ningún motivo para creer que tras el estallido de la burbuja podría tomar medidas correctivas eficaces. No es de extrañar, pues, que cuando Enron y los nuevos monstruos de la ingeniería financiera estaban claramente a punto de estallar, él no hiciera caso ni actuara. Cuando abandonó el cargo, sus sucesores se quedaron con un buen problema encima».⁸⁴²

El Gobierno de George W. Bush iba a ser la última oportunidad plausible de Friedman para hacer un cambio duradero en la gestión de la oferta monetaria en Estados Unidos. En respuesta, sobre todo, a las aparentemente interminables guerras de Afganistán e Irak, el pueblo estadounidense eligió próximo presidente a un demócrata, Barack Obama, un abogado con poco interés o conocimiento en la economía. Aunque el nuevo presidente de la Reserva Federal era un admirador inconfeso de Friedman, la elección de Barack Obama en 2008 coincidió con un cambio en la forma en que la economía del país era moldeada por el Gobierno federal. Las ideas de Friedman, al igual que el mismo Friedman, eran anticuadas y, cuando la economía mundial se vio sacudida por una repentina congelación

del crédito y la perspectiva de devastadoras quiebras bancarias, el Gobierno federal recurrió a los keynesianos como Samuelson en busca de consejo.

Todo va de maravilla

Bernanke, presidente de la Reserva Federal, pensaba que la economía había alcanzado un estado de prosperidad permanente y sin inflación. Pero no vio los problemas que estaban por llegar.

Friedman se vería gratamente sorprendido por el siguiente presidente de la Reserva Federal, Ben Bernanke,⁸⁴³ que en febrero de 2006 sucedió a Greenspan. Al menos sobre el papel, Bernanke era más del agrado de Friedman y simpatizaba más con sus opiniones. Catedrático de Economía y director del Departamento de Economía de Princeton, Bernanke mostraba especial interés por el papel del Estado en el ciclo económico, una disputa central entre Keynes y Hayek que sus seguidores han mantenido durante setenta años. Bernanke también era un experto en cómo frenar la inflación, y últimamente, en cómo solucionar la deflación. Sobre todo, era una autoridad en las causas y efectos de la Gran Depresión y un admirador de las investigaciones de Friedman y Schwartz sobre sus causas monetarias. En la pared de su despacho en la Reserva Federal, Bernanke colgó una fotografía de los cuatro banqueros de la Reserva que habían mantenido las tasas de interés demasiado elevadas y el crédito escaso en 1931, lo que había provocado y prolongado la depresión. Por una vez, Friedman tenía un seguidor en la Reserva Federal.

En noviembre de 2002, Bernanke fue el orador invitado en un acto para celebrar el nonagésimo cumpleaños de Friedman. Dijo a los asistentes que había leído por primera vez *Monetary History of the United States* de Friedman y Schwartz cuando estudiaba su doctorado en el MIT, el bastión de Samuelson. «El análisis de Friedman y Schwartz nos deja muchas lecciones —concluyó—. Lo mejor que los banqueros centrales pueden hacer por el mundo es evitar esas crisis facilitando a la economía, en palabras de Milton Friedman, una “base monetaria estable”, por ejemplo, que se refleja en una inflación baja y estable.» Luego, en un extraordinario *mea culpa* en nombre de la Junta de la Reserva Federal, Bernanke aceptó la responsabilidad de haber inducido la Gran Depresión al hacer que el dinero escaseara. Mirando directamente a Friedman, dijo: «Con respecto a la Gran Depresión: tienes razón, lo hicimos. Lo sentimos mucho. Pero gracias a ti, no volveremos a hacerlo».⁸⁴⁴

Más tarde, ese mismo mes, Bernanke abordó el problema de afrontar la deflación en una economía en la que los tipos de interés estaban a cero o casi a cero. «Una vez que el tipo de interés nominal está en cero —explicó—, no se puede hacer ningún otro ajuste a la baja del tipo, ya que los prestamistas no aceptarán un tipo de interés nominal negativo cuando es posible mantener liquidez.» Cuando el tipo de interés a corto plazo llegó a cero, se sugirió que los bancos centrales se habían quedado sin munición y no podrían influir en los acontecimientos mediante la manipulación de los tipos de interés.

Sin embargo, Bernanke argumentó que, a pesar de la idea de Keynes de que «no se puede empujar una cuerda», un banco central aún conservaba «considerable poder para expandir la demanda agregada⁸⁴⁵ y la actividad económica incluso cuando su tipo de interés oficial habitual estaba en cero». Esto incluía la impresión de dinero al por mayor a través de *swaps* de crédito —la Reserva Federal compra su propia deuda y la cede a un tipo más bajo—, política que se conocería como «flexibilización cuantitativa». Aseguró a Friedman y a los demás economistas del público que «la

Reserva Federal y otros responsables de la política económica no estarían ni mucho menos indefensos ante la deflación, incluso si el tipo de los fondos federales llegara a su límite cero». ⁸⁴⁶

En su despacho de la Reserva, Bernanke guardaba un ejemplar firmado del libro *Economía* de Samuelson, a quien consideraba «un titán de la economía». Pero Samuelson era escéptico respecto a Bernanke. A pesar de su inteligencia y sus logros —obtuvo una puntuación de 1.590 sobre 1.600 en su examen SAT y de niño aprendió cálculo de forma autodidacta porque en la escuela no le enseñaban—, Samuelson consideraba que Bernanke no tenía una comprensión intuitiva de los acontecimientos que le hubiera permitido tener una visión más completa de la Gran Depresión, el tema de su tesis doctoral. Samuelson se tomó la molestia de consultar dicha tesis doctoral. «Me di cuenta de que cuando escribes en los años ochenta, y hay cierta mentalidad prácticamente universal, te pierdes muchos matices de lo que de verdad ocurrió durante la Depresión», ⁸⁴⁷ dijo Samuelson. «[Bernanke, nacido en 1953,] no tenía una idea de cómo eran las cosas. Si has nacido después de 1950, no sientes la Gran Depresión en los huesos. Ser un chico brillante en el MIT [como Bernanke] no sustituye esa sensación.» ⁸⁴⁸

Al igual que muchos jóvenes estadounidenses, la incapacidad de Bernanke para comprender todo el horror de la década de desempleo durante la recesión le había llevado, según Samuelson, a restar importancia al paro a la hora de decidir la política de la Reserva Federal. Samuelson creía que los pocos recuerdos sobre el desempleo masivo de los años treinta y los sacrificios realizados por los estadounidenses de a pie durante la Segunda Guerra Mundial habían hecho más tolerable el desempleo inherente a las políticas propuestas por Friedman y otros. Samuelson explicó: «Entre 1980 y 2003 se ha producido un giro a la derecha entre los votantes, cuyo alejamiento del “altruismo” es en cierto modo proporcional al tiempo

transcurrido desde la Gran Depresión y desde la organización efectiva del Gobierno estadounidense para la “buena” contienda de la Segunda Guerra Mundial». ⁸⁴⁹

Friedman murió de un ataque al corazón en su casa de San Francisco el 16 de noviembre de 2006. Gozó de buena salud durante la mayor parte de sus noventa y cuatro años. En 1972, sufrió una angina de pecho y se sometió a una operación de *bypass* a corazón abierto en la clínica Mayo. Después, tras sufrir un ataque al corazón en Nueva Orleans en 1984, lo trasladaron en avión al hospital de Standford, donde se le practicó un segundo *bypass* cardíaco. A pesar de esas dos grandes operaciones, siguió jugando al tenis todas las semanas y esquiando. En los últimos cinco años de vida, Friedman fue consciente de que su ritmo se había ralentizado, incapaz de tener el pensamiento innovador, combativo y contrario al sentido común que le habían animado los años anteriores. En 2001, en respuesta a Samuelson, que le había enviado su obra más reciente, Friedman escribió: «Me interesaba hojear las páginas y ver lo que has hecho, pero no tengo nada que añadir o quitar. Me admira ver que todavía eres capaz de hacer este tipo de trabajo. Me temo que yo ya no puedo». ⁸⁵⁰ Al mes siguiente, al comentar en un intercambio de cartas con Samuelson cómo Edward Teller, ⁸⁵¹ un compañero de la Institución Hoover, había acusado casualmente a J. Robert Oppenheimer ⁸⁵² de deslealtad a Estados Unidos, Friedman dijo que ahora rara vez asistía a los almuerzos en la Hoover, en los que antes era famoso por sus enérgicas contribuciones a los debates.

En su carta de pésame a Rose Friedman, Samuelson expresó su profunda sensación de pérdida. «Cuando llegó la noticia de la muerte de Milton, sentí como si mi universo hubiera cambiado — escribió—. Desde otoño de 1932, cuando Milton llegó a Midway, me di cuenta de que era una persona con un alto coeficiente intelectual que seguía su propia lógica a dondequiera que ésta le condujera. Y

siempre que mi camino me apartaba, me parecía oportuno reflexionar sobre cada palabra y ecuación de Milton Friedman, el mayor de los cumplidos.» Continuó:

Milton Friedman, más que ningún otro erudito del siglo xx, ha movido a los economistas académicos hacia la derecha, hacia el libertarismo del libre mercado. En cambio, John Kenneth Galbraith no ha tenido casi nada que ver con nuestra fraternidad. A pesar de que Friedrich Hayek ha tenido una influencia considerable entre el público no especializado, su capacidad de persuasión entre los académicos no se puede comparar con la de Milton.⁸⁵³

Samuelson añadió también una nota personal. Su esposa Marion había muerto de cáncer en 1978, a los sesenta y dos años. Escribió:

Rose, sé lo que es perder a un compañero. Afortunadamente, el paso del tiempo no opaca la emoción del duelo. Más bien, por alguna misteriosa hechicería, el tiempo sirve para acentuar los buenos recuerdos. Tus amigos y prole han sido bendecidos por Milton y sus recuerdos.

Friedman defendió su postura hasta el final. Al día siguiente de su muerte, *The Wall Street Journal* publicó una columna titulada «Money Matters», que sería su salva final. Basándose en un trabajo de investigación que estaba escribiendo y que comparaba tres períodos de auge económico —Estados Unidos en los años veinte, Japón en los ochenta y Estados Unidos en los noventa—, intentó demostrar el papel fundamental que desempeña la oferta monetaria en la determinación de la renta nacional y en las cotizaciones bursátiles. Cuando se le preguntó poco antes de morir si había triunfado tanto como esperaba, Friedman respondió: «Creo que en general me ha ido muy bien. No he ganado todas las batallas, ni mucho menos. No hay por qué ganarlas todas. Pero en general me siento bastante satisfecho».⁸⁵⁴

Aunque los banqueros centrales, y no los programas informáticos, regulaban la oferta de dinero nuevo, Friedman se atribuyó el mérito de haberlos inspirado para que la oferta de dinero

siguiera creciendo a un ritmo constante. «Finalmente aprendieron que la solución a la deflación es imprimir suficiente dinero y la solución a la inflación es no imprimir demasiado dinero»,⁸⁵⁵ recalcó. El resultado, durante los veinte años anteriores, había sido «un período dorado. Un período en el que la inflación disminuyó, pero con una tasa bastante estable, un nivel constante. Sólo hubo tres recesiones, todas ellas breves y leves. No creo que se pueda encontrar otro período de veinte años así en la historia de Estados Unidos».⁸⁵⁶

The New York Times describió a Friedman como «el gran maestro de la teoría económica del libre mercado en la era de posguerra y una fuerza primordial en el movimiento de las naciones hacia un Estado menor y una mayor confianza en la responsabilidad individual» y «uno de los principales estudiosos de la economía del siglo xx, a la altura de gigantes como John Maynard Keynes y Paul Samuelson».⁸⁵⁷ Sam Brittan rindió homenaje en el *Financial Times* a la franqueza y valor de Friedman. «Parte de su atractivo residía en su disposición a decir verdades que se les habían ocurrido a muchas otras personas, pero que no se habían atrevido a pronunciar —escribió Brittan—. Sin embargo, Friedman continuaría defendiendo estas máximas contra las fuerzas masivas de la corrección económica.»⁸⁵⁸

Lawrence Summers,⁸⁵⁹ exsecretario del Tesoro de Clinton y sobrino y compañero de tenis de Samuelson, rindió un generoso y sincero homenaje a Friedman. «Fue la figura del diablo en mi juventud —escribió Summers—. Sólo con el tiempo he llegado a tenerle gran respeto a regañadientes. Y con más tiempo, un respeto cada vez más incondicional.» Ahora, sin Friedman ya en escena, Summers estaba dispuesto a ir más allá. «Si Keynes fue el economista más influyente de la primera mitad del siglo xx, Friedman fue el más influyente de la segunda mitad —aseguró—. El republicano Richard Nixon señaló una vez que “ahora todos somos keynesianos”. Del mismo modo, cualquier demócrata honesto

admitirá que ahora todos somos friedmanitas. Lo somos porque él mismo logró ganar muchos de sus debates con la sabiduría convencional de su época.»⁸⁶⁰

En un artículo publicado en *The New York Times*, Summers escribió: «Cuando era estudiante a principios de los años setenta, me enseñaron que todo el mundo, aparte de Milton Friedman y algunos otros disidentes, sabía que la política fiscal era de importancia primordial para estabilizar la economía, que se podía explotar la curva de Phillips para aumentar el empleo si la sociedad toleraba un cierto aumento de la inflación y que los economistas pronto serían capaces de controlar las fluctuaciones económicas mediante políticas bien calibradas». Señaló que «las herejías de Friedman se habían convertido en la ortodoxia», con un «acuerdo total» ahora entre políticos y economistas de que «la política monetaria puede conformar una economía más que la política presupuestaria; una inflación elevada y prolongada no conducirá a la prosperidad y puede llevar a un nivel de vida más bajo; los responsables políticos no pueden ajustar sus economías mientras fluctúan». Concluyó: «Siento que he perdido a un héroe, un hombre cuyo éxito demuestra que las grandes ideas, presentadas de forma convincente, pueden cambiar la vida de la gente en todo el mundo».⁸⁶¹

Samuelson escribió a Summers:

Durante un tiempo después de la muerte de un importante erudito, hay que aplicar la doctrina de *nihil nisi bonum* [no decir nada a no ser que sea bueno]. Tom Sawyer disfrutó asistiendo a su propio funeral. Milton (en ese cielo en el que no creía) debe estar disfrutando de los titulares que se le han dedicado. Conociéndolo desde hace setenta y cuatro (largos) años, creo que su principal motivación era persuadir a las sociedades modernas para que adoptaran el punto de vista libertario [...]. A medida que el recuerdo de la Gran Depresión se desvanecía [...] Friedman aceleró dentro de los círculos académicos nuestra profesión para ponerse al día con los electorados egocéntricos.

Samuelson censuró a Summers el haber dicho que Friedman había demostrado que la forma más apropiada de abordar la inflación era a través de métodos monetarios, y no fiscales. Continuó:

Lo que me ha llamado la atención es tu frase «la política monetaria puede conformar una economía más que la política presupuestaria». ¿Quién ha demostrado eso (y qué significa)? ¿Lucas? ¿Barro?⁸⁶² ¿El propio Friedman? ¿Martin Feldstein?⁸⁶³ ¿Qué conjunto de ecuaciones macro de 2006 deduce eso como un teorema convincente? [...]

Te diré, y sólo a ti, que al leer todas las palabras publicadas por Milton Friedman, he de calificarlo negativamente como macroeconomista. Como microeconomista era obstinadamente anticuado, aferrándose al equilibrio parcial de [Alfred] Marshall que carecía de fundamentos micro (A. M. lo sabía) [...]. Estas cosas *ad hominem* no importan. No volveremos a ver a alguien como él en muchos años.

Por favor, no cites esta carta. Todavía no ha llegado el momento de que la doctrina del *nihil nisus verum* [nada más que la verdad] entre en vigor.⁸⁶⁴

Cuando se le pidió que comentara en público el legado de Friedman, Samuelson fue convenientemente amable con los logros de su antiguo contrincante. «Nadie en el siglo xx ha tenido la influencia ideológica de Milton Friedman, que ha hecho que la profesión económica pase del bondadoso asistencialismo de la época de la Gran Depresión a una actitud amistosa y de aprecio por el libre mercado —dijo Samuelson a *The Wall Street Journal*—. Hemos perdido a un gigante de la economía.»⁸⁶⁵ Y declaró a *The New York Times*: «Friedman se consideraba a sí mismo un hombre de ciencia, pero en realidad se dejaba llevar por la pasión mucho más de lo que él creía».⁸⁶⁶ Samuelson reservaría una evaluación más condenatoria de la vida y carrera de Friedman para un momento más adecuado.

Cuando Rose Friedman falleció, el 18 de agosto de 2009, Samuelson escribió una carta de pésame a los hijos de Friedman: David Friedman y Janet Martel, ambos residentes en California, y a «toda la familia Friedman». «Las habilidades de Milton fueron evidentes desde el principio —escribió—. Durante dos tercios de

siglo, a pesar de las diferencias en nuestros juicios de valor, fuimos capaces de mantener un discurso civilizado. Creo que eso fue un tributo para ambos.»⁸⁶⁷ David Friedman respondió: «Es realmente bueno que la gente pueda discrepar y llevarse bien de forma pacífica e incluso amistosa». Pero le echó en cara a Samuelson que en la carta de pésame escribiera que él y Milton Friedman habían tenido «diferencias de juicios de valor». «La gente de todos los lados del espectro político está demasiado dispuesta a atribuir las diferencias en las preferencias políticas a las diferencias de valores —escribió—. La suposición implícita es que nuestras opiniones positivas sobre el efecto de diferentes políticas son tan obviamente ciertas que la única razón para no estar de acuerdo con las conclusiones de una persona es el desacuerdo sobre qué efectos son buenos o malos.»

Planteó la objeción de Samuelson a la controvertida opinión de Friedman de que la concesión de licencias a los médicos, en lugar de certificar su competencia, era poco más que una inhibición del comercio.

Supongo que es lógicamente posible que la razón por la que no está de acuerdo sea que valora más el bienestar de los médicos y menos el de sus pacientes, y por eso está a favor de restringir la oferta de médicos para aumentar el precio que pueden cobrar por sus servicios, pero eso no me parece factible. Si no es así, entonces en ese ejemplo al menos el desacuerdo es sobre economía, no sobre valores. Sospecho que lo mismo ocurriría en muchos otros casos, aunque probablemente no en todos.⁸⁶⁸

El capitalismo se tambalea

La congelación de activos financieros de 2008 fue una dura prueba para las ideas contrapuestas de Samuelson y Friedman. Y luego llegó la COVID-19.

Si hubiera vivido un año más, Milton Friedman habría sido testigo de una catástrofe financiera que puso a prueba el límite de sus teorías sobre el suministro de dinero suficiente por parte de la Reserva Federal en tiempos de escasa liquidez: la congelación de activos financieros de 2007-2008. En 2002, Ben Bernanke estaba convencido —y puede que incluso satisfecho— de que la estructura financiera y bancaria de Estados Unidos era segura. «Un factor de protección especialmente importante en el entorno actual es la fortaleza de nuestro sistema financiero —declaró—. Nuestro sistema bancario sigue estando saneado y bien regulado, y los balances de empresas y hogares se encuentran en gran parte en buena situación.»⁸⁶⁹

Pero el sistema albergaba un peligro que no tardaría en desencadenar una catástrofe económica mundial de tal magnitud que Bernanke, experto en la depresión de los años treinta, la calificó como «la peor crisis financiera de la historia mundial, incluida la Gran Depresión».⁸⁷⁰ Pocos se dieron cuenta, ni en aquel momento ni desde entonces, de lo cerca que había estado Estados Unidos del abismo. En los días más oscuros de la congelación de activos financieros, septiembre y octubre de 2008, Bernanke creía que de

las trece «instituciones financieras más importantes de Estados Unidos, doce estaban en riesgo de quiebra en un período de una o dos semanas».⁸⁷¹

Cuando Bernanke brindó por Friedman en su nonagésimo cumpleaños con las palabras: «Con respecto a la Gran Depresión: tienes razón, lo hicimos. Lo sentimos mucho. Pero gracias a ti, no volveremos a hacerlo»,⁸⁷² tal vez asumió que los días de las crisis financieras habían terminado y que los años que denominó de «Gran Moderación» habían rematado todo lo relativo a los *booms* y las crisis. Sin embargo, lejos de que la economía estadounidense estuviera atrapada en una rutina cómodamente establecida, la industria financiera —el motor del capitalismo estadounidense— se tambaleaba al borde del precipicio del colapso y el caos. Asimismo, aunque la gran división entre los economistas conservadores y keynesianos había permanecido latente durante algunas décadas, estaba a punto de estallar de nuevo, con el redescubrimiento de Keynes como piloto en tiempos de peligro económico. Y la congelación de activos financieros volvió a poner a prueba las ideas opuestas por las que Friedman y Samuelson —como sucesores del duelo entre Hayek y Keynes— habían combatido durante tanto tiempo.

El origen de la congelación de activos financieros, según Bernanke,⁸⁷³ fue el interminable crédito barato derivado de la decisión de la Reserva Federal, tras la conmoción del 11-S, de mantener bajos los tipos de interés para fomentar la actividad empresarial. La abundancia de dinero barato provocó un auge de la vivienda en Estados Unidos, alimentado por una rápida expansión de los préstamos hipotecarios, a menudo a prestatarios cuyo historial crediticio no habría pasado el examen en tiempos normales. La prisa por captar nuevos clientes fue tal que las compañías hipotecarias renunciaron a los depósitos en efectivo de las propiedades y parecieron ignorar si el prestatario podía pagar las cuotas del préstamo. Además, el abandono durante los años de Clinton de las regulaciones del sector bancario —a instancias de

Greenspan y de los legisladores republicanos— supuso que las malas prácticas de los prestamistas y de los acumuladores de deudas incobrables quedaran sin control. Como explicó Bernanke: «Los reguladores no hicieron lo suficiente para evitar los préstamos dudosos, en parte porque muchos de los préstamos dudosos los hicieron empresas sujetas a poca o ninguna regulación federal».⁸⁷⁴ Las empresas financieras hicieron deliberadamente, además, que los nuevos productos de inversión fueran complejos y ocultaron los préstamos dudosos entre los buenos para asegurarse de que el alcance del riesgo fuera difícil de sondear para los compradores de deuda.

A lo largo de la primera década del nuevo siglo, la economía estadounidense evitó una recesión tras el 11-S e incluso disfrutó de un leve auge, alimentado por el incesante aumento de los precios de la vivienda. Pero cuando, a principios de 2007, los precios de la vivienda empezaron a caer y la morosidad hipotecaria a aumentar, las instituciones financieras comenzaron a frenar la concesión de préstamos y los inversores huyeron de los fondos que contenían títulos hipotecarios dudosos.

Aquel verano se supo que los gigantescos prestamistas hipotecarios Fannie Mae y Freddie Mac, que garantizaban más de la mitad de los doce billones de dólares de las hipotecas estadounidenses, tenían graves problemas. Cuando los prestatarios de hipotecas empezaron a dejar de pagar las cuotas al ver que el precio de sus propiedades se desplomaba, las acciones de Fannie y Freddie cayeron en picado. Ambos gigantes empezaron a sufrir una pérdida de efectivo, y en noviembre de 2007, Fannie registró pérdidas de 1.400 millones de dólares y Freddie de 2.000 millones.

En julio de 2007, IndyMac, un banco californiano, sufrió una retirada de activos por parte de clientes preocupados por si el banco era insolvente. Tenían razón. IndyMac cerró y quebró. En ese momento hubo pocos llamamientos para que el Gobierno federal interviniera. Pero si la desaparición de IndyMac no hizo saltar las alarmas sobre la inminente tempestad financiera, en poco tiempo

quedó clara la magnitud de la amenaza para el sistema financiero mundial. En agosto de 2007, el banco francés BNP Paribas suspendió repentinamente las retiradas de tres de sus fondos de inversión, porque «la completa evaporación de la liquidez en ciertos segmentos del mercado de titulización de Estados Unidos ha hecho imposible valorar ciertos activos de forma justa».⁸⁷⁵ En otras palabras, el banco fue lo bastante honesto para confesar que no sabía si era titular de deuda buena o mala.

La intranquilidad de BNP Paribas era evidente en otros grandes bancos de todo el mundo, que también estaban inundados de bonos no garantizados, mal calificados y con alto riesgo de impago. Además, habían abandonado la tradicional moderación de los banqueros al «apalancar», es decir, pedir prestado y prestar sumas muy por encima de la cantidad de activos que guardaban en sus cámaras acorazadas. Cuando algunos bancos diagnosticaron la magnitud de su problema, ya era demasiado tarde. «Los bancos estaban tan endeudados que no tenían el capital necesario para salir adelante —recordaba el primer ministro británico Gordon Brown—. Estábamos gestionando el capitalismo sin capital.»⁸⁷⁶

En marzo de 2008, el gigante financiero Bear Sterns, el quinto banco de inversión más grande de Estados Unidos, cuyos libros de contabilidad contenían decenas de miles de millones de dólares en préstamos de alto riesgo, se tambaleó al borde de la quiebra y sus inversores se apresuraron a cobrar antes de que sus participaciones no valieran nada. Se acordó una venta apresurada a JPMorgan, su antiguo rival, pero con una importante condición. La venta estaba condicionada a que la Reserva Federal aceptara suscribir 30.000 millones de dólares en títulos hipotecarios de Bear Sterns de dudosa calidad. Esta estipulación exigió un cambio radical del pensamiento en Washington D. C. Sin apenas debate público, Bernanke aceptó que la Reserva Federal interviniera directamente en el mercado y argumentó que, si Bear Sterns se desplomaba, su colapso desencadenaría una cadena de quiebras catastrófica. La frase en

boca de todos era: Bear Sterns es demasiado grande para caer. Pero ¿qué pasaba con otros bancos que se enfrentaban a crisis de liquidez similares?

Samuelson consideró que la continua crisis en Fannie y Freddie era un presagio, y le dijo a su sobrino, Larry Summers —que en ese momento era presidente de Harvard, pero que pronto se incorporaría a la Administración Obama como director del Consejo Económico Nacional—, que, tras aceptar un préstamo de emergencia de 25.000 millones de dólares del Tesoro el 22 de julio de 2008, los dos grandes prestamistas hipotecarios eran efectivamente propiedad del Estado y que ambos estaban «quemados», acabados. No pudo resistirse a criticar de forma indirecta a los herederos de Friedman, los «estrategas de la inflación», al escribir a Summers:

Dudas correctamente de que las numerosas pérdidas ocultas y admitidas que resultaron del estallido de una burbuja inmobiliaria que incidió en la nueva dinamita de la ingeniería financiera de Frankenstein puedan solucionarse por iniciativa privada.

Antes de que salgamos del caos, los fondos federales —el Tesoro y la Junta de la Reserva Federal— van a perder cantidades que empequeñecerán las anteriores quiebras inmobiliarias y todo lo que ocurrió después de 1939.

En consecuencia, me pareció extraña tu posición, que aprobaba la aventura de Bear Sterns, pero se preocupaba de que los ejecutivos y accionistas de Freddie y Fannie tuvieran que volver a sus viejas y malas costumbres. Extraño y perjudicial si se cree en ello. Freddie y Fannie son, a partir de ahora, las marionetas dirigidas por los ventrílocuos [del secretario del Tesoro Hank] Paulson⁸⁷⁷-Bernanke [...]. Es una época difícil para los defensores de la inflación.⁸⁷⁸

Summers contestó:

Estoy de acuerdo contigo en que la situación es grave, el Gobierno tendrá que hacer mucho más [...]. No hay tiempo para discursos sobre el riesgo moral [...]. Pero ¿qué pasa con Fannie y Freddie? No hay tiempo para reducirlos o restringirlos. Pero cuando Paulson y Bernanke los administren, ¿por qué habría que hacerlo por el bien de la gestión actual y de los accionistas? [...] Por cierto, todavía soy joven e ingenuo, pero Fannie-Freddie

ha sido la peor corrupción de intereses especiales que he visto en ocho años en el Gobierno. Así que me atengo a mi opinión: hacer lo necesario por salvaguardar el mercado de la vivienda ahora, pero no hay por qué rescatar a los accionistas.⁸⁷⁹

Samuelson escribió:

Tal vez ingenuamente, considero que los accionistas de Fannie-Freddie ya están quemados. *De facto*, si no *de iure*, ambas son ahora agencias gubernamentales [...]. Al final devorarán muchísimo dinero público.⁸⁸⁰

La perspectiva de que Fannie y Freddie quebraran fue demasiado para Paulson, que el 7 de septiembre de 2008 —dos semanas después de la carta de Samuelson a Summers— puso a los gigantes hipotecarios en manos del Gobierno federal. «Fannie Mae y Freddie Mac son empresas tan grandes y están tan entrelazadas en nuestro sistema financiero que la quiebra de cualquiera de ellas provocaría un gran revuelo en nuestros mercados financieros»,⁸⁸¹ declaró Paulson. De nuevo, el Gobierno federal intervino para evitar la quiebra de una gran empresa financiera, porque era demasiado grande para hundirse. ¿Cuántas empresas más acabarían en manos del Estado?

Cuando, dos semanas más tarde, el 15 de septiembre, Lehman Brothers se declaró en quiebra, se esperaba que la Reserva Federal interviniera para salvar la empresa, como había hecho con Bear Sterns y con Fannie y Freddie. Al igual que otras empresas financieras, en los últimos años Lehman había obtenido un beneficio decente al invertir el dinero del Gobierno federal, pidiéndolo prestado a corto plazo y volviéndolo a prestar a los prestatarios para obtener mayores rendimientos. Pero sus 600.000 millones de dólares en activos, igualados por los 572.000 millones de dólares que había prestado a los prestatarios lo dejaban muy vulnerable. Su capital social quedaría aniquilado si sus activos cayeran sólo un 5 por ciento, algo probable en un mercado tan volátil. Y eso, junto con el abandono de sus prestamistas a corto plazo, es exactamente lo que ocurrió. Al principio, el Tesoro y la Reserva Federal trataron de

encontrar un comprador privado para Lehman. Pero al no encontrar ninguno, decidieron permitir que la empresa quebrara y se enfrentara a las consecuencias. Lehman se acogió al capítulo 11 de la Ley de Quiebras.

Era un riesgo. Si se permitía la quiebra de Lehman, ¿estaba alguna gran institución financiera a salvo de la extinción? ¿El efecto dominó dejaría a Estados Unidos con un número aún menor de bancos muy grandes? ¿Provocaría el contagio un colapso financiero generalizado? El resultado inmediato fue el pánico entre los altos ejecutivos del sector financiero, seguido rápidamente por la parálisis.

Al día siguiente de la desaparición de Lehman, AIG, la mayor compañía de seguros del mundo, se declaró en quiebra. Asombrada por la noticia, la Reserva Federal aceptó comprar el gigante asegurador: se intercambió un préstamo inmediato de 85.000 millones de dólares por el 80 por ciento de las acciones de AIG. Una vez más, el mercado libre se había quedado estancado y el Gobierno federal consideró que no podía quedarse de brazos cruzados. Bernanke y Paulson se encontraron ahora en la ingrata posición de tener que elegir a los ganadores y a los perdedores entre algunas de las mayores empresas de Estados Unidos. El mercado libre estaba fracasando de forma evidente.

Las instituciones financieras, temerosas de ser sorprendidas con préstamos incobrables, dejaron repentinamente de prestarse entre sí. Los mercados de crédito se congelaron y los negocios financieros se paralizaron. Con el Gobierno federal esforzándose por hacer lo correcto y sin que se vislumbrara el fin de la crisis, el mercado de valores se desplomó. No fue lo mismo que en 1929, pero la crisis financiera de 2008 tuvo un efecto igual de profundo en la economía estadounidense y mundial. «El descenso del valor de las acciones, el tambaleante sistema financiero y las dificultades para obtener crédito desencadenaron una contracción notablemente rápida y profunda de la actividad económica y el empleo en todo el mundo»,⁸⁸² explicó Bernanke.

El 18 de septiembre, Bernanke y Paulson pidieron al Congreso un fondo de rescate bancario de emergencia de 700.000 millones de dólares para comprar «activos problemáticos». «Si no lo hacemos, puede que no tengamos economía el lunes», les dijo Paulson. El 29 de septiembre, los legisladores, muchos de los cuales eran ideológicamente reacios a ver cómo se dejaba de lado el libre mercado, votaron en contra de poner a disposición fondos para el Programa de Alivio de Activos en Problemas (TARP, por sus siglas en inglés). Fue un último acto de impotente desafío por parte de los legisladores faltos de visión. La respuesta del mercado a su desacuerdo fue rápida y brutal. Nada más perder la votación, el Dow Jones se desplomó 770 puntos, la mayor caída de precios en un solo día en la historia de Wall Street. Los legisladores que habían dedicado su carrera a la creencia de que el mercado siempre tiene la razón vieron con horror cómo ese mismo mercado juzgaba sus acciones. Escarmentado por el veredicto del mercado, el Congreso revisó su decisión sobre el TARP el 3 de octubre y votó por segunda vez, esta vez acordando financiar el programa en su totalidad.

La Reserva Federal estaba tomando otras medidas menos visibles para evitar el colapso de los mercados financieros. Armado con la reprimenda de Friedman a la Reserva Federal por su fracaso a la hora de frenar la Gran Depresión mediante el aumento de la oferta monetaria, Bernanke inundó el sistema de dinero, reduciendo el precio de los préstamos a corto plazo del 5,25 por ciento en septiembre de 2007 al 2 por ciento en la primavera de 2008. Y cuando esto resultó insuficiente, la Reserva Federal redujo los tipos de interés a cero en diciembre de 2008 y dejó entrever que había pocas perspectivas de volver a subirlos en mucho tiempo. La Fed se convirtió en prestamista de último recurso para los bancos e instituciones financieras que consideraba solventes, e intervino para garantizar los préstamos a corto plazo entre bancos que, de otro modo, podrían haberse considerado demasiado arriesgados.

No fue suficiente. La verdad del dicho de Keynes de que «no se puede empujar una cuerda» pronto se hizo evidente. Resultó más fácil poner a disposición cantidades ilimitadas de dinero barato que darle un buen uso. Como explicó Bernanke: «La política monetaria convencional no es suficiente por sí sola para proporcionar todo el apoyo que necesita la economía». ⁸⁸³

En sus últimos días, la Administración Bush preparó la Ley de Estímulo Económico de 2008 que, cuando fuera aprobada por el Congreso en las primeras semanas de la presidencia de Barack Obama, proporcionaría casi un billón de dólares para estimular la economía directamente a través del gasto gubernamental en infraestructuras, exenciones fiscales y otros dispositivos keynesianos contra la recesión. Se identificaron proyectos de obras públicas «listos para ser ejecutados», como obras viales ya planificadas y nuevos puentes, de modo que las grandes sumas pasaran pronto a contratistas, arquitectos, etcétera, para impulsar la economía.

Pero ¿funcionaría el estímulo keynesiano? La preocupación de Samuelson —y de muchos en el Gobierno de Obama— era que la suma prevista por el Congreso de unos 800.000 millones de dólares [958.000 millones en dólares de 2020] no sería suficiente. «Está en el camino correcto», dijo, pero «al final puede hacer falta más». ⁸⁸⁴

Nada volvería a ser igual. Más de treinta años antes, Samuelson predijo que era imposible otra Gran Depresión. Tras haber aprendido las lecciones de la Depresión y diseñado las herramientas macroeconómicas necesarias para manipular la economía, estaba seguro de que no podría repetirse una tragedia similar. «La razón básica por la que la Gran Depresión no fue inevitable, y por la que algo realmente parecido a esa depresión es improbable ahora, es que en aquellos tiempos los Gobiernos de todo el mundo se aferraban a las líneas de las finanzas ortodoxas —escribió Samuelson en 1974—. Cuando las cosas se pusieron feas, se apretaron el cinturón y obligaron a la población a hacer lo mismo [...]. Vivimos en la era después de Keynes, y no hay vuelta atrás al

hooverismo.»⁸⁸⁵ Pero al denigrar durante muchas décadas la intervención gubernamental de cualquier tipo, Milton Friedman y otros habían invitado el retorno de la inacción del hooverismo. Y si en 2008 se había evitado por los pelos una segunda Gran Depresión gracias a la vuelta a las políticas keynesianas, la congelación de activos financieros sirvió para desbaratar la acogedora suposición que sostenían Bernanke y otros de que los malos tiempos de los pánicos bancarios y las quiebras en serie habían sido sustituidos por la alegre certeza de la Gran Moderación. Los acontecimientos de 2008 socavaron la lógica de la escuela de las expectativas racionales, que sostenía que quienes operan los mercados saben lo suficiente para evitar una catástrofe. ¿Por qué no había habido una «expectativa racional» de congelación de activos financieros?

En cambio, Estados Unidos tuvo que soportar un doloroso camino de una década para salir de la cuneta. La recuperación fue lamentablemente lenta. La defensa de Friedman del libre mercado había tenido un enorme éxito durante su vida, pero la congelación de activos financieros hizo tambalear la creencia común de que las fuerzas del libre mercado, abandonadas a su suerte, actuarían para garantizar la prosperidad perpetua, el pleno empleo y el crecimiento que los estadounidenses exigían. Los mismos legisladores insensibles que habían votado en contra del TARP lideraron la carga contra cualquier acción del Gobierno federal que pudiera acelerar la recuperación. Se habló de que el rescate de empresas suponía un «riesgo moral» que fomentaría la imprudencia de los empresarios, confiados en que el Gobierno intervendría para salvarlos en el último momento.

Pero el principio de que el Gobierno debe mantenerse al margen y dejar que el mercado se encargue de lo peor se ha visto sacudido hasta venirse abajo. En plena crisis, no se pudo encontrar a ningún economista respetado que sostuviera que lo mejor sería ver cómo la economía caía por un precipicio y esperar a que el mercado aportara una solución.⁸⁸⁶ La receta perenne de Friedman,

dar tiempo al mercado para sanar, no se echó en falta; ni siquiera se consideró. Los acontecimientos ocurrieron tan rápido que no hubo tiempo. El coste para las empresas y la devastación humana de dejar caer las fichas no se consideró una solución políticamente viable. Y con una tasa de desempleo que pronto alcanzó el 8 por ciento y que seguía en aumento, era impensable que el Gobierno viera, impotente, cómo volvía el desempleo masivo a la escala de la Gran Depresión.

¿Y qué hay de la advertencia de Friedman —y de Hayek— de que inundar la economía con dinero barato avivaría de forma inevitable la inflación? Aunque Samuelson admitió que el estímulo probablemente conduciría a un aumento de los precios, argumentó que era aceptable. «Si, siendo optimistas, volvemos a tener un 4 por ciento de desempleo en 2012, el nivel de precios será más alto que el actual, probablemente subirán un 2 por ciento al año, hasta llegar al 8 por ciento —dijo—. Creo que eso merece la pena, porque la mayor preocupación es la deflación. Dadas las circunstancias, deberíamos pecar de exceso de estímulo. Nadie en su sano juicio trataría de hacer retroceder ese nivel de inflación si con ello se evita la deflación y se vuelve a tener una economía intacta y autosostenible.»⁸⁸⁷ Bernanke se mostró de acuerdo, concluyendo que cuando las cosas se asentaran y la economía se afianzara, la Reserva Federal podría gestionar las presiones inflacionistas y reducir poco a poco la oferta de dinero tan pronto como se hiciera evidente una oscilación al alza de los precios.

Samuelson creía que la congelación de activos financieros había desencadenado «la peor experiencia a la que se ha enfrentado Estados Unidos o el mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial», pero que, al igual que Bernanke, el precedente para calibrar cuándo se habría alcanzado una recuperación completa, «incluso con un gasto deficitario muy grande por parte del Estado», era la Gran Depresión. Vio pocas perspectivas de recuperación antes de «la segunda mitad de 2012» o incluso para

2014, «el plazo que le llevó a Roosevelt desde su toma de posesión en marzo de 1933 hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial». ⁸⁸⁸

El principal problema para determinar cuándo se produciría la recuperación en 2008 fue la sofisticación y complejidad de la economía moderna. En 2008, estaba más allá de la comprensión incluso de aquellos que eran sus principales gestores. «Ha habido altibajos y burbujas económicas desde los hombres de las cavernas», dijo Samuelson.

Lo que hace que este colapso sea diferente es que hemos construido un castillo de naipes tan elaborado sobre los diabólicos esquemas financieros de los «brillantes» graduados del MIT y de la escuela de negocios Wharton, que llevará mucho tiempo deshacer el entuerto y reconstruir la confianza en el sistema financiero. Crearon instrumentos tan complejos que ningún director general los entendía. Les faltaba tanta transparencia que el colapso fue una sorpresa. ⁸⁸⁹

Samuelson apreció la actuación del «brillante graduado del MIT» Bernanke y le escribió «una carta de un admirador» para elogiarle por su «flexibilidad a la hora de adaptarse al nuevo escenario de 2007+». ⁸⁹⁰

El tratamiento aplicado en la crisis financiera de 2008 fue en parte keynesiano, pero también una reivindicación de las ideas de oferta monetaria de Friedman. La lección de su trabajo sobre la Gran Depresión con Schwartz fue que los bancos centrales pueden evitar los problemas de liquidez que afectan a una economía en recesión inundándola de dinero. Cuando Japón sufrió una larga crisis de liquidez en los años noventa, la solución de Friedman fue la siguiente:

El Banco de Japón puede comprar bonos gubernamentales en el mercado abierto y pagarlos con la moneda o depósitos del Banco de Japón, lo que los economistas llaman dinero de alto poder. La mayor parte de los ingresos irán a parar a los bancos comerciales, lo que aumentará sus reservas y les permitirá ampliar sus pasivos mediante préstamos y compras en el mercado abierto. Pero tanto si lo hacen como si no, la oferta monetaria aumentará [...].

Un mayor crecimiento monetario tendrá el mismo efecto de siempre. Al cabo de un año más o menos, la economía se expandirá más rápido, la producción crecerá y, tras otro retraso, la inflación aumentará moderadamente.⁸⁹¹

El Banco de Japón había adoptado debidamente una política de flexibilización cuantitativa (QE, por sus siglas en inglés) comprando títulos públicos y otros activos financieros en el mercado abierto. El efecto fue el de aumentar el precio de esos valores y activos, con lo que se redujo el interés que pagaban a los inversores.

Bernanke también implementó la flexibilización cuantitativa y aumentó las tenencias de la Reserva Federal previas a la Gran Recesión de 800.000 millones de dólares en bonos del Tesoro hasta un máximo de 2,1 billones de dólares en junio de 2010. Cuando en noviembre de 2010 esto resultó insuficiente, la Reserva Federal lanzó una segunda compra de títulos, conocida como QE2, seguida de una tercera ronda, QE3, en noviembre de 2012. Aunque algunos economistas conservadores cuestionaron si Friedman hubiera aprobado la flexibilización cuantitativa, para Bernanke la lección de la investigación de Friedman sobre la Gran Depresión estaba clara. No se iba a considerar al presidente de la Reserva Federal culpable de privar de fondos a la economía. A pesar de los lamentos y quejas de los políticos conservadores y del notable silencio de los economistas conservadores, la flexibilización cuantitativa demostró su eficacia durante la congelación de activos financieros, lo que evitó una depresión a gran escala. Además, y en contra de todas las advertencias de los conservadores clásicos, el bombeo de tales cantidades de dinero prestado en la economía no dio lugar a un aumento de la inflación.

Pero si la visión de Friedman sobre la oferta monetaria durante una recesión parecía justificada, la experiencia de 2008 y sus consecuencias demostraron sobre todo que la síntesis neoclásica de Samuelson daba en el clavo. En tiempos de bonanza, los principios generales de una economía de mercado eran útiles. Pero cuando una economía empezaba a entrar en recesión, los remedios keynesianos seguían teniendo un papel importante. Tanto

Samuelson como Friedman habían visto cómo se desarrollaba la misma historia, desde el desempleo masivo y las quiebras empresariales y bancarias de la Gran Depresión, pasando por las décadas de prosperidad en las que los Gobiernos utilizaron con entusiasmo la gestión keynesiana de la demanda para limar los picos y valles del ciclo económico, hasta el aumento de la obstinada estanflación, los experimentos a medias del monetarismo de Friedman y la llegada de la economía de la oferta y las expectativas racionales. Cuando años de tipos de interés casi nulos condujeron a una congelación de activos financieros catastrófica, el equipo del Tesoro de George W. Bush y la Reserva Federal de Bernanke no recurrieron a Friedman o Hayek: encontraron alivio en los remedios keynesianos a la antigua.

«¿Qué es entonces lo que, desde 2007, ha provocado el propio suicidio del capitalismo de Wall Street? —se preguntaba Samuelson al año siguiente—. En el fondo del peor desastre financiero en un siglo está esto: el capitalismo libertario del *laissez faire* de Milton Friedman y Friedrich Hayek, al que se le permitió desbocarse sin restricciones. Ésta es la raíz de los problemas actuales. Ambos hombres han fallecido, pero sus legados envenenados siguen vivos.»⁸⁹² Para Samuelson, la congelación de activos financieros y su solución fueron la reivindicación definitiva de toda una vida como «centrista incurable». «Soy lo bastante mayor para haber visto cómo se cierra el ciclo —dijo—. Hoy vemos lo completamente equivocada que era la idea de Milton Friedman de que un sistema de mercado se puede regular a sí mismo.»⁸⁹³

Ya en 1970, cuando la estanflación empezó a hacerse notar, Samuelson había insistido en que «para una “economía mixta” moderna en la era poskeynesiana, las políticas físicas y monetarias pueden evitar definitivamente las depresiones crónicas, pueden compensar la automatización o el subconsumo y asegurar que los recursos encuentren oportunidades de trabajo remunerado».⁸⁹⁴ Y en 2009, un año después de que la congelación de activos financieros se apoderara de la economía mundial, Samuelson

todavía podía decir con confianza: «No se puede hacer nada mejor que la versión de 1965 de Hicks-Hansen del sistema keynesiano, que es bastante clara en cuanto a cómo un banco central puede, haciendo subir y bajar su tasa de descuento juiciosamente, conducir hacia un período de gran moderación en lugar de los terribles altibajos del siglo xx». ⁸⁹⁵

Samuelson contaba con una gran memoria. Por eso era imprudente invitarlo a una venganza por su parte. El desaire que Harvard le hizo a Samuelson en 1941, cuando un profesor antisemita de su Departamento de Economía no le ofreció un puesto adecuado al conseguir su doctorado, tuvo un desenlace. Cuanto más distinguida era la carrera de Samuelson, más valiosa era su colección de documentos para una universidad de investigación. En noviembre de 2006, Samuelson preguntó al archivo de Harvard sobre la posibilidad de depositar sus voluminosas carpetas de documentos personales y académicos en la universidad. Recordó a Harvard que tenían los papeles de Joseph Schumpeter, pero que los archivos de los ganadores del Nobel Franco Modigliani y Robert Solow estaban en las impresionantes instalaciones de la biblioteca de la Universidad de Duke, en Durham, Carolina del Norte. «Cuando uno se preocupa por hacer nuevas investigaciones —escribió— tiene poco tiempo para planificar de forma óptima los asuntos autobiográficos y archivísticos. Sin embargo, esas tareas deben ser atendidas.» ⁸⁹⁶ Sugirió una reunión. El director de la biblioteca universitaria de Harvard respondió adecuadamente: «No puedo decirle lo honrados que estamos ante la perspectiva de albergar sus documentos». Sin embargo, en la carta había una inequívoca sensación de derecho. «Sus fuertes lazos con la universidad justifican nuestra custodia —escribió—, y sus contribuciones a la disciplina, así como al desarrollo de varias generaciones de

economistas, justifican aún más la preservación por parte de Harvard de su material recopilado [...]. Sus documentos añadirían brillo a la colección.»⁸⁹⁷

Pero en 1992, Samuelson había recibido una propuesta de Duke, cuyo archivo contenía los papeles no sólo de Modigliani, sino de Burns, Alex Leijonhufvud,⁸⁹⁸ Walter Lippmann, Robert E. Lucas, el fundador de la Escuela Austríaca Carl Menger, Don Patinkin,⁸⁹⁹ el Fondo William Volker y gran parte de la colección de Hayek, y recibiría, a su muerte, los papeles de Anna Schwartz. El director de la Biblioteca de Libros Raros, Manuscritos y Colecciones Especiales de Duke, Robert L. Byrd, se reunió con Samuelson cuando el autor se inclinaba por depositar sus documentos en el MIT. Byrd destacó que el archivo de Duke ofrecía «un entorno diferente, centrado en la historia de la economía como campo de estudio, más que en la historia de una institución académica concreta».⁹⁰⁰

En 2005, Byrd envió a Samuelson la guía de fuentes de los trabajos de Modigliani para indicarle cómo sería tratada su colección. «Tengo entendido que sus documentos se encuentran en los archivos del MIT —escribió—. Sin embargo, si no es así [...] le ruego que me lo comunique.»⁹⁰¹ Ese mismo año, cuando Samuelson insinuó que estaba pensando en Duke, Byrd volvió a escribirle expresando su gratitud y humildad ante la perspectiva de que Duke ganara un premio tan valioso. Estaba encantado de saber que Samuelson estaba pensando en Duke, escribió, y enumeró las razones por las que Duke sería el hogar perfecto para su archivo. «Sería, por supuesto, un honor para nosotros servir de depósito de sus documentos —le aseguró—. Creo sinceramente que al dejar la colección aquí, aumentará su impacto y beneficiará a los académicos que quieran estudiar sus aportaciones y logros.»⁹⁰²

Al mes siguiente, Samuelson escribió a Byrd: «Me decanto por utilizar el archivo de Duke para mis diversos materiales [...]. Lo que encuentro atractivo es la especialización de Duke en estos asuntos y mis ideas descansarán felizmente hasta la eternidad en la

vecindad de tantos otros intelectuales». ⁹⁰³ Y así fue como Duke, y no el MIT, ni Harvard, se convirtió en el lugar de descanso final para la obra de Samuelson.

Por su parte, Friedman dejó su archivo a la Institución Hoover, el bastión conservador en un mar de progresistas en el campus de Stanford que lo había acogido como destacada figura de la economía conservadora-libertaria tras su jubilación en Chicago.

Paul Samuelson murió en su casa en Belmont (Massachussets) el 13 de diciembre de 2009, a los noventa y cuatro años. Sufría de hipertensión desde hacía años y le habían recetado fármacos antihipertensivos y contra el colesterol. Le sobrevivió su mujer, Risha Eckaus, con la que llevaba veintiocho años casado, cuatro hijos, dos hijas, una hijastra y quince nietos. Tras un funeral privado, se celebró un homenaje público en su honor. En lugar de flores, la familia pidió a simpatizantes y personas de buena voluntad que hicieran una donación a la Sociedad Audubon de Massachusetts.

Los obituarios elogiaron la amplitud de conocimientos de Samuelson, sus numerosos avances en la teoría macroeconómica, su éxito en el MIT, su enfoque matemático de los problemas económicos, su libro *Economía* y, sobre todo, su defensa de la síntesis neoclásica. «Samuelson reformó el pensamiento académico sobre todos los temas económicos», declaró *The New York Times*, que señaló que «un historiador podría contar la historia del debate público del siglo xx sobre la política económica en Estados Unidos a través de las disputas del señor Samuelson y Milton Friedman». ⁹⁰⁴ El principal comentarista económico del periódico, Paul Krugman, escribió: «A la mayoría de los economistas les encantaría haber escrito aunque sea un artículo trascendental, un artículo que cambie fundamentalmente la forma de pensar sobre algún tema. Samuelson escribió muchísimos». ⁹⁰⁵ El conservador *The Wall Street Journal*

reconoció a Samuelson como «un titán de la economía», mientras que *The Economist* lo calificó como «el último de los grandes economistas generales». ⁹⁰⁶

The Daily Telegraph, de Londres, escribió que «Samuelson hizo contribuciones tan diversas a su campo —que van desde la economía del bienestar, las teorías del consumo, los precios, la acumulación de capital, el crecimiento económico, los bienes públicos, las finanzas y el comercio internacional— que es difícil pensar en un debate al que no haya hecho una contribución incisiva», y que su libro «dio efectivamente al mundo un lenguaje común con el que se pueden discutir y comprender las complejidades de los mercados mundiales». ⁹⁰⁷

Ninguno de los dos estaba vivo para presenciar la siguiente catastrófica amenaza para la prosperidad del mundo: la aparición del coronavirus COVID-19 en China en noviembre de 2019, una enfermedad similar a la neumonía, muy contagiosa y que a menudo resultaba mortal, especialmente para ancianos o pacientes con patologías debilitantes. Haciendo uso de los poderes autoritarios que le han sido conferidos como única fuerza política legítima en un Estado comunista de partido único, el Gobierno chino impuso un estricto toque de queda a los ciudadanos de Wuhan, Hubei, ciudad de 11 millones de habitantes. No se permitía a nadie entrar o salir de ésta y se pidió a la gente que permaneciera en casa o, si era un trabajador esencial, que llevara mascarillas y otras prendas protectoras para evitar la propagación de la enfermedad. Pero el bloqueo chino llegó demasiado tarde. Según las cifras oficiales de China, ⁹⁰⁸ el 20 de diciembre había sesenta casos de COVID-19, que aumentaron a 266 casos el 31 de diciembre. El número de pacientes infectados se duplicó aproximadamente cada siete días.

Como los viajes internacionales continuaron, en un mes el virus se propagó rápidamente, lo que provocó la muerte de cientos de italianos en Milán y Turín. ⁹⁰⁹ Los Gobiernos democráticos se alarmaron al descubrir que, para dar un respiro a sus inadecuados servicios sanitarios, se veían obligados a imponer a sus ciudadanos

restricciones tan severas como las aplicadas por los líderes comunistas de Pekín. Se impuso la prohibición de viajar y el uso obligatorio de mascarillas, pero la enfermedad siguió propagándose. A finales de 2020, Estados Unidos tenía el mayor número de casos de COVID. A finales de julio, el número de fallecidos en todo el mundo había alcanzado casi los 200.000, prácticamente una cuarta parte de ellos en Estados Unidos.

El dilema para los Gobiernos era si intentar evitar que la enfermedad se extendiera más y colapsara deliberadamente una gran parte de la economía, o arriesgarse a la muerte de un gran número de personas haciendo poco o nada. El virus era tan virulento que apenas hubo tiempo para que los Gobiernos debatieran las implicaciones de sus medidas contra la COVID, a pesar de que la imposición de la orden de permanecer en casa suponía un grave recorte de las actividades económicas. Los que pudieron trabajar desde casa lo hicieron, y los que no se quedaron en sus casas sin trabajar. Los trabajadores esenciales, en hospitales y centros de atención, se vieron obligados a seguir trabajando, incluso cuando no había suficientes equipos de protección personal para protegerlos de contraer el virus o para evitar que se propagara más.

El resultado fue un precipitado descenso de la actividad económica en todo el mundo. Hasta el año 2020, la congelación de activos financieros fue considerada el peor desastre económico desde la Gran Depresión de los años treinta. Ese récord se vio pronto superado por la COVID-19. Incluso las ruinosas guerras mundiales de 1914-1918 y 1939-1945 afectaron sólo a una parte del globo; la COVID-19 amenazó al mundo entero.

En Estados Unidos, a finales de julio, más de cuatro millones de estadounidenses se habían contagiado de COVID, de los cuales 136.484 murieron. El mercado de valores cayó un 35 por ciento y los mercados de crédito se congelaron. Se cerraron actividades comerciales como la aviación internacional, el turismo, la hostelería y los servicios personales como peluquerías y dentistas. La

respuesta del Gobierno federal, en la medida en que la hubo, fue pedir dinero prestado y dárselo a los ciudadanos para reforzar la demanda. No hubo tiempo para un estímulo keynesiano tradicional mediante la construcción de infraestructuras. En su lugar, se enviaron cheques de 1.200 dólares a todos los estadounidenses. El secretario del Tesoro, Steve Mnuchin,⁹¹⁰ dijo que uno de cada cinco estadounidenses se quedaría sin trabajo a causa de la COVID-19, el doble que durante la congelación de activos financieros de 2008. Se introdujo un aumento temporal de 600 dólares semanales en la paga por desempleo y, para el 21 de marzo de 2020, 48,8 millones⁹¹¹ de estadounidenses se habían apuntado a la paga por desempleo.

A las empresas grandes y pequeñas les ofrecieron subvenciones o préstamos del Gobierno federal como ayuda hasta que se descubriera una vacuna contra la COVID, aunque ese avance no se esperaba hasta algún momento de 2021. Como ya ocurrió en la crisis financiera de 2008, el Congreso estaba dividido sobre qué hacer para contrarrestar el asalto del virus a la economía estadounidense: los republicanos eran reacios a tomar medidas y los demócratas estaban dispuestos a hacer más; no obstante, se vieron refrenados por sus oponentes en el Congreso y un Gobierno federal dirigido por un presidente desubicado y obsesionado consigo mismo que mostró pocos indicios de haber comprendido la gravedad de la tragedia que se estaba desarrollando bajo su mandato. A pesar de las dificultades de 2008, la amenaza de una vuelta al hooverismo era real.

Al otro lado del Atlántico, el Gobierno británico adoptó un enfoque igualmente intervencionista. Con el país bloqueado, el Gobierno acordó pagar el 80 por ciento de los salarios mensuales de los trabajadores de forma generalizada, hasta 2.500 libras [3.200 dólares]. Se concedieron préstamos y subvenciones a las empresas en dificultades, grandes y pequeñas, así como a los autónomos. Como escribió el economista de la Escuela de Chicago, ganador del Nobel, Robert Lucas, durante la congelación de activos financieros de 2008, «supongo que en la trinchera todo el mundo es

keynesiano», comentario que sirvió para confirmar la validez de la síntesis neoclásica de Samuelson. En Estados Unidos, la magnitud de cuál debía de ser la ayuda gubernamental fue objeto de acalorados debates durante el año 2020, y en general se consideró insuficiente para salvar gran parte de la economía. Muchas empresas no sobrevivieron. Muchos trabajadores nunca recuperaron sus antiguos empleos.

Aunque tanto keynesianos como friedmanitas podían afirmar que el remedio de bombear liquidez en la economía era fiel a los deseos de sus amos, la crisis de la COVID dio un duro golpe al deseo de Friedman de reducir el Estado y eliminar la interferencia del Gobierno en el mercado. El Gobierno federal tenía ahora el control total del mercado y decidía qué empresas podían operar, cuáles sobrevivirían y cuáles no. La respuesta universal a la COVID entre los Gobiernos responsables fue que sólo el «gran Estado» era capaz de proporcionar medios para limitar, y luego superar, la pandemia. Los países con Estados pequeños o incompetentes — que suelen presidir países con economías modestas o quebradas— no pudieron hacer frente al desastre sanitario que les sobrevino. Incluso en Estados Unidos, donde la idea del «gran Estado» hacía mucho tiempo que había sido mancillada por los conservadores que citaban a Friedman como fuente de inspiración, hubo poca discusión entre las filas del Gobierno federal de que el cierre temporal de gran parte de la economía era la única medida responsable. Si bien hubo pequeñas rebeliones por parte de algunos miembros del Tea Party por los efectos del cierre de los negocios, rara vez se extendió más allá de las concentraciones para protestar por el uso obligatorio de mascarillas en público cuando no era posible el distanciamiento social —dejar un espacio de dos metros entre una persona y otra—. ¿Friedman habría llevado mascarilla? Resulta difícil imaginar que Rose le hubiera permitido arriesgar su vida por un principio tan endeble.

La pandemia de la COVID-19 no sólo demostró que el gran Estado era necesario, sino que era tanto el prestamista de última instancia como el único medio de evitar que las decenas de millones de personas que se habían quedado sin empleo⁹¹² murieran de hambre. En 1930, el Gobierno de Hoover se quedó de brazos cruzados mientras los estadounidenses se sumaban a las colas del paro y luchaban por conseguir alimentos. Su sucesor, Franklin D. Roosevelt,⁹¹³ puso en marcha una serie de iniciativas del New Deal para que la gente volviera a trabajar, aunque muchas de las medidas atentaban contra el derecho básico a tener un negocio.⁹¹⁴ Y en 1936, la *Teoría general* de Keynes proporcionó una justificación intelectual para que el Estado pidiera grandes sumas de dinero prestado para gastarlo en obras públicas y crear así puestos de trabajo. En 2020, la pandemia ralentizó el crecimiento económico de forma más drástica que en cualquier otro momento desde la Gran Depresión; la economía nacional estadounidense se desplomó un 5 por ciento anual entre enero y marzo, y un récord del 33,4 por ciento entre abril y junio.⁹¹⁵ En respuesta a esta catástrofe natural, el grupo de economistas «austríacos» (hayekianos), cada vez más reducido, ofreció pocas alternativas a la intervención del Gobierno central, y pocos pudieron recomendar que, por principio, se dejara que el virus hiciera de las suyas, y que el mercado lidiara con las consecuencias. Igual que en 2008, los conservadores se quedaron al margen quejándose de la creciente influencia de los dictados gubernamentales —la exigencia de llevar mascarillas, el cierre obligatorio de empresas en las que se podía propagar el virus, la ampliación de las regulaciones del Gobierno sobre todo, desde la distancia a la que debe situarse la gente hasta dónde sentarse en un restaurante—, el enorme aumento del endeudamiento del Estado y la velocidad de su reembolso, al tiempo que hacían poco para contrarrestar el rescate keynesiano que se estaba produciendo.

¿Cuáles son los perdurables legados de Samuelson y Friedman? Cuando se le preguntó a Friedman si había alterado la forma de la economía, su respuesta fue: «No sabría qué decirle».⁹¹⁶ Sus múltiples logros son más evidentes en política que en economía. Su capacidad para entusiasmar a los demás con las virtudes del libre mercado era excepcional, pero por polifacético y versátil que fuera, no era más que un individuo; y aunque sus argumentos libertarios y antigubernamentales continuaron más allá de su muerte, sus esfuerzos por devolver las economías a una cosa «sólida» cayeron en oídos sordos. Sin embargo, su logro particular fue apartar al Gobierno federal de su intento de gestionar la economía con medidas fiscales. La «nueva economía» keynesiana fue derrotada por la estanflación y por Friedman. Pero los sucesivos responsables de la Reserva Federal y los secretarios del Tesoro se quejaron de que los tipos de interés y la política monetaria eran por sí solos instrumentos insuficientes para hacer malabarismos con el precio del dólar flotante, la inflación, el desempleo y la tasa de crecimiento económico.

Se sigue admirando parte de la economía teórica de Friedman, como su trabajo sobre la función del consumo. Pero pocos siguen anhelando la idea principal de Friedman, el monetarismo doctrinario, que se recuerda, si es que se hace, como una nota a pie de página secreta y ociosa en la historia del pensamiento económico.

Aunque el hijo de Friedman, David, se convirtió en economista libertario tras graduarse en Física y Química en Harvard y obtener un máster y un doctorado en Física Teórica en Chicago,⁹¹⁷ Friedman no dejó tras de sí ningún grupo de economistas friedmanitas; no existe un equivalente en Chicago a los discípulos devotos de Keynes, el Circo de Cambridge. Tampoco fundó una escuela de economía friedmanita. Fue único. Un inconformista hasta el final.

Algunos economistas lamentaron el tiempo perdido al tener que demostrar que el monetarismo de Friedman no era más que una distracción. Su colega de Brooklyn y premio Nobel, Robert Solow,

uno de los colegas más cercanos de Samuelson en el MIT, emitió en 2013 un veredicto condenatorio sobre la trayectoria profesional de Friedman. «Me alegro de que hoy no exista un Milton Friedman en ningún lugar del espectro político-económico —escribió—. Creo que los Milton Friedman son malos para la economía y para la sociedad.»

Y continuó:

Los debates infructuosos con talentosos (casi) extremistas hacen perder mucho tiempo a todos, un tiempo que podría emplearse de forma más constructiva, ya sea en la investigación o en la discusión de cuestiones políticas de forma más pragmática. Supongo que esos debates también ayudan a esclarecer supuestos implícitos y argumentos turbios, pero creo que es un beneficio pequeño comparado con el costo de las molestias.⁹¹⁸

A Friedman le fue mejor en el éxito de sus idiosincrásicas recomendaciones políticas. Su petición de acabar con los impuestos punitivos sobre la renta se ha hecho realidad en gran medida. En las tres décadas que van de 1950 a 1980, el tipo del impuesto federal sobre la renta nunca bajó del 70 por ciento. En 2021, había descendido al 40,8 por ciento.⁹¹⁹ Friedman también podría atribuirse una victoria en la abolición del servicio militar obligatorio, aunque, después de los horrores sufridos por los reclutas de la guerra de Vietnam, es probable que el reclutamiento hubiera terminado de todos modos. Su intento de arrebatar la educación pública de las manos de los políticos tuvo un éxito parcial, y la idea fue adoptada por ambos lados de la división política, desde Bill Clinton hasta Margaret Thatcher, a menudo en forma de escuelas concertadas financiadas por los contribuyentes. Pero las escuelas públicas siguen estando, de forma abrumadora, infrafinanciadas y contando con procedimientos administrativos demasiado engorrosos que desempeñar por funcionarios. Los médicos continúan operando en un negocio cerrado a través del estricto sistema de licencias profesionales, en lugar de la simple certificación que Friedman demandaba. El Departamento de Energía, que Friedman quiso

abolir, sigue funcionando. Sus consejos a los sucesivos presidentes y congresistas republicanos para que permitieran la venta legal de drogas duras como la heroína y la cocaína cayeron en saco roto. Friedman, que toda su vida fue un advenedizo, sigue siéndolo tras su muerte.

Sin embargo, la continua influencia de Friedman en la política estadounidense se hizo evidente en 2009, con el surgimiento del Tea Party, un enfurecido movimiento popular antigubernamental que estaba en contra de los impuestos, nacido del estímulo de Bush/Obama/Bernanke, que purgó al Partido Republicano de moderados y sentó las bases para la elección de Donald Trump⁹²⁰ como presidente en 2016. ¿Podría haber habido un presidente Trump sin Friedman? Tal vez. Pero la larga marcha libertaria de Friedman durante varias décadas allanó el camino y ayudó a que Trump fuera un presidente tan caprichoso, egoísta, intelectualmente inconsistente y centrado sólo en la reelección comparable a Nixon.

El desencanto de los obreros o exobreros de mayor edad, a quienes el fin de las industrias del carbón, del acero y de la construcción naval había dejado sin trabajo, en gran parte debido a las importaciones que gozaban de la ventaja de la mano de obra extranjera barata, sustentó el ascenso de Donald Trump. El libre comercio mundial que con tanto ahínco había defendido Friedman, y que el presidente Clinton ejecutó con entusiasmo —con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994, que establecía una zona de libre comercio entre México, Canadá y Estados Unidos, y la conversión del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995—, puede haber beneficiado a la economía estadounidense en general, pero muchos trabajadores de la industria manufacturera estadounidense vieron cómo perdían sus puestos de trabajo ante trabajadores mal pagados, a menudo asiáticos, que operaban sin beneficiarse de las normas de salud y seguridad y otras protecciones que tenían los trabajadores estadounidenses. El libre comercio dividió a los

estadounidenses por la mitad, y aquellos que perdieron su medio de vida por sus consecuencias encontraron en Trump a un elocuente aliado que prometió renegociar los acuerdos comerciales que eran malos para sus compatriotas.

Samuelson, que aprobaba la globalización y los beneficios que aportaba a los países implicados, había llamado la atención sobre el lado oscuro de la eliminación de los aranceles protectores para los trabajadores estadounidenses. En 1972 impartió una charla —«International Trade for a Rich Country»⁹²¹ [«Comercio internacional para un país rico»]— que se convirtió en parte popular de su repertorio de conferencias. En ella señalaba que «el libre comercio no tiene por qué ayudar a todo el mundo en todas partes» y que «un lugar rico puede acabar en pérdida neta cuando uno pobre gana de nuevo ventaja comparativa en actividades en las que antes el país rico había disfrutado de una ventaja comparativa». Fue una verdad económica a la que dio importancia Trump⁹²² en su campaña presidencial insurgente de 2016, que prometió una renegociación de los acuerdos comerciales de Estados Unidos y la introducción de aranceles selectivos para proteger los mercados nacionales.

El novedoso plan de Friedman de un impuesto negativo al ingreso que sustituyera a las ayudas sociales tradicionales atrajo el apoyo de todo el espectro político, incluido Samuelson, que lo elogió como «una idea a la que le ha llegado su hora».⁹²³ La idea se transformó en la renta básica universal, en la que el Estado proporcionaría un salario mínimo a todo el mundo como un derecho. La pandemia de la COVID-19 hizo que los Gobiernos de todo el mundo adoptaran planes similares, al menos temporalmente, aunque la perspectiva de una economía mundial dependiente de las máquinas en lugar de los seres humanos hizo más probable la financiación directa permanente por parte del Estado de las personas no necesarias para el trabajo.

La larga marcha de Friedman fue siempre tanto política como económica. Y se esforzó en subrayar que, al igual que Hayek, no se consideraba un conservador, sino un libertario. Uno de los principales temas de su campaña fue la defensa de los argumentos intelectuales a favor de una fuerte reducción de los poderes del Estado en general. Aunque subrayó que tenía poco tiempo para la anarquía o los anarquistas, desde la candidatura presidencial de Barry Goldwater en 1964 hasta los ocho años de mandato de Ronald Reagan y más allá, Friedman lideró la carga contra el Estado prepotente y se congratuló de cada pequeña victoria a medida que los grandes programas gubernamentales implícitos en la solución de Keynes para que una nación gozara de buena salud iban retrocediendo lentamente. Reagan dijo en su primer discurso de investidura que el Estado no era la solución a los problemas de Estados Unidos, sino el problema. Aunque es poco probable que él o Friedman pudieran prever el surgimiento de la noche a la mañana del populista Tea Party, nacido del enorme endeudamiento público para compensar el colapso de la actividad económica tras la congelación de activos financieros de 2007. Aunque puede que Friedman hubiera apoyado en principio el ascenso de la furiosa derecha obrera, que se sentía ignorada por los sucesivos Gobiernos de ambos bandos, es una pena que no hayamos podido escuchar su enjundioso juicio sobre la amplia tribu de hiperactivistas antigubernamentales que adulaba a Trump.

El movimiento a favor de un Gobierno limitado, para el que Friedman proporcionó la justificación intelectual, encendió la imaginación de los republicanos durante cinco décadas y logró alterar el partido de un conservadurismo tradicional de centro a uno de descarado libertarismo. Friedman pudo contar con esa conversión del republicanismo a su causa central como un gran éxito. Después de la presidencia de George H. W. Bush, ningún republicano podía convertirse en el campeón presidencial del partido a menos que aceptara una lista de creencias que se hicieran eco de las restricciones del Gobierno limitado de Friedman. Sin embargo, el

movimiento se vio obligado a hacer propósito de enmienda después de que el 6 de enero de 2021, una turba de seguidores de Trump irrumpiera en el edificio del Capitolio en Washington D. C., arrasando con oficinas, artefactos, documentos, monumentos y la estructura del edificio, lo que provocó la evacuación de los legisladores por temor a sus vidas y culminó con una invasión de la propia Cámara del Senado. Cinco personas murieron como resultado del caos. Lo más inquietante es que algunos manifestantes se inventaron un linchamiento, y declararon que pretendían secuestrar a los legisladores y ejecutar sumariamente al vicepresidente Mike Pence y a la líder de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi. Sigue siendo incierto si la protesta violenta pretendía ser una insurrección a gran escala para derrocar al Gobierno o sólo un intento de frustrar la Constitución, o si fue una demostración excesiva de solidaridad con el presidente derrotado, que había instado a su gente a asaltar el Capitolio. Pero la escala y la avidez de los manifestantes resultaron ser la culminación de la larga marcha de los argumentos de Friedman que condenaban el creciente papel del Gobierno federal en favor de los derechos de los Estados o de un Gobierno escaso o nulo. No cabe duda de que Friedman habría condenado rotundamente el uso de la fuerza por parte de los insurrectos y se habría horrorizado ante su negación de cualquier hecho que no les convenía, pero difícilmente podría negar que el origen de los argumentos que inspiraron el fatal golpe cómico fallido fue su propio pensamiento, claramente articulado y convincente.

Aunque resulta más fácil encontrar el legado de Friedman en la política que en la economía, la marca de Samuelson en la economía y la sociedad es menos conspicua, pero no por ello menos indeleble. La opinión está dividida en cuanto a si Samuelson dejó una escuela de economía a todas luces samuelsoniana. Sus innumerables artículos técnicos, que fluían de él con tanta facilidad,

habrían sido un logro imponente para cualquier economista académico. Su aplicación de las matemáticas a la economía transformó la disciplina, de algo parecido a una rama de la filosofía a una verdadera ciencia social.

Samuelson dejó una especie de dinastía personal, con un hermano, Robert Summers,⁹²⁴ una cuñada, Anita Summers,⁹²⁵ un cuñado, Kenneth Arrow,⁹²⁶ y un sobrino, Larry Summers, todos ellos destacados economistas. Sin embargo, su logro más duradero se encuentra en las generaciones de jóvenes economistas de todo el mundo que han aprendido la materia gracias a su libro de texto, lo que le ha convertido en el proselitista más eficaz de Keynes. La síntesis neoclásica de Samuelson sigue siendo la guía más reconocida sobre cómo se puede hacer macroeconomía para evitar la catástrofe. En el debate sobre la intervención de los Estados en la economía, iniciado por Keynes y Hayek en 1931, Samuelson puede afirmar que su combinación de ambas tradiciones es la verdadera ganadora.

Al llegar a los noventa años, Samuelson mantenía una completa agenda diaria. «Eso es lo que me gustaría hacer hasta el final —dijo—, seguir garabateando mis artículos [en su despacho] en la tercera planta del edificio Sloan [del MIT], y entremedio, jugar al tenis y beber café en mi otro estudio en la sucursal del Burger King de la avenida Concord.»⁹²⁷ Pero sacó tiempo para reflexionar sobre su rivalidad de toda la vida con Friedman:

A pesar del potencial de su coeficiente intelectual, no fue un escritor precoz ni prolífico. Era un temperamento extraño, cuyas ideologías instintivas gobernaban sobre su lógica, coherencia e inferencia empírica [...]. Su carisma y gran rapidez para llegar a la polémica explican por qué su influencia superó a la de Hayek o Mises a la hora de hacer girar hacia la derecha a los economistas posteriores a 1965 [...]. Si Milton no hubiera sacado a relucir su discurso, el giro a la derecha se habría producido de todos modos, aunque no tan rápido.⁹²⁸

Samuelson trató de dar sentido al hecho de que él y Friedman tuvieran tanto en común y, sin embargo, hubieran tomado caminos tan diferentes para llegar a la cima. Creía que se debía a la forma de ser de cada uno. Habían adoptado puntos de vista diferentes sobre el mayor acontecimiento de su historia común, la Gran Depresión. «Si el joven Milton se sintió alguna vez tocado por el vago socialismo y el buenismo de su infancia —escribió Samuelson—, todo eso se evaporó bajo los fuertes ácidos de la ley económica.»⁹²⁹ Y mientras Samuelson eligió un camino al parecer sin esfuerzo alguno hacia la fama y la fortuna, Friedman tuvo una necesidad constante de desafiar a los que le precedieron. «Si no hubiera nadado contracorriente, todo habría sido más rápido —escribió Samuelson—. Pero Milton era un libertario inmune al compromiso, opuesto al poder del Estado, escéptico tanto con los políticos como con los burócratas, impasible ante las buenas intenciones.»⁹³⁰

Sin embargo, el veredicto de Samuelson fue que, a pesar de la inmensa confianza en sí mismo de Friedman, su certeza de propósito le había llevado a un callejón sin salida. «Milton Friedman nunca cometió un error en toda su vida. Eso es extraordinario, ¿no?», preguntó Samuelson a uno de sus últimos entrevistadores. Y continuó:

[Friedman] es uno de los hombres más brillante que haya conocido jamás. Pero no creo que sea consciente de la tremenda cantidad de errores que ha cometido a lo largo de su vida. No creo que nadie en el mundo haya leído cada línea del trabajo de Milton Friedman, excepto yo [...]. La mayoría de mis chistes sobre Friedman son en realidad verdades profundas. A veces digo que tiene un coeficiente intelectual tan alto que carece de protección ante sí mismo. Mira su trabajo y está satisfecho con él. Sin embargo, creo que es una tragedia cuando alguien realmente toma el camino equivocado.⁹³¹

Agradecimientos

Escribir este libro me ha llevado de costa a costa de Estados Unidos. Quiero dar las gracias a los documentalistas de la Institución Hoover, donde se encuentran los documentos de Milton Friedman, y a los bibliotecarios de la David M. Rubenstein Rare Book & Manuscript Library de la Universidad de Duke, que alberga el archivo de Samuelson. Unos y otros se mostraron muy amables conmigo y me infundieron ánimo. Estoy especialmente en deuda con Sara Seten Berghausen, Elizabeth B. Dunn y los demás documentalistas de Duke, y con Eric Thomas Wakin, Carol A. Leadenham, Jean McElwee Cannon, Sarah Patton y Jenny Mayfield de la Hoover.

El germen de este libro fue mi versión del duelo entre John Maynard Keynes y Friedrich Hayek en 1931, que estableció las líneas de batalla entre la izquierda y la derecha en economía y el tono agrio del debate desde entonces. Cuarenta años después de que Keynes y Hayek llegaran a una incómoda tregua, la discusión siguió su curso, pero con dos nuevos paladines, Paul Samuelson, del MIT, y Milton Friedman, de la Universidad de Chicago. Para esta historia de toda una vida de amistad y desacuerdos entre estas dos destacadas figuras, estoy en deuda con muchas de las mismas personas que me ayudaron con el libro *Keynes Hayek*. Entre las más importantes se encuentran Vicky Chick, del University College de Londres, cuyo conocimiento y entusiasmo por Keynes y los keynesianos es contagioso, y Bruce Caldwell, investigador sénior de economía en la Universidad de Duke y biógrafo oficial de Hayek, que me llevó de la mano a través de *Keynes Hayek* y me allanó el camino para estudiar el archivo de Samuelson en Duke.

Debo mucho a mi amigo y mentor Edmund Phelps, premio Nobel de Economía en 2006, que me ha animado sin parar para que me ocupara de esta larga y complicada historia. Siendo alguien que, coincidente con Friedman, puso de manifiesto la lógica errónea de la curva de Phillips —la supuesta compensación directa entre desempleo e inflación—, Ned desempeñó un papel importante a la hora de desenmarañar el extraordinario legado de Keynes. Ned me invitó a ser profesor visitante en su pionero Centro sobre Capitalismo y Sociedad de la Universidad de Columbia y me incluyó como ponente en sus estimulantes conferencias anuales sobre aspectos de actualidad del pensamiento económico, por lo que le estoy muy agradecido.

Tres queridos amigos con amplios conocimientos de economía leyeron este libro en una fase final y no puedo agradecerles lo suficiente su buen ojo para detectar ambigüedades, confusiones o algún aspecto olvidado. Son James Ledbetter, Peter V. Rajsingh y Tom Sharpe QC. Este libro es mucho mejor gracias a sus inteligentes y perspicaces observaciones. Aunque debo subrayar que todos los errores en el texto son míos y sólo míos. También debo dar las gracias a John Aslet por su investigación.

Mi especial agradecimiento a la hija de Paul Samuelson, Jane Samuelson; a su hijo, William Samuelson, y a la hija de Milton Friedman, Janet Martel, por permitirme citar la correspondencia y las obras de sus padres. También agradezco a David Friedman, hijo de Friedman, que me haya aclarado algunas de las opiniones de su padre. Gracias también a Janice Murray, colaboradora literaria de Samuelson desde hace mucho tiempo.

Agradezco a University of Chicago Press que me haya permitido citar el libro *Two Lucky People*, las memorias de Rose y Milton Friedman, y a McGraw-Hill que me haya permitido citar la obra *Readings in Economics* (6.^a ed.) de Samuelson. Gracias a Sony / ATV Music Publishing / Famous Music por el permiso para citar la canción de Harry Ruby y Bert Kalmar «I'm Against It».

Éste es mi tercer libro editado por Brendan Curry en W. W. Norton. No puedo imaginarme un editor más comprensivo, cuyo ligero toque en el timón me ha impedido desviarme hacia los arcanos. Brendan me ha acompañado a lo largo del proceso de escritura y edición, y sus contribuciones han sido inestimables. Doy las gracias también a sus brillantes colegas, en particular a Bee Holekamp, Nancy Green, Rebecca Homiski, Anna Oler y Beth Steidle.

Éste es también el tercer libro que escribo bajo la sabia dirección de mi agente literario Rafe Sagalyn. Una vez más, ha conseguido que me concentrara en la historia esencial. Hay cierta magia que une a autores y agentes, Rafe y yo congeniamos desde el principio, cuando, después de que yo le llamara desde la nada y sin presentación previa, captara al instante lo que tenía en mente para un libro y me encontrara un editor en pocos días. El resultado fue *Keynes Hayek*. También comprendió de inmediato los encantos de *Samuelson Friedman*.

No puedo acabar una lista de agradecimientos sin mencionar la interminable ayuda y apoyo de mi mujer Louise Nicholson. Lleva varios años escuchando con paciencia mis dispersas reflexiones sobre Samuelson, Friedman, Keynes, Hayek, Volcker, Greenspan, Bernanke y el resto, y ha tranquilizado mi atribulada mente cuando el camino era difícil. No podría haber escrito este libro —ni ningún otro— sin su amor.

NICHOLAS WAPSHOTT
Nueva York
Julio de 2020

Bibliografía

- Alterman, Eric, *Sound and Fury: The Making of the Punditocracy*, Cornell, Ithaca, NY, 1999.
- Anderson, Martin, *Revolution: The Reagan Legacy*, Hoover Institution Press, Stanford, California, 1990.
- Arnold, Bruce, *Margaret Thatcher: A Study in Power*, Hamish Hamilton, Londres, 1984.
- Backhouse, Roger E., *Founder of Modern Economics: Paul A. Samuelson*, vol. 1: *Becoming Samuelson, 1915-1948*, Oxford University Press, Oxford, 2017.
- Blinder, Alan S., *Hard Heads, Soft Hearts: Tough-Minded Economics for a Just Society*, Addison-Wesley, Reading, MA, 1987.
- Blumenthal, Sidney, *The Rise of the Counter-Establishment: The Conservative Ascent to Political Power*, Union Square Press, Nueva York, 1986.
- Bradlee, Ben, *A Good Life*, Touchstone, Nueva York, 1995. Versión castellana de Andrés Fernández e Irene Hernández, *La vida de un periodista*, Aguilar, Barcelona, 2000.
- Brown, Gordon, *My Life, Our Times*, Bodley Head, Londres, 2017.
- Buckley, William F. Jr., *God and Mammon at Yale*, Henry Regnery, Chicago, 1951.
- Butler, David y Dennis Kavanagh, *The British General Election of February 1974*, Macmillan, Londres, 1974.
- , *The British General Election of 1983*, Macmillan, Londres, 1974.
- Campbell, John, *Edward Heath: A Biography*, Jonathan Cape, Londres, 1993.
- Cannon, Lou, *President Reagan: The Role of a Lifetime*, Public Affairs, Nueva York, 1991.

- Congdon, Tim, *Money in a Free Society: Keynes, Friedman, and the New Crisis in Capitalism*, Encounter Books, Nueva York / Londres, 2011.
- Cosgrave, Patrick, *Thatcher: The First Term*, Bodley Head, Londres, 1985.
- Cottrell, Allin y Michael S. Lawlor, *New Perspectives on Keynes*, Duke University Press, Durham, NC, 1995.
- Cronon, E. David y John W. Jenkins, *The University of Wisconsin: A History, 1925-1945*, vol. 3: *Politics, Depression, and War*, University of Wisconsin Press, Madison, 1994.
- Dallek, Robert, *Nixon and Kissinger: Partners in Power*, HarperCollins, Nueva York, 2007.
- DeLay, Tom y Stephen Mansfield, *No Retreat, No Surrender: One American's Fight*, Sentinel, Nueva York, 2007.
- Ebenstein, Alan, *Friedrich Hayek: A Biography*, Palgrave St. Martin's Press, Nueva York, 2001.
- Ebenstein, Lanny, *The Indispensable Milton Friedman: Essays on Politics and Economics*, Regnery, Washington D. C., 2012.
- Edwards, Lee, *Goldwater: The Man Who Made a Revolution*, Regnery, Washington D. C., 1995.
- Fogel, Robert y Stanley L. Engerman, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, W. W. Norton, Nueva York, 1974. Versión castellana de Arturo Firpo, *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1981.
- Friedman, Milton (ed.), *Studies in the Quantity Theory of Money*, University of Chicago Press, Chicago, 1956.
- , *A Theory of the Consumption Function*, Princeton University, Princeton, NJ, 1957. Versión castellana de Lorenzo Betancor Curbelo, *Una teoría de la función de consumo*, Alianza editorial, Madrid, 1985.
- , *Capitalism and Freedom*, University of Chicago Press, Chicago / Londres, 1962. Versión castellana de Cristina Casabón, *Capitalismo y libertad*, Deusto, Barcelona, 2022.

- , *Inflation: Causes and Consequences*, Asia Publishing House, Nueva York, 1963. Versión castellana: *Paro e inflación*, Unión Editorial, Madrid, 2012.
- , *The Optimum Quantity of Money and other essays*, Aldine, Chicago, 1969.
- , *Bright Promises, Dismal Performance: An Economist's Protest*, editado por William R. Allen, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1983.
- Friedman, Milton y Rose D. Friedman, *Free to Choose: A Personal Statement*, Penguin, Londres, 1980. Versión castellana de Carlos Rocha Pujol, *Libertad para elegir I y II*, Ediciones Folio, Barcelona, 1997.
- , *Two Lucky People: Memoir*, University of Chicago Press, Chicago, 1998.
- Friedman, Milton y Walter W. Heller, *Monetary vs. Fiscal Policy: A Dialogue*, W. W. Norton, Nueva York, 1969.
- Friedman, Milton y Anna Jacobson Schwartz, *A Monetary History of the United States, 1867-1960*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1963.
- Gilmour, Ian, *Britain Can Work*, Martin Robertson, Oxford, 1983.
- , *Inside Right: A Study of Conservatism*, Quartet, Londres, 1978.
- Goldwater, Barry, *Conscience of a Conservative*, Victor, Shepardsville, KY, 1960.
- Graham, Katharine, *Personal History*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1997. Versión castellana de M. L. Rodríguez Tapia y J. M. Calvo Roy, *Una historia personal: sobre cómo alcancé la cima del periodismo en un mundo de hombres*, Libros del KO, Madrid, 2016.
- Greenspan, Alan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World*, Penguin, Nueva York, 2007. Versión castellana de Gabriel Dols Gallardo, *La era de las turbulencias: aventuras en un nuevo mundo*, Ciro Ediciones, Barcelona, 2011.
- Greider, William, *Secrets of the Temple: How the Federal Reserve Runs the Country*, Simon & Schuster, Nueva York, 1989.

- Halcrow, Morrison, *Keith Joseph: A Single Mind*, Macmillan, Londres, 1989.
- Hammond, J. D. y C. H. Hammond, *Making Chicago Price Theory: Friedman–Stigler Correspondence 1945–1957*, Routledge, Londres, 2006.
- Harris, Kenneth, *Thatcher*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1988.
- Hayek, Friedrich, *The Road to Serfdom*, George Routledge, 1944.
Versión castellana de Bruce Caldwell, *Camino de servidumbre*, Unión editorial, Madrid, 2013.
- , *Choice in Currency: A Way to Stop Inflation*, Institute of Economic Affairs, Londres, 1976.
- , *The Collected Works of F. A. Hayek*, vol. 2: *The Road to Serfdom, Text and Documents, The Definitive Edition*, editado por Bruce Caldwell, University of Chicago Press, Chicago, 2007.
- , *The Collected Works of F. A. Hayek*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge: Essays and Correspondence*, editado por Bruce Caldwell, University of Chicago Press, Chicago, 1995.
- , *Prices and Production and Other Works: F. A. Hayek on Money, the Business Cycle, and the Gold Standard*, editado por Joseph T. Salerno, Ludwig von Mises Institute, Auburn, AL, 2008.
- , *Hayek on Hayek*, editado por Stephen Kresge y Leif Wenar, University of Chicago Press, Chicago, 2010. Versión castellana de Federico Basáñez, *Hayek sobre Hayek: un diálogo autobiográfico*, Unión editorial, Madrid, 2010.
- Healey, Denis, *The Time of My Life*, Michael Joseph, Londres, 1989.
- , *When Shrimps Learn to Whistle: Signposts for the Nineties*, Michael Joseph, Londres, 1990.
- Heath, Edward, *The Course of My Life*, Hodder and Stoughton, Londres, 1998.
- Horn, Karen Ilse, *Roads to Wisdom, Conversations with Ten Nobel Laureates in Economics*, Edward Elgar, Cheltenham, Reino Unido, 2009.
- Hurd, Douglas, *An End to Promises*, Collins, Londres, 1979.

- Hutchinson, George, *Edward Heath: A Personal and Political Biography*, Longman, Londres, 1970.
- Kahn, Richard F., *The Making of Keynes' General Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1948.
- Kaldor, Nicholas, *The Economic Consequences of Mrs. Thatcher*, Duckworth, Londres, 1983.
- Keegan, William, *Mr. Lawson's Gambl*, Hodder and Stoughton, Londres, 1989.
- Keller, Morton y Phyllis Keller, *Making Harvard Modern: The Rise of America's Universities*, Oxford University Press, Nueva York, 2001.
- Keynes, J. M., *The Economic Consequences of the Peace*, Harcourt, Brace and Howe, Nueva York, 1920. Versión castellana de Juan de Uña, *Las consecuencias económicas de la paz*, Crítica, Barcelona, 1991.
- , *A Tract on Monetary Reform*, Macmillan, Londres, 1923. Versión castellana de Carlos Rodríguez Brown [1.ª obra] y Esther Rabasco [2.ª obra], *Breve tratado sobre la reforma monetaria: escritos (1910-1944)*, Síntesis, Madrid, 2009.
- , *The End of Laissez-Faire*, Hogarth Press, Londres, 1926.
- , *A Treatise on Money*, Macmillan, Londres, 1930. Versión castellana de Esther Rabasco, *Tratado sobre el dinero*, Síntesis, Madrid, 2010.
- , *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, Londres, 1936. Versión castellana: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, RBA Coleccionables, Barcelona, 2004.
- , *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 5: *A Treatise on Money: The Pure Theory of Money*, Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1971/1930.
- , *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 13: *General Theory and After, Part 1*, Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1973.

- , *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 17: *Activities 1920-2: Treaty Revision and Reconstruction*, Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1981.
- , *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 19: *Activities 1922-9: The Return to Gold and Industrial Policy*, Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1981.
- , *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 27: *Activities 1940-1946: Shaping the Post-War World: Employment and Commodities*, Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1981.
- Kiernan, Frances, *The Last Mrs. Astor: A New York Story*, W. W. Norton, Nueva York, 2007.
- Klein, Naomi, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*, Metropolitan Books, Nueva York, 2007. Versión castellana de Albino Santos y Remedios Diéguez, *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona, 2014.
- Kuhn, Thomas S., *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago, 1962. Versión castellana de Carlos Solís, *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2013.
- Lawson, Nigel, *The View from No. 11: Memoirs of a Tory Radical*, Bantam Press, Londres, 1992.
- Ledbetter, James, *One Nation Under Gold*, Liveright, Nueva York, 2017.
- Leeson, Robert, *Keynes, Chicago and Friedman*, Pickering and Chatto, Londres, 2003.
- Mackenzie, Norman y Jeanne Mackenzie (eds.), *The Diary of Beatrice Webb*, vol. 4: *The Wheel of Life, 1924-1943*, Virago, Londres, 1985.
- Meacham, Jon, *Destiny and Power: The American Odyssey of George Herbert Walker Bush*, Random House, Nueva York, 2015.

- Mirowski, Philip y Dieter Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2009.
- Nelson, Robert H., *Economics as Religion: From Samuelson to Chicago and Beyond*, Pennsylvania State University Press, University Park, PA, 2001.
- Parker, Richard, *John Kenneth Galbraith: His Life, His Politics, His Economics*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2005.
- Pigou, Arthur A. C., *Economics in Practice*, Macmillan, Londres, 1935.
- Powell, Enoch, *Freedom and Reality*, B. T. Batsford, Londres, 1969.
- Pym, Francis, *The Politics of Consent*, Hamish Hamilton, Londres, 1984.
- Reagan, Ronald, *The Reagan Diaries*, editado por Douglas Brinkley, HarperCollins, Nueva York, 2007.
- Riddell, Peter, *The Thatcher Decade*, Blackwell, Cambridge, 1989.
- Samuelson, Paul A., *Foundations of Economic Analysis*, Harvard University Press, Cambridge, 1947. Versión castellana de Estrella Trincado Aznar, *Fundamentos del análisis económico*, Aranzadi, Madrid, 2018.
- , *Economics: An Introductory Analysis*, McGraw-Hill, Nueva York, 1948: 1.^a ed., 1948; 2.^a ed., 1951; 3.^a ed., 1955; 4.^a ed., 1958; 5.^a ed., 1961; 6.^a ed., 1964; 7.^a ed., 1967; 8.^a ed., 1970; 9.^a ed., 1973; 10.^a ed., 1976; 11.^a ed., 1980; con William D. Nordhaus: 12.^a ed., 1985; 13.^a ed., 1989; 14.^a ed., 1992; 15.^a ed., 1995; 16.^a ed., 1998; 17.^a ed., 2000; 18.^a ed., 2004; 19.^a ed., 2013. Versión castellana de María Guadalupe Ceballos, *Economía*, 18.^a ed., McGraw-Hill Interamericana de España, Madrid, 2006.
- , «Principles and Rules in Modern Fiscal Policy: A Neoclassical Reformulation», en *Money, Trade and Economic Growth: Essays in Honor of John Henry Williams*, editado por H. Waitzman, Macmillan, Nueva York, 1951.
- , *Readings in Economics*, 6.^a ed., McGraw-Hill, Nueva York, 1970.

- , *The Samuelson Sampler*, Thomas Horton and Company, Glen Ridge, Nueva Jersey, 1973.
- , *Economics from the Heart: A Samuelson Sampler*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1983. Versión castellana: *Economía desde el corazón*, Folio, Barcelona, 1997.
- Samuelson, Paul A. y William A. Barnett (eds.), *Inside the Economist's Mind: The History of Modern Economic Thought, as Explained by Those Who Produced It*, Wiley-Blackwell, Hoboken, NJ, 2005.
- , *Inside the Economist's Mind: Conversations with Eminent Economists*, Wiley-Blackwell, Hoboken, NJ, 2006.
- Say, Jean-Baptiste, *A Treatise on Political Economy, Or, the Production, Distribution, and Consumption of Wealth*, publicado por primera vez en Francia, 1803; reeditado por Wentworth Press, Nueva York, 2016.
- Shlaes, Amity, *The Forgotten Man: A New History of the Great Depression*, HarperCollins, Nueva York, 2007.
- Shultz, George, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1993.
- Schultz, Henry, *The Theory and Measurement of Demand*, University of Chicago Press, Chicago, 1938.
- Silber, William L., *Volcker: The Triumph of Persistence*, Bloomsbury Press, Nueva York, 2012.
- Skidelsky, Robert (ed.), *Thatcherism*, Chatto and Windus, Londres, 1988.
- Smith, David, *The Rise and Fall of Monetarism: The Theory and Politics of an Economic Experiment*, Penguin, Londres, 1987.
- Stein, Herbert, *Presidential Economics: The Making of Economic Policy from Roosevelt to Reagan and Beyond*, Simon and Schuster, Nueva York, 1985.
- Stigler, George J., *Memoirs of an Unregulated Economist*, Basic Books, Nueva York, 1985. Versión castellana de Fernando Castro Polinio, *Memorias de un economista*, Espasa, Barcelona, 1992.

- Szenberg, Michael, Michael Ramrattan y Aron A. Gottesman (eds.), *Samuelsonian Economics and the Twenty-First Century*, Oxford, 2006.
- Tarshis, Lorie, *The Elements of Economics*, Houghton Mifflin, Boston, 1947.
- Tebbit, Norman, *Upwardly Mobile: An Autobiography*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1988.
- Thatcher, Margaret, *The Downing Street Years*, HarperCollins, Londres, 1993. Versión castellana: *Los años de Downing Street*, Aguilar, Barcelona, 2012.
- , *The Path to Power*, HarperCollins, Londres, 1995. Versión castellana de Cecilia Ceriani y Antonio Resines, *El camino hacia el poder*, Aguilar, Barcelona, 1995.
- Volcker, Paul y Toyoo Gyohten, *Changing Fortunes: The World's Money and the Threat to American Leadership*, Times Books, Nueva York, 1992.
- Von Mises, Ludwig, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis*, Gustave Fischer Verlag, 1922. Traducción al inglés de J. Kahan, Jonathan Cape, Londres, 1936. Versión castellana de Luis Montes de Oca, *El socialismo. Análisis económico y sociológico*, Unión Editorial, Madrid, 2003.
- Walters, Alan, *Sterling in Danger: The Economic Consequences of Pegged Exchange Rates*, Fontana/Collins, Londres, 1990.
- Wanniski, Jude, *The Way the World Works: How Economies Fail—and Succeed*, Basic Books, Nueva York, 1978.
- Wapshott, Nicholas, *Ronald Reagan and Margaret Thatcher: A Political Marriage*, Sentinel, Nueva York, 2007.
- , *Keynes Hayek: The Clash That Defined Modern Economics*, W. W. Norton, Nueva York, 2011. Versión castellana de Ana García Bertán, *Keynes vs Hayek: el choque que definió la economía moderna*, Deusto, Barcelona, 2016.
- Wapshott, Nicholas y George Brock, *Thatcher*, Macdonald, Londres, 1983.

- Weintraub, E. Roy, *MIT and the Transformation of American Economics*, Duke University Press, Durham, NC, 2014.
- Winch, Donald, *Economics and Policy: A Historical Study*, Walker, Nueva York, 1969.
- Young, Hugo, *One of Us*, Macmillan, Londres, 1989.

Notas

1. William Vincent Astor (15 de noviembre de 1891-3 de febrero de 1959).

2. Mansión de estilo italiano (1851) diseñada por sir Charles Barry, cerca de Taplow, en Buckinghamshire, Inglaterra.

3. William Waldorf «Bill» Astor II, tercer vizconde Astor (13 de agosto de 1907-7 de marzo de 1966).

4. Waldorf Astor, segundo vizconde Astor (19 de mayo de 1879-30 de septiembre de 1952), dueño del periódico inglés *The Times*.

5. Nancy Witcher Langhorne Astor, vizcondesa Astor (19 de mayo de 1879-2 de mayo de 1964), primera mujer que ocupó un escaño de diputada en el Parlamento inglés.

6. En 1958, Cliveden disfrutaba de un breve período de calma. Sin embargo, al cabo de tres años, la casa volvería a ser noticia por tratarse del lugar en el que los ministros conservadores retozaban con sus amantes prostitutas, escándalo conocido como el caso «Profumo». John Profumo, secretario de Estado para la Guerra en el Gobierno de Harold Macmillan, tuvo una aventura con la prostituta Christine Keeler. Al principio negó el romance en la Cámara de los Comunes antes de admitir que había mentido, lo que condujo a su dimisión. El escándalo, y otros sucesos similares, afectaron gravemente al Gobierno de Macmillan y contribuyeron a la derrota de los conservadores en las elecciones generales de 1964.

7. John Jacob «Jack» Astor IV (13 de julio de 1864-15 de abril de 1912).

8. *La última noche del Titanic (A Night to Remember)* (1958), película británica dirigida por Roy Ward Baker y protagonizada por Kenneth More, Honor Blackman, Kenneth Griffith, Alec McCowen, David McCallum y Michael Bryant.

9. Benjamin Crowninshield «Ben» Bradlee (26 de agosto de 1921-21 de octubre de 2014), periodista de *The Washington Post*, jefe de la sede de *Newsweek* en Washington y director de *The Washington Post*.

10. David Halberstam (10 de abril de 1934-23 de abril de 2007), periodista de *The New York Times*, cuyo reportaje sobre Vietnam le valió un premio Pulitzer en 1964.

11. Norton Winfred Simon (5 de febrero 1907-2 de junio de 1993), industrial y filántropo californiano cuya importante colección de arte se convirtió en el Museo Norton Simon de Pasadena, California.

12. Osborn «Oz» Elliott (25 de octubre de 1924-28 de septiembre de 2008), director de *Newsweek* (1961-1976). Bajo su dirección, la tirada semanal de la revista se duplicó hasta alcanzar los tres millones de ejemplares.

13. Philip Leslie «Phil» Graham (18 de julio de 1915-3 de agosto de 1963), editor (desde 1946 hasta su muerte) y copropietario (desde 1948) de *The Washington Post*, casado con Katharine Graham, hija de Eugene Meyer.

14. Ben Bradlee, *A Good Life*, p. 249, Touchstone, Nueva York, 1995. Versión castellana de A. Fernández e I. Hernández, *La vida de un periodista*, Aguilar, Barcelona, 2000.

15. Walter Lippmann (23 de septiembre de 1889-14 de diciembre de 1974), descrito a menudo como «el periodista estadounidense más influyente del siglo xx». Autor del acreditado libro *Public Opinion*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1922. Versión castellana de Blanca Guinea, *La opinión pública*, Cuadernos de Langre, Madrid, 2003.

16. Emmet John Hughes (26 de diciembre de 1920-18 de septiembre de 1982), jefe de la oficina en el extranjero y editor de artículos para *Time-Life* y redactor de discursos para Eisenhower.

17. Henry Stuart Hazlitt (28 de noviembre de 1894-9 de julio de 1993), escritor sobre economía, conservador con tendencia libertaria.

18. Henry Christopher Wallich (10 de junio de 1914-15 de septiembre de 1988), catedrático de Economía en Yale y miembro del Consejo de Asesores Económicos de Eisenhower antes de incorporarse al Consejo de la Reserva Federal en 1974.

19. John Maynard Keynes, lord Keynes (5 de junio de 1883-21 de abril de 1946), matemático de la Universidad de Cambridge convertido en economista, cuyo libro *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936) revisaba la macroeconomía y animaba a los Gobiernos a pedir préstamos y gastar para evitar recesiones.

20. Lyndon Baines Johnson (27 de agosto de 1908-22 de enero de 1973), demócrata tejano y trigésimo séptimo vicepresidente de Estados Unidos, bajo la presidencia de John F. Kennedy, desde 1961 hasta el asesinato de éste en noviembre de 1963. Después ejerció el cargo de trigésimo sexto presidente de Estados Unidos, de 1963 a 1969.

21. John Kenneth Galbraith (15 de octubre de 1908-29 de abril de 2006).

22. *La sociedad opulenta* (1958) describe cómo el sector privado estadounidense se volvió más próspero a partir de la Segunda Guerra Mundial, pero que el sector público carecía de una infraestructura social y física adecuadas, lo que provocaba intolerables disparidades de ingresos; el libro anticipaba la «guerra contra la pobreza» del presidente Lyndon Johnson.

23. John Fitzgerald «Jack» Kennedy (29 de mayo de 1917-22 de noviembre de 1963), trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, desde enero de 1961 hasta su asesinato en noviembre de 1963.

24. La breve y glamurosa presidencia de John F. Kennedy fue ampliamente comparada con el idílico mundo de Camelot del rey Arturo, retratado en 1960 en un musical homónimo de Lerner y Loewe, y luego en una película de 1967 protagonizada por Richard Harris y Vanessa Redgrave.

25. Paul Anthony Samuelson (15 de mayo de 1915-13 de diciembre de 2009), primer estadounidense en ganar el Premio Nobel de Economía. Autor del libro de texto de economía definitivo titulado simplemente *Economía*. *The New York Times* lo apodó el «principal economista académico del siglo xx».

26. Entrevista con Samuelson, *New York Times*, 31 de octubre de 1993.

27. Arthur Meier Schlesinger Jr., nacido Arthur Bancroft Schlesinger (15 de octubre de 1917-28 de febrero de 2007), historiador, crítico social e intelectual público.

28. John Kenneth Galbraith, *A Life in Our Times: Memoirs*, pp. 389-90, Nueva York, Ballantine, 1982. Versión castellana de Ramón Alcalde, *Anales de un liberal impenitente* (2 vols.), Gedisa, Barcelona, 1982 y 1983.

29. Richard Parker, *John Kenneth Galbraith: His Life, His Politics, His Economics*, p. 416, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2005.

30. Carta de Elliott a Samuelson, 17 de mayo de 1966. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

31. Milton Friedman (31 de julio de 1912-16 de noviembre de 2006), economista conservador que asesoró a los presidentes Nixon y Reagan, y a la primera ministra británica Thatcher. Descrito por *The Economist* como «el economista más influyente de la segunda mitad del siglo xx... probablemente de todo el siglo xx».

32. *Oriental Economist*, noviembre de 1976, pp. 17-18.

33. Ibídem.

34. George Joseph Stigler (17 de enero de 1911-1 de diciembre de 1991), economista de la Escuela de Chicago y ganador del Premio Nobel de Economía en 1982.

35. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, p. 357, University of Chicago Press, Chicago, 1998.

36. *The New York Times*, 4 de septiembre de 1966.

37. Friedrich Hayek, conocido como F. A. Hayek (8 de mayo de 1899-23 de marzo de 1992), economista y filósofo de origen austríaco y posteriormente británico, figura clave de la Escuela Austríaca, que defendió la economía liberal clásica frente a los keynesianos. Célebre por mudarse de Viena a Londres para responder mejor a los desafíos planteados por las revolucionarias ideas sobre macroeconomía procedentes de Keynes a partir de 1931. Galardonado con el Premio Nobel de Economía en 1974.

38. Desde que en 1941 Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial, la economía estadounidense fue gestionada por el Gobierno federal bajo administraciones tanto demócratas como republicanas. Pero a finales de los años sesenta, el uso incesante del dinero de los contribuyentes y el endeudamiento público para mantener el crecimiento económico había llegado a un punto muerto, con una inflación galopante y una fuerte desaceleración del crecimiento.

39. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 357.

40. Carta de Samuelson a Friedman, 8 de diciembre de 1995, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 357, nota.

41. Entrevista de William A. Barnett a Samuelson, Universidad de Kansas, 23 de diciembre de 2003.

42. «Massachusetts Institute of Technology (MIT) 150 Oral History Project», 19 de julio de 2007, <<https://infinitehistory.mit.edu/video/paul-samuelson>>.

43. En tanto que primos hermanos, se vieron obligados a irse de Chicago, donde el matrimonio entre primos hermanos era ilegal, primero a Wisconsin y luego a Indiana, donde no lo era.

44. «MIT 150 Oral History Project», *op. cit.*

45. Ibidem.

46. Ibidem.

47. Karen Ilse Horn, *Roads to Wisdom, Conversations with Ten Nobel Laureates in Economics*, p. 43, Edward Elgar, Cheltenham, UK, 2009.

48. «MIT 150 Oral History project», *op. cit.*

49. Ibidem.

50. Su padre poseía un conjunto de clásicos de Harvard —los libros más importantes del canon occidental—, que incluía una de las obras fundadoras de la economía, *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, aunque el joven Samuelson no la leyó.

51. Thomas Robert Malthus (13 de febrero de 1766-29 de diciembre de 1834), clérigo inglés que estudió la influencia de la demografía en la economía.

52. «MIT 150 Oral History Project», *op. cit.*

53. Aaron Director (21 de septiembre de 1901-11 de septiembre de 2004), catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago que desempeñó un papel fundamental en la fundación de la Escuela de Economía de Chicago. Director influyó en algunos destacados juristas, como Robert Bork, Richard Posner, Antonin Scalia y William Rehnquist. Fue uno de los primeros mecenas de Friedrich Hayek y contribuyó a que se publicara su libro, *Camino de servidumbre*, en Estados Unidos.

54. La Escuela de Economía de Chicago de la Universidad de Chicago ha defendido una escuela neoclásica de pensamiento económico que, durante la hegemonía keynesiana, contrarrestó la nueva ortodoxia con argumentos tradicionales basados en el mercado. Entre los miembros de la escuela figuran Gary Becker, Ronald Coase, Eugene Fama, Robert Fogel, Milton Friedman, Lars Peter Hansen, Friedrich Hayek, Frank Knight, Robert E. Lucas, Richard Posner, Theodore Schultz, D. Gale Johnson y George Stigler.

55. Frank Hyneman Knight (7 de noviembre de 1885-15 de abril de 1972), uno de los fundadores de la Escuela de Economía de Chicago, que dio clases a los premios Nobel de Economía Milton Friedman, George Stigler y James M. Buchanan.

56. Jacob Viner (3 de mayo de 1892-12 de septiembre de 1970), economista canadiense cofundador de la Escuela de Economía de Chicago. Viner era más escéptico en cuanto a la virtud del libre mercado, por lo que a menudo no se le considera miembro de la Escuela de Chicago.

57. Henry Calvert Simons (9 de octubre de 1899-19 de junio de 1946), economista de la Universidad de Chicago y uno de los primeros exponentes de la teoría monetaria.

58. Paul Howard Douglas (26 de marzo de 1892-24 de septiembre de 1976), catedrático de Economía en la Universidad de Chicago y otras escuelas, y senador demócrata por Illinois entre 1949 y 1967.

59. Roger E. Backhouse, *Founder of Modern Economics: Paul A. Samuelson*, vol. 1: *Becoming Samuelson, 1915-1948*, p. 103, Oxford University Press, Oxford, Reino Unido, 2017.

60. Samuelson atribuyó la inspiración de su modelo a Alvin Harvey Hansen (23 de agosto de 1887-6 de junio de 1975), conocido como «el Keynes estadounidense», un catedrático de Economía de Harvard que asesoró a la Administración Roosevelt en la aplicación de las ideas keynesianas en el Gobierno y que ayudó a crear el Consejo de Asesores Económicos y el sistema de la Seguridad Social.

61. Theodore Shultz, director del Departamento de Economía de Chicago, intentó convencer a Samuelson para que se quedara con el siguiente argumento: «Tendremos dos mentes destacadas de diferente tendencia filosófica —tú y Milton Friedman— y eso será fructífero». Pero Samuelson decidió irse, diciendo que, como centrista, se sentiría obligado a adoptar opiniones de izquierdas con las que no estaba de acuerdo, simplemente para contrarrestar «de manera fructífera» las opiniones de derechas de Friedman.

62. «MIT Oral History Project», *op. cit.*

63. Necrológica de Samuelson, *The New York Times*, 14 de diciembre de 2009.

64. Horn, *Roads to Wisdom*, *op. cit.*, p. 47.

65. David C. Colander y Harry Landreth, *The Coming of Keynesianism to America: Conversation with the Founders of Keynesian Economics*, Edward Elgar, Cheltenham, Reino Unido, y Northampton, Massachusetts, 1996.

66. Friedman iba a ir más allá al sugerir que «todo el progreso que ha afianzado Estados Unidos en los últimos dos siglos procede del desempleo. Surge de descubrir cómo producir más bienes con menos trabajadores, liberando así mano de obra para que sea más productiva en otras áreas. Nunca se ha producido a través del desempleo permanente, sino del desempleo temporal, en el proceso de mover a gente de un área a otra». Entrevista con Friedman, *Wall Street Journal*, 22 de julio de 2006.

67. Entrevista de William A. Barnett a Samuelson, *op. cit.*, p. 156.

68. Wassily Wassilyevich Leontief (5 de agosto de 1906-5 de febrero de 1999), economista estadounidense nacido en Austro-Hungría, ganador del Premio Nobel de Economía en 1973.

69. Joseph Alois Schumpeter (8 de febrero de 1883-8 de enero de 1950), economista y politólogo estadounidense de origen austríaco que fue ministro de Finanzas de Austria en 1919. Se asocia con el término «destrucción creativa», según el cual los mercados se restablecen gradualmente tras una caída.

70. Gottfried von Haberler (20 de julio de 1900-6 de mayo de 1995), economista estadounidense nacido en Austria.

71. Alvin Harvey Hansen (23 de agosto de 1887-6 de junio de 1975), catedrático de Economía en Harvard, ayudó a crear el Consejo de Asesores Económicos y el Sistema de la Seguridad Social, más conocido por haber introducido la economía keynesiana en Estados Unidos en la década de 1930 y por haber popularizado las ideas de *La teoría general* de Keynes.

72. «MIT Oral History Project», *op. cit.*

73. Paul A. Samuelson y William A. Barnett (eds.), *Inside the Economist's Mind: The History of Modern Economic Thought, as Explained by Those Who Produced It*, p. 11, Wiley-Blackwell, Hoboken, NJ, 2007, <<http://www.library.fa.ru/files/Samuelson-Barnett.pdf>>.

74. Samuelson explicó a Karen Ilse Horn, tal como cuenta en su libro *Roads to Wisdom*, *op. cit.*, p. 49, que, si se hubiera quedado en Chicago, «me habría perdido la revolución de la competencia monopolística, en la que no creían. Me habría perdido la revolución keynesiana, en la que tampoco creían. Me habría perdido la matematización de la economía, aunque algo de eso hubo en la Universidad de Chicago».

75. Harold Hitchings Burbank (3 de julio de 1887-6 de febrero de 1951), catedrático de Economía en Harvard desde 1927, profesor David A. Wells de Economía política desde 1931 y director del Departamento de Economía (1927-1938).

76. Samuelson y Barnett (eds.), *Inside the Economist's Mind*, *op. cit.*, p. 156.

77. Edwin Bidwell Wilson (25 de abril de 1879-28 de diciembre de 1964), matemático y polímata de Yale y Harvard.

78. «MIT Oral History Project», *op. cit.*

79. Ibidem.

80. Ibidem.

81. Lorie Tarshis (22 de marzo de 1911-4 de octubre de 1993). Para un relato completo del incidente, véase: <http://community.middlebury.edu/~colander/articles/Political%20Influence%20on%20the%20Textbook%20Keynesian%20Revolution.pdf>.

82. William Frank Buckley Jr., bautizado William Francis Buckley, pero conocido como William Frank (24 de noviembre de 1925-27 de febrero de 2008), periodista, editor y comentarista conservador estadounidense, fundador en 1955 de la revista *National Review* y presentador del combativo programa televisivo de entrevistas *Firing Line*.

83. Karl Taylor Compton (14 de septiembre de 1887-22 de junio de 1954), físico y presidente del MIT (1930-1948).

84. Citado en Samuelson, «On the Prowl in an Enchanted Forest», *The New York Times*, 12 de octubre de 1986.

85. Samuelson, serie de conferencias de economistas Nobel, Trinity University, San Antonio, febrero de 1985.

86. David Warsh, «The Rivals: Paul Samuelson and Milton Friedman Arrive at the University of Chicago in 1932», *Economic Principals* (blog), 12 de julio de 2015, <<http://www.economicprincipals.com/issues/2015.07.12/1758.html>>.

87. Ibídem.

88. Adlai Ewing Stevenson II (5 de febrero de 1900-14 de julio de 1965), gobernador de Illinois (1949-1953), candidato demócrata a la presidencia en 1952 y 1956 y embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas (1961-1965).

89. William Averell Harriman (15 de noviembre de 1891-26 de julio de 1986), secretario de Comercio con el presidente Harry S. Truman, gobernador de Nueva York (1955-1958), candidato a la nominación presidencial demócrata en 1952 y 1956 y embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética y en Gran Bretaña.

90. «MIT 150 Oral History Project», *op. cit.*

91. Walt Whitman Rostow, más conocido como Walt Rostow o W. W. Rostow (7 de octubre de 1916-13 de febrero de 2003), economista y teórico político estadounidense que ayudó a formular la política exterior anticomunista de Estados Unidos en el Sudeste Asiático en la década de 1960, férreo defensor de la participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam.

92. Entrevista de William A. Barnett a Samuelson, Universidad de Kansas, 23 de diciembre de 2003, en *Macroeconomic Dynamics*, 8 (2004), p. 533.

93. Entrevista de Joseph Pechman a Samuelson, «Historia oral del Consejo de Asesores Económicos», 1 de agosto de 1964.

94. Ibídem.

95. Citado en la necrológica de Samuelson en el *The New York Times*, 14 de diciembre de 2009.

96. «MIT 150 Oral History Project», *op. cit.*

97. En enero de 1991, Samuelson dijo en una charla en la Claremont Graduate University (California) que Nicholas Kaldor, el economista de Cambridge, le había aconsejado hacer flotar el dólar. Nicholas Kaldor, barón Kaldor (12 de mayo de 1908-30 de septiembre de 1986), nacido Káldor Miklós, economista de Cambridge, acólito de Keynes y asesor especial del primer ministro británico Harold Wilson (1964-1970). Fue Kaldor quien, durante su estancia en la London School of Economics en 1931 y siguiendo instrucciones de Lionel Robbins, ayudó a Hayek con su uso del inglés en el duelo contra Keynes.

98. «MIT Oral History Project», *op. cit.*

99. Lawrence Henry «Larry» Summers (n. el 30 de noviembre de 1954), cuyo padre, Robert Summers (que cambió su nombre de Samuelson a Summers), era hermano de Paul Samuelson. Presidente emérito y profesor universitario Charles W. Eliot de la Universidad de Harvard. Execonomista jefe del Banco Mundial (1991-1993), subsecretario del Tesoro para Asuntos Internacionales (1993-1995), subsecretario del Tesoro (1995-1999), secretario del Tesoro (1999-2001), presidente de la Universidad de Harvard (2001-2006) y director del Consejo Económico Nacional (2009-2010).

100. Ceremonia del MIT en memoria de Samuelson, 10 de abril de 2010, <<http://news.mit.edu/2010/samuelson-memorial-0412>>.

101. Correspondencia personal de Samuelson, 2004. Citado en Michael Szenberg, Michael Ramrattan y Aron A. Gottesman (eds.), *Samuelsonian Economics and the Twenty-First Century*, p. xxv, Oxford University Press, Nueva York, 2006.

102. El puesto lo ocupó finalmente el economista keynesiano Walter Heller (27 de agosto de 1915-15 de junio de 1987), a quien se le atribuye la sugerencia a Lyndon Johnson de emprender una «guerra contra la pobreza».

103. Nota biográfica de Friedman para el Comité del Premio Nobel, <http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/economic-sciences/laureates/1976/friedman-bio.html>.

104. Entrevista de John B. Taylor a Friedman,
<http://web.stanford.edu/~johntayl/Onlinepaperscombinedbyyear/2001/An_Interview_with_Milton_Friedman.pdf>.

105. Entrevista a Friedman para la serie económica *Commanding Heights* de la WGBH, 2002, <https://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_miltonfriedman.html>.

106. Aaron Director inspiró a una generación de juristas conservadores, entre ellos Robert Bork, Richard Posner, Antonin Scalia y el presidente del Tribunal Supremo William Rehnquist.

107. Nota biográfica de Friedman para el Comité del Premio Nobel, *op. cit.*

108. David Friedman (n. el 12 de febrero de 1945), economista, físico, jurista y teórico del anarcocapitalismo estadounidense, siguió a sus padres en economía, compartiendo su creencia en el libre mercado y el pensamiento libertario. Escribió *La maquinaria de la libertad* (1973), que aboga por una sociedad anarcocapitalista y que fue publicada en castellano por la editorial Innisfree en 1998.

109. Friedman dejó de repente el trabajo en la zapatería tras recibir sólo una comisión de 75 centavos por una jornada de doce horas.

110. Warsh, «The Rivals», *op. cit.*

111. Harold Hotelling (29 de septiembre de 1895-26 de diciembre de 1973), estadístico matemático y teórico económico. Profesor asociado de Matemáticas en la Universidad de Stanford entre 1927 y 1931, miembro del cuerpo docente de la Universidad de Columbia entre 1931 y 1946, y catedrático de Estadística Matemática en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill desde 1946 hasta su muerte. Conocido por la ley de Hotelling, el dilema de Hotelling, la regla de Hotelling en economía y la distribución T-cuadrado de Hotelling en estadística.

112. Wesley Clair Mitchell (5 de agosto de 1874-29 de octubre de 1948), economista estadounidense conocido por su trabajo empírico sobre los ciclos económicos; dirigió la Oficina Nacional de Investigación Económica durante sus primeras décadas.

113. John Maurice Clark (30 de noviembre de 1884-27 de junio de 1963), economista estadounidense pionero en el desarrollo de la idea de «competencia efectiva» y de la base teórica de las ideas económicas keynesianas, incluido el concepto de *multiplicador*.

114. Lloyd W. Mints (20 de febrero de 1888-3 de enero de 1989), economista estadounidense y uno de los primeros monetaristas, cuyas ideas sobre la teoría cuantitativa del dinero fueron fundamentales para la Escuela de Chicago.

115. Wilson Allen Wallis (5 de noviembre de 1912-12 de octubre de 1998), economista y estadístico estadounidense, rector de la Universidad de Rochester y subsecretario de Estado para Asuntos Económicos, que asesoró en política económica a los presidentes Eisenhower, Richard Nixon, Gerald Ford y Ronald Reagan.

116. Henry Schultz (4 de septiembre de 1893-26 de noviembre de 1938), economista estadounidense, estadístico y uno de los fundadores de la econometría.

117. Arthur Cecil Pigou (18 de noviembre de 1877-7 de marzo de 1959), economista inglés, catedrático de Economía Política en la Universidad de Cambridge (1908-1943).

118. Frank William Taussig (28 de diciembre de 1859-11 de noviembre de 1940), economista estadounidense al que se le atribuye la creación de los fundamentos de la teoría moderna del comercio.

119. Simon Smith Kuznets (30 de abril de 1901-8 de julio de 1985), economista estadounidense y premio Nobel de Economía en 1971.

120. Friedman nunca desperdició la oportunidad de publicar. Del mismo modo en que convirtió su trabajo para el Comité de Recursos Nacionales en un libro, también su trabajo sobre los ingresos profesionales se convirtió en otra obra, en coautoría con Kuznets: *Income from Independent Professional Practice*, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1945. Como escribió Friedman en su biografía para el Comité del Premio Nobel: «Ese libro estaba terminado en 1940, pero su publicación se retrasó hasta después de la guerra debido a la controversia entre algunos directores del Bureau sobre nuestra conclusión de que los poderes de monopolio de la profesión médica habían aumentado sustancialmente los ingresos de los médicos en relación con los de los dentistas».

121. Warsh, «The Rivals», *op. cit.*

122. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 59.

123. [Ibídem](#), pp. 58-59.

124. [Ibídem](#), p. 58.

125. Walter A. Morton (1899-1982), profesor de Economía en la Universidad de Wisconsin-Madison (1926-1969), experto en aranceles, impuestos, seguro de desempleo y finanzas británicas en los años treinta.

126. Carl Sumner Shoup (26 de octubre de 1902-23 de marzo de 2000), economista estadounidense que contribuyó a formular el código tributario de Canadá, Estados Unidos, Japón, Europa y América del Sur y Central en los años treinta, cuarenta y cincuenta. Profesor emérito McVicknar de la Universidad de Columbia.

127. Ruth Prince Mack (6 de noviembre de 1903-30 de diciembre de 2002), miembro del personal de la Oficina Nacional de Investigación Económica de la ciudad de Nueva York desde los años cuarenta hasta los sesenta. Formó parte del cuerpo docente de la Universidad de Columbia, de la New School for Social Research de Nueva York y de la Baruch School of Business and Public Administration, de la Universidad de Nueva York.

128. Mientras tanto, Rose Friedman trabajaba a tiempo parcial en la Oficina de Economía Doméstica.

129. La solución de Keynes no era ni el control de los precios ni la imposición adicional, sino el «ahorro obligatorio», impuestos que se recaudarían, pero que se devolverían al finalizar la guerra. Hayek estaba de acuerdo con Keynes, pero sugería que el ahorro se invirtiera en Bolsa.

130. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pp. 112-113.

131. Ibídem, p. 123.

132. Entrevista de John B. Taylor a Friedman, *op. cit.*

133. Jacob Marschak (23 de julio de 1898-27 de julio de 1977), economista nacido en Kiev.

134. Robert Maynard Hutchins (17 de enero de 1899-14 de mayo de 1977), decano de la Facultad de Derecho de Yale (1927-1929), presidente (1929-1945) y luego rector (1945-1951) de la Universidad de Chicago.

135. Carta de Marschak a Robert M. Hutchins, 28 de febrero de 1946, Universidad de Chicago, Oficina del presidente, documentación administrativa de Hutchins, 1892-1951, caja 73, pp. 3-4.

136. Carta de Friedman a Stigler, 27 de noviembre de 1946, citada en J. D. Hammond y C. H. Hammond, *Making Chicago Price Theory: Friedman-Stigler Correspondence 1945-1957*, Routledge, Londres, 2006.

137. Anna Jacobson Schwartz (11 de noviembre de 1915-21 de junio de 2012), economista de la Oficina Nacional de Investigación Económica y escritora de *The New York Times* que, junto con Friedman, escribió *A Monetary History of the United States, 1867-1960*.

138. El libro se publicó por primera vez en Gran Bretaña, donde vivía Hayek, en marzo de 1944.

139. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 158.

140. En la reunión de Mont Pèlerin encontraron a un cuarto jugador para jugar al *bridge*, el cantante y compositor noruego Trygve Hoff (7 de julio de 1938-2 de diciembre de 1987).

141. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*

142. Ibídem.

143. Ludwig Heinrich Edler von Mises (29 de septiembre de 1881-10 de octubre de 1973), economista, historiador y sociólogo de la Escuela Austríaca. Su libro *Socialismo: Análisis económico y sociológico* proporcionó la lógica que cuestionó la eficacia de la intervención gubernamental en una economía.

144. Fundación benéfica, dirigida por el sobrino del homónimo Volker, que promovía las ideas del libre mercado y sus pensadores. Financió lo que se convirtió en un floreciente movimiento intelectual conservador y libertario. El Fondo financió el traslado de Hayek a la Universidad de Chicago y el programa de Derecho y Sociedad de Director para la universidad.

145. Entrevista a Friedman para la serie económica *Commanding Heights* de la WGBH, 2002, <http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/int_miltonfriedman.html>.

146. Citado en Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 159.

147. Después de 1957, cuando sus hijos tuvieron edad suficiente para quedarse solos en Estados Unidos, Friedman, a menudo acompañado por Rose, hizo de la reunión anual en Mont Pèlerin sus vacaciones de verano. En 1971 se convirtió en presidente de la sociedad.

148. Entrevista a Hayek, citado en el libro de Alan Ebenstein, *Friedrich Hayek: A Biography*, Palgrave, Nueva York, 2001.

149. Arthur Pigou, *Economics in Practice*, p. 24, Macmillan, Londres, 1935.

150. Sidney Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment: The Conservative Ascent to Political Power*, p. 91, Union Square Press, Nueva York, 1986.

151. Joan Violet Robinson, nacida Joan Violet Maurice (31 de octubre de 1903-5 de agosto de 1983), economista británica y miembro destacado del Circo de Cambridge de Keynes.

152. Friedman medía 157 centímetros sin zapatos.

153. Richard Ferdinand Kahn, barón Kahn (10 de agosto de 1905-6 de junio de 1989), economista británico. Entabló amistad con Keynes siendo estudiantes en el King's College y, en tanto miembro del Circo de Cambridge, se convirtió en el más estrecho colaborador del célebre economista en *La teoría general*. Guiado por Keynes, demostró que la adición de dinero público a un sistema económico, a través de obras públicas u otros medios, aumentaba la demanda agregada y daba lugar a incrementos predecibles y medibles de la actividad económica. Véase *The Making of Keynes' General Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1948.

154. Edward Austin Gossage Robinson (20 de noviembre de 1897-1 de junio de 1993), economista británico y destacado miembro del Circo de Cambridge de Keynes.

155. Kaldor ayudó a Hayek a escribir sus ataques a las ideas de Keynes en *Economica* en 1931, se convirtió en un destacado keynesiano y asesoró al Gobierno laborista de Harold Wilson entre 1964 y 1970.

156. Harry Gordon Johnson (26 de mayo de 1923-8 de mayo de 1977), economista canadiense.

157. Sir Dennis Holme Robertson (23 de mayo de 1890-21 de abril de 1963), economista británico. Como los miembros del Circo de Cambridge de Keynes, Robertson estuvo íntimamente involucrado en la crítica de los primeros borradores de *La teoría general* de Keynes. Inventó el término *trampa de liquidez*.

158. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 242.

159. La Conferencia de Bretton Woods —formalmente la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas— reunió a 730 delegados de las 44 naciones aliadas en el Hotel Mount Washington, en Bretton Woods, New Hampshire, para regular el orden monetario y financiero internacional tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. Fue presidida y arbitrada por Keynes.

160. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 248.

161. Ibídem, p. 249.

162. Rupert Cornwell, «Paul Samuelson: Nobel Prize-Winner Widely Regarded as the Most Important Economist of the 20th Century», *The Independent*, 16 de diciembre de 2009.

163. Conor Clarke, «An Interview with Paul Samuelson», *The Atlantic*, 17 de junio de 2009.

164. Michael M. Weinstein, «Paul A. Samuelson, Economist, Dies at 94», *The New York Times*, 13 de diciembre de 2009.

165. Entrevista de John Cassidy a Samuelson, *The New Yorker*, 14 de diciembre de 2009.

166. Ibídem.

167. Ibídem.

168. Marie-Esprit-Léon Walras (16 de diciembre de 1834-5 de enero de 1910), economista matemático francés que formuló la teoría marginal del valor y pionero en el desarrollo de la teoría del equilibrio general.

169. Carta de Samuelson a Friedman, 25 de agosto de 1950. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

170. Carta de Samuelson a Friedman, 15 de mayo de 1973. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

171. Entrevista de John Cassidy a Samuelson, *The New Yorker*, 14 de diciembre de 2009.

172. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 255.

173. Tras su enfrentamiento con Keynes en 1931, Hayek pasó años intentando contrarrestar la *Teoría general* de Keynes. El resultado final, *La teoría pura del capital* (1941), fue ampliamente ignorado, incluso por quienes se oponían a las ideas de Keynes.

174. Friedrich Hayek, *Hayek on Hayek: An Autobiographical Dialogue*, p. 145, Stephen Kresge y Leif Wenar (eds.), University of Chicago Press, Chicago, 2010. Versión castellana de Federico Basáñez, *Hayek sobre Hayek: Un diálogo autobiográfico*, Unión Editorial, Madrid, 2010.

175. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 222.

176. *Ibíd.*, pp. 229-230.

177. Ibídem, p. 230.

178. Milton Friedman, *Capitalism and Freedom*, edición del 40 aniversario, University of Chicago Press, Chicago, 2002. Versión castellana de Cristina Casabón, *Capitalismo y libertad*, Deusto, Barcelona, 2022.

179. Warsh, «The Rivals», *op. cit.*

180. [address](https://www.jfklibrary.org/learn/about-jfk/historic-speeches/inaugural-address)<[https://www.jfklibrary.org/learn/about-jfk/historic-speeches/inaugural-](https://www.jfklibrary.org/learn/about-jfk/historic-speeches/inaugural-address)

181. Friedman, *Capitalismo y libertad*, op. cit.

182. Ibídem.

183. Ibídem.

184. Ibídem.

185. Ibídem.

186. Ibídem.

187. Ibídem.

188. Ibídem.

189. Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment*, *op. cit.*, pp. 106-107.

190. Julius Henry «Groucho» Marx (2 de octubre de 1890-19 de agosto de 1977), cómico estadounidense que realizó trece largometrajes formando parte de los Hermanos Marx.

191. Película de los Hermanos Marx (1932) con guion de Bert Kalmar, Harry Ruby, S. J. Perelman y Will B. Johnstone.

192. El libertarismo de Friedman parece deber poco a otros pensadores libertarios como Von Mises, Ayn Rand o Murray Rothbard, a los que da poco o ningún crédito en sus escritos. Parece más bien que su libertarismo —que él prefería denominar «liberalismo»— tiene su origen en su propia experiencia, en particular en sus observaciones cuando trabajaba para el New Deal de Roosevelt.

193. «Liberty Is Winning the Battle of Ideas», *Register*, Santa Ana, California, 23 de noviembre de 1986. Reproducido en la circular de la Sociedad Mont Pèlerin, mayo de 1987, pp. 8-9. Extraído de un discurso pronunciado en un banquete para celebrar el traslado, de Santa Bárbara a Los Ángeles, de la Reason Foundation, el 18 de octubre de 1986.

194. Samuelson, *Economics: An Introductory Analysis*, 9.^a ed., McGraw-Hill, Nueva York, 1973, p. 848. Versión castellana de Esther Rabasco y Luis Tahoría, *Economía*, McGraw-Hill Interamericana, Madrid, 2010.

195. George Walker Bush (n. el 6 de julio de 1946), cuadragésimo tercer presidente de Estados Unidos (2001-2009) y gobernador de Texas (1995-2000).

196. Willard Mitt Romney (n. el 12 de marzo de 1947), senador de Estados Unidos por Utah desde enero de 2019. Gobernador de Massachusetts de 2003 a 2007 y candidato republicano a la presidencia en las elecciones de 2012.

197. Newton Leroy Gingrich, nacido McPherson (n. el 17 de junio de 1943), presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos (1995-1999).

198. Rudolph William Louis Giuliani (n. el 28 de mayo de 1944), alcalde de la ciudad de Nueva York (1994-2001), abogado personal del presidente Donald Trump (2018-2021).

199. Richard Bruce Cheney (n. el 30 de enero de 1941), vicepresidente de Estados Unidos (2001-2009). Jefe de gabinete de la Casa Blanca de 1975 a 1977, miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos por el distrito de Wyoming (1979-1989) y secretario de Defensa (1989-1993).

200. Por una vez, se mostró de acuerdo con J. K. Galbraith.

201. Friedman, «Why Not a Volunteer Army?» *New Individualist Review*, Liberty Fund, Indianapolis, IN, 1981.

202. Friedman, «Prohibition and Drugs», *Newsweek*, 1 de mayo de 1972, p. 104.

203. Friedman defendió por primera vez esta idea en «El rol del Gobierno en la educación», *Economics and the Public Interest*, ed. Robert A. Solo, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ, 1955.

204. Friedman, «Decentralizing Schools», *Newsweek*, 18 de noviembre de 1968, p. 100.

205. Ibídem.

206. Barry Morris Goldwater (2 de enero de 1909-29 de mayo de 1998), senador estadounidense por Arizona durante cinco mandatos (1953-1965, 1969-1987), y candidato del Partido Republicano a la presidencia contra el presidente Lyndon Johnson en 1964.

207. Nelson Aldrich Rockefeller (8 de julio de 1908-26 de enero de 1979), empresario y promotor inmobiliario estadounidense, cuadragésimo primer vicepresidente de Estados Unidos de 1974 a 1977, y cuadragésimo noveno gobernador de Nueva York (1959-1973).

208. William J. Baroody Jr. (5 de noviembre de 1937-8 de junio de 1996). Oficina de Enlace Público de la Casa Blanca con el presidente Gerald Ford y, posteriormente, presidente del Instituto Empresarial de Estados Unidos (AEI, por sus siglas en inglés).

209. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 368.

210. *Saturday Evening Post*, 31 de agosto de 1963.

211. Discurso de Goldwater en la Convención Nacional Republicana, Cow Palace, San Francisco, 16 de julio de 1964.

212. <<http://www.cnn.com/2014/09/07/politics/daisy-ad-turns-50/index.html>>.

213. Charla de Friedman al profesorado de la Universidad de Chicago, «Schools of Chicago», reproducido en *The University of Chicago Record*, p. 6, 1974.

214. Paul A. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, p. 65, Thomas Horton and Company, Glen Ridge, NJ, 1973, abril de 1968.

215. Ibídem, enero de 1969, p. 168.

216. Entrevista de William A. Barnett a Samuelson, Universidad de Kansas, 23 de diciembre de 2003.

217. Friedman, *Newsweek*, 9 de noviembre de 1970, p. 80, <<http://miltonfriedman.hoover.org/objects/56682/paul-samuelson?ctx=e20bfa6d-28ba-45c5-af74-e7802e94570f&idx=19>>.

218. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, p. vii.

219. Ibídem, noviembre de 1967, p. 39.

220. Ibídem, enero de 1967, p. 34.

221. *Newsweek*, 9 de abril de 1979.

222. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, p. vii.

223. Samuelson, «Raising 1967 Tax Rates», *Newsweek*, diciembre de 1966.

224. Jean-Jacques Rousseau (28 de junio de 1712-2 de julio de 1778), filósofo, escritor y compositor ginebrino del siglo XVIII. Su filosofía política influyó en la Ilustración, especialmente en Francia, y en la Revolución francesa. Su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* y *El contrato social* son pilares del pensamiento político y social moderno.

225. Sigmund Freud, nacido Sigismund Schlomo Freud (6 de mayo de 1856-23 de septiembre de 1939), neurólogo austríaco y fundador del psicoanálisis.

226. Elwyn Brooks «E. B.» White (11 de julio de 1899-1 de octubre de 1985), autor estadounidense de *Stuart Little* y *La telaraña de Carlota*, que escribía regularmente para *The New Yorker*.

227. Joseph Rudyard Kipling (30 de diciembre de 1865-18 de enero de 1936), periodista, novelista y poeta inglés cuya obra incluye *El libro de la selva*, *El hombre que pudo reinar* y los poemas *Mandalay*, *Gunga Din* y *La carga del hombre blanco*.

228. Nicolás Maquiavelo (3 de mayo de 1469-21 de junio de 1527), historiador, político, diplomático, filósofo, humanista y escritor italiano del Renacimiento al que con frecuencia se le atribuye la fundación de la ciencia política.

229. Samuel Butler (4 de diciembre de 1835-18 de junio de 1902), traductor británico de textos latinos clásicos y autor de la sátira utópica *Erewhon*.

230. Charles John Huffam Dickens (7 de febrero de 1812-9 de junio de 1870), autor y crítico social inglés cuyas obras incluyen *Oliver Twist*, *Nicholas Nickleby*, *Cuento de Navidad*, *David Copperfield*, *Casa desolada*, *Tiempos difíciles*, *La pequeña Dorrit*, *Historia de dos ciudades* y *Grandes esperanzas*. Sus novelas, como *Grandes esperanzas*, *Casa desolada*, *Cuento de Navidad* y *David Copperfield*, pusieron en conocimiento del público las profundas desigualdades de la vida en Londres a mediados del siglo XIX.

231. Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment*, *op. cit.*, p. 89.

232. John Davenport, «The Radical Economics of Milton Friedman», *Fortune*, 1 de junio de 1967.

233. Conor Clarke, «An Interview with Paul Samuelson», *The Atlantic*, 17 de junio de 2009.

234. Robert Merton Solow (n. el 23 de agosto de 1924), economista ganador del Premio Nobel en 1987 y profesor del MIT desde 1949.

235. Solow citado por Paul Krugman en «Who Was Milton Friedman?», *New York Review of Books*, 15 de febrero de 2007.

236. Citado por Robert Sobel, de una entrevista a Samuelson en la revista *Time*, en Sobel, *The Worldly Economists*, p. 144, Free Press, Nueva York, 1980.

237. Paul A. Samuelson, «My Life Philosophy», *The American Economist*, 27, 2 (1983), <<https://doi.org/10.1177/056943458302700202>>.

238. Weinstein, «Paul A. Samuelson, Economist, Dies at 94», *op. cit.*

239. Ibídem.

240. George Pratt Shultz (13 de diciembre de 1920-6 de febrero de 2021), economista y empresario; secretario de Trabajo de Nixon (1969-1970), director de la Oficina de Administración y Presupuesto (1970-1972) y secretario del Tesoro (1972-1974). Secretario de Estado de Reagan (1982-1989).

241. Brad DeLong, obituario de Friedman,
<<https://delong.typepad.com/sdj/2012/01/econ-1-uc-berkeley-spring-2012-why-we-are-reading-milton-friedman-and-rose-director-friedman-free-to-choose.html>>.

242. Sir Samuel Brittan (n. el 29 de diciembre de 1933), periodista inglés. Primer corresponsal de economía del *Financial Times*.

[243](#). Samuel Brittan, obituario de Friedman, *Financial Times*, 17 de noviembre de 2006.

244. Martin Anderson (5 de agosto de 1936-3 de enero de 2015), economista, analista político y escritor.

245. Martin Anderson, *Revolution: The Reagan Legacy*, p. 172, Hoover Institution Press, Stanford, CA, 1990.

246. Robert Solow, «Why Is There No Milton Friedman Today?», *Econ Journal Watch*, 10, 2 (2013), pp. 214-216.

247. Entrevista de Brian Snowdon y Howard Vane a Friedman, en Snowdon and Vane, *Modern Macroeconomics: Its Origin, Development, and Current State*, Cheltenham, UK, Edward Elgar, 2005.

248. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., 1948, *op. cit.*, p. 8.

249. John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, p. 235, Harcourt, Brace and Howe, Nueva York, 1920. Versión castellana de Juan Uña, *Las consecuencias económicas de la paz*, Crítica, Barcelona, 2002.

250. Keynes, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 4: *A Tract on Monetary Reform*, p. 16, Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1971. Versión castellana de Carlos Rodríguez Brown [1.^a obra] y Esther Rabasco [2.^a obra], *Breve tratado sobre la reforma monetaria: Escritos (1910-1944)*, Síntesis, Madrid, 2009.

251. Ibídem, p. 136.

252. Ibídem, p. 65.

253. Arthur Neville Chamberlain (18 de marzo de 1869-9 de noviembre de 1940), primer ministro conservador de mayo de 1937 a mayo de 1940. Conocido sobre todo por su política de pacificación y por la firma del Acuerdo de Múnich de 1938, por el que se concedía la región checoslovaca de habla alemana de los Sudetes a la Alemania nazi de Adolf Hitler, sin preguntar a los checos. Cuando en 1939 Hitler invadió Polonia, Chamberlain declaró la guerra a Alemania y continuó en su cargo de primer ministro durante ocho meses, hasta que fue sustituido por Winston Churchill.

254. Keynes, *Collected Writings*, vol. 19: *Activities 1922-9: The Return to Gold and Industrial Policy*, *op. cit.*, pp. 158-162.

255. Ibídem, p. 229.

256. Ibídem, pp. 158-162.

257. Ibídem, p. 220.

258. John Maynard Keynes, *The End of Laissez-Faire*, p. 47, Hogarth Press, Londres, 1926.

259. Paul A. Samuelson, *Readings in Economics*, 6.^a ed., p. 85, McGraw-Hill, Nueva York, 1970.

260. Friedrich Hayek, *Prices and Production and Other Works: F. A. Hayek on Money, the Business Cycle, and the Gold Standard*, p. 275, Joseph T. Salerno (ed.), Ludwig von Mises Institute, Auburn, AL, 2008.

261. Hayek, *The Road to Serfdom*, p. 125. Versión castellana de Bruce Caldwell, *Camino de servidumbre*, Unión editorial, Madrid, 2013.

262. Carta de John Maynard Keynes a Friedrich Hayek, 28 de junio de 1944, reproducida en Keynes, *Collected Writings*, vol. 27: *Activities 1940-1946: Shaping the Post-War World: Employment and Commodities*, pp. 385-87, ed. Elizabeth Johnson, Donald Moggridge (1980), Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1973. Citada en el libro de Nicholas Wapshott, *Keynes vs Hayek*, traducción de Ana García Bertrán, Deusto, Barcelona, 2016.

263. Ibídem.

264. *Big government* o «gran Estado» es un término peyorativo para referirse a un Estado o sector público considerado excesivamente grande o inconstitucionalmente involucrado en ciertas áreas de la política pública o el sector privado. (*N. de la t.*)

265. Shangri-La es el topónimo de un lugar ficticio, descrito en la novela *Horizontes perdidos* publicada en 1933 por el británico James Hilton; el nombre trata de evocar el imaginario exótico de Oriente. Por extensión, el término se aplica para describir cualquier paraíso terrenal. (*N. de la t.*)

266. Samuelson, *Economics*, 8.^a ed., 1970, p. 140.

267. Entrevista a Milton Friedman, *Playboy*, 21 de febrero de 1970.

268. Paul Krugman, «Who Was Milton Friedman?», *The New York Review of Books*, 15 de febrero de 2007. Versión castellana, «¿Quién era Milton Friedman?», *El País*, 19 de octubre de 2008.

269. Entrevista de John B. Taylor a Milton Friedman, *Macroeconomic Dynamics*, febrero de 2001, pp. 101-31.

270. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 86.

271. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., p. 284, *op. cit.*

272. Samuelson, *Newsweek*, 4 de noviembre de 1968.

273. Entrevista a Friedman, «Outspoken Economists Milton and Rose Friedman», *San Francisco Focus*, octubre de 1984, pp. 70-78 y 162-164.

274. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., 1948, *op. cit.*, p. vii.

275. Ibídem, p 257.

276. [Ibídem](#), p. 617, nota.

277. Ibídem. Samuelson señala que los argumentos a favor de que el socialismo era capaz de gestionar una economía mediante el «juego de rivalidad» fueron cuestionados por «F. A. Hayek», que «ha sostenido que esta respuesta pasa por alto el problema de conceder a cada individuo la iniciativa de mejorar el orden existente y que sólo con la libre empresa real se utiliza de un modo eficiente la información dispersa que cada uno de nosotros pueda poseer». Sin embargo, Samuelson, que se interesó críticamente por el modo en que el Gobierno comunista ruso abordaba las cuestiones económicas, añade esto, como para demostrar que, a pesar de Hayek, el socialismo podía adoptar una versión de las fuerzas del mercado: «Véase el capítulo 40 sobre el movimiento en la Rusia soviética para depender más de los precios y la rentabilidad». Si Samuelson hubiera sido más generoso, podría haber atribuido en parte a Hayek la adopción por parte de los soviéticos de las ideas sobre la importancia de los precios.

278. *Ibíd.*, p. 207, nota. La nota se refiere a las investigaciones de Friedman, James S. Duesenberry y Franco Modigliani sobre la falta de ahorro de los nuevos ricos en comparación con el mayor ahorro de la «antigua clase adinerada», que había disfrutado de la riqueza durante mucho tiempo.

279. [Ibídem](#), p. 272.

280. Paul Samuelson, contribución a un simposio de 1958 patrocinado por el Comité para el Desarrollo Económico.

281. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 341.

282. *Time*, 31 de diciembre de 1966.

283. *Time*, 4 de febrero de 1966.

284. Sir William George Granville Venables Vernon Harcourt, KC (14 de octubre de 1827-1 de octubre de 1904), abogado y periodista británico, ministro del Interior liberal, ministro de Economía y Hacienda y líder de la oposición.

[285](#). Carta privada de Samuelson a Friedman, 17 de mayo de 1966. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

[286](#). Carta de Friedman a Samuelson, 11 de mayo de 1987. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

287. Mark Skousen, «The Perseverance of Paul Samuelson's *Economics*», *Journal of Economic Perspectives*, 11, 2 (1997), pp. 137-152.

288. Entrevista a Friedman, citada en Mark Skousen, «My Friendly Fights with Dr. Friedman», publicada el 25 de septiembre de 2007, <<https://mskousen.com/2007/09/my-friendly-fights-with-dr-friedman/>>.

289. Robert L. Hetzel, «The Contributions of Milton Friedman to Economics», *Economic Quarterly*, 93, 1 (2007), p. 2.

290. Milton Friedman, con la colaboración de Rose Friedman, *Capitalism and Freedom*, University of Chicago Press, Chicago, 1962, prefacio de la edición de 1982. Versión castellana de Cristina Casabón, *Capitalismo y libertad*, Deusto, Barcelona, 2022.

291. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 341.

292. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, abril de 1973, p. 181.

293. Ibídem, octubre de 1966, p. 5.

294. Ibídem, septiembre de 1968, p. 7.

295. Ibídem, p. vii.

296. *Newsweek*, 29 de mayo de 1978. Citado por Mark Skousen, «My Friendly Fights with Dr. Friedman», publicado el 25 de septiembre de 2007. <<https://mskousen.com/2007/09/my-friendly-fights-with-dr-friedman/>>.

297. La cita está cogida del título del capítulo «La inflación como método de recaudación», del libro *Breve tratado sobre la reforma monetaria* de Keynes.

298. Samuelson, *Newsweek*, 9 de abril de 1979.

299. Columna de Friedman en *Newsweek*, «Because or Despite?», 28 de octubre de 1968, p. 104.

300. Ibídem.

301. Entre ellas cabe mencionar: 1819, la primera crisis financiera de Estados Unidos; 1836, la especulación inmobiliaria de Estados Unidos provoca el desplome de los mercados bursátiles en el Reino Unido, Europa y luego en Estados Unidos; el pánico de 1857, cuando se agotó el aumento de la oferta monetaria provocado por la fiebre del oro de California, una crisis crediticia en Estados Unidos hizo caer los precios de las acciones; 1866, «viernes negro» causado por la especulación ferroviaria, un pánico bancario provocó una escasez de crédito; 1907, el pánico bancario en Estados Unidos se extiende a Francia e Italia tras el colapso del mercado de valores; 1921, caída de los precios de las materias primas; 1929, comienza la «Gran Depresión» tras el desplome de las acciones estadounidenses.

302. Friedman, «Whose Money Is It Anyway?», *Newsweek*, 4 de mayo de 1981, p. 64.

303. La historia bíblica de la orza de aceite de la viuda que abastece milagrosamente a Elías durante una hambruna (1 Reyes, 17: 8-16) era una de las metáforas preferidas de Keynes. Véase Keynes, *A Treatise on Money*, p. 139, Macmillan, Londres, 1930. Versión castellana de Esther Rabasco, *Tratado sobre el dinero*, Síntesis, Madrid, 2009.

304. Friedman, «Whose Money Is It Anyway?», *op. cit.*, p. 64.

305. Ibídem.

306. Friedman, «What Belongs to Whom?», *Newsweek*, 13 de marzo de 1978, p. 71.

307. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, febrero de 1971, p. 191.

308. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 90.

309. Samuelson, *Newsweek*, 9 de abril de 1979.

310. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 89.

311. Samuelson, *Newsweek*, 29 de agosto de 1977.

312. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 86.

313. Ayn Rand, nacida Alisa Zinov'yevna Rosenbaum (2 de febrero de 1905-6 de marzo de 1982), novelista y guionista ruso-estadounidense conocida por sus novelas superventas *El manantial* y *La rebelión de Atlas*. Nacida y criada en Rusia, se trasladó a Estados Unidos en 1926.

314. Robert Emerson Lucas Jr. (n. el 15 de septiembre de 1937), economista estadounidense de la Universidad de Chicago y figura central en la elaboración del nuevo enfoque clásico de la macroeconomía. Recibió el Premio Nobel de Economía en 1995.

315. Gary Stanley Becker (2 de diciembre de 1930-3 de mayo de 2014), economista estadounidense de la Universidad de Chicago y premio Nobel de Economía en 1992.

316. Robert William Fogel (1 de julio de 1926-11 de junio de 2013), historiador económico estadounidense y ganador (junto con Douglass North) del Nobel de Economía en 1993.

317. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, noviembre de 1968, p. 10.

318. Ibídem, julio de 1972, p. 269.

319. Ibídem, enero de 1970, p. 265.

320. Ibídem, julio de 1972, p. 268.

321. Ibídem.

322. Samuel Langhorne Clemens (30 de noviembre de 1835-21 de abril de 1910), autor estadounidense que escribió bajo el seudónimo de Mark Twain. Sus novelas más famosas son *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1885).

323. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, julio de 1972, p. 269.

324. La charla de Samuelson se recogió en «Issues in Fiscal and Monetary Policy: The Eclectic Economist Views the Controversy; Original and Unpublished Papers», pp. 20-21, editado por James J. Diamond, DePaul University Department of Economics, noviembre de 1971.

325. Friedman, «Interest Rates and the Demand for Money», *Journal of Law and Economics*, 9 (1966).

[326](#). Carta de Friedman a Samuelson, 15 de noviembre de 1971. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

[327](#). Carta de Samuelson a Friedman, diciembre de 1971. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

328. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 86.

329. [Ibíd.](#), p. 142.

330. Friedman, «Whose Money Is It Anyway?» p. 64.

331. En el caso de 1927 «Compañía General de Tabacos de Filipinas vs. Collector of Internal Revenue», Holmes escribió una opinión disidente que incluía la frase: «Es cierto, como se indica en el último caso citado, que toda exacción de dinero por ley supone un sacrificio por la cantidad del pago requerido, pero lo que en su inmediatez es un sacrificio podría formar parte de un estímulo una vez considerado en su conexión orgánica con el conjunto. Los impuestos son lo que pagamos por disfrutar de una sociedad civilizada, incluida la oportunidad de asegurar».

332. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 91.

333. Ibídem, p. 90.

334. Ibídem.

335. Ibídem, p. 89.

336. Ibídem, p. 88.

337. Paul A. Samuelson, *Economics from the Heart: A Samuelson Sampler*, p. 6, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1983. Versión castellana: *Economía desde el corazón*, Folio, Barcelona, 1997.

338. Friedman, «Things that Ain't So», *Newsweek*, 10 de marzo de 1980, p. 79.

339. Samuelson, *Economics from the Heart*, *op. cit.*, 30 de diciembre de 1974, p. 5.

340. Ibídem, 19 de abril de 1979, p. 55.

341. Ibídem, 11 de septiembre de 1978, p. 53.

342. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, febrero de 1969, p. 16.

343. Leonard Trelawny Hobhouse (8 de septiembre de 1864-21 de junio de 1929), defensor británico del liberalismo social que, junto con Edward Westermarck, fue el primer catedrático de Sociología en una universidad británica.

344. Samuelson, *Economics from the Heart*, *op. cit.*, 30 de diciembre de 1974, p. 5. En 2012, el presidente Barack Obama fue ridiculizado por la campaña de su oponente presidencial, Mitt Romney, por decir lo mismo que Samuelson. Obama dijo: «Si has tenido éxito, alguien te ha prestado ayuda a lo largo del camino. En algún momento de tu vida hubo un gran maestro. Alguien contribuyó a crear este maravilloso sistema estadounidense que te ha permitido tener éxito. Alguien invirtió en caminos y puentes. Si tienes un negocio, tú no lo hiciste. Alguna otra persona hizo que sucediera».

345. Samuelson, *Economics from the Heart*, *op. cit.*, 13 de agosto de 1973, p. 34.

346. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, septiembre de 1968, p. 7.

347. Robert Strange McNamara (9 de junio de 1916-6 de julio de 2009), expresidente de la compañía de automóviles Ford que llegó a ser secretario de Defensa de Estados Unidos durante la guerra de Vietnam. Presidente del Banco Mundial entre 1968 y 1981.

348. Samuelson, *Economics from the Heart*, *op. cit.*, 23 de julio de 1979, p. 71.

349. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, septiembre de 1968, p. 7.

350. Adam Smith (16 de junio de 1723-17 de julio de 1790), economista, filósofo y escritor escocés cuya *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776) se considera el primer texto de economía.

351. *Free to Choose*, serie de televisión de Friedman, 1980, <<https://thedailyhatch.org/2013/08/26/milton-friedmans-free-to-choose-how-to-stay-free-transcript-and-video-60-minutes/>>.

352. Samuelson, «Modern Economic Realities and Individualism», en *Innocence and Power: Individualism in Twentieth-Century America*, p. 55, Gordon H. Mills (ed.), University of Texas Press, Austin, 1965.

353. La primera ley antimonopolio de Estados Unidos, la ley Sherman, fue aprobada por el Congreso en 1890 como una «amplia carta de libertad económica destinada a preservar la competencia libre y sin trabas como norma del comercio». Ofreció la aparente paradoja de la intervención gubernamental para garantizar que el mercado funcionara de forma libre y equitativa y no diera lugar, como suelen hacer todos los mercados sin trabas, a proveedores monopolísticos.

354. Samuelson, «Modern Economic Realities and Individualism», *op. cit.*, p. 55.

355. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 87.

356. Samuelson, *Economics from the Heart*, *op. cit.*, 9 de abril de 1979, p. 55.

357. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *op. cit.*, abril de 1973, p. 181.

358. George Garvy (30 de mayo de 1913-6 de octubre de 1987), economista de origen letón. Junto con Martin R. Blyn, trató de desacreditar en 1969 la teoría de Friedman de que los cambios en la oferta monetaria son un determinante clave del cambio económico.

359. Thomas S. Kuhn (18 de julio de 1922-17 de junio de 1996), físico, historiador y filósofo de la ciencia estadounidense. Su libro *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) introdujo el término *cambio de paradigma*.

360. Robert Jacob Alexander, barón Skidelsky (n. el 25 de abril de 1939), historiador del pensamiento económico, biógrafo de Keynes y profesor emérito de Economía Política en la Universidad de Warwick.

361. Comentario de Friedman que acompaña a la edición facsímil de la *Teoría general* de Keynes, 1936, Wirtschaft und Finanzen GmbH Verlag, Dusseldorf, 1989. Reproducido en *Economic Quarterly*, 83, 2 (1997), Banco de la Reserva Federal de Richmond.

[362](#). John O'Sullivan, entrevista grabada a Hayek, Films For The Humanities and Sciences, 1985.

363. Keynes, *A Tract on Monetary Reform*, p. 80, Macmillan, Londres, 1923. Versión castellana de Carlos Rodríguez Brown [1.^a obra] y Esther Rabasco [2.^a obra], *Breve tratado sobre la reforma monetaria: escritos (1910-1944)*, Síntesis, Madrid, 2009.

364. Como Keynes describe en su ecuación, en su *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, $n = p (k + rk')$, donde n son los billetes en circulación, p es el índice del coste de la vida, k es la fracción de activos que la gente mantiene como efectivo en mano, k' la fracción que mantiene en cuentas bancarias y r la fracción de depósitos que los bancos mantienen en reserva.

365. Keynes, *A Tract on Monetary Reform*, *op. cit.*, p. 80.

[366](#). Entrevista de John Cassidy a Samuelson, *The New Yorker*, 14 de diciembre de 2009.

367. Con contribuciones de Phillip Cogan, John J. Klein, Eugene M. Lerner y Richard T. Selden.

368. John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Macmillan, 1936. Versión castellana de Eduardo Hornedo, *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, FCE, México, 2013. Véase capítulo 21, «La teoría de los precios».

369. Milton Friedman, «The Quantity Theory of Money: A Restatement», en *Studies in the Quantity Theory of Money*, pp. 3-21, editado por Milton Friedman, Chicago, University of Chicago Press, 1956.

370. En su *Teoría general*, Keynes explicó la relación interdependiente entre el gasto de los consumidores, la producción industrial y la inversión, afirmación que se conoció como el «modelo de ingresos y gastos».

371. Entrevista de William A. Barnett a Samuelson, Universidad de Kansas, 23 de diciembre de 2003.

372. Los datos fueron recopilados por Dorothy Brady y Margaret Reid; Friedman también agradeció la aportación de Rose Friedman.

373. Esta argumentación fue utilizada por economistas y legisladores conservadores para cuestionar el valor de los estímulos de la Administración Obama para reactivar la moribunda economía estadounidense tras la congelación de activos financieros de 2008.

374. La *Enciclopedia Británica* era propiedad de los grandes almacenes Sears, de Chicago, y dependía para muchas de sus entradas y trabajos de producción editorial de la Universidad de Chicago, a la que se le ofreció la propiedad de la *Enciclopedia* como regalo en 1941. La universidad declinó la oferta.

375. El término abreviado M1 se compone de todo el efectivo en circulación, más los equivalentes monetarios, como los cheques de viaje, así como los depósitos disponibles y con garantía de pago que la gente tiene en los bancos. M2 incluye M1 más depósitos bancarios a corto plazo, pequeños depósitos de ahorro y fondos del mercado monetario minorista. M3 incluye M2 más depósitos a plazo más largo y fondos del mercado monetario con vencimiento superior a veinticuatro horas. M4 incluye M3 más otros depósitos.

[376](#). Carta de Samuelson a Friedman, 8 de diciembre de 1964. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

377. Carta de Friedman a Samuelson, 13 de enero de 1965. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

378. Piero Sraffa (5 de agosto de 1898-3 de septiembre de 1983), economista italiano que se salvó del fascismo de Mussolini gracias a que Keynes le nombró bibliotecario Marshall en Cambridge. Junto con Joan Robinson, fue fundador de la Escuela Neorricardiana.

379. Keynes, *Collected Writings*, vol. 13: *General Theory and After, Part 1*, p. 265, Macmillan for the Royal Economic Society, Londres, 1973.

380. Carta de Samuelson a Friedman, 26 de enero de 1963. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

381. Carta de Friedman a Samuelson, 2 de febrero de 1965. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

[382](#). Carta de Friedman a Samuelson, 15 de noviembre de 1971. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

383. James Tobin (5 de marzo de 1918-11 de marzo de 2002), destacado economista keynesiano estadounidense que enseñó en Harvard y Yale, y formó parte del Consejo de Asesores Económicos.

[384](#). Carta de Samuelson a Friedman, 21 de diciembre de 1971. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

385. Allan H. Meltzer (6 de febrero de 1928-8 de mayo de 2017), economista estadounidense y profesor de Economía Política en la Escuela de Negocios Tepper y el Instituto de Política y Estrategia de la Universidad Carnegie Mellon en Pittsburgh, Pensilvania.

386. Obituario de Meltzer sobre Friedman para *Britannica*.

[387](#). Carta de Friedman a Michael M. Weinstein, 18 de mayo de 1999. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

388. Friedman explicó en una breve charla parte de su metodología y la de Schwartz, así como algunas conjeturas acerca del saldo de efectivo de los individuos en «The Demand for Money», en la American Philosophical Society, Filadelfia, 10 de noviembre de 1960.

389. Arthur Frank Burns (27 de agosto de 1904-26 de junio de 1987), economista estadounidense en Rutgers, Columbia, y en la Oficina Nacional de Investigación Económica. Presidente del Consejo de Asesores Económicos de Estados Unidos entre 1953 y 1956, bajo el mandato de Eisenhower, consejero del presidente Nixon, presidente de la Reserva Federal entre 1970 y 1978 y embajador en Alemania Occidental entre 1981 y 1985.

390. A. F. Burns y P. A. Samuelson, *Full Employment, Guideposts, and Economic Stability*, pp. 92-93, American Enterprise Institute, Washington, 1967.

391. <<https://www.andrew.cmu.edu/course/88-301/phillips/friedman.pdf>>.

392. En una nota a pie de página de la versión publicada del discurso, Friedman escribe: «Estoy en deuda con Armen Alchian, Gary Becker, Martin Bronfenbrenner, Arthur F. Burns, Phillip Cagan, David D. Friedman, Lawrence Harris, Harry G. Johnson, Homer Jones, Jerry Hordan, David Meiselman, Allan H. Meltzer, Theodore W. Schultz, Anna J. Schwartz, Herbert Stein, George J. Stigler y James Tobin por sus útiles críticas a los borradores anteriores».

393. El discurso fue pronunciado en Washington D. C., el 29 de diciembre de 1967, y publicado en la edición de marzo de 1968 de *The American Economic Review*, 58, 1.

394. En 1977, el Congreso modificó la Ley de la Reserva Federal, ordenando a la Junta de Gobernadores del Sistema de la Reserva Federal y al Comité Federal de Mercado Abierto que «mantuvieran un crecimiento a largo plazo de los agregados monetarios y crediticios acorde con el potencial a largo plazo de la economía para aumentar la producción, a fin de promover de manera eficaz los objetivos de máximo empleo, estabilidad de los precios y tipos de interés moderados a largo plazo».

395. Discurso de Friedman ante la AEA, publicado en la edición de marzo de 1968 de *The American Economic Review*, 58, 1.

396. Knut Wicksell (20 de diciembre de 1851-3 de mayo de 1926), economista sueco cuya obra inspiró a la Escuela Austríaca.

397. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., 1948; [con William D. Nordhaus desde 1985]
9.^a ed., 1973, pp. 393-94.

398. Discurso de Friedman ante la AEA, *American Economic Review*, 58, 1.

399. Alban William Housego «A. W.» «Bill» Phillips (18 de noviembre de 1914-4 de marzo de 1975), ingeniero eléctrico, economista y sociólogo, profesor de Economía en la London School of Economics.

400. <<https://www.andrew.cmu.edu/course/88-301/phillips/friedman.pdf>>.

401. P. Samuelson y R. Solow, «The Problem of Achieving and Maintaining a Stable Price Level: Analytical Aspects of Anti-Inflation Policy», *American Economic Review*, mayo de 1960, pp. 177-194.

402. Samuelson y Solow introdujeron la «curva de Phillips» en la convención de la Asociación Estadounidense de Economía de 1959.

403. Vivek Dehejia, «How Milton Friedman and Edmund Phelps Changed Macroeconomics», <<https://worldview.stratfor.com/article/how-milton-friedman-and-edmund-phelps-changed-macroeconomics>>.

404. J. Daniel Hammond, «Friedman and Samuelson on the Business Cycle», *Cato Journal*, 31, 3 (2011).

405. Un periodista se llevó a Friedman a comer y le dijo: «Uno de sus dichos favoritos es “No existe tal cosa como un almuerzo gratis”. Bueno, aquí estoy hoy para desmentirlo, porque me voy a encargar de pagar el tuyo». A lo que Friedman respondió: «Oh, no, no, Mark, esto no es un almuerzo gratis. ¡Me he pasado dos horas escuchándote!». Mark Skousen, «The Rational, The Relentless», *Liberty Magazine*, septiembre de 2007.

406. Edmund Phelps, «Phillips Curves, Expectations of Inflation and Optimal Employment Over Time», *Economica*, 34, 135 (1967), pp. 254-281.

407. Carta de Samuelson a Friedman, 15 de mayo de 1973. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

408. A Samuelson no le impresionaba la metodología de Friedman para sacar conclusiones a partir de los datos macroeconómicos que había recopilado. En 2003 dijo: «Especialmente vulnerable es el académico que trata de poner a prueba las teorías rivales sometiéndolas a regresiones lineales simplistas sin cálculos sofisticados de causalidad de Granger, cointegración y colinealidad, o una decena de otras metodologías econométricas de salvaguardia».

409. Friedman, *Capitalism and Freedom*, *op. cit.*, p. 135. *Capitalismo y libertad*, *op. cit.*, p. 191.

410. Friedman, «The Counter-Revolution in Monetary Theory», IEA Occasional Paper, Instituto de Asuntos Económicos, Londres, 1970.

411. Puede que el más famoso fuera éste de Friedman vs. Walter Heller, presidente del Consejo de Asesores Económicos de Kennedy y Johnson (1961-1964). Véase Milton Friedman y Walter W. Heller, *Monetary vs. Fiscal Policy: A Dialogue*, W. W. Norton, Nueva York, 1969.

412. Richard Milhous Nixon (9 de enero de 1913-22 de abril de 1994), vicepresidente de Eisenhower (1953-1961) y trigésimo séptimo presidente de Estados Unidos (1969-1974).

413. Incluso el término *estanflación* se convirtió en objeto de una amarga disputa entre friedmanistas y keynesianos. La colaboradora de Friedman, Anna Schwartz, dio un toque de atención al columnista keynesiano de *The New York Times*, Paul Krugman, por sugerir que Samuelson había acuñado la palabra. «[Krugman] sugiere erróneamente que el término *estanflación*, que tuvo su origen en el Reino Unido en 1965, fue acuñado por Paul Samuelson después de 1967», escribió en una respuesta del 29 de marzo de 2007 al artículo de Krugman «Who Was Milton Friedman?» en *The New York Review of Books*, 15 de febrero de 2007.

414. Entrevista de John Cassidy a Samuelson, *The New Yorker*, 14 de diciembre de 2009.

415. Ibídem.

416. Samuelson, *Newsweek*, 29 de mayo de 1978.

417. Samuelson, *Newsweek*, 15 de febrero de 1971.

418. Samuelson, *Newsweek*, 15 de octubre de 1973.

419. Samuelson y Barnett, *Inside the Economist's Mind*, *op. cit.*, p. 147.

420. Consejo de Samuelson al presidente Kennedy, 1961, «Text of Report to the President-Elect on Prospects for the Nation's Economy in 1961», *The New York Times*, 6 de enero de 1961.

421. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., 1948, *op. cit.*, p. 282.

422. Oficina de Estadísticas Laborales de Estados Unidos, CPI-All Urban Consumers.

423. El primer uso registrado del término *hiperinflación* fue en 1880, según *Merriam-Webster*. Los ejemplos más famosos tuvieron lugar en Austria y Alemania inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, y en Hungría tras la Segunda Guerra Mundial.

424. Samuelson, «Price Controls», *Newsweek*, diciembre de 1970.

425. Entrevista a Samuelson, *US News & World Report*, diciembre de 1960.

426. Samuelson, «Inflation Trauma (II)», *Newsweek*, 21 de mayo de 1973.

427. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *Newsweek*, noviembre de 1967, pp. 39-40.

428. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., 1948, *op. cit.*, p. 283.

429. Samuelson, *The Samuelson Sampler*, *Newsweek*, noviembre de 1967, p. 39.

430. [Ibídem](#), pp. 39-40.

431. Ibídem.

432. Ibídem, p. 41.

433. Ibídem.

434. Ibídem, p. 43.

435. Ibídem.

436. Milton Friedman y Paul A. Samuelson, «How the Slump Looks to Three Experts», *Newsweek*, 25 de mayo de 1970, pp. 78-79.

437. Carta de Samuelson a Friedman, 21 de agosto de 1962. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

438. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*

439. [Ibídem](#), p. 144.

440. [Ibídem](#), p. 139.

441. Milton Friedman, *Inflation: Causes and Consequences*, para el Consejo de Educación Económica, Bombay, Asia Publishing House, Nueva York, 1963. Versión castellana: *Paro e inflación*, Unión Editorial, Madrid, 2012.

442. Ibídem.

443. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 142.

444. [Ibídem](#), p. 143.

445. Friedman, «The Relationship of Prices to Economic Stability and Growth», 85.º Congreso, 2.ª Sesión, Comité Económico Mixto, Washington D. C., Oficina de Impresión del Gobierno de Estados Unidos, 1958.

446. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 384.

447. Ibídem, p. 385.

448. Ibídem.

449. [Ibíd.](#), p. 386.

450. [Ibídem](#), p. 385.

451. Ibídem, p. 386.

452. Ibídem.

453. [Ibíd.](#), p. 387.

454. Ibídem.

455. Ibídem.

456. Ibídem.

457. Ibídem, p. 388.

458. Aunque la conferencia de la AEA está plagada de advertencias, Friedman endureció un principio central de su monetarismo: que la causa de la Gran Depresión fue el dinero «inadecuado» y que «todas las demás contracciones importantes de este país han sido producidas o han sido exacerbadas en gran medida por el desorden monetario. Todas las grandes inflaciones han sido producidas por la expansión monetaria».

459. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*

460. Samuelson contaba con James Tobin, de Harvard y Yale, que ganaría el Premio Nobel de Economía en 1981, y con Franco Modigliani, de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, de la Universidad Carnegie Mellon, de Pittsburgh, y del MIT, y Premio Nobel de Economía en 1985, como compañeros poskeynesianos.

461. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 148.

462. [Ibídem](#), p. 145.

463. Howard Sylvester Ellis (2 de julio de 1898-15 de abril de 1992), economista estadounidense, catedrático de Economía en la Universidad de California, Berkeley (1938-1965).

464. Samuelson enumeró como graduados de los seminarios de teoría monetaria de Friedman en Chicago a economistas como Allan Meltzer, de la Universidad Carnegie-Mellon de Pittsburgh, Karl Brunner (16 de febrero de 1916-9 de mayo de 1989), de la Universidad Estatal de Ohio, Harry Johnson (26 de mayo de 1923-9 de mayo de 1977), de la Universidad de Chicago y la London School of Economics, el Banco de la Reserva Federal de St. Louis, a varios graduados de Chicago que se convirtieron en banqueros y, brevemente bajo la presidencia del senador William Proxmire (11 de noviembre de 1915-15 de diciembre de 2005), demócrata de Wisconsin, al Comité Económico Conjunto del Congreso.

465. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 146.

466. [Ibídem](#), p. 145.

467. Ibídem.

468. Ibídem.

469. Ibídem, pp. 145-146.

470. [Ibíd.](#), 146, nota.

471. Ibídem, p. 147, nota 3.

472. Ibídem, p. 147.

473. El proceso se denomina comúnmente «impresión de dinero», aunque no hay impresión real de moneda, y se ha llegado a conocer como «flexibilización cuantitativa» o QE (por sus siglas en inglés). Samuelson contrasta aquí la venta de crédito público a un banco central que imprime billetes de banco sin respaldo de nuevos préstamos.

474. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 148.

475. Ibídem.

476. Ibídem.

477. Ibídem.

478. La cursiva es de Samuelson.

479. Keynes, *Collected Writings*, vol. 4: *Tract on Monetary Reform*, 1923, p. 65. A Keynes le frustraban los economistas conservadores que sugerían que el gasto público para crear empleo provocaría inflación «a largo plazo». Su réplica era que «a largo plazo todos estaremos muertos».

480. Samuelson, *Readings in Economics*, *op. cit.*, p. 149.

481. Ibídem, p. 150.

482. Apodo despectivo y burlón del expresidente Richard Nixon. Dicky es el diminutivo de Dick, que a su vez es diminutivo de Richard. *Tricky* significa «tramposo». (*N. de la t.*)

483. Friedman y Friedman. *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 368.

484. Ibídem.

485. Leo Brent Bozell Jr. (15 de enero de 1926-15 de abril de 1997), activista conservador estadounidense y escritor católico, que se casó con Patricia Lee Buckley, hermana del pensador conservador y celebridad televisiva William F. Buckley.

486. Revista de *The New York Times*, 11 de octubre de 1964.

487. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 114.

488. Milton Friedman, «A Proposal for Resolving the U.S. Balance of Payments Problem: Confidential Memorandum to President-elect Richard Nixon», 15 de octubre de 1968, presentado a Nixon en diciembre de 1968.

489. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 376.

490. Samuelson, *Newsweek*, 27 de marzo de 1978.

491. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 386.

492. Paul Winston McCracken (29 de diciembre de 1915-3 de agosto de 2012), economista. Presidente del Consejo de Asesores Económicos de Nixon (1969-1971).

493. Las otras personas a las que Friedman pidió consejo o ayuda fueron Armen Alchian, Gary Becker, Martin Bronfenbrenner, Phillip Cagan, David D. Friedman, Lawrence Harris, Harry G. Johnson, Homer Jones, Jerry Hordan, David Meiselman, Allan H. Meltzer, Theodore W. Schultz, Anna J. Schwartz, Herbert Stein, George J. Stigler y James Tobin.

494. Herbert Stein (27 de agosto de 1916-8 de septiembre de 1999), economista estadounidense, fue presidente del Consejo de Asesores Económicos de Richard Nixon y Gerald Ford entre 1972 y 1974.

495. Herbert Stein, *Presidential Economics: The Making of Economic Policy from Roosevelt to Reagan and Beyond*, p. 154, Simon and Schuster, Nueva York, 1985.

496. [Ibíd.](#), p. 145.

497. A muchos miembros del CEA también los convencieron las ideas de Friedman sobre la «tasa natural de empleo» que podía proporcionar una economía, lo que llevó a la aprobación del posterior presupuesto de «pleno empleo» de Nixon, en el que se iba a equilibrar como si hubiera pleno empleo en la economía.

498. Citado en Denis Healey, *The Time of My Life*, p. 380, Michael Joseph, Londres, 1989.

499. Peter George Peterson (5 de junio de 1926-20 de marzo de 2018), banquero de inversiones estadounidense, secretario de Comercio de Estados Unidos desde el 29 de febrero de 1972 hasta el 1 de febrero de 1973.

500. De una conversación grabada 546-2, 26 de julio de 1971, cintas de la Casa Blanca, material presidencial de Nixon, Archivos Nacionales en College Park, MD, <<http://millercenter.org/presidentialrecordings>>.

501. The International Union, United Automobile, Aerospace, and Agricultural Implement Workers of America, más conocido como United Auto Workers (UAW), es un sindicato estadounidense que representa a los trabajadores de Estados Unidos (incluido Puerto Rico) y Canadá. (*N. de la t.*)

502. Stein, *Presidential Economics*, *op. cit.*, p. 138.

503. «Un presupuesto de pleno empleo» aludía a la cantidad de gasto en estímulos del Gobierno federal necesarios para garantizar el pleno empleo. Al fijar el gasto para alcanzar el pleno empleo, Nixon esperaba impulsar la economía y crear puestos de trabajo.

504. The American Presidency Project, <<http://www.presidency.ucsb.edu>>. Nixon estaba expresando una simple opinión keynesiana generalizada, según la cual el desempleo debía reducirse mediante el gasto público y el déficit presupuestario hasta alcanzar el pleno empleo, momento en el que debía equilibrarse el presupuesto para evitar el sobrecalentamiento [inflación]. Nixon parecía querer las dos cosas: seguir gastando a pesar del pleno empleo.

505. The American Presidency Project, <<http://www.presidency.ucsb.edu>>.

506. Entrevista a Friedman, *Playboy*, 21 de febrero de 1970.

507. De una conversación grabada 547-9, 27 de julio de 1971, cintas de la Casa Blanca, material presidencial de Nixon, Archivos Nacionales en College Park, MD, <<http://millercenter.org/presidentialrecordings>>.

508. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pp. 386-387.

509. John Bowden Connally Jr. (27 de febrero de 1917-15 de junio de 1993), gobernador de Texas y secretario del Tesoro de Estados Unidos. Resultó gravemente herido al ir en el coche con Kennedy cuando el presidente fue asesinado en Dallas en noviembre de 1963.

510. De una conversación grabada 268-5, 2 de agosto de 1971, cintas de la Casa Blanca, material presidencial de Nixon, Archivos Nacionales en College Park, MD, <<http://millercenter.org/presidentialrecordings>>.

511. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos poseía más de la mitad de las reservas mundiales de oro: 574 millones de onzas.

512. El jefe de gabinete de Nixon en la Casa Blanca, H. R. Haldeman, dijo al presidente que «los británicos habían pedido convertir 3.000 millones de dólares en oro. Si se los dábamos, otros países podrían seguir su ejemplo. Si no lo hacíamos, podrían preguntarse si teníamos suficiente oro para respaldar el dólar. En cualquier caso, era una crisis importante». Haldeman, *The Haldeman Diaries: Inside the Nixon White House*, Putnam, NY, 1994. En los primeros doce días de agosto, se cambiaron 3.600 millones de dólares de las reservas de oro por dólares de papel.

513. El pionero en fijar legalmente los precios de los bienes y de la mano de obra fue Harold Wilson, primer ministro del Reino Unido (1964-1970 y 1974-1976), economista de formación, que introdujo en 1965 una política de precios e ingresos que permitía al Gobierno investigar los acuerdos salariales y anularlos si se consideraba que no eran merecidos.

514. De una conversación grabada 455-3, 22 de febrero de 1971, cintas de la Casa Blanca, material presidencial de Nixon, Archivos Nacionales en College Park, MD, <<http://millercenter.org/presidentialrecordings>>.

515. De una conversación grabada 452-4, 19 de febrero de 1971, cintas de la Casa Blanca, material presidencial de Nixon, Archivos Nacionales en College Park, MD, <<http://millercenter.org/presidentialrecordings>>.

516. De una conversación grabada 541-2, 21 de julio de 1971, cintas de la Casa Blanca, material presidencial de Nixon, Archivos Nacionales en College Park, MD, <<http://millercenter.org/presidentialrecordings>>.

517. De una conversación grabada 268-5, 2 de agosto de 1971, cintas de la Casa Blanca, material presidencial de Nixon, Archivos Nacionales en College Park, MD, <<http://millercenter.org/presidentialrecordings>>.

518. Correo electrónico de Friedman a Burton A. Abrams y James L. Butkiewicz del Departamento de Economía de la Universidad de Delaware, Newark, DE.

519. Entrevista a Friedman, 25 de agosto de 1971, para *Economics Cassette Series* de la Instructional Dynamics Incorporated's, serie quincenal por suscripción (1968-1978), <<https://digitalcollections.hoover.org/objects/52346/the-presidents-new-economic-policy?ctx=6abc8261-3a8b-4aee-ad8e-2aec517ae55a&idx=13>>.

520. Friedman, *Newsweek*, 25 de mayo de 1970.

521. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pp. 383-384.

522. Friedman, «Why the Freeze is a Mistake», *Newsweek*, 30 de agosto de 1971.

523. Ibídem.

524. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 387.

525. Friedman, «Will the Kettle Explode?», *Newsweek*, 18 de octubre de 1971.

526. Samuelson escribió: «Cuando entré en la lista negra de enemigos de Nixon, mi prestigio aumentó tanto dentro de mi propia familia como en mi círculo de amigos y colegas». «MIT 150 Oral History Project», <<https://infinitehistory.mit.edu/video/paul-samuelson>>.

527. Samuelson, «How the Slump Looks to Three Experts», *Newsweek*, 25 de mayo de 1970, pp. 78-79.

528. Samuelson, «Coping with Stagflation», *Newsweek*, 19 de agosto de 1974.

529. Audiencias ante el Comité Económico Conjunto, Congreso de Estados Unidos, nonagésimo segundo congreso, primera sesión, parte 4, 20, 21, 22 y 23 de septiembre de 1971, p. 735.

530. Ibídem.

531. Ibídem.

532. Ibídem.

533. Samuelson, «Coping with Stagflation», *Newsweek*, 19 de agosto de 1974.

534. Ibídem.

535. Ibídem.

536. Stein, *Presidential Economics*, *op. cit.*, pp. 168-169.

537. Ibídem, p. 207.

538. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pp. 387-388.

539. Samuelson, *Newsweek*, 8 de septiembre de 1980.

540.

<http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/int_miltonfriedman.html#8>.

541. Salvador Guillermo Allende Gossens (26 de junio de 1908-11 de septiembre de 1973), presidente electo socialista de Chile (1970-1973).

542. Kristian C. Gustafson, «CIA Machinations in Chile in 1970: Reexamining the Record».

543. Nixon, citado por Robert Dallek, en *Nixon and Kissinger: Partners in Power*, p. 234, HarperCollins, Nueva York, 2007.

544. Los espías de la CIA no participaron directamente en el golpe, pero la agencia financió con generosidad a los opositores de Allende. Véase Dallek, *Nixon and Kissinger*, *op. cit.*, pp. 509-515.

545. Augusto José Ramón Pinochet Ugarte (25 de noviembre de 1915-10 de diciembre de 2006), general chileno, político y dictador de Chile entre 1973 y 1990, comandante en jefe del Ejército chileno hasta 1998, presidente de la Junta de Gobierno de Chile entre 1973 y 1981.

546. Entrevista de Blumenthal a Friedman, citado en Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment*, *op. cit.*, p. 112.

547. Arnold Carl Harberger (n. el 27 de julio de 1924), en ese momento presidente del Departamento de Economía de Chicago.

548. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 398.

549. En lugar de introducir medidas liberales en la economía de forma gradual, Friedman insistió en que todos los cambios se produjeran de inmediato. En el caso de Chile, esto significó la reducción drástica y simultánea de la intervención gubernamental, el fin de los aranceles a la importación, la desregulación de los mercados, el cambio de los impuestos directos por los indirectos y la desnacionalización de las industrias estatales. Aunque Friedman negó haber inventado el término *terapia de choque*, en economía el primer ejemplo de una acción tan radical se registró en esta época en Chile.

550. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 399.

551. Ibídem, véase el Apéndice A, p. 591.

552. [Ibídem](#), p. 400.

553. «MIT 150 Oral History Project», *op. cit.*

554. Nobel Prize Paul A. Samuelson Facts,
<<https://www.nobelprize.org/prizes/economic-sciences/1970/samuelson/facts/>>.

555. Citado en Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pp. 444-445.

[556](#). Carta de Samuelson a Friedman, 5 de noviembre de 1970. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

[557](#). Carta de Friedman a Arthur R. Nayer, 13 de octubre de 1970. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

558. Samuelson nombró a Jacob Viner, Frank Knight, Paul Douglas, Joseph Schumpeter, Wassily Leontief, Gottfried Haberler, Alvin Hansen, Lloyd Metzler, Robert Solow, James Tobin, Lawrence Klein, Robert Mundell, Joseph Stiglitz, Bertil Ohlin, Gunnar Myrdal, Erik Lundberg, Ingvar Svernilson, Gustav Cassel, Erik Lindahl y Knut Wicksell.

559. <<https://www.nobelprize.org/uploads/2018/06/samuelson-lecture.pdf>>.

560. Ibídem.

561. Thorstein Bunde Veblen, nacido Torsten Bunde Veblen en Noruega (30 de julio de 1857-3 de agosto de 1929), economista y sociólogo más conocido por su idea del «consumo conspicuo»: la gente realiza un consumo conspicuo, junto con el «ocio conspicuo», para demostrar su riqueza o marcar su estatus social.

562. Samuelson, «A Few Remembrances of Friedrich von Hayek (1899-1992)», *Journal of Economic Behavior & Organization*, 69, 1 (2009), pp. 1-4.

563. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 445.

564. Larry Martz, «A Nobel for Friedman», *Newsweek*, 25 de octubre de 1974.

565. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 442.

566. Ibídem.

567. Samuelson, *Newsweek*, 25 de octubre de 1976.

[568](#). Carta de Friedman a Samuelson, 20 de octubre de 1976. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

569. Steven Lawrence Rattner (n. el 5 de julio de 1952), financiero y experiodista que fue asesor principal del Grupo de Trabajo Presidencial para la Industria del Automóvil en 2009 para la Administración Obama.

570. Citado en Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 442.

571. Entrevista de Brian Snowdon y Howard Vane a Friedman, en *Modern Macroeconomics: Its Origin, Development, and Current State*, Edward Elgar, Cheltenham, UK, 2005.

572. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 442.

573. Ibídem, p. 443.

574. Ibídem, Apéndice A, pp. 598-599.

575. Friedman tenía razón. La inflación en Chile subió a un asombroso 750 por ciento anual. En mayo de 1981-1982, había caído al 3,6 por ciento.

576. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, Apéndice A, pp. 599-600.

577. Discurso del banquete del Premio Nobel de Friedman, revisado por Friedman y con gráficos para la Universidad de Chicago <<https://www.nobelprize.org/uploads/2018/06/friedman-lecture-1.pdf>>.

578. Entrevista de Peter Jaworski a Friedman, *The Journal*, Universidad de Queen, Canadá, 15 de marzo de 2002, pp. 18-19.

579. Discurso de aceptación del Premio Nobel de Friedman, 13 de diciembre de 1976 <<https://www.nobelprize.org/uploads/2018/06/friedman-lecture-1.pdf>>.

580. Friedman, «The Counter-Revolution in Monetary Theory», *op. cit.*

581. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 458.

582. George J. Stigler, *Memoirs of an Unregulated Economist*, pp. 33-34, Basic Books, Nueva York, 1985. Versión castellana de Fernando Castro Polinio, *Memorias de un economista libre*, Espasa, Madrid, 1992.

583. Samuelson, *Newsweek*, 12 de enero de 1970.

584. Samuelson, *Economics*, 3.^a ed., 1955, *op. cit.*, p. 316.

585. Samuelson, *Economics*, 5.^a ed., 1961, *op. cit.*, pp. 314-315.

586. Samuelson, *Economics*, 9.^a ed., 1973, *op. cit.*, p. 329.

587. Samuelson, *Economics*, 12.^a ed., 1985, *op. cit.*, p. 828.

588. Samuelson, *Economics*, 15.^a ed., 1995, *op. cit.*

589. Samuelson, *Economics*, 5.^a ed., 1961, *op. cit.*, p. 318.

590. Samuelson, *Economics*, 18.^a ed., 2004, *op. cit.*, p. 41.

591. Samuelson, *Economics*, 8.^a ed., 1970, *op. cit.*, p. 140.

592. Samuelson, *Economics*, 11.^a ed., 1980, *op. cit.*, p. 761.

593. [Ibídem](#), pp. 761-763.

594. Samuelson, *Economics*, 15.^a ed., 1995, p. 372.

595. Samuelson, *Economics*, 18.^a ed., 2004, *op. cit.*, p. 40.

596. Ibídem, p. 41.

[597](#). Citado por el Independent Institute, obituario de Friedman, 18 de noviembre de 2006.

598. El indulto de Ford a Nixon se convirtió en la cuestión clave, más que los propios acontecimientos del Watergate.

599. https://en.wikipedia.org/wiki/File:Gallup_Poll-Approval_Rating-Jimmy_Carter.png.

600. Samuelson, *Newsweek*, 29 de mayo de 1978.

601. <<https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1978/11/02/carter-moves-to-halt-decline-of-dollar/880b916b-24c7-4ce7-807f-1057b9ba40fd/>>.

602. Samuelson, «Recession: Made in Washington», *Newsweek*, 24 de diciembre de 1979.

603.

<<https://www.americanrhetoric.com/speeches/jimmycartercrisisofconfidence.htm>>.

604. <<https://news.gallup.com/poll/116677/Presidential-Approval-Ratings-Gallup-Historical-Statistics-Trends.aspx>>.

605. George William Miller (9 de marzo de 1925-17 de marzo de 2006), secretario del Tesoro de Estados Unidos con el presidente Carter.

606. Paul Adolph Volcker Jr. (5 de septiembre de 1927-8 de diciembre de 2019), presidente de la Reserva Federal bajo los presidentes Carter y Reagan, de agosto de 1979 a agosto de 1987. Se le atribuye el mérito de haber puesto fin a la elevada inflación de los años setenta y principios de los ochenta. Presidente del Consejo Asesor para la Recuperación Económica del presidente Obama, de febrero de 2009 a enero de 2011.

607. William L. Silber, *Volcker: The Triumph of Persistence*, pp. 145-146, Bloomsbury Press, Nueva York, 2012.

608. *The New York Times*, 29 de julio de 1979, p. F1.

609. Silber, *Volcker, op. cit.*, p. 148.

610. Cartas personales a partir de 1979, documentos de Paul Volcker. Archivos del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, caja 95714.

611. Ibídem.

612. Oskar Morgenstern (24 de enero de 1902-26 de julio de 1977), economista de Princeton que, junto con el matemático John von Neumann, fundó el campo matemático de la teoría de juegos y su aplicación a la economía.

613. Friedrich August Lutz (29 de diciembre de 1901-4 de octubre de 1975), economista de Princeton nacido en Alemania que desarrolló la hipótesis de las expectativas.

614. Paul Volcker, «The Problems of Federal Reserve Policy since World War II», Princeton, 1949, <<https://catalog.princeton.edu/catalog/dsp019019s3255>>.

615. Actas de la reunión del Comité Federal de Mercado Abierto del 14 de agosto de 1979, p. 1.

616. Denis Winston Healey, lord Healey (30 de agosto de 1917-3 de octubre de 2015), secretario de Estado de Defensa del Partido Laborista británico (1964-1970), ministro de Hacienda (1974-1979) y vicepresidente del Partido Laborista (1980-1983).

617. Healey, *The Time of My Life*, *op. cit.*, p. 432.

618. Ibídem.

619. Discurso presidencial ante la Asociación Estadounidense de Economía y la Asociación Estadounidense de Finanzas, Atlantic City, NJ, 16 de septiembre de 1976,
<https://www.newyorkfed.org/medialibrary/media/research/quarterly_review/75th/75article7.pdf>.

620. Ibídem.

621. Paul Volcker, «The Role of Monetary Targets in an Age of Inflation», *Journal of Monetary Economics*, 4, 2 (1978).

622. [Ibíd.](#), p. 331.

623. En particular, los acontecimientos de la primavera y el verano de 1977, cuando la inflación pasó del 5 al 7 por ciento.

624. Paul Volcker y Toyoo Gyohten, *Changing Fortunes: The World's Money and the Threat to American Leadership*, pp. 164-165, Times Books, Nueva York, 1992.

625. *The New York Times*, 19 de septiembre de 1979, p. 1.

626. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, *op. cit.*, p. 165.

627. Samuelson y Barnett (eds.), *Inside the Economist's Mind*, *op. cit.*, p. 180.

628. Lo mismo ocurría al otro lado del Atlántico, donde Healey empezó a publicar estimaciones monetarias que se interpretaban como objetivos. Healey escribió: «Para satisfacer a los mercados, empecé a publicar las previsiones monetarias que siempre habíamos hecho en privado, y las describí como objetivos». Healey, *The Time of My Life*, *op. cit.*, p. 432.

629. Transcripción de la conferencia de prensa de Volcker, en el edificio de la Reserva Federal, Washington D. C., 6 de octubre de 1979, p. 3, <https://fraser.stlouisfed.org/files/docs/historical/volcker/Volcker_19791006.pdf>.

630. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, *op. cit.*, p. 167.

631. Ibídem.

632. Samuelson y Barnett, *Inside the Economist's Mind*, *op. cit.*, p. 178.

633. Friedman, *Newsweek*, 29 de agosto de 1977.

634. Healey, *The Time of My Life*, *op. cit.*, p. 383.

635. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, *op. cit.*, p. 170.

636. Ibídem, p. 166.

637. Samuelson, «Recession: Made in Washington», *op. cit.*

638. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, *op. cit.*, p. 169.

639. Ibídem, p. 170.

640. Ibídem, p. 172.

641. Samuelson, *Newsweek*, 12 de mayo de 1969.

642. Samuelson, «Recession: Made in Washington», *op. cit.*

643. Samuelson, «Living with Inflation», *Newsweek*, 25 de febrero de 1980.

644.

<http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/int_miltonfriedman.html#8>.

645. Friedman, «Monetary Instability», *Newsweek*, 15 de junio de 1981, p. 80.

646. Citado en Samuelson, *The Samuelson Sampler*, op. cit., p. 16.

647. Samuelson, «Living with Inflation», *op. cit.*

648. Alan Stuart Blinder (n. el 14 de octubre de 1945), catedrático de Economía y Asuntos Públicos en Princeton, miembro del Consejo de Asesores Económicos de Clinton (1993-1994) y vicepresidente de la Junta de Gobernadores del Sistema de la Reserva Federal (1994-1996).

649. Alan S. Blinder, *Hard Heads, Soft Hearts: Tough-Minded Economics for a Just Society*, p. 78, Addison-Wesley, Reading, MA, 1987.

650. *The Wall Street Journal*, 3 de junio de 1980, p. 6.

651. Ibídem.

652. Samuelson, *Newsweek*, 3 de septiembre de 1973.

653. Friedman, «Monetary Overkill», *Newsweek*, 14 de julio de 1980, p. 62.

654. Milton Friedman y Paul A. Samuelson, «Productivity: Two Experts Cross Swords», *Newsweek*, 8 de septiembre de 1980.

655. Allen Wallis, citado en Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 474.

656. Milton Friedman y Rose Friedman, *Free to Choose*, p. 299. Versión castellana de Carlos Rocha Puyol, *Libertad de elegir*, Gota a Gota Ediciones, Madrid, 2008.

657. Ibídem, p. 316.

658. [Ibíd.](#), p. 330.

659. Ibídem, p. 332.

660. Ibídem, p. 300.

661. Friedrich Hayek, *Choice in Currency: A Way to Stop Inflation*, p. 16, Institute of Economic Affairs, Londres, 1976.

662. <<https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-behalf-senator-barry-goldwater-time-for-choosing>>.

663. Silber, *Volcker, op. cit.*, p. 194.

664. M0 es una medida de «dinero restringido», es decir, el nivel de billetes y monedas en circulación sumado a los saldos operativos de los bancos de compensación en poder de la Reserva Federal. Para las definiciones de las otras medidas M de dinero, véase el capítulo 7, nota 375.

665. Entrevista de Samuelson para *The Atlantic*, 17 de junio de 2009.

666. Samuelson también estaba en contra de que el Gobierno federal apoyara a las empresas en quiebra. «La carga de la prueba debe ir en contra de que los Gobiernos mantengan vivas las actividades empresariales antieconómicas», escribió, *Newsweek*, 8 de diciembre de 1980.

667. Friedman, «Election Perspective», *Newsweek*, 10 de noviembre de 1980, p. 94.

668. Los otros miembros eran Arthur F. Burns, Paul McCracken, Herbert Stein, Alan Greenspan, Arthur Laffer, James Lynn, William Simon, Thomas Sowell y Charles E. Walker.

669. Anderson, *Revolution*, *op. cit.*, pp. 267-268.

670. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 394.

671. Ibídem.

672. Friedman, «The Wayward Money Supply», *Newsweek*, 27 de diciembre de 1982, p. 58.

673. *Meet the Press* (NBC), 21 de marzo de 1982.

674. Leo Calvin Rosten (11 de abril de 1908-19 de febrero de 1997), humorista estadounidense, experto en lexicografía yidis y politólogo.

675. Friedman, «More Double Talk at the Fed», *Newsweek*, 2 de mayo de 1983, p. 72.

676. Milton Friedman, «Lessons from the 1979-82 Monetary Policy Experiment», *American Economic Review*, 74 (1984), pp. 397-400.

677. Entrevista de Brian Snowdon y Howard Vane a Friedman, en Snowdon y Vane, *Modern Macroeconomics*.

678. Entre los pioneros de la teoría de la economía de la oferta se encuentran Robert Mundell (n. el 24 de octubre de 1932), catedrático de economía de la Universidad de Columbia y premio Nobel de Economía en 1999; Arthur Laffer, cuya curva de Laffer sostiene que existe un punto óptimo en el que una reducción de los impuestos puede generar mayores ingresos, y Jude Thaddeus Wanniski (17 de junio de 1936-29 de agosto de 2005), economista y periodista.

679. Citado en el obituario de Samuelson, *The New York Times*, 13 de diciembre de 2009.

680. Atribuido al economista francés Jean-Baptiste Say (5 de enero de 1767-15 de noviembre de 1832).

681. Como dice el personaje de Kevin Costner en la película *Campo de sueños* (1989): «Si lo construyes, vendrá».

682. Samuelson, *Newsweek*, 15 de diciembre de 1980.

683. Samuelson, *Newsweek*, 10 de enero de 1977.

684. Arthur Betz Laffer (n. el 14 de agosto de 1940), miembro del Consejo Asesor de Política Económica de Reagan (1981-1989), apodado «el padre de la economía de la oferta».

685. Laffer sobre la historia de la servilleta,
<<https://www.heritage.org/taxes/report/the-laffer-curve-past-present-and-future>>.

686. Stein, *Presidential Economics*, *op. cit.*, p. 239.

687. Ibídem, p. 245.

688. Samuelson, *Economics*, 7.^a ed., 1967, *op. cit.*, p. 343.

689. Samuelson y Nordhaus, *Economics*, 14.^a ed., 1992, *op. cit.*, p. 332.

690. Joseph Aaron Pechman (2 de abril de 1918-19 de agosto de 1989), economista y experto en fiscalidad.

691. Emile Despres (21 de septiembre de 1909-23 de abril de 1973), asesor sobre asuntos económicos alemanes en el Departamento de Estado de Estados Unidos (1944-1945) y catedrático de Economía en el Williams College y la Universidad de Stanford.

[692](#). Samuelson, «Arthur Laffer: Here's My Account». Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

693. Se doctoró finalmente en Chicago en 1972.

694. Citado en Eric Alterman, *Sound and Fury: The Making of the Punditocracy*, p. 171, Cornell, Ithaca, NY, 1999.

695. Samuelson, «Arthur Laffer: Here's My Account», *op. cit.*

696. La Ley de Impuestos de Recuperación Económica de 1981 redujo el tipo más alto del impuesto sobre la renta de las personas físicas del 70 al 50 por ciento y el más bajo del 14 al 11 por ciento, y bajó el tipo más alto del impuesto sobre las plusvalías del 28 al 20 por ciento, mientras que la Ley de Reforma Fiscal de 1986 redujo el tipo más alto del impuesto sobre la renta de las personas físicas del 50 al 38,5 por ciento, y luego al 28 por ciento en los años siguientes, al tiempo que aumentó el tipo más alto del impuesto sobre las plusvalías del 20 al 28 por ciento.

697. Friedman, «A Simple Tax Reform», *Newsweek*, 18 de agosto de 1980, p. 68.

698. Samuelson, *Newsweek*, 24 de septiembre de 1973.

699. Samuelson, *Newsweek*, 16 de febrero de 1981.

700. Friedman, «Deficits and Inflation», *Newsweek*, 23 de febrero de 1981, p. 70.

701. Friedman, «Closet Keynesianism», *Newsweek*, 27 de julio de 1981, p. 60.

702. Glenn Kesler, «Rand Paul's Claim that Reagan's Tax Cuts Produced 'More Revenue' and 'Tens of Millions of Jobs'», *Washington Post*, 19 de abril de 2015, <<https://www.washingtonpost.com/news/fact-checker/wp/2015/04/10/rand-pauls-claim-that-reagans-tax-cuts-produced-more-revenue-and-tens-of-millions-of-jobs/?arc404=true>>.

703. Friedman, «Deficits and Inflation», *op. cit.*, p. 70.

704. De hecho, han sido los presidentes republicanos los que han defendido el aumento del déficit; entre los principales infractores están Reagan, George W. Bush y Donald J. Trump.

705. Esto incluye los intentos del Congreso de obligar al Ejecutivo a equilibrar las cuentas por ley, incluida la Ley de Control de Déficit de Emergencia y Presupuesto Equilibrado de 1985, que pretendía imponer restricciones de gasto a la autoridad ejecutiva. El Tribunal Supremo acabó considerando que esta ley violaba la separación constitucional de poderes.

706. William Jefferson Clinton, nacido William Jefferson Blythe III (n. el 19 de agosto de 1946), cuadragésimo segundo presidente de Estados Unidos, del 20 de enero de 1993 al 20 de enero de 2001, y gobernador de Arkansas (1979-1981 y 1983-1992).

707. Friedman, «Deficits and Inflation», *op. cit.*, p. 70.

708. De 1974 a 1979, un período de crecimiento excesivo del dinero y de una inflación galopante, M1 creció un 7 por ciento. Entre 1979 y 1984, M1 creció un 7,4 por ciento, aunque fue un período de elevadas tasas de interés y de inflación decreciente.

709. Citado en William Greider, *Secrets of the Temple: How the Federal Reserve Runs the Country*, p. 540, Simon and Schuster, Nueva York, 1989.

710. Véanse las definiciones de las medidas M1 a M3 en el capítulo 7, nota 375.

711. Entrevista a Friedman, 19 de julio de 1984, citado en Greider, *Secrets of the Temple*, op. cit., p. 543.

712. William Poole (n. el 19 de junio de 1937), director general del Banco de la Reserva Federal de San Luis.

713. Citado en Greider, *Secrets of the Temple*, *op. cit.*, p 543.

714. Entrevista a Friedman, 19 de julio de 1984, citado en Greider, *Secrets of the Temple*, op. cit., p. 684.

715. J. Charles Partee (21 de octubre de 1927-15 de febrero de 2007), gobernador, Junta de Gobernadores, Reserva Federal (1976-1986).

716. Citado en Greider, *Secrets of the Temple*, *op. cit.*, p. 684.

717. Entrevista de James U. Blanchard III a Hayek, 1 de mayo de 1984,
<<https://www.libertarianism.org/publications/essays/interview-f-hayek>>.

718. Ibídem.

719. «Monetarism and Hypeinflation», carta de Hayek a *The Times*, Londres, 5 de marzo de 1980, p. 17.

720. Son muchas las causas del colapso de la Unión Soviética, entre ellas la revuelta de los trabajadores de Solidaridad en Polonia, que confundió a los ideólogos del Kremlin, la quiebra de la economía soviética por su ineficiencia inherente, la presión para gastar en armamento para contrarrestar los desafíos de Estados Unidos, la decisión de los Gobiernos comunistas de Europa del Este de permitir la libre circulación a través de las fronteras, así como la presión moral de personas influyentes como «el papa polaco» Juan Pablo II, la primera ministra británica Thatcher y el presidente Reagan.

721. Tom G. Palmer, «Why Socialism Collapsed in Eastern Europe», *Cato Policy Report*, septiembre/octubre de 1990.

722. Lech Wałęsa (n. el 29 de septiembre de 1943), político y activista sindical polaco. Cofundó y dirigió Solidaridad (Solidarność), ganó el Premio Nobel de la Paz en 1983 y fue presidente de Polonia entre 1990 y 1995.

723. Friedman, *Capitalism and Freedom*, *op. cit.*, p. 4.

724. Ibídem, p. 9.

725. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 396.

726. Friedman, *Capitalism and Freedom*, *op. cit.*, p. 3.

727. Samuelson, *Economics*, 5.^a ed., 1961, *op. cit.*, p. 819.

728. Según su hijo David Friedman, «seguramente estaba a favor de la idea del amor libre desde el principio, a juzgar por algo que dijo una vez; quizá llegó a la conclusión de que se trataba de una mala idea más tarde, pero nunca lo habría descrito como socialismo, ya que está claro que no lo era». Correo electrónico al autor, 19 de enero de 2021.

729. Friedman y Friedman, *Free to Choose*, *op. cit.*, p. 25.

730. Friedman fue una excepción. Como explicó su hijo David Friedman: «Desde el punto de vista de mi padre, describir cómo funcionaba el socialismo en la práctica era una forma de mostrar las cosas malas en él». Correo electrónico al autor, 19 de enero de 2021.

731. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., 1948, *op. cit.*, p. 595.

[732](#). Citado en el obituario de Samuelson, *The New York Times*, 17 de noviembre de 2006.

733. Winston S. Churchill, Cámara de los Comunes, 11 de noviembre de 1947.

734. En su viaje a Rusia de 1962, Friedman pidió datos sobre la cantidad de dinero en la economía soviética, sólo para que le dijeran que «el banco central no publicaba dichas cifras: eran un secreto de Estado». Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 285.

735. Friedman pensaba que los intelectuales occidentales eran blandos con el despotismo del comunismo mientras se oponían firmemente a los tiranos de la derecha. La introducción de Friedman a la edición del quincuagésimo aniversario de *Camino de servidumbre* de Hayek, de University of Chicago Press, contiene este breve comentario: «Hoy en día, existe un amplio acuerdo en que el socialismo es un fracaso y el capitalismo un éxito. Sin embargo, esta aparente conversión de la comunidad intelectual a lo que podría llamarse una visión hayekiana es engañosa. Aunque se habla de mercados libres y de propiedad privada —y es más respetable que hace unas décadas defender un *laissez faire* casi completo—, el grueso de la comunidad intelectual favorece prácticamente de forma automática cualquier expansión del poder gubernamental, siempre y cuando se anuncie como una forma de proteger a los individuos de las grandes corporaciones, aliviar la pobreza, proteger el medio ambiente o promover la “igualdad”».

736. «An Interview with Milton Friedman», *Reason*, diciembre de 1974.

737. Samuelson, *Economics*, 5.^a ed., 1961, *op. cit.*, pp. 825-831.

738. Herbert Spencer (27 de abril de 1820-8 de diciembre de 1903), filósofo, biólogo, antropólogo, sociólogo y teórico político liberal clásico inglés. Más conocido por haber acuñado la expresión «supervivencia del más fuerte», tras leer *El origen de las especies* de Charles Darwin.

739. Todos los puntos expuestos ampliamente por Friedman.

[740](#). Carta de Samuelson a Elliott, 21 de octubre de 1974. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

741. Carta de Edward Kosner a Samuelson, 29 de octubre de 1974. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

742. William Dodson Broyles Jr. (n. el 8 de octubre de 1944), periodista y guionista, editor de *Newsweek* de 1982 a 1984.

743. Carta de Friedman a William Broyles Jr., 23 de diciembre de 1983. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

744. Milton Friedman, *Bright Promises, Dismal Performance: An Economist's Protest*, prefacio, pp. ix-x, William R. Allen (ed.), Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1983.

745. Lester Carl Thurow (7 de mayo de 1938-25 de marzo de 2016), economista y político estadounidense, decano de la MIT Sloan School of Management (1987-1993).

746. Carta de Friedman a Richard Smith, 26 de enero de 1984. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

747. Friedman escribió 300 columnas para *Newsweek* entre 1966 y 1984, 121 artículos de opinión para *The Wall Street Journal* y 22 para *The New York Times*.

748. Healey, *The Time of My Life*, *op. cit.*, p. 377.

749. [Ibídem](#), p. 398.

750. Peter Jay (n. el 7 de febrero de 1937), economista británico, presentador y embajador en Estados Unidos (1977-1979).

751. «A General Hypothesis of Employment, Inflation and Politics», artículo ocasional, Institute of Economic Affairs, enero de 1976.

752. *The Times*, Londres, 13 de julio de 1976.

753. <<http://www.britishpoliticalspeech.org/speech-archive.htm?speech=174>>.

754. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 569.

755. Ian Gilmour, *Britain Can Work*, p. 95, Martin Robertson, Oxford, 1983.

756. Healey, *The Time of My Life*, *op. cit.*, p. 380.

757. *Meet the Press*, 24 de octubre de 1976.

758. *Sunday Telegraph*, 31 de octubre de 1976.

759. Gilmour, *Britain Can Work*, *op. cit.*, p. 95.

760. Keith Sinjohn Joseph, barón Joseph (17 de enero de 1918-10 de diciembre de 1994), conocido como sir Keith Joseph, 2.º baronet, abogado británico y miembro del gabinete de cuatro primeros ministros conservadores.

761. Sir Alfred Sherman (10 de noviembre de 1919-26 de agosto de 2006), escritor, periodista y asesor político de Margaret Thatcher. A veces no lograba ocultar sus anticuados puntos de vista. En 1974, dijo a *Pravda*: «En cuanto al lumpemproletariado, la gente de color y los irlandeses, seamos sinceros, la única manera de mantenerlos a raya es tener suficiente policía bien armada y debidamente entrenada».

762. Sir Alan Arthur Walters (17 de junio de 1926-3 de enero de 2009), economista británico, principal asesor económico de la primera ministra Margaret Thatcher, de 1981 a 1983, y brevemente en 1989.

763. Texto completo del discurso de Joseph:
<<https://www.margaretthatcher.org/document/110607>>.

764. <<https://www.theguardian.com/politics/1994/dec/12/obituaries>>.

765. Sir Keith Joseph, «Inflation is Caused by Governments»,
<<https://www.margaretthatcher.org/document/110607>>.

766. Joseph era muy inteligente, pero incapaz de reprimir sus reaccionarias opiniones sobre temas como los pobres. En un discurso pronunciado el 19 de octubre de 1974 en Edgbaston, Joseph deploró el hecho de que «una alta y creciente proporción de niños nace de madres poco preparadas para traer hijos al mundo. Es poco probable que sean capaces de dar a los niños la base emocional estable, la combinación constante de amor y firmeza [...]. Están criando niños problemáticos. El equilibrio de nuestra población humana se ve amenazado». El hecho de que Joseph no previera la probable ofensa que causaría un comentario como el de «estirpe humana» justo treinta años después de la derrota del nazismo —que asesinó a millones de personas que, según ellos, amenazaban la «estirpe humana»— le incapacitó de inmediato para ocupar un cargo superior. El discurso fue escrito por Alfred Sherman, del Centro de Estudios Políticos. Joseph era consciente de sus propias carencias. «Si me hubiera convertido en líder del partido, habría sido un desastre para el partido, para el país y para mí, que sé bien cuáles son mis propias capacidades. Adecuadas para algunos trabajos, pero no para otros», dijo, citado por Morrison Halcrow, *Keith Joseph: A Single Mind*, p. 75, Macmillan, Londres, 1989.

767. Sir Edward Dillon Lott du Cann (28 de mayo de 1924-31 de agosto de 2017), miembro del Parlamento británico (1956-1987), presidente del Partido Conservador (1965-1967), presidente del «Comité 1922» del partido, que representaba los puntos de vista de los parlamentarios conservadores (1972-1984).

768. William Stephen Ian Whitelaw, primer vizconde Whitelaw (28 de junio de 1918-1 de julio de 1999), político conservador que ocupó un gran número de puestos en el gabinete, entre ellos el de ministro del Interior y vice primer ministro.

769. Gilmour, *Britain Can Work*, *op. cit.*, pp. 94-95.

770. Edward Heath, *The Course of My Life*, p. 576, Hodder and Stoughton, Londres, 1998.

771. Margaret Thatcher, *The Path to Power*, pp. 566-567, HarperCollins, Londres, 1995. Versión castellana de Cecilia Ceriani y Antonio Resines, *El camino hacia el poder*, Aguilar, Barcelona, 1995.

772. John Enoch Powell (16 de junio de 1912-8 de febrero de 1998), estudioso de los clásicos, soldado, diputado conservador (1950-1974), parlamentario del Partido Unionista del Ulster (UUP) (1974-1987) y ministro de Sanidad (1960-1963), que supervisó la inmigración masiva de antillanos para el Servicio Nacional de Salud.

773. <<http://classics.mit.edu/Virgil/aeneid.6.vi.html>>.

774. <https://www.telegraph.co.uk/comment/3643823/Enoch-Powells-Rivers-of-Blood-speech.html>>.

775. George Edward Peter Thorneycroft, lord Thorneycroft (26 de julio de 1909-4 de junio de 1994), ministro de Economía conservador británico (1957-1958).

776. Evelyn Nigel Chetwode Birch, lord Rhyl (18 de noviembre de 1906-8 de marzo de 1981), secretario de Estado para el Aire del Partido Conservador británico (1955-1957).

777. Enoch Powell, *Freedom and Reality*, B. T. Batsford, Londres, 1969.

778. Keith Joseph, «Monetarism Is Not Enough», Stockton Lecture, 5 de abril de 1976, <<https://www.margaretthatcher.org/document/110796>>.

779. Richard Edward Geoffrey Howe, lord Howe of Aberavon (20 de diciembre de 1926-9 de octubre de 2015), el ministro que más tiempo permaneció en el gabinete de Thatcher. Ministro de Hacienda, secretario de Asuntos Exteriores y líder de la Cámara de los Comunes.

780. Heath, *The Course of My Life*, *op. cit.*, p. 585.

781. Samuelson, *Newsweek*, 16 de junio de 1980.

782. El 27 de febrero de 1980, Thatcher celebró una pequeña recepción para los Friedman a la que asistió Geoffrey Howe, John Biffen, Nigel Lawson, Keith Joseph, Ian Gilmour y Patrick Jenkin.

783. Aunque el Partido Conservador había caído en manos de un primer ministro educado en una escuela pública, seguía funcionando con el espíritu de una escuela privada, en la que los insultos y la intimidación estaban a la orden del día. Thatcher dividía a sus ministros en aquellos que estaban de acuerdo con ella en el monetarismo —*the dries*— y los que seguían siendo keynesianos —*the wets*.

784. Memorandum al Comité Selecto de Tesorería y Administración pública del Reino Unido sobre «Investigación sobre la política monetaria», 11 de junio de 1980. Documentos parlamentarios (Comunes), Sesión 1979-1980, 720, parte 1 (julio de 1980): 1-4, 55-61.

785. Ibídem.

786. Joseph, «Monetarism Is Not Enough», *op. cit.*

787. Halcrow, *Keith Joseph*, *op. cit.*, p. 160.

788. Citado en Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment*, *op. cit.*, p. 121.

789. Heath, *The Course of My Life*, *op. cit.*, p. 575.

790. [Ibíd.](#), p. 576.

791. Ibídem, p. 578.

792. Jürg Niehans (Berna, 8 de noviembre de 1919-Palo Alto, California, 23 de abril de 2007).

793. Peter Riddell, *The Thatcher Decade*, pp. 18-19, Blackwell, Cambridge, 1989.

794. Margaret Thatcher, *The Downing Street Years*, pp. 132-39, Collins, Londres, 1993, <<https://www.margaretthatcher.org/document/110696>>.

795. *The Times*, Londres, 30 de marzo de 1981. Listado completo de economistas: <https://c59574e9047e61130f13-3f71d0fe2b653c4f00f32175760e96e7.ssl.cf1.rackcdn.com/FECEBF1EA893413EB9D3FA246218F30A.pdf>.

796. Halcrow, *Keith Joseph*, *op. cit.*, p. 165.

797. Riddell, *The Thatcher Decade*, *op. cit.*, p. 19.

798. Nigel Lawson, barón Lawson de Blaby (n. el 11 de marzo de 1932), conservador británico, ministro de Hacienda (1983-1989).

799. Riddell, *The Thatcher Decade*, *op. cit.*, p. 20.

800. Ibídem, p. 21.

801. Ibídem, pp. 21-22.

802. Brian Griffiths, Lord Griffiths of Fforestfach (n. el 27 de diciembre de 1941), político conservador británico, decano de la City University Business School.

803. Aunque la autora afirma haberse inspirado en Friedman, éste sólo merece dos menciones, de pasada, en sus memorias de 900 páginas, *Margaret Thatcher: The Downing Street Years*, y una nota a pie de página. Versión castellana: *Los años de Downing Street*, Aguilar, Barcelona, 2012.

804. Guía de campaña 1987, Conservative Research Department, Londres, 1986.

805. Guía de campaña 1989, Conservative Research Department, Londres, 1989.

806. Ibídem, pp. 13-14.

807. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 391.

808. Ibídem, p. 392.

809. Citado en Jon Meacham, *Destiny and Power: The American Odyssey of George Herbert Walker Bush*, Random House, Nueva York, 2015.

810. Friedman, «Oodoov Economics», *The New York Times*, 2 de febrero de 1992.

811. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, p. 396.

812. William Jefferson Clinton, discurso sobre el estado de la Unión del 23 de enero del 1996, <<https://clintonwhitehouse4.archives.gov/WH/New/other/sotu.html>>.

813. Entrevista de John Hawkins a Milton Friedman, Rightwingnews. com, 15 de septiembre de 2003.

814. Entrevista con Friedman, *The Wall Street Journal*, 22 de julio de 2006.

815. Tom DeLay y Stephen Mansfield, *No Retreat, No Surrender: One American's Fight*, p. 112, Sentinel, Nueva York, 2007.

816. Ibídem.

817. Entrevista de David Asman a Friedman, Fox News, 15 de mayo de 2004.

818. Ibídem.

819. Carta de Samuelson a Friedman, 8 de diciembre de 1995. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

820. Carta de Friedman a Samuelson, 28 de diciembre de 1995. Archivo de Friedman de la Hoover Institution.

821. Alan Greenspan (n. el 6 de marzo de 1926), economista estadounidense y presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos durante cinco mandatos, entre 1987 y 2006. En su día, fue un estrecho colaborador de Ayn Rand y miembro de su círculo más íntimo.

822. Alan Greenspan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World*, p. 226, Penguin, Nueva York, 2007.

823. Citado en Henri Lepage, «Interview with Milton Friedman: The Triumph of Liberalism», *Politique internationale*, 100 (2003), pp. 7-34.

824. Greenspan, *The Age of Turbulence*, *op. cit.*, p. 228.

825. Ibídem.

826. A menudo atribuida a Keynes, la frase la pronunció por primera vez en 1935 el congresista T. Alan Goldsborough, en un contrainterrogatorio al gobernador de la Reserva Federal, Marriner Eccles, durante una reunión del Comité de Banca y Moneda de la Cámara de Representantes. Eccles: «En las circunstancias actuales hay muy poco, si es que hay algo, que se pueda hacer». Goldsborough: «Quiere decir que no se puede empujar una cuerda». Eccles: «Es buena manera de expresarlo».

827. Entrevista de Owen Ullmann a Milton Friedman, «So, What's New? The "New Economy" Looks Like the Same Old Economy to the Nobel Laureate, Milton Friedman», *International Economy*, marzo-abril de 2001, pp. 14-17.

828. Samuelson, *Economics*, 1.^a ed., 1948, *op. cit.*, p. 277.

829. Citado en CBS *60 Minutes*, <<https://www.cbsnews.com/news/bush-sought-way-to-invade-iraq/>>.

830. Entrevista a Friedman, *Wall Street Journal*, 22 de julio de 2006.

831. Entrevista de John Hawkins a Friedman, Rightwingnews.com, 15 de septiembre de 2003.

832. Entrevista de Louis Rukeyser y colaboradores a Friedman, «Nobel Laureate Milton Friedman Discusses His Personal Views of How to Deal with the Economy», *Louis Rukeyser's Wall Street*, CNBC [emisión de televisión], 20 de septiembre de 2002.

833. Entrevista de Nathan Gardels a Samuelson, *New Perspectives Quarterly*, 16 de enero de 2006.

834. Ibídem.

835. Ibídem.

836. Alan Greenspan, «Rules vs. Discretionary monetary policy», en la Conferencia del XV Aniversario del Centro de Investigación de Políticas Económicas de la Universidad de Stanford, Stanford, CA, 5 de septiembre de 1997, <<https://www.federalreserve.gov/boarddocs/speeches/1997/19970905.htm>>.

837. Entrevista de Louis Rukeyser y colaboradores a Friedman, 20 de septiembre de 2002.

838. Friedman, «He Has Set a Standard», *Wall Street Journal*, 31 de julio de 2006.

839. Ibídem.

840. «Milton Friedman: Why the Euro is a Big Mistake», *Scotland on Sunday*, 18 de agosto de 2002.

841. Conor Clarke, «An Interview with Paul Samuelson», *The Atlantic*, 17 de junio de 2009.

[842](#). Carta de Samuelson a Benjamin M. Friedman, 10 de marzo de 2008. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

843. Ben Bernanke (n. el 13 de diciembre de 1953), economista estadounidense, presidente de la Reserva Federal (2006-2014).

844. Ben Bernanke, en la conferencia de homenaje a Friedman, Universidad de Chicago, 8 de noviembre de 2002, <<https://www.federalreserve.gov/boarddocs/speeches/2002/20021108/default.htm>>.

845. Es revelador que Bernanke se refiera directamente a un banco central que aumente la «demanda agregada», la frase clave en el diagnóstico revolucionario de Keynes sobre lo que debe hacerse para sacar a una economía de una recesión.

846. Ben Bernanke, «Deflation: Making Sure It Doesn't Happen Here», declaraciones ante el Club Nacional de Economistas, Washington D. C., 21 de noviembre de 2002, <<https://www.federalreserve.gov/boardDocs/speeches/2002/20021121/default.htm>>.

847. Conor Clarke, «An Interview with Paul Samuelson», *The Atlantic*, 17 de junio de 2009.

848. Entrevista a Samuelson, *The Wall Street Journal*, marzo de 2009.

849. Entrevista de William A. Barnett a Samuelson, Universidad de Kansas, 23 de diciembre de 2003.

[850](#). Carta de Friedman a Samuelson, 25 de octubre de 2001. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

851. Edward Teller (15 de enero de 1908-9 de septiembre de 2003), físico teórico húngaro-estadounidense conocido, junto con Oppenheimer, como uno de los dos «padres de la bomba de atómica».

852. Julius Robert Oppenheimer (22 de abril de 1904-18 de febrero de 1967), físico teórico y profesor de Física en la Universidad de California, Berkeley. Director del laboratorio de Los Álamos y, junto con Teller, considerado uno de los dos «padres de la bomba atómica» por su papel en el Proyecto Manhattan.

[853](#). Carta de Samuelson a Rose Friedman, 16 de noviembre de 2006. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

854. Entrevista de David Asman a Friedman, Fox News, 15 de mayo de 2004.

855. «Milton Friedman: Why the Euro is a Big Mistake», *Scotland on Sunday*, 18 de agosto de 2002.

856. Entrevista de Russell Roberts a Friedman,
<<http://www.econlib.org/library/Columns/y2006/Friedmantranscript.html>>.

857. Holcomb B. Noble, «Milton Friedman, Free Markets Theorist, Dies at 94», *The New York Times*, 16 de noviembre de 2006.

858. Samuel Brittan, «Iconoclastic Economist Who Put Freedom First», obituario de Friedman, *Financial Times*, 17 de noviembre de 2006.

859. Cuando Summers dimitió sumariamente de la presidencia de Harvard tras condenar la irreflexiva corrección política, Samuelson escribió una carta de condolencia. «Lo lamento por ti, por una esperanzadora cruzada frustrada, y (dentro de los límites de la fragilidad humana) también lo lamento por Harvard y, por tanto, por la evolución de las universidades en todo el mundo. Estabas luchando por una buena causa. La psicología mafiosa puede ser la misma en los campus universitarios que en cualquier otro lugar. A veces incluso peor, salvo por el derramamiento de sangre.» Aconsejó a Summers no guardar rencor a Harvard por el reducido número de personas que habían provocado su destitución.

860. Lawrence Summers, «A Fond Farewell», *Time*, 25 de diciembre de 2006.

861. Lawrence Summers, «The Great Liberator», *The New York Times*, 19 de noviembre de 2006.

862. Robert Joseph Barro (n. el 28 de septiembre de 1944), economista. Profesor de la cátedra de Economía Paul M. Warburg en la Universidad de Harvard. Uno de los fundadores de la nueva macroeconomía clásica.

863. Martin Stuart «Marty» Feldstein (n. el 25 de noviembre de 1939), economista. Profesor de la cátedra de Economía George F. Baker en la Universidad de Harvard, presidente emérito del National Bureau of Economic Research (NBER) y presidente y director general del NBER, de 1978 a 2008 (excepto de 1982 a 1984, cuando fue presidente del Consejo de Asesores Económicos y principal asesor económico del presidente Reagan).

864. Carta de Samuelson a Summers, 20 de noviembre de 2006. Archivo de Samuelson en la Universidad de Duke, caja 71.

865. Greg Ip y Mark Whitehouse, «How Milton Friedman Changed Economics, Policy and Markets», *The Wall Street Journal*, 17 de noviembre de 2006.

866. Noble, «Milton Friedman, Free Markets Theorist, Dies at 94», *op. cit.*

[867](#). Carta de Samuelson a David Friedman y Janet Martel, 20 de agosto de 2009.
Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

[868](#). Carta de David Friedman a Samuelson, 8 de septiembre de 2009. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

869. Bernanke, «Deflation: Making Sure It Doesn't Happen Here», *op. cit.*

870. Declaración judicial en el marco de la demanda relacionada con el rescate de AIG en 2008, citado en *Forbes*, 27 de agosto de 2014, <<https://www.forbes.com/sites/timworstall/2014/08/27/ben-bernanke-the-2008-financial-crisis-was-worse-than-the-great-depression/#25a4c8497684>>.

871. Ibídem.

872. Bernanke, en la conferencia de homenaje a Friedman, *op. cit.*

873. Discurso de Bernanke, «Four Questions about the Financial Crisis», Morehouse College, Atlanta, GA, 14 de abril de 2009.

874. Ibídem.

875. Comunicado de prensa de BNP Paribas, 7 de agosto de 2007.

876. BBC Radio 4, «The Bailout», 6 de octubre de 2018.

877. Henry Merritt «Hank» Paulson Jr. (n. el 28 de marzo de 1946), secretario del Tesoro (2006-2009) y presidente y director general de Goldman Sachs (1998-2006).

878. Carta de Samuelson a Summers, 29 de julio de 2008. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke, caja 71.

879. Carta de Summers a Samuelson, 20 de agosto de 2008. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke, caja 71.

880. Carta de Samuelson a Summers, 20 de agosto de 2008. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke, caja 71.

881. Conferencia de prensa de Paulson sobre la adquisición de Fannie May y Freddie Mac por parte del Gobierno federal, 7 de septiembre de 2008.

882. Bernanke, «Four Questions about the Financial Crisis», *op. cit.*

883. Ibídem.

884. Entrevista de Nathan Gardels a Samuelson, *op. cit.*

885. Samuelson, *Newsweek*, 28 de octubre de 1974.

886. Una honrosa excepción fue John B. Taylor de Stanford.

887. Entrevista de Gardels a Samuelson, *op. cit.*

888. Ibídem.

889. Ibídem.

[890](#). Carta de Samuelson a Bernanke, 3 de marzo de 2009. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

891. Friedman, *The Wall Street Journal*, 17 de diciembre de 1997.

892. Samuelson, «Farewell to Friedman-Hayek Libertarian Capitalism», Tribune Media Services, 15 de octubre de 2008.

893. Hammond, «Friedman and Samuelson on the Business Cycle», *op. cit.*

894. Samuelson, «Economic Policy Is an Art», *The New York Times*, 30 de octubre de 1970.

895. Conor Clarke, «An Interview with Paul Samuelson», *The Atlantic*, 17 de junio de 2009.

896. Carta de Samuelson a Robin McElheny, director asociado de los archivos de la Universidad de Harvard, 9 de noviembre de 2006. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

[897](#). Carta de Sidney Verba, director de la biblioteca de la Universidad de Harvard, a Samuelson, 14 de noviembre de 2006. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

898. Axel Leijonhufvud (n. en 1933), economista sueco, profesor emérito de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) y profesor de la Universidad de Trento (Italia).

899. Don Patinkin (8 de enero de 1922-7 de agosto de 1995), economista monetario israelí-estadounidense y presidente de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Su monografía *Money, Interest, and Prices* (1956) fue durante muchos años una de las referencias avanzadas más utilizadas sobre economía monetaria.

900. Carta de Byrd a Samuelson, 15 de septiembre de 1992. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

901. Carta de Byrd a Samuelson, 18 de abril de 2005. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

902. Carta de Byrd a Samuelson, 8 de noviembre de 2005. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

[903](#). Carta de Samuelson a Robert L. Byrd, 14 de diciembre de 2005. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

904. Michael M. Weinstein, obituario de Samuelson, *The New York Times*, 13 de diciembre de 2009.

905. Paul Krugman, «Paul Samuelson, RIP», *The New York Times*, 13 de diciembre de 2009.

906. *The Economist*, 17 de diciembre de 2009.

907. Obituario, *The Daily Telegraph*, 14 de diciembre de 2009.

908. Las estadísticas chinas, en especial las referentes a datos económicos o al registro de incidentes embarazosos como el brote de enfermedades, son notoriamente poco fiables. Tampoco es bien recibida la comunicación de malas noticias. Li Wenliang y otros siete médicos que expresaron su alarma por la propagación de la enfermedad fueron castigados por las autoridades chinas por «difundir falsos rumores».

909. A finales de julio de 2020, 35.107 italianos habían muerto de COVID-19.

910. Steven Turner Mnuchin (n. el 21 de diciembre de 1962), banquero de inversión estadounidense, secretario del Tesoro de Estados Unidos (2017-2021).

911. <<https://datausa.io/coronavirus>>.

912. En enero, el total de parados declarados en Estados Unidos era de 74,8 millones, <<https://nypost.com/2021/01/14/us-jobless-claims-965000-filed-amid-pressure-from-covid-19/>>.

913. Franklin Delano Roosevelt (30 de enero de 1882-12 de abril de 1945), trigésimo segundo presidente de Estados Unidos.

914. Véase Amity Shlaes, *The Forgotten Man: A New History of the Great Depression*, HarperCollins, 2007.

915. «The Impact of Covid-19 on U.S. Economy and Financial Markets», Forbes, <<https://www.forbes.com/sites/mikepatton/2020/10/12/the-impact-of-covid-19-on-us-economy-and-financial-markets/?sh=492d60322d20>>.

916. Tunku Varadarajan, «The Romance of Economics: The Weekend Interview with Milton (and Rose) Friedman», *Wall Street Journal*, 22-23 de julio de 2006.

917. David Director Friedman (n. el 12 de febrero de 1945). Al igual que Keynes, David Friedman no se licenció en Economía.

918. Robert Solow, «Why Is There No Milton Friedman Today?» *Econ Journal Watch*, 10, 2 (2013), pp. 214-216.

919. <https://bradfordtaxinstitute.com/Free_Resources/Federal-Income-Tax-Rates.aspx>.

920. Donald John Trump (n. el 14 de junio de 1946), promotor inmobiliario, personalidad de la televisión y cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos.

921. Dado por primera vez ante la Cámara de Comercio Sueco-Estadounidense, Nueva York, 10 de mayo de 1972.

922. Es señal de la toxicidad de Trump el hecho de que sus duras críticas al libre mercado hayan provocado un marcado giro en la opinión pública hacia el libre mercado. Al final de la presidencia de Obama, los estadounidenses estaban a favor del libre mercado por un estrecho margen del 51 al 41 por ciento. En agosto de 2019, los estadounidenses aprobaban el libre mercado por un 64 frente al 27 por ciento.

923. Samuelson, *Newsweek*, 10 de junio de 1968.

924. Robert Summers (22 de junio de 1922-17 de abril de 2012), economista y catedrático de la Universidad de Pensilvania desde 1960.

925. Anita Arrow Summers (n. el 9 de septiembre de 1925), profesora emérita de la Universidad de Pensilvania y una autoridad en desarrollo económico urbano, finanzas y eficiencia educativa.

926. Kenneth Joseph Arrow (23 de agosto de 1921-21 de febrero de 2017), economista, matemático, autor y politólogo. Ganador, junto con John Hicks, del Premio Nobel de Economía en 1972.

927. Citado en su obituario, *MIT News*, 13 de diciembre de 2009.

[928](#). Carta de Samuelson a Benjamin M. Friedman, 7 de mayo de 2008. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

929. Samuelson, «Hail to a Sage!», escrito para *Die Zeit*, junio de 1992. Archivo de Samuelson en la Universidad Duke.

930. Ibídem.

931. Horn, *Roads to Wisdom*, *op. cit.*, p. 49.

Samuelson vs Friedman

Nicholas Wapshott

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada: Sylvia Sans Bassat

© de la fotografía de portada: Underwood Archives/Getty Images

© Nicholas Wapshott, 2021

© de la traducción: Mercedes Vaquero, 2022

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2012, 2022

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-234-3448-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia

www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

